



LUTERO, EL PAPA Y EL DIABLO
RESPUESTA A LAS 95 TESIS DE MARTÍN LUTERO CONTRA LA UNIDAD DE LAS IGLESIAS

Barcode Area
We will add the barcode for you.
Made with Cover Creator

LUTERO, EL PAPA Y EL DIABLO

CRISTO RAÚL

LUTERO, EL PAPA Y EL DIABLO



RESPUESTA A LAS 95 TESIS DE MARTÍN LUTERO CONTRA LA UNIDAD DE LAS IGLESIAS

CRISTO RAÚL

LUTERO, EL PAPA,

Y

EL DIABLO

Análisis Psicohistórico de las 95 tesis de Martín Lutero

Contra la Unidad de las iglesias

CRISTO RAÚL Y & S

PRÓLOGO INTRODUCTORIO

Atrapado entre escribirle a este libro un Prólogo estrictamente literario o darle una Introducción académicamente histórica la necesidad es al final la que manda. Aunque la Iglesia Católica, no podía ser de otra forma, ha sobrevivido a la Yihad Protestante proclamada contra ella por la Reforma, el hecho impugnable es que la hegemonía de la cultura anglosajona sobre la latina – hispánico galo italiana – vetó el acceso de la Libertad de Pensamiento a cualquier Crítica Intelectual – no sólo a las Tesis Luteranas – también a la reacción en cadena de violencia genocida generada y alimentada por las naciones protestantes, su efecto final inmediato la Guerra de los Treinta años, o Primera Guerra Mundial Europea. El que la respuesta Imperial diese pie a la llamada Furia Española les sirvió a los que tiraron la piedra la excusa perfecta para esconder la mano. La necesidad, en consecuencia, debe mirar a ambos lados: no puede haber crítica intelectual pura sin extender sobre la mesa la serie de acontecimientos históricos que durante los siglos anteriores a la Reforma dieron pie a aquel suicidio colectivo europeo.

Desde los inicios de Alemania como nación europea Alemania buscó importar a la estructura del Imperio de Occidente el modelo Bizantino de poder imperial, es decir, sujeción de la Iglesia al Estado, modelo estructural sobre cuyas ruedas el Imperio de Constantinopla – no predecible desde los días de Enrique IV – habría de acabar, y acabó, en la cuneta de la Historia. La llamada Cuestión, o Guerra, de las Investiduras puso sobre la mesa la Reconstrucción de la Civilización Cristiana Occidental a imagen y semejanza de la Estructura Imperial Bizantina, gracias a cuya victoria, de haberse producido, Alemania hubiera venido a ocupar la Hegemonía que en cuanta Raza Superior supuestamente le correspondía.

Durante los primeros siglo del Segundo Milenio d.C. Alemania quiso rescatar de tiempos antiquísimos, tan antiguos ni más ni menos como la Ur de la los tiempos de Abraham (2000 a.C.-), la divinización de la corona imperial. Acorde a la Alemania de Enrique IV la cabeza del Estado, el emperador, debería gozar de las prerrogativas de la corona divina. En términos modernos hablando, el Emperador Alemán del Primer Reich exigía estar más allá de la Ley natural a la que nos sujetamos todos los hombres. Según la Alemania de los días de la Guerra de las Investiduras el Emperador debía tener el Derecho sobre la vida y la muerte de todos los súbditos de su Imperio; y lo que es más impertinente, no ser juzgado por la arbitrariedad a que lo podía conducir dicho *status quo* imperial. Alemania quería investir a su Emperador de la Divinidad que la Corona de Inglaterra adquirió para sí en los días de Enrique VIII.

El fin de aquella Contienda es conocido. Pero más allá de unos hechos que la Historia recoge en sus libros, durante aquella Guerra de Investiduras la naturaleza bárbara de la Nación Alemana quedó al descubierto, naturaleza sangrienta que no cesaría en su empeño de meterle fuego al mundo en los siglos venideros. Pues entre aquel Martín Lutero que juró estar dispuesto a prenderle fuego a Europa si no se le daba lo que pedía, y el Adolfo Hitler que le prendió fuego al Mundo: únicamente hubo diferencia de tiempo, pero no de deseo.

Enrique IV, Martín Lutero y Adolfo Hitler fueron tres eslabones de una misma cadena; una cadena tejida por una naturaleza bárbara y violenta abogando con todos los medios homicidas a su alcance por la Superioridad de su Raza sobre todas las demás naciones europeas.

La ausencia de Verdad Jesucristiana en las Tesis luteranas dejará en evidencia la verdadera diana de aquel panfleto de Guerra de Alemania contra Europa que, finalmente, se materializó en las Guerra de los Treinta Años.

Mas la Cuestión de la Reforma tuvo su matriz en una realidad que nadie puede obviar, a saber: la Corrupción del Papado Medieval. No se debe olvidar que la Reforma Protestante, al igual que la Revolución Soviética se debió a la incapacidad y negación de la Corte Zarina a abrirle la puerta a la Civilización Europea, la Reforma Protestante tuvo su origen en la frustración de la Inteligencia para erigirse como estrella separando la luz de las tinieblas.

Sería estúpido ignorar el tramo de Historia que fue de la Cautividad Babilónica de la Iglesia a la elevación al Papado de Alejandro VI Borgia.

El regreso del Papado de Aviñón a Roma no hizo escuela. Al contrario, la victoria del Papado sobre el Concilio de Constanza, con aquella negación del Obispo de Roma a someterse a la Corte de los Ministros de Cristo en la Tierra, aceleró el proceso de Corrupción que acabaría desembocando en la Declaración de Guerra de Lutero y la Iglesia Alemana contra la Iglesia Católica.

La Fe, por tanto, no está reñida con la Verdad. La Ignorancia, por el contrario, sí lo está.

La Ignorancia del pueblo alemán en los días de Lutero era cuasi-absoluta. De todas las naciones europeas del siglo XVI Alemania era la más atrasada. El analfabetismo de las masas alemanas en aquel año de 1517 no tenía par en Italia, Francia y España. Lutero – abogado sin carrera – conocía a la perfección cuál era el nivel intelectual del pueblo Alemán. No en vano Alemania no participó en el Descubrimiento y Expansión de Europa en el Mundo sino pasado mucho tiempo. El descubrimiento de la imprenta por Gutenberg excusó aquel atraso cultural; que, sin embargo, no tardó en quedar al desnudo cuando aquel Judas Alemán defendió, en nombre de la destrucción de la Iglesia Católica, la necesidad de unirse al Islam Turco en pro de la destrucción de la Europa de Carlos I de España y V de Alemania. Basta abrir el libro de la Historia de Europa para ver al Pueblo Alemán en constante movimiento de destrucción de la Civilización Cristiana.

Las 95 Tesis fueron una Declaración de Guerra contra aquella Iglesia Universal fundada por Jesucristo.

La necesidad de penetrar en el siglo de Lutero con el objeto de abrir su mente a los verdaderos principios que la movieron, me parece evidente. La discusión puramente teológica no tiene futuro. No lo tuvo. No puede tenerlo. El error de la Iglesia Católica fue descender al nivel teológico. Y cuando fracasó, algo que se veía venir, echar mano del Emperador fue sumarle a un error otro error.

El conocimiento de las personas y las naciones parte de un Principio Universal Imperecedero: “Por sus frutos los conoceréis”. Los frutos de la Declaración de Guerra de Alemania contra la Europa Cristiana, hasta ese día Europa Católica, no se hicieron esperar. Lutero defendió y decretó como Necesidad Divina la Masacre de los Campesinos; Lutero declaró el Antisemitismo como algo natural al cristiano.

La Fractura entre las naciones europeas provocada por Lutero dio finalmente su fruto más preciado: La Guerra de los Treinta Años. Cientos de miles de europeos fueron masacrados durante su recorrido sin misericordia ni piedad por ambos bandos.

Con la Guerra de los Treinta Años Alemania dio su paso más decisivo para ser la candidata perfecta que el Infierno buscaba para incendiar el Mundo y abrirle sus puertas a las Guerras Mundiales “de Gog y Magog”.

Hasta hoy Dios se ha mantenido al margen de la Respuesta a la Reforma Protestante. No era de ley que su Silencio gobernase el futuro de las naciones de su Reino por siempre. Cada cosa a su tiempo.

No era de ley tampoco que la Acusación de un hombre contra su Iglesia fuese respondida por Dios en Persona. Y pues que Dios se mantuvo en Silencio contra Lutero los ojos de la Reforma este Silencio a vino a implicar Complacencia con la Declaración de Guerra de Lutero contra el Sucesor de San Pedro.

Tengamos en cuenta que si el Hijo de Dios no le retiró la Jefatura sobre sus Ministros al Pedro que le negó, precisamente porque la Elección de Cefas fue realizada por su Padre, ¿quién se creyó que era él, Martin Lutero? ¿Qué era él, un ser superior al mismo Dios Hijo Unigénito, Creador de Cielos y Tierra?

Bien hubiera sido que sin “volverle a Dios la plana” Lutero hubiera hecho lo que San Pablo cuando calló a San Pedro: No dar su brazo a torcer, pues también él era ministro de Dios, pero sin tocar al Elegido por Dios para dirigir la Jefatura de los Obispos de la Iglesia Universal.

Así que si el “Dios Oculto” no era ni podía ser Dios, Padre de Jesucristo, ¿quién fue “aquel dios oculto” que sembró en Europa el Virus de la Guerra?

El análisis desde la Historia y la Psicología abrirá los ojos a la verdadera “divinidad” oculta tras aquella Declaración de Guerra contra la Iglesia Católica que firmara Martín Lutero.

DEBATE

Sobre la Libertad del Hombre

-Por amor a la verdad y en el afán de sacarla a luz, se discutirán en Wittenberg las siguientes proposiciones bajo la presidencia del R. P. Martín Lutero, Maestro en Artes y en Sagrada Escritura y Profesor Ordinario de esta última disciplina en esa localidad. Por tal razón, ruega que los que no puedan estar presentes y debatir oralmente con nosotros, lo hagan, aunque ausentes, por escrito. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Siéndome imposible estar de cuerpo presente en Wittenberg para la fecha -1517 d.C.- pero acogiéndome al ruego: “Que responda por escrito”, yo, Cristo Raúl, hijo de Dios, ausente para participar en el debate oral abierto contra la Santa Madre Iglesia, aunque tarde pero siempre a tiempo, respondo por escrito a las proposiciones del R. P. Martín Lutero, Maestro en Artes y en Sagrada Escritura.

“Por amor a la verdad” dice el autor. Pero yo, y conmigo cualquiera que se precie de no ser esclavo del pensamiento de nadie, yo sólo sé dos cosas. Primero, Verdad sólo hay una. Y segundo, verdades han habido tantas como civilizaciones se han inventado los hijos de la Tierra. Y siguen habiendo tantas como hombres haya capaces de inventarse una nueva.

No hay necesidad de perderse en filosofías, historias de las religiones, recuentos de ideologías, todas verdaderas, todas sublimes, todas perfectas, todas absolutas, todas inmarcesibles. A estas alturas de la Historia todo el mundo sabe que la capacidad de la inteligencia humana para fabricarse una verdad propia que vaya con la mentalidad y el gusto del fabricante es casi infinita. El talón de Aquiles de la Libertad es precisamente esta capacidad del Individuo para crearse su propia verdad, ajena, extraña e incluso hasta enemiga de la verdadera estructura de la Realidad Universal de la que la Verdad es su modelo cognoscitivo, y respecto a la cual el Hombre es su encarnación pensante.

Así que cuando Dios creó al Hombre en ningún momento podía privarle de esta Libertad: en razón del punto débil que dejaba abierto en sus defensas al dotarle de la facultad de elegir entre la Verdad Universal y una verdad fabricada a la medida humana.

(Más que decir “a su medida” debería decir a la medida de su ambición y de sus pasiones temporales). Dios no podía y no lo hizo.

Al contrario de lo que se piensa, la Perfección de la Inteligencia Creadora encuentra en la Libertad de los hijos de Dios su punto más alto de Gloria. Y viceversa, la gloria de los hijos de Dios encuentra en la Perfección de la Inteligencia Creadora su punto más alto de Libertad. Pues si no fuéramos capaces de realizar una elección seríamos máquinas. Y si no fuésemos capaces de comprender el universo que nos rodea, y por qué nos rodea seríamos bestias.

Dicho esto, de lo que aquí se va a tratar es de descubrir si “el amor a la verdad” del autor de las 95 Tesis se refiere al amor por la Verdad Universal, o a esa otra verdad que el propio Lutero, como hombre, tenía el poder de inventarse.

En este orden el recurso a la inspiración del Espíritu Santo no puede invalidar ni negar el hecho de ser, en todo, el autor de las 95 Tesis un hombre igual a todos los hombres. Ahora bien, si el recurso al Espíritu Santo es usado para violar la Igualdad entre todos los hijos de Dios y alzar una raza superior llamada a dirigir y gobernar el espíritu de todos los demás seres de la creación, en este caso no estamos hablando de Inteligencia, sino de demencia.

Se desprende de la Biblia que este tipo de demencia fue la plataforma desde la que Satanás inició su evolución hacia la Bestia. Conociendo a Dios y cuánto le gusta usar las imágenes como medio de comunicación hasta hacer de la Simbología un Lenguaje, se entiende que al darnos la Bestia como imagen del Rebelde nos está diciendo que hay caminos evolutivos que no llevan hacia adelante sino hacia atrás. El camino elegido por la Bestia: levantar una raza superior llamada a gobernar al resto es de todos los caminos malos el peor. Los hechos lo demuestran: primero Serpiente, luego Maligno, finalmente Bestia. De la astucia a la maldad, de la maldad a la demencia. El recurso al Espíritu Santo por parte de una nación que siguió esta evolución no tiene legalidad por tanto. Pudo haberlo tenido en su momento, antes de haberse desarrollado la semilla y haberle ofrecido al resto del mundo su fruto: «guerra mundial». A este lado del Apocalipsis la santidad de la Reforma y de su padre, Martín Lutero, es un artículo de confesión, sin riesgo a pecar contra la caridad, sólo apto para dementes.

Pues los cristianos no podemos olvidar que antes que los alemanes los judíos invocaron esa misma confesión, y la hicieron suya. El recurso al Espíritu Santo que los judíos hicieron los condujo a creerse la Raza nacida para dirigir el destino de todas las naciones del universo, sobre las cuales reinarían *per seculam seculorum*. A esta demencia se reducía el judaísmo antes del Nacimiento. Cuando Jesucristo rechazó la hipótesis del Hijo de David como un Nuevo Augusto reinando sobre un mar de sangre, ese Día fue sellada la naturaleza patológica de la teoría de la existencia de un pueblo elegido nacido para gobernar a todas las demás naciones de la Creación. Incapaces los judíos de renunciar a «su sabiduría» fue esta “demencia” la que les condujo a declararle la Guerra al Dios al que adoraban. Y estando aún en la cual muchos judíos todavía creen de verdad que Dios les dará un Mesías rey que les pondrá el mundo a sus pies, elevando su Raza y Religión sobre todas las demás. Ese rey mesías por llegar, y todo el mundo lo verá con sus

ojos, declarará en nombre de Dios, y todo el mundo lo oirá con sus orejas, que los hijos de Abraham y no los de aquélla Alemania son la verdadera raza superior.

Así pues, el recurso al Espíritu Santo de Lutero, Maestro en Sagrada Escritura, es un argumento que personalmente considero sin validez en este Debate. Por dos motivos. Primero porque los títulos académicos tienen por objeto el dominio de ciencias referidas a cosas y actividades humanas, y siendo el propósito de cualquier actividad social ganarse el pan con el sudor de la frente propia los títulos hacen sabio al hombre en la medida que lo hace ganar más o ganar menos, de manera que quien gana más es más sabio y los que ganan menos son menos listos, hasta llegar a los que no ganan nada que son los más tontos. Doctrina ésta que puede parecerle al lector muy profana, pero que bueno, fue el pan de cada día del Calvino hermano en la Reforma de Lutero.

Como muy bien reconoció el Protestantismo, en la persona y figura de su apóstol Calvino, los elegidos están marcados por la providencia. El sello de la providencia sobre los elegidos son las cosas materiales: las riquezas, la belleza, la inteligencia, la fuerza. Todas estas cosas crean una marca que si en el individuo no parece que pueda leerse su signo, como no se sabe a qué molécula pertenece una partícula desde el núcleo de cualquiera de sus átomos, en el conjunto sí crea una figura, semejante o parecida a la que se le hace en la carne a las bestias. Eres rico, eres un elegido; eres fuerte, eres un elegido; eres guapo, eres un elegido. Si eres pobre, arrodíllate y vive como siervo del rico elegido. Si eres débil, prepárate a morir, o vive como esclavo del fuerte. En fin, no voy a llevar hasta el extremo las consecuencias de la doctrina protestante calvinista. Ya las llevó Hitler.

De manera que, a no ser que alguien piense lo contrario, y no vea en el trabajo la necesidad de servir a los demás para servirse a sí mismo, no veo yo cómo pueda negarse que los títulos hagan a los hombres sabios a la manera que mi hermano el albañil es sabio en su oficio, y mi vecino mecánico es sabio en el suyo, y así cada cual es sabio en su tema. Sabiduría maravillosa como es, por muy hermosa que sea esta sabiduría sobre la que se basa la alegría y la salud de nuestros hijos, hay que decirlo a boca llena y saberlo reconocer a pleno pulmón, sin prejuicio, vergüenza o sentimiento de inferioridad de ningún tipo: Esta sabiduría no le confiere a nadie poder para entender de esas cosas sobre las que el Hijo de Dios dijera: "En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos. Si hablándoos de cosas terrenas no creéis ¿cómo creeríais si os hablara de cosas celestiales?". (Juan-Visita de Nicodemo). De donde se ve que hay cosas terrenas, humanas, que tienen que ver con los títulos, y cosas celestiales, espirituales, que no tienen que ver nada con los títulos. Como la ocasión la pintan calva, Jesús aprovechó la charla con Nicodemo para dejarnos bien abiertos el espacio entre las dos sabidurías, la humana y la divina. Nicodemo encarna aquí al actor social cuya gloria se desprende de su título, Maestro en Sagrada Escritura de Israel. Jesús encarna al hombre que no en los títulos sino en Dios tiene la fuente de su sabiduría. Y escribe este capítulo en su Evangelio para que las generaciones venideras no cayéramos en la trampa de decir: Amén, cuando habla un hombre con un título en Sagrada Escritura.

Lamentablemente, en el caso que nos ocupa Lutero no necesitaba de nadie que consagrara su palabra, él mismo ponía su Amén: "Por amor a la verdad…amén". Como el

artista que se aplaude solo, Lutero suelta sus títulos, en plan Nicodemo: "Yo, Reverendo Padre Martín Lutero, Maestro en Filosofía y en Teología, Profesor de Sagrada Escritura...". Un pecadillo que no tendremos en cuenta, y por venial hasta ni le impondremos penitencia; aunque claro, no sería mala idea que se curase el orgullo en el Purgatorio y se salvase mediante alguna indulgencia…*«Vanidad de vanidades y todo es vanidad»,* se quejó aquél sabio de la Biblia. La cuestión es, nunca mejor dicho, si el hábito hace el monje o el monje hace al hábito.

¿La Filosofía, o el título de profesor de filosofía hacen al Filósofo? ¿El ser nace o se hace? ¿Es primero el sabio o la sabiduría? ¿Es la Filosofía la que hace al filósofo o el filósofo el que la hace a ella? Y así hasta el infinito. Es un tema alrededor del cual se ha escrito una montaña de respuestas. En un Debate como este no creo que sea buena idea seguirle la pista eternamente. Es más cómodo atenerse a la respuesta jesucristiana: el sabio no se hace, nace. En sus palabras: “En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del Espíritu no entrará en el reino de los cielos”.

Lo dicho, primero es la Sabiduría y luego viene el sabio. Como aquel Sócrates que sólo sabía que no sabía nada -¿porque nunca tuvo un título que garantizase que sabía algo? Confesión curiosa donde las haya, máxime en boca de un hombre que aplastaba con su verbo, esta afirmación nos descubre la idea que el propio Sócrates tenía de los títulos de los sabios de su tiempo: los sofistas, y la idea que él tenía de sí mismo-. A diferencia de los sofistas, Sócrates no tenía ningún título que certificara su sabiduría. Y como el propio Jesús, que sin estudiar jamás teología revolucionó el mundo de la Teología, también él revolucionó el mundo de la Filosofía. Contra sus enemigos Sócrates no sólo se glorió de no tener títulos sino que basó su gloria en el hecho de no tenerlos. De aquí que lanzara al viento de la eternidad su proclama: «Yo sólo sé que no sé nada». Proclama curiosa y reveladora que nos descubre las palabras exactas con las que solían ponerlo verde sus enemigos: «Ese hombre no sabe nada» (porque no tenía ningún título). Más listo que sus críticos Sócrates convirtió la crítica a su ignorancia según los cánones en la bandera de su sabiduría revolucionaria: «Sólo sé que no sé nada». (Si no había estudiado nada no podía saber nada, y si hubiera estudiado algo tendría algún título). Sócrates siguió a lo suyo y revolucionó sin títulos el mundo de la Filosofía. Lo mismo que nuestro Jesús, que sin títulos revolucionó el mundo de la Teología.

Otra vez, comparando entre aquéllos dos hombres que nacieron del Espíritu, cada uno a su manera, y del Espíritu bebieron su sabiduría, aunque las comparaciones nunca sean Justas, ninguno de los dos, ni Sócrates ni Jesús fueron por la vida echándose las flores del Amén sin haber probado antes que se merecían esa gloria. Para el día de la apertura de este Debate -31 de octubre del 1517- Lutero no había hecho ni bien ni mal todavía, no había probado ni de palabra ni de obras que se mereciera la gloria del Amén, y ya se santificaba a sí mismo cerrando sus palabras con ella. «Amén» que sólo al público nos corresponde en justicia concederlo o retirarlo, máxime teniendo en cuenta que sólo a la Palabra de Dios le es natural, de manera que al hacerlo reconocemos que la palabra de ese hombre y la de su Creador en el asunto tratado son una misma cosa.

¿No fue «Amén» la confesión que pronunciaron Eva y Adán cuando oyeron la palabra de Satanás? En este caso el «Amén» se lo concede a sí mismo el autor. Más aún, a

imitación de aquél Satanás que engañó a Eva jurándole venir en nombre de Dios, el Reverendo Padre Martín Lutero jura con su Amén venir en nombre de su Hijo. "En el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén".

No piense quien está leyendo este libro que desde el principio soy duro a muerte contra el autor de las 95 Tesis. No se equivoque; igualmente sería duro con cualquiera que en razón de su título o títulos me viniera diciendo que me habla en nombre de Jesucristo. Mi primera impresión sería la de estar hablando con un demente. Y si encima me condena por pedirle que me lo demuestre entonces ya ni lo escucho. ¿Por qué creyó Nicodemo que Jesús venía hablando de parte de Dios: por sus palabras o por sus Obras?

Nicodemo (Maestro en Sagrada Escritura, sabio en razón de su título) creyó en la palabra de Jesús (ignorante que no sabía nada, no tenía ningún título) porque sus Obras hablaban por El. En el caso que nos ocupa, el Reverendo Padre Martín Lutero no ponía sobre la mesa ninguna Obra por la que hubiera podido verificarse que venía hablando en nombre del Señor Jesucristo. Además no sólo no ponía ninguna Obra sobre la mesa por la que juzgar la verdad de su confesión, sino que encima le quitaba todo valor a las Obras, "que en nada contribuyen a la Fe". ¡Un tipo listo! ¿O diríamos: astuto?

Astucia, maldad, demencia. Estos son los tres grados de evolución que Dios nos descubrió en la progresión del Rebelde. ¿La demencia que el pueblo alemán sufrió en sus carnes no tendría en esta astucia su germen? Ya veremos cómo resolvemos este misterio. Por ahora centrémonos en los hechos y desde sus efectos reconozcamos que en un mundo gobernado por las leyes de la Ciencia del bien y del mal cada cosa tiene su contrario. El calor, al frío; el sabio, al necio; el cobarde, al valiente; y así hasta el infinito. Y ya que he reconocido que hay una sabiduría inaccesible a los títulos académicos, porque con ella no busca el hombre ganarse el pan de cada día, tengo que poner sobre la mesa mi segunda razón para rechazar la validez del título de Maestro en el que Lutero funda su verdad como garantía de su verdad, y «Amén».

Centrando el tema diré que a mí siempre me ha gustado mucho Jesucristo; lo confieso para que nadie se sorprenda. Una de las veces que se puso a hablarle tanto a sus discípulos, imagen de los sacerdotes, cuanto a la muchedumbre, nosotros, siempre con su estilo directo y sin miedo de ninguna clase a nadie, Jesucristo dijo en pocas palabras, las suficientes para refutar la verdad de Lutero en razón de sus títulos, lo que ahora cito: "Pero vosotros no os hagáis llamar Maestro, porque sólo uno es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos. Ni llaméis padre a nadie sobre la tierra porque uno sólo es vuestro Padre, que está en los cielos".

Aquél día el Reverendo "Padre" Martín Lutero, "Maestro" en Filosofía y Teología, no pudo asistir al recital de Jesucristo. Sus alemanes tampoco, ni los suizos, ni los ingleses, ni los escandinavos, ni los holandeses. Al parecer estaban demasiado ocupados destruyendo imágenes, violando monjas, quemando iglesias papistas, matándose entre ellos -campesinos anabaptistas-, y, cómo no, cazando judíos. Aunque claro, si las obras no contribuyen para nada a la salvación o a la condenación de los elegidos, ¿qué importa la muerte de seis millones de judíos? Escuchemos al Reverendo Padre Martín Lutero dando la bendición a los ejércitos del futuro Hitler:

“Sé pecador y peca fuertemente, pero confíate y gózate con mayor fuerza en Cristo, que es vencedor del pecado, de la muerte y del mundo. Mientras estemos aquí abajo, será necesario pecar; esta vida no es la morada de la justicia, pero esperamos, como dice Pedro, unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habita la justicia”.

Así que mientras llega esa nueva tierra donde habita la justicia: Peca, es decir, adultera, mata, roba, envidia, levanta falsa testimonio, odia a tus enemigos, corrompe, destruye…Y sin miedo porque todos nuestros pecados los lava la Sangre de Cristo. Y «Amén».

Si pues el Jefe de los invocadores al Debate, Reverendo Padre Martín Lutero, tenía su autoridad en sus títulos, éste que responde, Cristo Raúl, pone sobre la mesa una sola verdad: ser hijo de Dios. Y desde la libertad de un hijo de Dios invoco el principio de colegialidad humana frente a la experiencia de la Historia, de cuyas lecciones magistrales con ejemplos miles hemos aprendido que el conflicto de la Humanidad, de la Creación entera de hecho, tiene en la lucha entre el amor por la Verdad Universal y el amor por la verdad subjetiva su campo de batalla y, finalmente, su Guerra. Entre cristianos*, “sin mirar ahora al que nos engendró en Cristo”*, los cristianos menos que nadie podemos olvidar que el Conflicto entre Cristo y el Diablo se resolvió en este terreno. Es decir, el Universo ha estado en tensión en base a, y por culpa de, un enfrentamiento entre dos formas de amar la Verdad. Una, la representada por Cristo, que ama la Verdad tal cual la Verdad es; y la otra, la representada por el Diablo, que ama la Verdad en la medida que sirve a sus intereses.

Atrapados en aquella Guerra de dioses en la raíz de la Caída del mundo de Adán aquél conflicto se ha convertido en nuestro conflicto. Martín Lutero también vivió y sufrió este conflicto. Pero que el amor a la verdad de Martín Lutero fuese hacia la Verdad Universal o hacia la verdad subjetiva que en su ignorancia el ser humano se inventa, éste es el objetivo que tiene esta Respuesta y se irá descubriendo sobre la marcha. A no ser, claro está, que, en base a los cinco siglos pasados desde la apertura de este Debate hasta nuestros días, la parte interesada en el esclarecimiento de la verdad, sacudida ahora por el Miedo a la Verdad: niegue que haya conflicto entre ambas verdades o siquiera que exista tal Conflicto.

Un sólo punto más quisiera poner sobre la mesa antes de entrar definitivamente en materia. Este: Curiosamente todos los personajes que roturaron el campo en el que Arrio -mil años atrás- sembró su semilla de guerra santa contra la Santa Madre Iglesia Católica fueron también Maestros en Artes y en Sagrada Escritura. Como el R. P. Martín Lutero también todos aquéllos Reverendos Padres, que entre persecución y persecución aprovecharon la calma para dividir a los primeros cristianos, fueron Maestros en las artes filosóficas. Todos aquéllos Reverendos Padres fueron Maestros expertos en Retórica, Dialéctica, Sofística, Metafísica y demás disciplinas de las ciencias filosóficas. Todos fueron Maestros en Sagrada Escritura igualmente y, fundando el derecho en el hecho, se adjudicaron el monopolio exclusivo en lo tocante a su Interpretación. Y en fin, pues que andando es como se hace el camino, demos el primer paso.

PRIMERA PARTE

Sobre el Bautismo y la Gracia

Moisés nos descubrió a todos, empezando por los Hebreos, que Dios es Espíritu y que Dios es Santo. Pero esta conclusión parecía más bien un juego de palabras, una asociación lógica del tipo teorema aristotélico: Dios es espíritu, Dios es santo, luego Dios es espíritu santo. Consciente de la Necesidad que tenía su Creación de verlo y tocarlo, Dios no lo dudó y engendró a Cristo. Pero queriendo llevarnos a la plenitud del Conocimiento de la Verdad quiso que fuese su Hijo, porque la Verdad estaba en El, quien se hiciese hombre y nos mostrase en sus carnes al Espíritu Santo. Y viendo al Hijo viéramos al Padre. Sobre lo cual no tengo nada que decir porque todo está escrito. El hecho es que a todos los que creen en esta Verdad, a todos se les concede la Gracia de pasar de esta vida a la vida eterna sin ser juzgados: “En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado, porque pasó de la muerte a la vida” (Juan -el Hijo obra en unión con el Padre). Y en esta Fe está la Gracia. ¿Pues quién será el hombre que se atreverá a mantenerse de pie y declararse justo delante del Juez del Universo? - como en alguna otra parte dice la Biblia. Y sin embargo, siendo tan sencilla esta Fe y estando tan cerca de nuestro corazón su Gracia, no todos los cristianos comprendieron esta Verdad. La Historia, hay que decir, no miente. Fueron muchos los grandes pastores de hombres que se negaron a creer que algo tan infinitamente maravilloso y divino, la vida eterna, se nos haya concedido sin pedirnos a cambio nada, únicamente y nada más que creer en el Hijo de Dios.

Intentando comprender el porqué de esta negación de tales grandes hombres a aceptar el Reino de los cielos con la inteligencia natural de un niño, la explicación más a mano es que a ésos hombres tan grandes se les enseñó con tanto ahínco que Dios es infinitamente inteligente, todopoderoso, omnisciente, bueno, etcétera, que acabó resultándoles imposible creer que la Ciencia de la Salvación pueda entenderla hasta un chiquillo. Se dijeron a sí mismos que eso no podía ser y buscaron la forma de retorcer la Verdad hasta convertirla en una doctrina digna de sus inteligencias y genios. Al final, aunque con palabras diferentes, todos acabaron haciendo lo mismo: conducir a los ignorantes al campo donde Caín encontró la quijada de asno con la que le partió a su hermano Abel el cráneo.

(El hecho es que todos los santos y sabios maestros que interpretaron a Dios, a su Hijo y a la Sagrada Escritura acabaron predicando la necesidad de la muerte de los católicos. En este orden la Reforma no marcó época ni revolucionó la relación entre los Arrío y Donato de los primeros siglos del Cristianismo y los Lutero y Calvino de todos los tiempos). Como se ve de la lectura de la Historia del Cristianismo y demostraré en esta

Respuesta, a muchos de aquéllos grandes maestros les perdió el mismo error, querer ser el Intérprete de la voluntad de Jesucristo. Y digo error porque todos aquéllos grandes hombres se olvidaron de un Hecho: Jesucristo resucitó al tercer día y, estando vivo, no necesita de Intérprete alguno entre Él y su Pueblo. Ni Ayer ni Hoy ni Mañana. El R. P. Martín Lutero, Maestro en Artes Filosóficas y Teología, como demostraré durante este Debate, perteneció a aquella raza de grandes hombres con memoria algo olvidadiza.

CAPÍTULO 1.

Sobre la penitencia

-Cuando nuestro Señor y Maestro Jesucristo dijo: "Haced penitencia...", ha querido que toda la vida de los creyentes fuera penitencia.

Esta afirmación -a pesar del halo de beatitud monacal y santonería ascética que la envuelve- niega la piedra angular de la Justicia sobre la que Dios trabó el Edificio maravilloso de nuestra Redención. Niega, nada más ni nada menos, la gratuidad de la remisión de todas las culpas, penas y delitos cometidos por el hombre antes del Bautismo. Me explico: Si donde hubo hay y sigue habiendo Gracia y Absolución, por la Fe queda anulada la condena que por sus delitos el hombre antiguo se merecía (hablando siempre de todos los delitos cometidos antes del Bautismo). El nacimiento del hombre nuevo en la Fe implica la absolución de todas las faltas cometidas por el hombre antiguo; de manera que las penitencias debidas a las condenas a que se sujetan tales delitos son anuladas por el espíritu de Cristo, por cuya Gracia queda limpio el hombre nuevo de todos los pecados cometidos antes del Bautismo. Pero si el Bautismo no trae remisión y olvido de todos los delitos cometidos por el hombre antes de nacer a la vida del espíritu por la Fe en Jesucristo, delitos por los que de imponérsele castigo con objeto de ganarse el Cielo, y debiera el hombre hacer penitencia toda la vida, en este caso Jesucristo sí quiso decir lo que el R. P. Lutero dijo, que aun habiendo vuelto a nacer: el que nace debe pasarse la vida penando las culpas del que murió. Veamos cómo resolvemos este misterio.

Caso Adán. Por su delito Adán cumplió penitencia de por vida; fue condenado a morir, y murió. Por su culpa habiendo sido el mundo despojado de su Herencia: la gloria de los hijos de Dios, el mundo vivió en aquel estado de penitencia o cadena perpetua, o como quiera llamársela, efecto y consecuencia de vivir sin Dios. Cuando Jesucristo vino, y conquistó para la Plenitud de las Naciones la Gracia de la Fe, aquél Derecho del que fuimos despojados nos fue restituido. Ciertamente sin méritos por nuestra parte -en palabras de los santos-. El hecho es que con méritos o sin méritos la condena fue abolida, y gratuitamente, de manera que tras el Bautismo ningún hombre necesita vivir la gloria

de la Libertad arrastrando por el camino la cadena y la bola que durante tantos milenios la Humanidad arrastrara por culpa de la Ignorancia de aquel Adán.

Caso Saulo de Tarso. Criminal, asesino de la peor especie, perseguidor de inocentes ante las leyes humanas y divinas, inquisidor implacable y mensajero de una solución final que planeaba llevar a la cámara de las lapidaciones a miles de hermanos de raza bajo la única acusación de ser cristianos. Por la Fe Saulo fue absuelto de todos sus crímenes. Si la voluntad de Jesucristo fue que toda la vida del cristiano sea penitencia, la condena total por los delitos que aquel Saulo cometió contra los primeros cristianos ciertamente hacía merecedor a San Pablo de pasarse el resto de la vida haciendo penitencia a saco y ceniza. Y sin embargo no fue así. El Bautismo ahogó al hombre viejo -en sus palabras- y trajo a luz un hombre nuevo, de manera que Pablo ya no era deudor de Saulo, sino de Jesucristo. Supuesto el caso que Lutero tuviera razón y la voluntad de Jesucristo fue que el cristiano viviese en penitencia perpetua, San Pablo no era deudor de Jesucristo, sino de Saulo, gracias a cuyos crímenes nació Pablo. Resultando ahora de aquí que la necesidad de pecar es más grande cuanto más grande se quiera la santidad.

"Peca, es decir, adultera, mata, roba, envidia, levanta falsa testimonio, odia a tus enemigos, corrompe, destruye...Y sin miedo porque todos nuestros pecados los lava la Sangre de Cristo" -palabra de Lutero, amén-. Desde esta perspectiva de la relación deuda-deudor entre el hombre viejo y el hombre nuevo esta declaración de crimen contra el Evangelio se entiende mejor. Porque si Pablo nació de sus crímenes y no de Cristo, en este caso igualmente quien quiere acercarse a Dios debe procurar ser un pecador, y según la distancia a la que quiera ponerse de Cristo procurar que sus crímenes sean mientras más grandes mejor.

Es obvio que este contexto psicológico, del que Lutero extrajo su conclusión sobre la relación entre la santidad y el pecado, haciendo a Pablo deudor de Saulo y no de Jesucristo, es una barbaridad. Si ajustamos los presupuestos de la Redención a esta barbaridad el crimen es el camino a la Fe, de manera que sólo cometiendo un crimen, mientras más grande más garantía de atracción, se puede alcanzar la Gracia. Como si dijéramos que Saulo nunca se hubiera hecho merecedor de atraer la atención de Dios de no haberse convertido en su enemigo; por lo cual mientras más crímenes contra los hijos de Dios cometamos con más garantías atraeremos sobre nosotros la grandeza de la que Saulo hizo merecedor a Pablo. Estas palabras de Lutero: "Peca, es decir, adultera, mata, roba, envidia, levanta falsa testimonio, odia a tus enemigos, corrompe, destruye...Y sin miedo porque todos nuestros pecados los lava la Sangre de Cristo" -y amén- dichas por el Diablo se comprenderían a la perfección, y lo ilógico sería que el Diablo dijera lo contrario. En boca del Hombre Nuevo es perfecta locura y demencia. Pues habiendo muerto el Hombre Viejo bajo el peso de tales delitos la recaída del Hombre Nuevo, que ya se lavara de tales crímenes en la sangre preciosa de Cristo: ¿de los crímenes por los que el Hombre Viejo se merecía el Infierno bajo qué contexto podrá el Hijo de Dios volver a bajar y dejarse crucificar para redimir una vez más al que ya fue redimido?

Habla el Pablo que enterró a Saulo y no volvió a resucitarlo, (que es lo contrario que hace quien sigue el consejo de Lutero): "¿Qué diremos, pues? ¿Permaneceremos en el pecado para que abunde la Gracia? De ningún modo. Los que hemos muerto al pecado,

¿cómo vivir todavía en él? ¿O ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados para participar en su muerte?....Pues sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado para que fuera destruido el cuerpo del pecado y ya no sirvamos al pecado. En efecto, el que muere queda absuelto de su pecado...". (Romanos-El cristiano, unido a Cristo por el bautismo). Y otra vez: "Que no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, obedeciendo a sus concupiscencias; ni deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, sino ofreceos más bien a Dios como quienes, muertos, han vuelto a la vida, y dad vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.... ¿Pecaremos porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la Gracia? De ningún modo...Pues la soldada del pecado es la muerte; pero el don de Dios es la vida eterna en nuestro Señor Jesucristo". (Romanos-El servicio del pecado y el de Dios). ¿Hace falta el Amén? Pero si lo que Jesucristo quiso e hizo fue abrirnos la Puerta de la Libertad para que anduviésemos errantes por el mundo como fantasmas condenados a mostrar la miseria de su condición a todo el universo, entonces el R. P. Martín Lutero tuvo razón al decir que el Bautismo no absuelve al hombre de la penitencia de la que sus delitos, cometidos antes del Bautismo, lo hicieran merecedor. Ahora bien, si Dios derrama gratuitamente su Gracia sobre el que cree en su Hijo, y lo libera por el Bautismo de las consecuencias de sus errores y delitos, por los que estaba cada vez más lejos del Cielo -cosa que está ampliamente probada y demostrada por las Sagradas Escrituras-; y si por amor a su Hijo la condena que se merece el hombre sin Fe, que lo acerca un paso más al Infierno, de pronto y gratuitamente Dios la transfigura en la alegría del que es absuelto de todos sus crímenes -Credo que ha defendido la Iglesia Católica desde sus mismos orígenes-; y si por amor al Hombre quiso Dios derrumbar los muros de la prisión en la que el Imperio de la Muerte mantenía a nuestro mundo -asunto sobre el cual los Apóstoles se explayaron en privado y especialmente San Pablo en público-; y porque podía su Hijo nos abrió la Puerta de la Libertad para que volviéramos a nacer y abriéramos los ojos a la luz del sol de la Verdad -doctrina que los Evangelios reivindican hasta la saciedad-; si esto es lo que hizo Jesucristo, entonces ¿qué es eso de que después del Bautismo el cristiano tiene que vivir como quien vive condenado a penitencia perpetua?

¿Habiendo sido absuelto de su delito por el Bautismo porqué tendría el cristiano que pasarse la vida penando una culpa de la que fuera gratuitamente liberado? Es más, libre, por fin, de aquella cadena y bola que heredó por culpa de Adán, ¿en razón de qué tipo de teología el cristiano debe conservar puesto el traje del esclavo del pecado en lugar de vestirse el traje de la alegría por la Libertad concedida? ¿Quiso decir el R. P. Martín Lutero que el cristiano -liberado del poder de la Muerte- debe vivir como quien está condenado a cadena perpetua y arrastra su culpa de por vida, aun habiendo sido declarado libre?

Puede que el R. P. Martín Lutero quisiera decir eso, puede que no. Personalmente creo que cada criatura está en su derecho de glorificar a su Salvador según su corazón y a nadie debe imponérsele cómo debe llorar ni cuántas lágrimas de alegría bastan. De hecho la Historia del Cristianismo está llena de respuestas sui géneris, a cual más diferente, algunas incluso graciosas, como la de aquél santo ermitaño que se pasó diez o no sé cuántos años viviendo en lo alto de la columna de un templo en ruinas, perdido en el desierto. La cuestión no gira sobre la variedad de respuestas que los cristianos, en agradecimiento a su Salvador, se inventan. ¿O acaso aquél buen hombre fue más y mejor

cristiano que aquel otro que glorificó a su Salvador entregándose a las autoridades romanas y sufrió martirio? La tortilla a la que le estoy dando la vuelta no tiene que ver tanto con la variedad de formas de vivir la Fe, cuanto con el origen de la autoridad de aquéllos grandes hombres que, por virtud infusa de sus títulos académicos, sí se creyeron capacitados para despojar a todos los demás de ese derecho a la Libertad para vivir la Fe según el corazón de cada cual. Por Dios santo ¿quién se creía Lutero que era para imponer su respuesta personal, su forma de darle las gracias al mismo Salvador de todos, a todos los demás cristianos? Esta es la primera cuestión.

La segunda es esta: ¿De verdad fue eso lo que Jesucristo dijo cuando lo dejó todo y se fue al mundo a anunciar su Buena Nueva, que el cristiano no debe alegrarse ni regocijarse por ser contado como Familia de Dios, sino que debe vagar por el mundo con el traje de los condenados a cadena perpetua?

Y aquí va la tercera: ¿Quién se creía el R. P. Martín Lutero que era él para saber lo que Jesucristo quiso decir o quiso dejar de decir? ¿Es que acaso chateaba con Jesucristo y Jesucristo le respondía por la ventanita privada? ¿En mil quinientos años todo el mundo fue tonto de nacimiento hasta que nació él, el intérprete del Espíritu Santo, su confidente, su amigo íntimo? Agustín de Hipona, Ambrosio de Milán, Anselmo de Canterbury, Antonio de Padua, Atanasio de Alejandría, Basilio Magno, Beda el Venerable, Bernardo de Claraval, Buenaventura, Catalina de Siena, Cirilo de Alejandría, Cirilo de Jerusalén, Efrén de Siria, Francisco de Sales, Gregorio Nacianceno, Hilario de Poitiers, Jerónimo, Juan Crisóstomo, Juan Damasceno, Juan de la Cruz, Francisco de Asís, Lorenzo de Brindisi, León el Grande, Pedro Damián, Tomás de Aquino, Pablo de Tarso… ¿toda esta constelación de estrellas del firmamento cristiano, luces divinas brillando en las tinieblas de los siglos para alegría de la creación entera, interpretaron anticristianamente el Anuncio de Jesucristo?

Vamos a ver si a la luz de "la razón clara" cerramos el debate sobre esta primera tesis. Dios viene y nos libera de la penitenciaría en la que fuimos arrojados, ¿y todo lo que se nos ocurre es vivir la Libertad como quien sigue siendo esclavo de la Muerte? Si la pena que nuestro mundo sufrió por la Caída de Adán fue el desconocimiento de Dios, desde el momento que se viviera la libertad cristiana como quien vive todavía en la penitenciaría de la que se fue rescatado: lo que se haría sería elegir vivir libre pero permaneciendo en aquella ignorancia, origen de todos los delitos por los que tuvo que morir Cristo. ¿O no fue la condena que el pecado de Adán firmó sobre nuestras espaldas vivir sin Dios? ¿Hay pena mayor que esta con la que un hijo de Dios, nacido para vivir la vida eterna en el Reino de su Padre, pueda ser atormentado? Y sin embargo esa pena fue la que se le impuso a nuestro Hombre Viejo. Así que habiendo sido liberados y congraciados con nuestro Creador ¿debemos vivir como quien no le conoce ni tiene Dios? ¡¿Esto es lo que quiso decir Jesucristo?! ¿Y lo que quiso decir Jesucristo, ya que Lutero sabía tan bien lo que quiso decir el Hijo de Dios fue lo que él, Lutero, dijera?: "Peca, es decir, adultera, mata, roba, envidia, levanta falsa testimonio, odia a tus enemigos, corrompe, destruye…Y sin miedo porque todos nuestros pecados los lava la Sangre de Cristo". Amén. Amén.

CAPÍTULO 2.

Sobre la penitencia luterana

-Este término (haced penitencia) no puede entenderse en el sentido de la penitencia sacramental (es decir, de aquella relacionada con la confesión y satisfacción) que se celebra por el ministerio de los sacerdotes.

Todos sabemos lo que está escrito. Sin los hebreos no tendríamos el Antiguo Testamento. Y sin los cristianos no tendríamos el Nuevo. Pero gracias a Dios hoy todos sabemos leer y podemos leer la Biblia por nosotros mismos. Así que aquella Era cuando invocando al Espíritu Santo los iluminados de turno golpeaban con el látigo de sus títulos a diestro y siniestro, esos días se han acabado. A nadie excepto al Hombre que compró el nacimiento de este Día al precio de su propia vida le debemos la gloria de nuestra Libertad de hijos de Dios. El fin de la tutela que advenedizos metidos a tutores de la Humanidad tuvieron nuestro futuro en jaque, ha acabado.

Ya no necesitamos a nadie. Lo sabemos por nosotros mismos: la Verdad es Una, indivisible, intransferible, espejo de la Realidad del Universo, imagen de la Omnisciencia del espíritu divino. Y sabemos que esta Verdad fue aborrecida por una parte de aquellos hijos de Dios que en su locura quisieron transformar la Creación en un imperio gobernado por un Olimpo de dioses, todos ellos más allá de la ley, todos ellos inmunes al brazo de la justicia, todos ellos libres de toda responsabilidad por sus actos. Sabemos que el Creador del Cosmos en persona se alzó para dar su última palabra al respecto. Y su última palabra fue un NO.

Atrapado en el conflicto entre Dios y sus hijos rebeldes, en la persona de Adán el Género Humano fue condenado a sufrir en sus carnes las consecuencias de un mundo sometido a semejante imperio. Abandonada a sus fuerzas naturales, a merced de un enemigo que respiraba odio y muerte contra la Humanidad, ésta vivió sin esperanza de Victoria los milenios que separaron a Adán de Cristo Jesús. Pero Esperanza sí que había. Había sido prometida bajo juramento a Abraham, y luego volvió a ser ratificada mediante visiones proféticas. Cuando por fin llegó Cristo Jesús y se enfrentó al Enemigo del Cielo y de la Tierra el número de los delitos contra su Creador cometidos por la Humanidad no tenía fin. Por lo tanto, para los que siendo depositarios de la Promesa habían perdido la esperanza en la Victoria era el arrepentimiento. Para todos los demás era la alegría del que de pronto se encuentra con el Cielo abierto y todo lo que se le pide para entrar es declarar a boca abierta esta Verdad: Dios es Padre y su Hijo Primogénito es Unigénito.

Así estaban las cosas, más o menos, cuando llegó Lutero y afirmó que en lugar de la alegría por la Gracia de la Fe, lo que al cristiano le corresponde es pasarse la vida en penitencia perpetua. En lugar de gritar Victoria y salir corriendo a disfrutar y contagiar a todo el mundo de la alegría por la Libertad, Lutero aconseja vestirse de saco y ceniza, bajar la cabeza y pasarse la vida entera en tristeza perpetua por los delitos cometidos

antes de venir Jesucristo al mundo. Negando así que el Perdón fuera concedido gratuitamente.

Pero la penitencia de la que habla Lutero no es la penitencia según la entienden los sacerdotes y los jueces sin embargo. No. Al parecer hay otro tipo de penitencia. Sobre la cual, no el maestro, sino un discípulo suyo, no con palabras, sino con obras, nos va a iluminar enseguida.

Corría el 1521-22. Ningún católico de a pie había alzado todavía una mano contra protestante alguno, excepto aquéllos famosos obispos romanos, siempre encantados de encontrar alguien contra el que esgrimir la espada del espíritu, un medio como otro cualquiera de recordarle al resto del mundo quién tenía el verdadero Poder.

Karlstadt, un hombre bravo nacido en un tiempo de hombres bravos, se burlaba de la realidad del Poder papista. Y siendo uno de esos hombres a los que les cansan la multitud de palabras y el cuerpo les pide acción, cansado de tanto cruce de palabras entre su maestro Lutero y los enemigos papistas, Karlstadt decidió implantar por cuenta propia el nuevo estado de cosas. Hombre de fuerza más que de Razón, aprovechando que la semilla luterana había encontrado tierra fértil en Wittenberg se hizo con la masa, la lideró y decretó la expropiación in situ de monasterios, conventos e iglesias. Pues que los enemigos de la verdadera religión no se desterraban voluntaria y libremente de Alemania el despojo a la fuerza de sus propiedades y riquezas, tanto de las de los judíos como las de los de católicos, según Karlstadt, era el único medio santo que tales discípulos e hijos del Infierno les dejaban a ellos.

Astuto como un zorro Karlstad se inventó el siguiente argumento: No debían creerse ellos que al despojar a los enemigos de la verdadera religión de sus propiedades cometían delito alguno. Al contrario, al obligarles los católicos a ellos a ayudarles a irse al infierno los enemigos de la religión verdadera les sumaban a un crimen malo otro peor. Primero habían pervertido la religión de Cristo y ahora con su negación a irse al Infierno los obligaban a ellos a igualarse a los criminales y delincuentes, siendo como eran el verdadero pueblo santo del Señor. Amén. Amén.

La masa, fascinada por el pico de oro de su paisano, respondió a una: Aleluya. Aleluya. Y, obedeciendo a su líder con la fidelidad robótica de una bestia a sus instintos naturales básicos, de la noche a la mañana monasterios, conventos e iglesias fueron asaltados y despojados de todos los dineros, muebles, vajillas de plata, sábanas de seda. En fin, privados de todo lujo y lucro. ¿De qué uso les iba a servir en el Infierno tenedores y cuchillos, mantas y pieles a quienes de todos modos se iban a pasar la eternidad castañeando dientes? -se dijeron riendo.

Hombre muy astuto Karlstadt, con la excusa del socorro a los pobres, puso todos los dineros en una caja fuerte común y se quedó él con la llave. Llegada la noche Karlstadt se fue a la cama. Cual Jesucristo despidiendo a las muchedumbres después de la multiplicación de los panes y los peces, Karlstadt les dio a todos las buenas noches, y su rebaño de fieles se fue también a la cama.

Esa noche, mientras dormía, Karlstadt tuvo un sueño profético. El espíritu divino que habitaba entre su pecho y espalda le mostró una escritura en la pared, que decía: "Al reino de los listos, bienvenidos todos los tontos".

Excitado por la revelación Karlstad se levantó riendo. Desayunó, abrió la puerta y se fue al encuentro de la congregación de los nuevos santos. Reunió a todos sus fieles, abrió la boca y les reveló el invento.

En efecto, había encontrado el método infalible para acabar con la pobreza. La congregación abrió la boca. Karlstadt les juró que la visión era verdadera, y su ejecución era para pronto. Mejor aún, para ya. Así que desde ese momento y para siempre quedaba abolida la mendicidad y la pobreza. En adelante quedaba prohibido ser pobre y mendigo; a cualquiera que se le hallare pidiendo limosna, por su ofensa contra la comunidad negando con su existencia que practicara la fraternidad cristiana, a todos los pobres y mendigos que desafiaran a la comunidad se les condenaba a la cárcel. Y ya está, ya estaba hecho el Cielo en la Tierra.

Hombre, al principio sus fans se quedaron un poco espantados. El divino Karlstadt les explicó entonces el teorema de su reino. Para que haya pobreza debe haber pobres, ¿verdad? ¿Pero si no los vierais diríais que hay pobres? No. Porque la ley de la verdad quiere que se vea con los ojos aquello que se declara con la boca. Luego si nadie ve pobres ni mendigos en las calles, lo que los ojos no pueden corroborar con imágenes la boca no puede demostrarlo con palabras. Por consiguiente de aquí se deduce y se infiere la necesidad santa de declarar proscritos a los pobres y que prohibir la mendacidad es razón de orden divino.

Otra vez los fieles de Karlstadt se quedaron con la boca abierta. Aquél hombre es que hablaba palabras de una sabiduría infusa. Y, maravillados por la infinita ciencia que el Dios Oculto había derramado en los hijos de la Nueva Alemania, la masa luterana se fue a predicarles a los mendigos la Buena Nueva: “Por obra y gracia del espíritu santo del profeta Karlstad ya no sois pobres”.

Aquellos pobres desgraciados se miraron alucinados preguntándose qué eran entonces, ¿actores sin papeles en el teatro de la vida? Al reino de los tontos sean bienvenidos los listos; invirtiendo el sueño se dijo Karlstadt, “no habiendo pobres no se tiene necesidad de emplear el dinero confiscado en socorrer las necesidades de unos mendigos que por decreto ya no existen”. Una forma muy sutil, por luterana, de instaurar el reino de los cielos en la tierra. El caso es que más astuto que el diablo, no fuera que un espabilado se parara a darle vueltas al argumento de su jefe, para despistar la atención de sus feligreses Karlstadt encendió en sus ignorantes cerebros el fuego de la pasión iconoclasta, y allá que se los llevó a construir el reino del amor al prójimo sobre las cenizas de las iglesias papistas y sus estatuillas de santos y vírgenes.

La Gran Historia había demostrado ya que, aunque dormida, la pasión contra la idolatría que el primer cristianismo viviera podía ser despertada y dirigida contra el propio cristianismo. El primer hombre en despertar a la Bella Durmiente fue el príncipe

León III, emperador de Bizancio, con un beso en el 726, y -pues que al parecer no acabó de despertarse- de un decretazo en el 730.

Despertada la Bella Durmiente de aquella manera por orden de su Príncipe Imperial la destrucción de imágenes de vírgenes, santos, patriarcas, beatos, emperatrices y demás pinturas y esculturas típicas de la iconografía bizantina dio paso a las matanzas criminales típicas de cualquier régimen de terror. Seguida de las hordas iconoclastas bizantinas aquella Bella Durmiente impuso en iglesias y monasterios su régimen de escuela estalinista. Bajo la mirada de acero de León III la destrucción de las imágenes y estatuas, aprovechando el éxtasis contagioso natural a una banda de saqueo y pillaje, degeneró en estrangulamiento de frailes y curas, violación de monjas, asesinato de fieles y robo a placer de los tesoros de las iglesias y conventos ortodoxos.

Esto pasó en el siglo VIII d.C. Desde la coronación del Príncipe de aquella Bella Durmiente y la Declaración Pública de estas Tesis habían pasado, curiosamente, ocho siglos. Era para que de sus *memoirs* la Civilización hubiera aprendido algo.

Evidentemente cuando digo que aquella masa era ignorante no lo digo en vano. Una sabiduría que se dice bajada del Cielo y desconoce la Historia de la Tierra es tan sabia como sabio fue el Karlstadt de este cuento. Rey de aquel reino de listos que se apuntaron a seguir al flautista de Wittenberg a la cama de cristal donde dormía la Bella Durmiente, Karlstadt encendió sus mejillas con un beso. La Bestia que llevaba dentro aquella Bella abrió los ojos. Maravillados los de Wittenberg aullaron al mundo de los vivos su regreso. El resto del cuento de hadas interpretado por Karlstadt y sus hordas de ratones iconoclastas se puede imaginar. Quema de iglesias, violaciones de monjas, curas papistas enviados al Infierno, fieles apaleados, algún que otro judío a la hoguera.

Lo normal. Tampoco hay que hacer una tragedia de cuatro crímenes y medio. Además que los santos, como los fuertes ayudan a los débiles a morirse, cumplen con su deber de ayudar a los pecadores a alcanzar el Infierno y nadie debe ver un crimen donde sólo se hace ejercicio de la Caridad Cristiana más pura. Recordemos sus propiedades:

"La caridad es longánime -es decir, generosa-, es benigna -o sea, bondadosa; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo espera, todo lo tolera". En fin, palabras de un santo. Y los santos como los genios, ya se sabe, no están del todo bien de la cabeza; se les da la razón como a esos tontos a los que se quiere; pero ya está, tampoco va uno a hacerles caso hasta el extremo de igualarse en la locura ya que no se puede en la sabiduría. De esto Karlstad entendía más que Pablo y Salomón juntos; era discípulo del Reverendo Padre Martín Lutero.

El cuento del príncipe Karlstadt y su horda de ratones iconoclastas acaba diciendo que el Maestro vino a Wittenberg, abrió su boca y con el poder de su palabra durmió de nuevo a la Bella Durmiente. Pero lo que no cuenta es si con su palabra resucitó a los muertos, sanó a los enfermos, restituyó lo robado o les devolvió la libertad a los mendigos. Pero claro, si los vencedores son los que escriben la Historia, y los luteranos fueron los vencedores, no se puede esperar que ellos mismos tiraran piedras contra su

tejado contando toda la verdad sobre los crímenes cometidos por las hordas iconoclastas protestantes durante la Reforma. Lo natural y lógico era lo que hicieron, hacer la vista gorda y minimizar aquél régimen de terror que la Bestia con Cara de Bella Durmiente impuso contra católicos, anabaptistas, campesinos y judíos en todo el territorio reformado. Atrapados sin embargo en el dilema que un día le estrujó con su puño de hierro al historiador de los judíos las agallas, obligándole contra su voluntad a incluir la palabra Cristo en su Historia, los alemanes de Lutero tuvieron que citar el triste episodio de Karlstadt, y admitir que aquél episodio fue la declaración oficial de aquella guerra en el origen de las terribles matanzas que llenaron las páginas de la Historia de la Reforma y la Contrarreforma.

El R. P. Martín Lutero se absolvería hasta el final de su vida de todos los crímenes cometidos en nombre de su doctrina, y se moriría diciendo: “Mientras no sea refutado por la Sagrada Escritura o por la clara razón, no puedo ni quiero retractarme de nada, pues obrar en contra de la propia conciencia es malo y peligroso. Amén”. Amén, amén.

En relación a esta tesis segunda, la cosa es que, no habiendo Jesús pronunciado jamás Orden de Penitencia Perpetua, que esa penitencia de la primera tesis se refiera a la conferida por los sacerdotes o a las que a sí mismos se confieran los luteranos tiene que ver muy poco con el Jesús de los Evangelios y sí mucho con el Jesús del Apocalipsis. La penitencia, en efecto, caso de la Parábola de la Oveja Descarriada, le conviene al cristiano que, como Lutero, se perdió en los meandros de su grandeza. Para los demás, para los que no han gozado las mieles del Bautismo es el arrepentimiento, porque se acerca el Reino de los cielos, el Reino de la Alegría. Así pues, contra Jesús afirmaba Lutero que Cristo quiso decir lo que jamás dijo.

Interpretar la voluntad de Dios es un ejercicio peligroso. Y si encima se interpreta su voluntad sobre algo que Él nunca dijo el peligro se convierte en hazaña. Y las hazañas sólo les convienen a los héroes. Como, por ejemplo, al Satán que retó a Dios a que cumpliera su palabra de aplastarle la Cabeza.

CAPÍTULO 3.

Sobre las mortificaciones de la carne

-Sin embargo, el vocablo (haced penitencia) no apunta solamente a una penitencia interior; antes bien, una penitencia interna es nula si no obra exteriormente diversas mortificaciones de la carne.

Cómo una nación que en su día llegó a mirar al resto del mundo como quien mira a criaturas inferiores pudo caer en la trampa de un fraile arrepentido que juró que la Gracia es gratuita y la Fe sola salva, pero que entretanto la penitencia es de por vida y, a ser posible, acompañada de algún que otro garrotazo voluntariamente administrado, éste sí que es un misterio. En primer lugar el R. P. Martín Lutero se niega a aceptar gratuitamente el Perdón que viene de la Redención y se manifiesta en el Bautismo. Aunque Lutero admira esa Misericordia que concede la Absolución sin pedir nada a cambio y se siente anonadado por tan inmensa Gracia, no puede aceptar gratuitamente el Bautismo, y se somete voluntariamente a un régimen de penitencia interior perpetua. Agradece pero no acepta. Comprende pero no quiere recibir tantísimo sin dar algo a cambio. Así que liberado de la cárcel en la que todos estábamos condenados, en agradecimiento el R. P. Martín Lutero se compromete a llevar el traje de penitenciario durante el resto de sus vidas, ad maiorem Dei gloriam, por supuesto.

Todavía hay más. De vez en cuando, puesto que vivir en penitencia interior no le parecía una forma suficiente de agradecer lo que nunca esperó obtener, para que todo el mundo viera lo santo que era, de vez en cuando iba a coger el garrote y se iba a administrar voluntariamente una paliza.

El Mundo Moderno acababa de nacer. Las supersticiones y las costumbres de las edades medievales pedían permiso para retirarse y dejar paso a una nueva Edad. Infinitas cosas pedían permiso para retirarse. Entre ellas aquella costumbre medieval de administrarse palizas como medio de purificación santificante de la carne.

Con la Edad Moderna esa tara psicológica sería desterrada de la conciencia cristiana. O era de esperar. Pero he aquí que de pronto las tinieblas se hacen hombre y piden permiso para convivir con la luz del día. Lutero no sólo no acepta la gratuidad de la Gracia, además de imponerse el deber de pagar el Perdón con una vida en penitencia perpetua, cosa que sólo Dios podía ver, iba a salvar del destierro -al que la Edad Moderna quería expulsarla- aquella vieja costumbre de pegarse palos en la espalda y llevar faja de esparto debajo de los pantalones. Y sin embargo Lutero seguiría diciendo que la Fe sola salva.

¿Hipocresía, majadería de ese loco que -se dice- siempre acompaña al genio? ¿El mundo entero admirando la aurora de una nueva Edad y Alemania negándose a dejar atrás las llamadas Edades Oscuras? ¿No es esto refutar por “la clara razón” la demencia que es imposible refutar por la Sagrada Escritura?

Vale que uno por sí mismo decida querer retribuir a Dios por su Gracia viviendo en estado perpetuo de tristeza interior, como quien está atormentado por lo malo que fuera y es incapaz de perdonarse a sí mismo. Vale, se concede esta debilidad.

Vale todavía que incapaz de perdonarse a sí mismo uno se pase la vida dándose cabezazos contra la pared. Allá cada cual. Pero querer imponerle al resto del mundo esa incapacidad, y encima ir por la vida predicando la auto mortificación, la verdad, yo creo que una doctrina así no tiene por donde ser tomada en serio entre hombres de salud mental sana y fuerte.

Es lo que en las tesis hasta ahora analizadas le pidió el R. P. Martín Lutero a la nación alemana, que: Pues que la sabiduría de los hombres es locura a los ojos de Dios y la locura de Dios sabiduría a los ojos de los hombres, y viceversa, ¿por qué no cambiar la salud por locura sabiendo que la locura a los ojos de los hombres es sabiduría a los ojos de Dios?

Había que ser mucho maestro en artes retóricas para rescatar de edades oscuras en pleno estado de agonía actitudes psicológicas que en la Edad Moderna no podrían subsistir sino en su forma patológica. La fe sola salva, pero el creyente debe acompañarla, en agradecimiento por la Gracia, de una cara interior de perros sin dueño, como la cara del que vive en duelo perpetuo, penitencia a acompañar de alguna de las clases de mortificaciones de la carne en la que los hijos de las edades oscuras fueron expertos.

¿Y esto es lo que quiso decir Jesucristo cuando dijera: Arrepentíos porque se acerca el Reino de los cielos?

¿Pero el reino de los cielos no es alegría y salud y felicidad y libertad y amor a la vida y amor al prójimo y amor al Sol y amor a la Luna y amor a todas las cosas de la creación, y alegría que se desborda por los dientes e inunda las orejas de todos con risas que no mienten y canciones que no paran y promesas que no se rompen y abrazos de despedida y besos de vuelta, y compartir el pan y la manta y las tristezas lo mismo que las alegrías?

¿Ya el reino de los cielos dejó de ser todo esto y más?

¿Desde cuándo el reino de los cielos dejó de ser inteligencia abierta al conocimiento de lo desconocido, entendimiento despierto siempre atento a los cambios de los tiempos y dispuesto a seguir el curso del viento que viene del Espíritu, sabiduría en crecimiento que se apoya en todos para juntos alcanzarlo todo?

¿Por orden y decreto del R. P. Martín Lutero y su consejo de santos sabios debíamos olvidarnos de la alegría de ser más que inmortales, porque se nos ha concedido la vida eterna a imagen y semejanza de la divina, y donde debiéramos estar pegando botes de alegría se nos debe hallar con la tristeza del penitente? ¿Y con el látigo de la locura de las edades oscuras golpeándonos fuertes las espaldas, los muslos, los brazos, allá donde el pecado habita, ese hijo de la Muerte?

¿Entonces la Fe no nos liberó del pecado? ¿Somos hijos de Dios sólo de palabra? ¿Todo fue una mentirijilla?

¿Seguimos siendo sólo eso, monos desnudos que tienen la capacidad de imitar a los dioses? Luego tenían razón los ángeles rebeldes al despreciar al Hombre en razón de sus orígenes.

Fuimos golpeados en nuestra Infancia y pasamos la Adolescencia en lucha perpetua por la supervivencia. Nuestro futuro era la destrucción. Sólo había Uno que podía abrirnos una puerta en el muro. Y lo hizo.

Nos abrió la Puerta de la vida eterna sin pedirnos nada a cambio. Sólo eso, ser libres. ¿Y quiere un Lutero, que fue incapaz de vivir a pleno pulmón la libertad de los hijos de Dios, que todo el mundo la viva a su manera patológica, andando por la vida en penitencia interior perpetua y con el látigo de las mortificaciones al cinto dispuesto a golpear espaldas, cuando no la propia al menos la ajena?

Ahí va el nuevo Jesucristo, el nuevo jefe de los ejércitos del Señor. En ausencia de su Capitán Divino el pueblo alemán se ha dado por campeón un héroe de la Penitencia Perpetua ad maiorem Dei gloriam. No va por ahí diciendo: Alegraos, porque sois ciudadanos del reino de los cielos. No. Va predicando saco y ceniza. En la mano lleva un látigo. Dice que es para expulsar a los vendedores de indulgencias. Temblad, pecadores. Dios os dio la Fe gratuitamente, pero su Vicario alemán os va a cobrar la deuda con sangre. Preparaos a devolver sangre por sangre, lágrima por lágrima. Dios os dio la libertad sin mérito alguno de vuestra parte; es hora que empecéis a darle las gracias. La Fe sola salva, pero no es suficiente, así que coged el látigo y golpearos la espalda hasta que os sangre el alma. No la sangre de Cristo sino la vuestra os ganará el Cielo. Amén. Amén. Así habló el R. P. Martín Lutero, y abriendo su boca, dijo:

CAPÍTULO 4.

El odio al propio yo

-En consecuencia, subsiste la pena mientras perdura el odio al propio yo (es decir, la verdadera penitencia interior), lo que significa que ella continúa hasta la entrada en el reino de los cielos.

Vanidad de vanidades y todo es vanidad- dijo el sabio. Una vida entera estudiando Filosofías y Teologías sólo y únicamente para poder vanagloriarse delante de todos y decir con la cabeza muy alta: Yo soy Maestro en Artes y en Sagrada Escritura, así que oídme: Jesucristo vino a predicar el Amor al prójimo, amigo o enemigo; yo, Lutero, vengo a predicar el odio al propio Yo, a tu Yo propio, al suyo, al de ellos...

Uno, que es un pobre ignorante sin títulos de ninguna clase, y todo lo que tiene para guiñarse el ojo al espejo es su cara dura, pregunta: Señor sabio maestro en retórica, metafísica, dialéctica y teología, ilumíneme por favor y dígame en qué pasaje del Nuevo Testamento puedo leer yo que Jesucristo dijera: Odiaos a vosotros mismos. O simplemente puso en su boca la palabra Odio.

Así que ¿se puede refutar por “la razón clara” lo que ni con la Sagrada Escritura ni con la ciencia ni con la cordura tiene por dónde cogerse? Pero bueno, ya que he

respondido al reto no voy a echarme atrás ante la falta de pies y cabeza de estas primeras tesis. Intentaré encontrarles algo decente.

Si -hilando pensamientos- la verdadera penitencia interior es el odio a uno mismo y esta penitencia es a perpetuidad y por tanto el odio hacia el Yo propio es de por vida, pregunto, ¿cuándo me quedará tiempo para amarme a mí mismo y amar a los demás como me amo a mí mismo?

¿Y cuánto tiempo me quedará para disfrutar del reino de los cielos en vida si me paso toda la vida esperando a que la muerte me llegue para entrar por fin en él?

Está bien que la esperanza no se vea, porque entonces no sería esperanza. Esto lo dijo San Pablo. Y el hombre tenía toda la razón del mundo. Si ves lo que esperas es que ya lo tienes, y si lo tienes es de tontos no coger lo que ya es tuyo simplemente porque te gustó ese estado de expectación constante; como el que ha estado esperando el tren y se lo ha pasado tan bien en la sala de espera que cuando viene ni lo coge. Aunque romántico es de locos.

Y sin embargo la esperanza existe. Y existiendo es como la Promesa que se saborea y en su Cumplimiento se alegran los huesos, las neuronas, los músculos y hasta los dientes se ríen sin que los puedas controlar. Claro, que si Dios no es capaz de cumplir lo que promete, en este caso sí sería conveniente pasarse la vida en penitencia perpetua, amargado y desesperado, odiándose a uno mismo por no poder extirparse del cuerpo esa esperanza.

¿Puede o no puede Dios cumplir sus promesas? Yo ya no me acuerdo. Será que me estoy haciendo viejo.

Así que si hay alguno por ahí que pueda enseñarme el sentido del odio al Yo como puerta hacia la salvación, por favor, que lo haga. A las puertas de la tercera edad aún no he logrado penetrar en el misterio de esa sabiduría protestante que afirma que hay que odiarse a sí mismo para ganarse el Cielo.

Y es que me temo que al no haberme podido odiar nunca con esa intensidad, ni con media, ni con una parte cualquiera, me temo que se me vaya el alma al Infierno.

En nombre de la Caridad lo ruego: ¿Me puede explicar alguien cómo puedo odiarme y amarme al mismo tiempo?

Ojalá que mi grito llegue al Cielo y alguien aquí abajo tenga Caridad de mi ignorancia, y acercándose a mi alma la toque con la vara de su sabiduría, en plan Moisés tocando la piedra, para que de la piedra de mi corazón mane el agua viva de la verdadera ciencia, ésa que enseña a odiarse a uno mismo hasta la muerte y amar a Dios toda la vida.

Mi miedo a no poder comprenderlo azota mi espíritu con terrores horribles al Infierno, ya que si estoy condenado a odiarme a mí mismo a perpetuidad, pues que aquí está la verdadera penitencia interior, ¿cuándo amaré a Dios con todo mi corazón si mi corazón está preocupado exclusivamente en mantener vivo el odio a mí mismo?

¿Y si por odiarme a mí mismo tanto tiempo no encuentro tiempo para amar a mi Dios con todo mi corazón y con todo mi alma cuando llegue al Cielo cómo voy a decirle: Padre, te quiero?

¿Dios es tonto y no sabe diferenciar entre una verdad y una mentira?

Lo único que necesito encontrar es la respuesta a esta pregunta: ¿Puedo odiar a mi propio Yo y a la vez amarme a Mí mismo? El día que la encuentre seré feliz por la eternidad de las eternidades infinitas.

Ya sé que el R. P. Martín Lutero está a la espera del Juicio y tiene el pobrecito una pierna en el Infierno más que la otra en el Cielo. Me imagino que entre sus herederos, más sabio que el maestro pues que la evolución no perdona a nadie, alguno habrá que sea capaz de sacarme de mi asombro.

¿Cómo puedo odiar a mi Yo propio y sin embargo amarme a Mí mismo?

¿El Sí Mismo y el Yo Propio son la misma cosa o son dos cosas diferentes? Mi dilema debe venir de mi inexperiencia con la esquizofrenia. Por ejemplo con la faringitis.

Sé al instante cuando me viene. La primera vez me llevé un susto terrible. El farmacéutico se rió viéndome la cara. Todavía lo recuerdo riéndose de mi cara de pardillo. La segunda vez me lo tomé con más calma. La tercera no me hizo falta ni receta. Ahora cuando viene no le doy respiro, tabletas al canto y la mato antes de atrapar la fiebre. La experiencia manda.

Síntomas esquizofrénicos, por contra, no he sufrido nunca. Por esto me pregunto si el amor a uno mismo que nos pide el Evangelio, condición sine qua non para amar al prójimo, y el odio al Yo propio que pide el R. P. Martín Lutero pueden vivirse por una misma persona sin caer el individuo en un estado alucinatorio esquizoide de alguna consideración y gravedad específicas, de naturaleza seudomística o de cualquier otra neuropatología.

En fin, ¿cómo conjugar esta doctrina del odio hacia el Yo en cuanto verdadera identidad del cristiano de verdad, el auténtico, el superior, con el Amor hacia el Mí mismo que me pide Jesucristo y según la intensidad del amor con el que me amo a mí mismo amar a mi prójimo, a mis amigos, a mis enemigos, a mis hermanos y al resto de la creación entera?

Por más que lo pienso sigo sin comprender la infinita sabiduría del dilema luterano: Odiarme y amarme a mí mismo al mismo tiempo. ¿Es que el Yo y el Sí mismo son dos cosas diferentes? ¿Una cosa es mi Yo y otra cosa es el Mí mismo? Puede que me repita, pero es que no logro cogerle el truco.

Vamos a ver, ya que estoy dando la cara ahora no voy a abandonar por mi incapacidad para comprender el tema. Si Jesucristo me pide amar a los demás como me amo a mí mismo pero Lutero me dice que debo odiarme a mí mismo, ¿no está Lutero prohibiéndome que ame a mi prójimo mediante el artificio retórico de odiarme a mí

mismo como condición de santidad a los ojos de Dios? ¿O puedo amar a mi prójimo tanto como me odio a mí mismo? ¿O siquiera odiarlo como me odio a mí mismo? ¿O amar a mi prójimo y odiarme a mí mismo?

Nada, por más que lo intento no salgo de mi perplejidad. Cuando Jesucristo dijo: Haced penitencia ¿quiso decir que nos odiásemos a nosotros mismos, y toda nuestra vida fuese un odio perenne al Yo propio?

Si me odio a mí mismo y en consecuencia odio a mi Yo ¿a cuenta de qué me va a importar a mí la salvación de ese Yo que odio y es la causa de mi imposibilidad de amarme a mí mismo?

Y asumiendo que Jesucristo quiso que mi vida fuera una penitencia interior perpetua y la penitencia interior perfecta está en el odio a mi Yo propio ¿por qué a su evangelio se le llama el Evangelio del Amor? ¿Es que hay dos evangelios, uno del Amor y otro del Odio?

Y si la consecuencia del amor a mí mismo es el amor a mi prójimo ¿la consecuencia del Odio a mi Yo propio no será el odio a mi prójimo?

Y si el amor al prójimo requiere que se cumpla la necesidad del amor a mí mismo ¿qué necesidad se cumple a raíz del Odio al Yo propio?

Hombre, odiar, odiamos todos en algún momento de nuestras vidas. El mismo Dios odia el espíritu del Diablo con tantas fuerzas que el fuego de ese odio no se consume nunca.

Vamos ¿quién no se ha odiado a sí mismo alguna vez?, ¿pero dónde está ese loco que hará de ese odio pasajero regla magíster? Caso de existir este loco ¿ese odio hacia sí mismo no lo acabaría consumiendo en un apocalipsis de delirio suicida?

La razón clara y la Sagrada Escritura se unen a un mismo tronco para declarar que difícilmente aquél Jesucristo que puso el Amor tan alto podía pedirnos que nos odiáramos a nosotros mismos como condición para entrar en su Reino. Así que ¿de dónde le venía a Lutero aquél odio hacia sí mismo?

¿Tal vez del hecho de haber tirado por la borda una brillante carrera de abogado por culpa de un momento de debilidad? ¿Si se arrepintió de haber tirado de aquella forma tan precipitada su vocación de abogado porqué no colgó los hábitos? ¿Prefirió cultivar al odio hacia sí mismo en su celda antes que dar su brazo a torcer y reconocer que la vocación no se impone, se nace con ella?

¿Comparable la experiencia de aquel Pablo de Tarso a quien tirara del caballo el propio Jesucristo con la experiencia del que se pierde en una tormenta, se asusta bajo un diluvio de rayos y truenos, se caga patas abajo y hace voto de meterse en un convento si sale vivo de algo tan natural como una lluvia torrencial?

¿Puede el orgullo propio llevar a un hombre hasta tal punto de destrucción interior? Parece que sí. De hecho el orgullo propio ha causado más tragedias que los dioses del caos y la fortuna ciega.

En el caso de Lutero el dilema psicológico tuvo una estructura patológica de lo más elemental. Si no cumplía su voto se odiaría a sí mismo por no ser capaz de ser un hombre de verdad. Y si lo cumplía se odiaría de todas maneras. La cosa es, ¿era esto suficiente para arrojarse por la pendiente esquizoide del odio hacia el Yo propio?

La decisión era suya, pero personalmente no creo que la decisión a tomar fuera tan complicada ni hubiera motivo suficiente para transformar un molino de viento en un dragón maléfico en razón de un error que siempre pudo haberse corregido sin necesidad de echar abajo los muros de la iglesia universal.

Un momento de nervios lo tiene cualquiera. En una ocasión como aquella, perdido en medio de la nada bajo una tormenta torrencial, que Lutero hiciera voto de virginidad, de castidad o de lo que fuera, dado su *background* católico no tenía por qué extrañarle a nadie ni ser para él tema de vergüenza *ad eternum*. Sus padres y sus amigos comprendieron y ninguno se rió de su pronto. Hombre, seguro que con ese carácter asustadizo ninguno de los hombres que le estaban dando la vuelta al mundo por océanos desconocidos hubiera superado la distancia entre la primera tormenta en alta mar y su gemela perfecta. De todos modos nadie esperaba de un abogado que fuera un Francis Drake, un Vasco de Gama o un Cabeza de Vaca. Cada cual en su lugar.

¡Qué importa si uno gatea hasta el techo de los Himalayas y otro inventa la imprenta! Dios a nadie desprecia y ha hecho que todos necesitemos de todos. No porque uno aguante más minutos bajo el agua que otro tiene más agallas. Lo importante es encontrar el lugar de uno -bla bla bla.

¡Cuánta razón tenían sus padres y sus amigos! Una vez pasado el susto del rayo que le tocó el orgullo, el tiempo que lo cura todo curaría también la espina que había de dejarle no haber cumplido aquel voto hecho de aquella manera; y desde su bufete de abogado recordaría Lutero aquella experiencia desde otra perspectiva. ¿O no?

Aquella heroicidad de mantener el orgullo propio contra la lógica del consejo de sus padres y sus amigos únicamente podía conducirle a la locura de descubrir el error demasiado tarde. Entonces sí que se odiaría a sí mismo por no haber sido más humilde y haberse creído que en toda la historia de la humanidad jamás hombre alguno pasó por una tormenta tan terrible y asombrosa. ¿Acaso no había leído la Odisea?

El héroe alemán, podemos diagnosticar con tranquilidad, fue un valiente que tomó una decisión equivocada. Y, atrapado en el odio a sí mismo por no haber silenciado la voz de su orgullo, como aquél Quijote que veía gigantes donde sólo había molinos de viento, empezó a ver dragones donde sólo había humanos. Sólo eso, no santos, no demonios. Sólo eso, hombres. Y del odio hizo su fuerza, su estandarte, su espada y su evangelio.

El odio hacia Dios que confesó haber vivido en su celda no fue más que eso, el odio hacia sí mismo por no haber sido capaz de reconocer que se equivocó. El odio que confesó

hacia el Dios Oculto fue la máscara tras la que su inconsciente ocultó el Odio hacia sí mismo por no haber sido capaz de reírse de su debilidad. Y tras la que siguió escondiendo el Odio hacia el Yo propio suyo que con su orgullo lo seguía empujando a seguir adelante con el hábito aun cuando estaba viendo que el odio hacia la vida eclesiástica se le estaba pegando en los huesos y le estaba corrompiendo el alma.

¡Cómo no odiar a su Yo propio! No tuvo nunca que haber seguido para adelante y no se atrevía a dar marcha atrás. ¿Razones para odiarse a sí mismo? Sólo le hubiera bastado pedir la dispensa, colgar el hábito y volver a aquel mundo en plena revolución entre cuyas ondas había crecido y para el que todo su ser se encontraba preparado. Por Dios santísimo, tenía sólo 22 años, ¿por qué no tuvo misericordia de sí mismo? Había terminado Filosofía. Iba a comenzar la carrera de abogado. Tenía un mundo entero por delante y una vida maravillosa para disfrutar. ¡Y qué mundo!

Los horizontes oceánicos se habían abierto y sobre el Abismo cubierto antiguamente por las tinieblas de la ignorancia el espíritu de Dios había trazado surcos hasta las Américas. Los sistemas económicos estaban cambiando a caballo de la revolución social que el Descubrimiento había espoleado. Mil años después de la caída del imperio romano la Civilización volvía a levantar la cabeza, volvía a soñar y desde la Nueva Europa el futuro no podía ser más prometedor para un joven aspirante a abogado llamado Martín Lutero.

Acontecimientos sobrenaturales habían sacudido en el último siglo el curso de la historia universal. De la derrota había nacido una nación que, como ave fénix en sus cenizas a la espera de su renacimiento, se había elevado al pináculo más alto de la fama, y seguía imparable su ascensión en solitario hacia la cumbre del monte de la gloria humana. Sus fundadores la llamaban España.

Sus guerreros invencibles habían demolido el Islam al Oeste y se aprestaban a hacer lo mismo en el Este; sus marineros legendarios recorrían los océanos incógnitos abriéndole horizontes a la Humanidad. Al Sur los italianos habían roto las fronteras inconquistables que el Mundo Clásico le diera como tope a la creatividad del genio humano y los resplandores del Renacimiento le ponía los colores al futuro de la Ciencia.

Francia ondeaba la bandera del Humanismo que anunciaba el Nacimiento de los Derechos Humanos. Y los propios alemanes se apuntaban a la gran fiesta de la Celebración de la Victoria de la Civilización aportando al resto del mundo la Imprenta.

Tras las fronteras de este mundo feliz estaban los ejércitos del Islam. Y dentro de las fronteras el problema eterno de Europa, su tendencia adorada a perderse en los pliegues de su idiosincrasia melancólica por los viejos días de gloria, con aquella reforma eclesiástica que no llegaba nunca, con la fraternidad entre sus comunidades nacionales que nunca cuajaba, con sus promesas de un mundo más perfecto y justo que nunca se realizaban ni nunca se abandonaban. En fin, Europa. Su Europa.

Un mundo en ebullición que abría su corola al sol de la esperanza después de mil años de invierno largo y duro. Mil años durante los cuales la columna vertebral alrededor del cual crecieron los miembros del cuerpo europeo fue la iglesia católica, con sus

defectos, con sus paranoias, con sus pecados y sus vicios, pero siempre ahí para mantener la cohesión más allá de las fronteras.

Mil años durante los cuales el futuro de la Civilización dependió de la iglesia católica y el futuro de la iglesia católica de Alemania.

Mil años luchados a pulso, siglo por siglo, y cada siglo a caballo de una nueva amenaza de destrucción.

Mil años que habían dado su fruto y les abría a todos los jóvenes de la generación de Martín Lutero un futuro prometedor, vibrante, lleno de emociones y experiencias. Futuro al que el aspirante a abogado sin duda ninguna se había apuntado poniendo toda la carne en el asador.

De pronto, de golpe, mientras está de viaje le sorprende una tormenta. La oscuridad repentina, los vientos aullantes, los truenos majestuosos de la tormenta le hacen perder el norte. Ya no sabe para dónde tirar. En aquella oscuridad no puede guiarse mediante ningún signo en los cielos o en la tierra. No reconoce ningún monte. No divisa ningún edificio a la redonda. No encuentra ningún refugio contra la lluvia torrencial. Ni le es posible acertar con la salida más corta.

Un rayo golpea el cielo, atraviesa la atmósfera y cae contra el árbol bajo el que Lutero, de 22 años, buscó refugio. Horrorizado vuelve a campo abierto sin saber cómo salir pero buscando la seguridad. Se desespera y hace una promesa: Meterse a fraile si sale vivo.

Cualquiera en su lugar -conociendo el *background* católico del joven Martín- hubiera tenido la misma ocurrencia o parecida. Santa Rita Rita Rita si me salvas subo de rodillas a la ermita, o te estoy poniendo velas todos los días durante los próximos diez meses.

Después de todo no nos acordamos de Dios y sus santos más que cuando le vemos los cuernos al diablo. ¿O hay alguien que se acuerde de Dios cuando se está de fiesta?

Bueno, tampoco era para tanto. Tormentas malas y peores que las que el joven Martín Lutero vivió las ha habido desde los orígenes de la Tierra. También es verdad que hasta que no se le muere a uno la madre y el padre no comprende uno lo que ha perdido, y cosas por el estilo.

De aquí a tirarse de los pelos como si nadie pudiera comprender la tragedia de la pérdida de un ser querido hay un camino, demencial si el sujeto se empeña en creer que nadie puede comprender lo que echa de menos a su difunto.

Una tormenta que sale de la Nada, el norte que se pierde y no sabe uno para dónde tirar, un rayo que casi lo deja a uno frito. Vale. Un susto. De aquí a creerse que jamás en toda la historia de la humanidad hombre alguno vivió esa experiencia, la verdad, no me parece normal.

Y ahora entre hombres, más de uno nos hemos cagado en los pantalones por culpa de un mal flash. ¿O no? ¿Y por eso vamos a odiarnos hasta la muerte? Lo que hace al valiente no es el héroe, sino la superación del miedo que el riesgo implica. Pero si lo que de verdad vale es eso de que los hombres no lloran, y ya puestos ni cagan ni mean, entonces apaga y vámonos.

Tal fue, en definitiva, la tragedia del héroe de la iglesia alemana.

Por morirse de pánico al hallarse perdido en una tormenta no podemos llamarle cobarde. Sí, por no haber tenido el valor de reconocer que lo suyo no eran los hábitos.

No tuvo el valor de reconocer que se había equivocado, que se estaba equivocando. Y esta cobardía suya fue su sino para toda la vida.

¿Cómo no iba a odiarse a sí mismo, a su propio Yo, en sus palabras: hasta la muerte?

Pero vanidad de vanidades, si la voluntad de Jesucristo fue que el odio hacia el propio Yo durase de por vida y mientras dure nadie entre en el Reino de los cielos ¿no tenía razón el pobre Lutero en su celda al creer que aquella tormenta fue cosa divina, a fin de llevarle por el miedo al descubrimiento del odio que abre las puertas del Cielo a quien de esa manera se odia hasta la muerte?

Si este razonamiento es propio de un loco o de un sabio que la iglesia alemana lo diga. Y de camino que nos aclare cómo es que diciendo Jesucristo: “El Reino de los cielos se acerca. Y el Reino de los cielos está en vosotros”, en base a qué su héroe pone como condición para entrar en él el odio hasta la muerte contra el propio Yo.

¿A quién creeremos, al Hijo de Dios que nos declara ciudadanos de su Reino y por el Amor a su Corona nos sujetamos a su Justicia en vida, o al Doctor en Filosofía y Teología que nos niega la ciudadanía hasta la muerte? Y si es el Odio el que nos libera y nos hace ciudadanos de ese Reino después de la muerte ¿de qué reino nos declaró el Hijo de Dios ciudadanos en vida?

¿O acaso el reino de los cielos no está donde hay un hijo de Dios? ¿O ya no fue creado el sábado por el hombre sino el hombre para el sábado? ¿Y ya no es el universo el que hace al hombre sino el hombre el que hace al universo? ¿Ni la casa de Dios son sus hijos sino los muros que le rodean?

¡De verdad de verdad, qué forma más curiosa de entender la Verdad! Donde Jesucristo puso alegría Lutero puso penitencia; donde Jesucristo puso Amor, Lutero puso Odio.

SEGUNDA PARTE

Sobre la Interpretación de la Biblia

He dicho antes que la estructura de la Realidad Universal tal como nosotros la hemos heredado la hemos encontrado sujeta a un conflicto cósmico. Dos verdades, una nacida con vocación de infinito y eternidad y otra nacida con pretensiones de indestructibilidad, proyectaron sobre nuestro mundo su Guerra. La primera es la Verdad Natural, que se hizo cristiana; la segunda es una verdad artificial, maligna, que se transforma con los siglos para conducir a todos al mismo sitio. En palabras del Jesús del Apocalipsis: "Cuando se hubiere acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, cuyo ejército será como las arenas del mar. Subirán sobre la anchura de la tierra y cercarán el campamento de los santos y la ciudad amada. Pero descenderá fuego del cielo y los devorará" (La batalla y el juicio final).

La interpretación natural de esta profecía se tradujo en carne en el cuerpo del Segundo Milenio de la Primera Era de Cristo, que nació con la División de las iglesias de Oriente y Occidente y acabó enfrentando a Oriente y Occidente en el campo de batalla de la Segunda Guerra Mundial, a cuya guerra dio fin la Edad Atómica (con el fuego que descenderá del cielo).

No todos en la actualidad -siglo XXI- parecen estar de acuerdo con esta interpretación de la última profecía de Jesús. Algunos herederos de la Reforma incluso creen y enseñan que ese Milenio Apocalíptico acaba de nacer.

Sin entrar en la polémica pero sin darle la espalda, el hecho es que el futuro que tales falsos profetas le dibujan a este Tercer Milenio no parece que vaya a diferenciarse en nada del Milenio que murió. Pues o bien la profecía es falsa y por tanto su Autor es un farsante, cosa que a nadie le cabe en la cabeza, que el Hijo de Dios sea un farsante, y el Milenio de la profecía no ha hecho sino empezar; o bien Jesús es Veraz, Verídico, y el Milenio de la Profecía acaba de terminar.

Independientemente de la opinión de cada cual sobre este particular, hay cosas que son universales y su negación sólo puede hacerse al precio de renunciar a la salud de la inteligencia. Una de esas cosas innegables es que Jesucristo nos descubrió que no sólo el género humano sino la creación entera, incluido nuestro Creador, fuimos empujados a participar en ese Conflicto, por llamarlo de alguna forma: Cósmico. Y que, la suerte de este Conflicto Cósmico la tuvo Dios en sus labios, de cuya última palabra dependía el futuro de nuestro mundo en especial y el de su Reino en general.

Y Dios habló; y su última palabra al respecto fue un No a la pretensión de esa verdad artificial que quiso transformar su Reino en un Olimpo de dioses más allá de la ley, y un Sí a esa Verdad Natural que se expande y le comunica a todos los hijos de Dios su vocación de vida eterna. Y esto es lo que vino a decirnos Jesucristo.

Pero hablar por hablar no basta. Así que pensando en acabar con las causas de aquel conflicto histórico-cósmico Dios le dio una nueva forma a su Reino. Y configuró la Unidad de todos los Pueblos a su Corona sobre la base de la Obediencia a su Palabra. Y no sobre la base de una obediencia cualquiera; no. La basó en la Obediencia que nace de la Fe.

Pero no de esa fe que es conocimiento de la existencia de Dios, que se funda en las pruebas y que el propio Universo y la Historia le ofrecen al hombre. Pues dos son las realidades objetivas que dan testimonio de la existencia de Dios: el Universo y la Historia. No, en este tipo de fe no fundó Dios la Obediencia sobre la que quiso levantar la Unidad de su Reino; Dios fundó esa Obediencia en la Fe que nace del espíritu.

Y el espíritu es Dios, y Dios es Amor. En fin, en boca de su Hijo su Palabra fue: “Todo Reino en Sí dividido será desolado, y toda Ciudad o Casa en Sí dividida no subsistirá”.

De donde se ve que siendo el Cristianismo el Reino, la Ciudad y la Casa de Dios en la Tierra no hay que ser muy listos para comprender el alcance de los devastadores efectos que la División de las iglesias había de provocar a lo largo y ancho de los siglos. Tanto más perniciosos los efectos cuanto al haber determinado Dios emplear el Cristianismo como plataforma civilizadora, al dividirse las iglesias le restaban a su Señor fuerzas para llevar su Reino hasta los confines del mundo.

Pero la Historia del Nacimiento y Crecimiento del Cristianismo no es objeto de este Debate. La necesidad de implicarla en el Debate surge a tenor de la transformación de una discusión teológica en doctrina de justificación para la guerra fratricida que el Protestantismo le declaró al Catolicismo, y de la cual surgió la división de Europa en Norte y Sur.

Hay que decir, tratando el asunto de toda guerra fratricida, que afirmar que Caín fuera justificado por su ignorancia sobre las fuerzas en las que se vio atrapado no es nada nuevo. Afinar el pensamiento y descubrir en qué punto estaba equivocado Caín sí es algo novedoso.

La culpa del padre de Caín en la tragedia que arrastró a su mundo al pecado es un hecho teológico ampliamente sabido. Por fuerza, pues, había el padre de asumir responsabilidad en el crimen de su hijo.

Más que de hecho por derecho, el propio Dios reconoció la culpa de Adán en el fratricidio de Caín al alzarse como defensor suyo contra quien se atreviera a vengar la muerte de Abel: “Si alguien matare a Caín, siete veces será vengado” le juró. Juicio del que -ajustando la doctrina protestante sobre la predestinación al caso Caín- se podría concluir afirmando que el mismo Dios que lloró la muerte de Abel y sentenció el delito diciendo: “Maldita será la tierra por haber abierto su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu

hermano. Cuando la labres, no te dará sus frutos, y andarás por ella fugitivo y errante"; este mismo Juez se alza al instante como si no hubiese pasado nada y jura que vengará la muerte del fratricida hasta siete veces. De lo cual podría decirse que para no condenarse a sí mismo Dios limitó la pena de muerte que se merecía el crimen a una condena sujeta a un factor desgravante.

Apariencia y nada más, por supuesto. Puede que desde la teología protestante esta causa desgravante tuviera por sentido borrar las huellas del Dios que predestinó a Abel a morir y a Caín a matarlo. Según Calvino y Lutero: semejante al Poncio Pilatos que se lavó las manos, Dios llevó a los actores al campo, condenó a muerte a Abel y a Caín a cumplir la sentencia. E inmediatamente sentenció a Caín a vagar fugitivo y errante, aminorando la pena de muerte con la que el delito estaba penado.

¿No se reconocía Dios como la causa motora del crimen -se preguntó y se respondió afirmativamente el protestantismo- al jurarle al asesino que El mismo vengaría su muerte, hasta siete veces incluso?

¡Como si el hombre fuera un guiñol y Dios un titiritero infernal!

Inútil, sin embargo, seguir por esta vía maléfica típica de un Calvino ignorante. La causa desgravante en la sentencia contra el crimen de Caín estaba en la ignorancia de Adán. Que nosotros podemos analizar con más cabeza. Tengamos en cuenta que para nosotros muchas cosas son obvias, como el que Dios hiciera la Promesa de la Venganza contra la Serpiente mirando al horizonte de los milenios. Aquellos a los que les competía el acontecimiento y eran los actores del mismo tenían que ver las cosas desde la cercanía de los hechos. De lo cual es precisamente prueba el fratricidio.

Caín, creyendo que la Promesa tenía que ver con él y su hermano, mató a Abel para quedarse solo en el campo de batalla y ser él el Elegido que se enfrentaría al Diablo y le arrancaría de la cabeza lo que le pertenecía por herencia, la corona. Una vez solo, y no teniendo su madre más hijos, obligaba a Dios a proclamarle el Elegido.

Ignorante de la verdadera naturaleza del Acontecimiento que provocó la Caída, para ocultar su ignorancia Lutero, Calvino y la Reforma en general culparon a Dios de ser el verdadero director del crimen de Caín contra Abel. Rescatando la doctrina del Maniqueísmo del baúl de los recuerdos.

Negar que hubiera ignorancia de Adán e incluso de Caín sería como reconocer que los judíos supieron lo que hacían cuando crucificaron a Cristo, o como creer que Lutero fue consciente de estar desobedeciendo al Dios que puso su Palabra como piedra angular de la Unidad de su Reino.

Que Lutero en su ignorancia pero contra la voluntad de Dios dividió la Cristiandad será uno de los puntos a demostrar en este libro. Las dos cosas se demostrarán, su ignorancia y su desobediencia. Afortunadamente, previendo el futuro de su Reino en la Tierra, como se ve en la Parábola de la Cizaña, Dios le dio a la plataforma civilizadora cristiana una estructura interna, la Iglesia.

Conociendo de antemano su futuro Dios unió la Iglesia a su propio Hijo de la forma que siendo Adán y Eva dos personas por el Amor se hicieron una sola cosa. Era natural. Consciente de las circunstancias por las que en los dos próximos milenios el futuro de la Humanidad había de atravesar, Dios quiso unir nuestro Futuro al suyo mediante el Matrimonio de su Hijo con la Iglesia. De cuya Unión Mística habría de venir a luz aquella generación de hijos de Dios que la creación entera expectante se dispuso a aguardar desde los días de los Apóstoles. Sobre lo cual, saludando este Día, Pablo escribió: "Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros; porque la expectación ansiosa de la creación está esperando la manifestación de los hijos de Dios" (Romanos-Los padecimientos presentes comparados con la gloria futura). Al decir "nosotros" se entiende que habla del Cristianismo y mira al Futuro, ¿o acaso no eran los Apóstoles hijos de Dios? Si lo eran, como lo fueron, ¿por qué iba a estar la creación entera esperando la manifestación de unos hijos de Dios que estaban vivos? Así que ¿de qué Manifestación estaban hablando los Apóstoles?

Creo a todas luces un contrasentido proclamarse hijos de Dios y a la vez hablar de una Manifestación que se pospone a un futuro desconocido. Si por un sitio hablando de sí mismo dice:

"Pablo, por la voluntad de Dios, nuestro Padre", hablando sobre la Manifestación de los hijos de Dios, confiesa lo que antes dije, que la expectación ansiosa de la creación estaba esperando la Manifestación de los hijos de Dios. Y esto estando vivos los Apóstoles, todos ellos hijos de Dios.

Misterio al que le sienta como anillo de boda al dedo la otra confesión del mismo Pablo: "Hablamos, sin embargo, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, abocados a la destrucción, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos, que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo, pues si la hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria". (Corintios 1-*El modo y el fin de la evangelización de Pablo*). Expectación curiosa de la creación entera que por necesidad de la propia profecía había de mantener lejos del conocimiento de aquel siglo a aquella "sabiduría divina" hablada entre los perfectos. Resultando de aquí la necesidad de preguntarse hasta cuándo seguiría "escondida". Mas esto no es asunto que le concierna a este Debate.

El caso es que mil quinientos años después de la Celebración del Matrimonio entre Cristo Jesús y su Iglesia el río del tiempo había dejado atrás temblores de tierra, aguaceros, mitos y leyendas de un Nuevo Mundo que hizo su camino contra toda clase de pruebas y enemigos. La participación del obispo de Roma, del obispado italiano, del obispado bizantino y del obispado católico en general en aquella epopeya, yendo de victoria en victoria, a nadie se le oculta ni nadie puede de golpe barrer de las páginas de la Historia Universal los capítulos que con su sangre escribieron. Sería demencial creer que a la altura del siglo y época hacia la que hemos vuelto los ojos, siglo XVI, en la aurora de la Edad Moderna, las circunstancias y los acontecimientos no habían actuado sobre todos: italianos, españoles, ingleses, alemanes, franceses, suizos, rusos, polacos, checos,

húngaros, griegos... operando en todos ellos, como cristianos y como actores de la Historia, los cambios de personalidad, costumbres e inteligencia debidos a una sociedad internacional en continuo estado de evolución.

¿Errores de todas y cada una de las partes de aquella Cristiandad?

Bueno, como dijo Aquél: "El que esté libre de pecado que tire la primera piedra".

Lo que está fuera de toda duda es que el deseo de reforma del cuerpo eclesiástico como punto de arranque de la revolución social que había de traer a todos los beneficios del Reino de Dios, ese deseo estuvo latente y presente desde siglos antes del nacimiento de Lutero.

También que el obispado romano, por estar sometido a los intereses de la aristocracia italiana, y el obispado católico a los de las clases aristocráticas europeas, exceptuando lapsus de celo espiritual, todos se opusieron a su realización.

Como consecuencia el cristianismo llegó a la Edad Moderna aquejado de un profundo apego a los vicios desarrollados durante las edades medievales, vicios y males que los interesados se negaban a arrojar a la papelera de la basura por muy grande que fuera la necesidad.

Aquel apego inconsciente del cuerpo eclesiástico al mundo medieval lo hemos detectado incluso en el Lutero de la Primera Parte. Su consejo sobre la bondad santificadora de la mortificación carnal nos descubre en su alma al bárbaro de las edades oscuras para quien la Fe seguía siendo una cosa mágica.

En la vida quiso Jesucristo derribar un Templo y levantar uno Nuevo para que con el paso del tiempo éste cometiera el mismo error fatal que el Antiguo. Era justamente lo que el Nuevo se estaba ganando con sus hechos. Las circunstancias a la vista alguien tenía que coger el látigo y expulsar de la Iglesia a los vendedores de indulgencias.

Lo mismo que aquellos sacerdotes judíos traficando con los sacrificios por los pecados, cargando al pueblo cada siglo con nuevas y más sofisticadas ocasiones de pecado, de la misma manera los obispos de las indulgencias en lugar de curar la enfermedad se limitaron a comerciar con la debilidad humana. ¿No previó Dios, con su mirada que atravesaba la barrera de los siglos e incluso la de los milenios, las negaciones en las que con su conducta los obispos romanos envolverían al Cristianismo? Tres veces negó Pedro a su Maestro. Viendo la historia de los sucesores de Pedro uno se pregunta: ¿No fueron las negaciones del Jefe de los Apóstoles imagen de las futuras negaciones de sus sucesores?

Misterio donde los haya Jesucristo no le retiró la Jefatura que antes de la Pasión le otorgara Dios a Pedro. Cuando Él se fue tampoco sus Discípulos se volvieron contra Pedro y le retiraron la Jefatura en razón de haber sido el único que negó de palabra al Maestro. La cuestión pide paso por sí sola. Si no lo hizo el propio Señor en razón de quien le había elegido ¿quién se creía Lutero para hacer lo que el Hijo de Dios no se atrevió?

La pregunta contraria no se queda atrás ni mucho menos. Que ni el Señor ni sus Apóstoles les retirasen a Pedro lo que Dios le otorgara ¿era causa suficiente para justificar en el futuro que sus sucesores revolcaran la Gloria de Pedro en el fango del crimen y toda suerte de pasiones contra las que Cristo vino a luchar?

La Historia del Papado es ni más ni menos la doctrina de Lutero sobre el pecado y la sangre de Cristo llevada a su práctica más radical. Aquel "peca, es decir, adultera, mata, roba, envidia, levanta falsa testimonio, odia a tus enemigos, corrompe, destruye...Y sin miedo porque todos nuestros pecados los lava la Sangre de Cristo" era la doctrina que el obispado romano practicaba abiertamente y en base a la cual se negaba a renunciar al pecado. De manera que luchando contra el papado con las mismas armas del papado lo que Lutero hizo fue convertir a todo el mundo a la doctrina en virtud de la cual el papado cometía todos sus crímenes, cómo no, en nombre de la preciosa sangre de Cristo.

En este libro tendremos ocasión de tirar de la manta y de lo poco deducir lo mucho. El interrogante que ahora pide paso tiene que ver con la relación entre Jesucristo y esa filosofía romana de estar el obispado más allá del juicio humano y divino, teoría demencial en el origen de todos sus crímenes. Quiero decir, ¿debe ser denunciado Jesucristo por haber sido hallado aquél Perdón a Pedro en el origen de todos los crímenes contra el Cielo y la Tierra cometidos por los sucesores de Pedro en el ejercicio de su obispado?

Y lo que es aún más grave todavía, ¿se puede fundar la infalibilidad de los sucesores de Pedro en la infinita bondad del que en lugar de retirarle la Jefatura lo confirmó, y convertir ese Amor Divino en fuente de justificación de todos los crímenes que pueda cometer y cometió el obispado romano? Para entrar en un debate de esta naturaleza tendríamos que llamar a estrado a Gregorio VII, el obispo-dios. Prometo volver al tema más adelante. Regresemos ahora al que retó al Cielo y a la Tierra a refutarle por la "clara razón o la Sagrada Escritura" su doctrina. Ya hemos visto la forma que tenía el R. P. Martín Lutero de agradecer a su Salvador su salvación. Y cómo se impuso el Odio a sí mismo como camino para entrar en el Reino de Dios. En las siguientes tesis vamos a ver cómo su forma de odiarse a sí mismo era tan intensa como la forma que tenía de adorar a su Ego.

CAPÍTULO 5.

El Papa y los cánones

-El Papa no quiere ni puede remitir culpa alguna, salvo aquella que él ha impuesto, sea por su arbitrio, sea por conformidad a los cánones.

En atención a descubrir la naturaleza de la otra parte del conflicto una pregunta pide aquí paso, la siguiente: ¿Quién es el Papa? Mejor dicho, ¿qué es el Papa? En fin, qué cosa sea esa bestia negra, ese fantasma personal de Lutero, objeto de todo sus odios y amores más apasionados, sin el cual, como la cara sin la cruz una moneda es nada, la vida del reformador no hubiera pasado de ser la de otro predicador más.

Espero que nadie me tome por un ciego ni por un recién venido de otra galaxia. Soy un hijo de Dios, nacido en este mundo, tercer planeta del Sistema Solar, en el siglo XX de la Primera Era de Cristo. Y habiendo leído que Padre sólo se le llama a Dios me pregunto quién es ese obispo que a sí mismo se llama y es llamado por los que le llaman: Santo Padre.

La negación de este título sujeta a pena de excomunión ex cátedra parece ser suficiente para levantar entre un hombre y la Verdad un muro de miedo al Infierno. Gracias a Dios la misma ciencia que fuera salvada por la fe se unió a la inteligencia para inmunizar al hombre contra aquellos conjuros de los druidas y pontífices paganos, con sus maldiciones y sus excomuniones imponiendo su régimen de terror a las tribus bárbaras. La base para proponer una reflexión al respecto es, por tanto, científica, y su declaración totalmente humana.

Lo que como cristiano no le permití a las religiones de las que procedo no se lo puedo permitir a los sacerdotes de la iglesia que yo mismo he edificado con mis manos. Ciertamente para hablar así uno tendría que ser Pablo. El caso es que el Papa tendría que ser Pedro. Y no lo es.

Quiero decir, hay casos excepcionales en los que un matrimonio, una familia, una amistad, o simplemente una sociedad se rompen sin culpa de ninguna clase por una de las partes. El caso de la ruptura de cualquier tipo de lazo afectivo entre Dios y el Diablo es de esta naturaleza excepcional. Pero el pan de cada día es que las dos partes sean culpables.

Excepto el Diablo y Cristo nadie es absolutamente malo ni nadie es absolutamente bueno. Darle a Lutero toda la razón del mundo y al obispo de Roma negarle *ad eternum* el derecho a la palabra es un ejercicio de mala voluntad. Y viceversa. La actitud del obispo de Roma al limpiarse las manos y abandonar a Lutero a su suerte, como si tratase de un hijo del Diablo, niega el principio de culpabilidad universal al que nos sometió a todos un Evangelio que nos dio por incapaces a todos de alcanzar la Verdad por nuestros propios medios.

Y si esto no basta a esta lógica se le suma el valor de la experiencia diaria, que dice que para que haya pelea hacen falta por lo menos dos. Mi pregunta: quién se cree ese obispo que es para absolutizar la culpa de su prójimo, tiene su razón.

Trato de recordar en qué parte de la Biblia instituyeron bien el Maestro bien sus Discípulos la figura de ese Santo Padre, y no lo consigo. Posiblemente mi memoria sea del tipo elefante, mucha cabeza pero poco cerebro. A pesar de mi escasa memoria sí recuerdo a Jesucristo diciendo que no llamemos Padre a nadie excepto a Dios. Así que aquí hay materia para la reflexión.

De un sitio tenemos a un obispo proclamándose Padre y además pidiendo para sí la Santidad que sólo Dios tiene. Del otro sitio tenemos al Hijo de Dios negando que hombre alguno pueda reclamar para sí la Paternidad debida sólo a Dios. Cuanto menos la Santidad.

Pero conste que mi propósito no es atacar a Lutero y defender al Papa. Ni al contrario. Ya hay Juez de santos y herejes y suya es la última palabra. La cuestión de peso es que la Historia no hubiera tenido necesidad de un Lutero si la parte de la que dependía haber realizado la Reforma no se hubiera negado a llevarla a cabo. Y que precisamente por negarse se convirtió en la cara de la moneda sin la que la cruz es nada. De manera que la misma pena de excomunión lanzada contra la cruz del Papa, que era Lutero, la firmaba el obispo de Roma contra su persona y la de sus siervos.

No hay que ser papista ni antipapista para llegar al corazón del problema y ver en aquella negación pontificia a satisfacer las necesidades del Espíritu Santo el mar de intereses materiales en los que se ahogó el obispado de aquéllos tiempos. Más allá de la cuestión material sin embargo el fundamento de la negación pontificia a reformarse, es decir, a Imitar a Pedro, se encontraba en la pasión violenta del obispado italiano por la supuesta omnipotencia que la Infalibilidad del papado le otorgaba. (Un poco más adelante veremos quién y cuándo impuso la omnipotencia de la palabra del obispo de Roma por norma de fe universal).

Volviendo al tema, Lutero -según estamos viendo- tuvo su propia experiencia religiosa y desde su ciencia quiso imponer sus principios por decálogo del nuevo pensamiento cristiano. El núcleo del problema histórico no es que su pensamiento fuera nuevo, revolucionario, viejo o conservador a ultranza; el núcleo de su guerra santa estuvo en el choque a muerte contra quien hacía lo mismo que él: imponerle al resto del universo su doctrina propia.

Por fuerza tenían que chocar. La diferencia de fuerzas -el obispo de Roma contaba con un aparato sobre el que basaba la legalización de su teocracia, Lutero con el descontento de las clases europeas- no elimina la verdad expuesta, ambos contendientes estaban ignorando que nadie es absolutamente bueno ni nadie es absolutamente malo. De los dos, sin embargo, el más grande, el obispo de Roma, por ser el más grande era el más culpable. Primero se había otorgado la Omnipotencia de quien su Palabra es Dios, y segundo se había hecho llamar Santo Padre, "como Dios". Al conjunto de estas dos negaciones del espíritu de Pedro -según entiendo- se le llamó Papado.

La insensatez es obvia. Primero porque no puede llamarse padre quien se declara Esposa. Y segundo, que el obispo de Roma fuese Santo es algo que la Historia se niega a afirmar; más que nunca en el periodo al que nos hemos desplazado, siglos XV y XVI. Es difícil por tanto decir cuándo el sucesor de Pedro exigió para sí y obtuvo el título de Santo Padre. Tal vez ese cuándo lo hallemos en la asociación psicológica que nace de la unidad de los obispos con el Señor Jesús en un sólo Cuerpo Místico. Tratemos de desatar este nudo gordiano.

Si Cristo es la Cabeza de la Iglesia, que lo es, y la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y la Cabeza es Santa su Cuerpo es santo. Esto de un sitio. Conclusión que no atenta ni contra la naturaleza de la lógica humana ni contra la divina. El problema empieza ahora. Dios es la Cabeza de Cristo, y Dios es Padre. Cristo es la Cabeza de la Iglesia y la Iglesia es el Cuerpo de Cristo. Luego Cristo es el Cuerpo de Dios. Este teorema se resuelve en esta primera conclusión. Si la Cabeza de Cristo es Dios y Dios es Padre: Cristo es Padre. Hasta aquí perfecto. Nada hay en esta lógica que rompa la verdad divina. De hecho cuando Dios habló de su Hijo se refirió a Cristo llamándole "Padre sempiterno". Sólo que esta perfección asociativa da paso a la corrupción pontificia cuando la lógica que vale sólo para el Señor se la aplica a sí mismo el siervo. Veamos qué se dice el obispo de Roma: Mi Cabeza es santa, yo soy santo; mi Cabeza es Padre, yo soy padre. Luego yo soy el Santo Padre. Y los pajarillos cantan y las nubes se levantan, Roma campanas de Roma, porque ha nacido el obispo-dios. Bueno, ¿qué decir? ¿Qué creer? Yo no puedo llamar padre a mi madre, se halle o no se halle presente mi padre. Ni puedo llamar señor al siervo de mi padre. ¿Así que a quién le haremos caso, a Jesucristo o al obispo de Roma?, ¿al Señor o a su siervo? El Primero nos dijo que no llamáramos Padre a nadie excepto a Dios. Y nos enseñó a creer que Bueno, es decir, Santo, sólo es Dios. ¿Así que en qué tipo de lógica mantendremos viva esta doble negación de la doctrina de Cristo por el sucesor de Pedro?

Aunque no haya sido fabricada en malignidad, sino en la ignorancia natural a un siervo, esta negación atenta contra la naturaleza de los hijos de Dios. ¿O debemos llamar padre los hijos del Señor a los siervos de nuestro Padre?

Estas consideraciones sentadas, al hablar del Papa -contra el que el R. P. Martín Lutero se explayó tan sabiamente- yo entiendo que se habla del obispo de Roma, siervo del Señor Jesús para mantener en su Reino la Verdad de la Revelación, a saber, que Dios es Padre y su Primogénito es Unigénito. Entre otras verdades ésta es la primera y el núcleo alrededor de la cual existen las otras. Ahora, que en sus funciones sacerdotales ese siervo, obispo de Roma, quiera o no quiera y pueda o no pueda remitir culpa alguna excepto las que él haya anteriormente impuesto, según su arbitrio o los cánones, es una cuestión que sólo le compete al cuerpo eclesial en principio. Quiero decir, un cuerpo tiene unas funciones. Para eso existe. Y siendo la iglesia el Cuerpo de Cristo es del todo natural que el cuerpo obispal tenga por naturaleza unas funciones a cumplir en el conjunto de la arquitectura universal del Reino de los cielos.

Se supone que el lugar ocupado por el obispo de Roma en el cuerpo del obispado universal, en cuanto siervo del Señor al que sirve, lleva consigo unas funciones específicas, supuestamente las que el Señor le atribuyera a Pedro. Ni más ni menos que apacentar el Rebaño, según está escrito: "Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos". Desde mi posición de cristiano libre y maduro, preocupado por el futuro del mundo en el que vivo y con el que comparto su suerte, yo entiendo que la función que Pedro heredó fue la Jefatura del colegio obispal para la Unidad de todas las iglesias. Obviando necesariamente las que al conjunto de sus siervos el Señor les diera.

Desde esta óptica de libertad de pensamiento me pregunto ¿puede o no puede imponer o remitir el obispo de Roma pena alguna mirando al mantenimiento y restauración de la Unidad de las iglesias? Pienso que desde esta perspectiva la respuesta

al problema planteado no puede ser más que una. Y tiene que ver con los poderes a sus siervos concedidos por el Señor en persona, poderes que al ser su Iglesia eterna y sus siervos mortales por necesidad habían de transmitirse de generación en generación hasta el final de los siglos. Y me respondo que por supuesto que el obispo de Roma y todos los obispos al servicio del Señor pueden y quieren remitir la pena consustancial a la culpa cuando el pecado de Desobediencia contra la Unidad es corregido por quien en su ignorancia, o empujado por la ignorancia ajena fue arrastrado a posiciones contrarias a su verdadera vocación, que es la vida eterna. Pienso yo. Y los hechos me dan la razón. Mas si de lo que se trata es de saber si el obispo de Roma o cualquier otro obispo puede imponer penas cuando la cuestión está fuera de las funciones para las que fueron contratados como siervos, en este caso ni el obispo de Roma ni ningún obispo puede remitir penas que no se pueden imponer en Justicia delante del Tribunal de Dios. En lo tocante a la Unidad del Cristianismo, función para la que fueron los obispos contratados y dotados por su Señor de los medios adecuados para su ejercicio, según yo lo veo, el obispo de Roma y sus consiervos tienen todo el poder, tanto para remitir como para imponer. Esta tesis del R. P. Martín Lutero es, en consecuencia, una falacia, por las razones aducidas y por las implicaciones que se derivan de ellas. Después de pretender saber lo que Jesucristo quiso o no quiso decir ahora el R. P. Martín Lutero alza su voz para dar a conocer a sus compatriotas y al mundo entero lo que el obispo de Roma puede o no puede hacer. Una forma muy extraña por cierto de odiar a su Yo propio.

CAPÍTULO 6.

El Papa y la remisión de los pecados

-El Papa no puede remitir culpa alguna, sino declarando y testimoniando que ha sido remitida por Dios, o remitiéndola con certeza en los casos que se ha reservado. Si éstos fuesen menospreciados, la culpa subsistirá íntegramente.

Volvemos al mismo tema. Aquí lo que se pone en tela de juicio es la inteligencia del cristiano. Y puede que el público para el que Lutero hablara no tuviera mucha. Como dice el proverbio: Cada pastor conoce su rebaño; aunque también puede decirse entre colegas: Cada cual conoce a su burra. Vamos, que no hay que estudiar tanto para decir tan poco. Es de manual de escuela de creadores de reinos que al fundar el suyo propio Dios empezara resolviendo el problema de la Unidad de todos los pueblos y naciones y mundos que, andando el tiempo, formarían las torres de su Corona. Conociendo su Presciencia y Omnipotencia, primero piensa, luego anuncia y después actúa, no hay que estudiar tanta filosofía para ver que la respuesta a un problema de tan grande envergadura estaba en su Omnisciencia.

Desgraciadamente es verdad que para ver no basta tener ojos, hay que querer ver; y digo que si los ciegos vieran serían todos defensores de la doctrina de la Creación de los Cielos y la Tierra. De donde resulta que, como los méritos, muchas veces la Naturaleza regala su gracia a quienes aunque pueden hacer recular el horizonte hasta las fronteras del cosmos son incapaces de ver la viga que tienen delante de los ojos.

Parece natural y lógico que el obispo de Roma y en general todos los obispos tengan el poder de perdonar las penas impuestas una vez la parte desobediente vuelva a la Unidad Cristiana. ¿O acaso los jueces no firman la libertad una vez que se cumplió la pena? Que, por contra, dicho perdón tenga que ir acompañada de una declaración solemne del mismísimo Dios en persona es la afirmación más incompetente que he oído en mi vida.

La declaración y el testimonio los ofrece la misma Obediencia a la Voluntad de quien creó su Reino para vivir y crecer en esa Unidad. ¿O acaso la vuelta del preso a la libertad no es testimonio suficiente de la firma del juez competente? ¿O tendrá que ir el ex penitente el resto de su vida con el documento de libertad pegado en la frente? ¿Y en último extremo dónde está el hombre capaz de autentificar la firma de Dios? Falsificadores sí sabemos que los ha habido a decenas. Es cosa obvia por tanto que si se menosprecia el poder de sus siervos y continúa el desprecio a la Unidad Universal que tiene por vocación el Reino de Dios: la culpa permanece íntegra.

Esta tesis no es sino una continuación de la falacia anterior con la que abriera el R. P. Martín Lutero su ataque contra la Unidad. Perfecto conocedor de la ignorancia de su pueblo y consciente de su incapacidad intelectual para comprender de qué estaba hablando o sólo qué estaba diciendo con estas palabras, Lutero, como artista que se declara en el Prólogo, juega con las palabras, las manipula y convierte lo esencial en superficial, alejando del núcleo la inteligencia del lector. El verdadero campo de acción de la Reforma que las iglesias de los siglos XIV y XV estuvieron pidiendo a gritos tenía que ver con los dos puntos vitales para el futuro de la Unidad. Primero: ¿cuándo el obispo de Roma iba a dar marcha atrás en sus Negaciones de Cristo, declarándose Santo y Padre y afirmando la consubstancialidad entre su palabra y la de Dios? Y segundo: ¿después de haber reclamado el Imperio para el papado, usando al obispo de Roma como punta de lanza, hasta dónde pretendía extender el obispado italiano los límites de sus funciones sacerdotales en la sociedad? En las constantes negaciones del obispado italiano a la hora de escuchar y promover reforma alguna que atentara contra sus pretensiones, oposición encabezada y secundada por el obispo de Roma, es donde estuvo el verdadero problema. Sobre el que Lutero, como estamos viendo, no entró y respecto al cual tomó la medida más drástica: matar al enfermo para curar la enfermedad.

Sobre todos está Dios. Aunque claro, sobre lo que Dios quiere o no quiera y puede o no pueda el R. P. Martin Lutero también tiene algo que decir:

CAPÍTULO 7.

Dios y su vicario

-De ningún modo Dios remite la culpa a nadie, sin que al mismo tiempo lo humille y lo someta en todas las cosas al sacerdote, su vicario.

Si la tesis anterior y su precedente fueron dos falacias; si con las dos tesis anteriores el filósofo frustrado metido a fraile de ocasión pretendía decirle al mundo entero de qué iba la cosa, con esta nueva falacia el R. P. Martín Lutero se superó a sí mismo, y si antes demostró saber perfectamente qué quiere o no quiere Jesucristo, y después qué puede y no pueden sus siervos, empezando por el obispo de Roma, ahora sube un peldaño su Ego y eleva su orgullo hasta el trono del mismísimo Dios, de quien se erige en su intérprete y a quien somete a su servicio al declarar que sin el sacerdote Dios no perdona culpa alguna, y que si perdona culpa alguna es para darle todo el poder al sacerdote, su vicario, en quien en definitiva abdica de su gloria para humillación y vergüenza de todos nosotros pecadores. Amén. Aleluya. Si por obra y gracia del Espíritu Santo todos fuimos liberados de la esclavitud y de la servidumbre el día que nació Jesucristo; por obra y gracia del Reverendo Padre Martín Lutero todos volvemos a la esclavitud y servidumbre de quien tiene el cuello bajo las botas de su señor, en este caso el sacerdote.

Leyendo esta falacia contra la gloria de los hijos de Dios uno no puede evitar maravillarse preguntándose cómo pudo haber una vez un pueblo entero que abrió la boca de admiración ante semejante declaración de esclavitud voluntaria. Es un hecho que la historia universal nos sirve ejemplos similares de todos los colores y tamaños. Aunque al pueblo alemán le duela reconocerlo también este momento de su historia es uno de ellos. Leyendo esta declaración de estupidez nacional obligado es un mar de preguntas. Por ejemplo: ¿La Fe no viene de Dios? ¿Y no trae la Fe la remisión de todas las culpas cometidas con anterioridad al Bautismo? ¿Y la remisión divina no nos aporta la Libertad de los hijos de Dios? ¿Y si nos aporta la libertad de la Gloria de los hijos de Dios cómo puede a la vez liberarnos y hacernos esclavos de los siervos del Padre que nos liberó?

Bueno, para alguien que acaba de predicar el Odio hacia el Yo propio como signo de perfección interior yo diría que el tal fundador de la iglesia reformada alemana tenía el Ego algo subido. Digamos que amaba tanto su Ego como odiaba a su Yo propio. Posiblemente porque en alguna parte tenía el hombre que encontrar el equilibrio perdido. Primero le pone los puntos a Jesucristo; inmediatamente después a su siervo más conocido; y ahora al mismísimo Dios, al que le niega el Poder de remitir las culpas a nadie sin someterle el pecador al sacerdote. Concluyendo: Ni Señor ni Papa ni Dios, sólo el sacerdote, y ante sólo el sacerdote debe el cristiano humillarse y obedecerle en todas las cosas. Si esto no es un asalto total contra la Libertad de los hijos de Dios ¿entonces qué es? Solución al misterio luterano: Todos sacerdotes. ¿Y el que no quiera serlo? Aunque claro, redondeando ahora la conclusión, si todos somos sacerdotes, lo mismo el emperador que el ciudadano, ¿por qué no somos todos también emperadores y papas?

TERCERA PARTE

Sobre el Juicio de Dios

La Opción del Diablo -la transformación del universo en un campo de batalla donde jugar a la Guerra- no tenía ninguna vía de prosperar. Cuando Dios, el Infinito y la Eternidad se hicieron una sola cosa y provocaron la revolución cósmica que conocemos como Creación esa opción fue desterrada del Futuro de su Reino. Y puesto que no estaba dispuesto a renunciar a la Guerra el Diablo se puso a buscar mediante una política de hechos consumado la forma de obligar a Dios a aceptar la coexistencia del Bien y del Mal -del pecado y de la fe. Pensando, el Diablo encontró en la Persona del Hijo el as que le daría la victoria. En líneas generales tal fue la estructura del pensamiento del Diablo. Por contra la decisión de Dios: “de todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del Árbol de la Ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”, era y es la expresión visible de una decisión irreversible. Desde aquel Día y para siempre Dios desterraba de su Creación el fruto del Árbol prohibido: la Guerra. Lo que Dios le decía a Adán se lo decía a todos sus hijos. La cuestión estaba en “qué tenía que decir el Hijo sobre esta decisión del Padre”. Pero antes de meternos en la respuesta resolvamos la asociación del fruto del árbol prohibido con el Sexo, cuando ese fruto era y es la Guerra.

La ignorancia judía sobre la naturaleza del fruto del Árbol de la Ciencia del bien y del mal, a la que se relacionó con el Sexo, se transmitió por inercia a las comunidades cristianas. Algo natural si se tiene en cuenta que el sustrato desde el que naciera el Cristianismo fue hebreo. Desde allí se transmitió a la Iglesia y bajo esa forma las iglesias han mantenido en su doctrina hasta nuestros días dicha asociación. Que esa conclusión era y es absurda se desprende del mismo relato de la Creación. Al Sexto Día bendijo Dios la unión sexual entre el macho y la hembra humana: “Procread y multiplicaos y henchid la tierra” -fueron sus palabras. El domingo descansó y el lunes volvió al trabajo. Fue entonces cuando antes de meter mano le dijo a Adán: “De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”. La sucesión de acontecimientos marca el ritmo y aclara las cosas. Dios no podía irse a la cama bendiciendo la procreación de la especie humana y levantarse dispuesto a maldecir lo que bendijera ayer mismo.

Vamos a ver, poder lo que se dice poder, Dios lo puede todo, pero hay algo que Dios no puede, y es ser a la misma vez Cristo y el Diablo. Así que donde hoy dice gloria mañana no dice infierno. Si ayer le dijo a los hombres que se reprodujeran y se multiplicaran no se iba a levantar al siguiente por la mañana con la maldad del que ha hecho a todo el mundo caer en la trampa y ahora les va a dar el palo, porque sí, porque puede. Sobre este

respecto, sobre la unión entre el Padre y el Espíritu Santo, el Hijo lo dejó claro con sus palabras, siempre tan breves, siempre tan intensas:

"También habéis oído que se dijo a los antiguos: No perjurarás, antes cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera; ni por el Cielo, pues es el Trono de Dios; ni por la Tierra, pues es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, pues es la Ciudad del Gran Rey. Ni por tu cabeza jures tampoco, porque no está en tí volver uno de tus cabellos blanco o negro. Sea vuestra palabra: Sí, sí. No, no; todo lo que pasa de esto, de mal procede".

Habiendo creado Dios al Hombre a su Imagen y semejanza es natural que primero nos muestre las leyes sobre las que se rige su Espíritu. "Sí, sí. No, no". O sea, lo que bendice un día no lo maldice el siguiente. Lo contrario, creer que primero bendijo la procreación y luego maldijo la unión sexual es negar la Veracidad de Dios. De hecho, que Dios no se había levantado al Octavo Día con la piel de la Serpiente lo prueba que antes de meterle mano a su trabajo le diera una compañera a su hijo Adán para que la soledad le fuese leve.

El argumento del Diablo -recogido luego por la Reforma en su versión calvinista- dice que precisamente para eso le dio Dios a Adán una compañera, para verlo donde lo quería ver, temblando muerto de miedo a la espera del juicio. La teología protestante-calvinista recogió este argumento del Diablo sobre la predestinación maniquea del mundo y lo hizo suyo. Cosa que parecerá bastante fuerte de leer, pero no tanto si cortamos tajo y analizamos sus presupuestos.

Claro que sí; si según Calvino y sus hermanos en el espíritu del protestantismo toda criatura está predestinada al infierno o a la gloria: Dios le dio Eva a Adán para ponerle la zancadilla. Pues que en su presciencia Dios sabía que Adán no podría resistir la tentación de aquella hembra desnuda como su madre la trajo al mundo…pues eso, que según la teología de la Reforma Dios juega hoy a Cristo y mañana al Diablo. De donde se ve que la Duda de Descartes no es más que la expresión científica del pensamiento calvinista más exacto. Y es que querer ser más listo que nadie fue lo que perdió a Calvino y a sus hermanos en la Reforma. Fue para no llegar a semejante conclusión diabólica que el Judaísmo y el Catolicismo prefirieron agarrarse a la postura dogmática del Sócrates que sólo sabía que no sabía nada. Dios dijo, Dios hizo, y lo demás escapaba a su comprensión. Mejor pecar de infantil que por genio. El porrazo que se da un niño es lágrima de cocodrilo, pero la altura desde la que caen los ídolos…

Llegando a algún sitio, que ya empiezo a marear la perdiz demasiado, el fruto del Árbol prohibido no eran los besos con los que Adán se comía a Eva. El fruto prohibido era la unión entre el puño de Caín y la quijada del asno muerto. Otros lo llaman la Guerra. ¿No fue esa la prohibición contra la que se estrelló el Diablo cuando suscitó la enemistad de todo el mundo contra Cristo? ¿Cómo iba a darle Satán a Jesús todos los reinos del mundo si no los conquistaba a fuego y espada? ¿O acaso alguien se cree que los romanos iban a poner su imperio a los pies del hijo de María por su cara bonita? Deduciendo y transfiriendo de Cristo a Adán, *"que era el prototipo del que había de venir"*, el Diablo

tentó a Adán, rey electo del mundo, a conquistar la Tierra empleando la fuerza, la bandera de la Guerra por delante ordenándole a todos los pueblos someterse a su Imperio.

La Idea Original Divina era que el reino de Adán se abriera como un Árbol que a todos les ofrecería la Vida, por Bandera la Sabiduría. Al levantar entre la Guerra y su Reino su Palabra, es decir, el Verbo, Dios le mostraba a toda su Creación, del Cielo como de la Tierra, cuál era su elección y cuál su decisión si se le ocurría a alguien ponerle delante del Dilema.

Entonces, volviendo a poner los pies en el suelo, al darle un cuerpo a la Ciencia de la ciencia del bien y del mal y hacerlo en el de un árbol, cuya naturaleza es su regreso natural al polvo, Dios dio conocer mediante una metáfora su Voluntad, de un sitio, y del otro levantaba entre esa Ciencia, cuyo fruto era la Guerra, y sus hijos: su Ley. Nadie debe olvidar que todos sus hijos fueron testigos de la Creación de los Cielos y de la Tierra, según el testimonio del propio Dios:

"¿Quién es este que empaña mi providencia con insensatos discursos? Cíñete, pues, como varón los lomos, voy a preguntarte para que me instruyas. ¿Dónde estabas al fundar yo la Tierra? Indícamelo si tanto sabes. ¿Quién determinó, si lo sabes, sus dimensiones? ¿Quién tendió sobre ella la regla? ¿Sobre qué descansan sus cimientos o quién asentó su piedra angular entre las aclamaciones de los astros matutinos y los aplausos de los hijos de Dios?"(Job-*Intervención de Yavé*).

En suma, todos los hijos de Dios habían visto con sus ojos que el Verbo es Dios. Es decir, Dios decía y así se hacía; Dios volvía a decir y así volvía a hacerse. Con sus ojos vieron todos los hijos de Dios que el Verbo es Dios y que el Verbo estaba en el Padre y en el Hijo. Todos menos Adán, lógicamente. A no ser que quien es creado pueda asistir a su propia creación. Pero el punto hacia el que quería yo llamar la atención es otro. El siguiente: Muy bien, el Padre había tomado la decisión irrevocable de desterrar de su Reino la Guerra, ¿pero y el Hijo? ¿El Hijo no tenía nada que decir? A salvo de toda tentación entre los brazos de su Padre ¿por qué no le dejaba Dios que decidiera por sí mismo y se pronunciara libre y voluntariamente sobre esa Ciencia?

¿Y si el Hijo encontraba en la Guerra el placer que habían encontrado esos hijos contra los que se levantó la Ley: "El día que de él comieres, ciertamente morirás"? ¡Cómo podía decir nadie de qué parte se pondría el Hijo si el Padre no le daba la oportunidad de conocer esa Ciencia! Que decidiera por sí mismo sobre la necesidad de desterrarla de su Imperio o la conveniencia de abogar delante del Padre a favor de la coexistencia en su Paraíso de ambos árboles, el de la Vida y el de la Muerte- con estos argumentos del Diablo y otros parecidos se decidió la suerte de nuestro Mundo.

A estas alturas de la Historia la Creación entera está al corriente de la decisión del Hijo. A su forma, pocas palabras y un Hecho que habla mejor y más rotunda y contundentemente que un millón de libros, el Hijo dio su respuesta: "Apártate, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo darás culto". En otras palabras, antes muerto que permitir semejante transformación del Paraíso en un Infierno gobernado por demonios adoradores de la Guerra. Y para demostrar que estaba hablando

en serio subió a la Cruz. Su Respuesta -hacerse una cosa con el Padre al que adoraba- dio por finalizada la Guerra Civil entre los hijos de Dios, y abrió una Nueva Era, en el Cielo como en la Tierra.

Respecto al Cielo, de donde bajara, al volver todo había cambiado. Dios le había dado a su Reino una forma Nueva. Respecto a la Tierra, de donde se iba, dejaba en marcha una Revolución Teológica cuya Meta era y es la Salvación del Género Humano. Incapaces judíos y romanos para comprender lo que estaba pasando, la Guerra contra el Cristianismo se hizo. Para defenderse y triunfar de la Ignorancia de sus enemigos, Dios le dejó al pueblo cristiano sólo un arma: el Ejemplo de Cristo. ¿O acaso no creó al Principio Dios al Hombre a su imagen y semejanza?

En efecto, la Caída no borró de la Mente Creadora el Proyecto de Formación del Hombre a su imagen y semejanza. La Caída lo que hizo fue borrar las circunstancias ideales sobre las que ese Proyecto comenzó a realizarse. Otro de los argumentos originales de aquéllos que se conjuraron para abrir la Caja de Pandora y desatar todos los males sobre el Género Humano fue éste: ¿Bajo condiciones infernales podría demostrarse que el Verbo es Dios?

La maldad pérfida en los argumentos del Diablo no acababa ahí. Una vez que la Guerra contra el Espíritu Santo se desatara los asesinos de Adán tenían que sopesar la posibilidad de la derrota a manos del hombre por cuya mano Dios les reclamaría su sangre. Cuando Dios decretó su Juicio contra Satanás, aún con el corazón desgarrado por nuestra suerte, le juró:

“Por haber hecho esto, maldito serás entre todos los ganados y entre todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida. Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo; este te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañal”.

Pero no parece que el asesino se inmutara. Ni tampoco más tarde cuando volvió a ratificar su sentencia, esta vez bajo juramento, con aquéllas palabras tan suyas:

“Ciertamente yo alzo mi mano al Cielo y juro por mi eterna vida; cuando yo afile el rayo de mi espada y tome en mis manos el juicio, yo retribuiré con venganza a mis enemigos y daré su merecido a los que me aborrecen, emborracharé de sangre mis saetas y mi espada se hartará de carne, de la sangre de los muertos y los cautivos, de las cabezas de los jefes enemigos” (Deuteronomio-Cántico de Moisés).

Dura como era la sentencia el Diablo siguió sin inmutarse. Al poco de matar a Adán lo vemos luego junto a sus hermanos rebeldes eligiendo entre nuestras mujeres las más guapas y procreando de ellas a los héroes de muy antiguo. Y más tarde presentándose ante Dios en calidad de hijo todavía. O sea, que antes de declararle Dios a Noé la ley que regiría el duelo a muerte entre el Hijo de Eva y la Serpiente ésta ya era consciente de sus términos. Recordemos esa ley:

“Ciertamente os demandaré vuestra sangre, que es vuestra vida; de mano de cualquier viviente la reclamaré, como la reclamaré de la mano del hombre, extraño o

deudo, pidiendo cuentas de la vida humana. El que derramare la sangre humana, por mano de hombre será derramada la suya; porque el hombre ha sido hecho a imagen de Dios" (Génesis- Alianza de Dios con Noé).

No hay que ser astuto como una serpiente para ver que la esperanza del Diablo y sus ángeles rebeldes tuvo en estos términos su nido. Vamos a ver, si mataron con la facilidad que un gigante aplasta a un chiquillo al hombre más grande que existió nunca, el hombre al que Dios había formado con sus propias manos, ¡¿por qué iban a tenerle susto a un hijo del muerto?

¡Absurdo! -se dijeron-. Si bajo condiciones paradisíacas el Hombre que Dios criara como a un hijo no pudo evitar ser un juguete en sus manos ¿qué harían con su Heredero, formado en condiciones adversas, esos mismos Másteres del Infierno? Locos, con la locura del que siendo una criatura de barro se atreve a declararle la Guerra a su Creador, y cegados por el infinito valor y astucia del que mata a un niño los Rebeldes no comprendieron en qué descansaba Dios su Victoria. ¿No habían retado a Dios a dejar que su Hijo Amado decidiera por sí mismo el futuro de la Ciencia del bien y del mal, y no estaban en que un hombre sería el Elegido para el Día de la Venganza, el Día de Yavé? Muy bien, Dios les iba a dar las dos cosas en un mismo Acontecimiento: Encarnación y Resurrección de su Unigénito.

Ah, el Día de Yavé. Cómo olvidar el Día de Yavé contra el Diablo y sus ángeles malditos:

"Porque llegará el día de Yavé de los ejércitos sobre todos los altivos y engreídos, sobre todo lo que se yergue, para humillarlo; sobre todos los altos y erguidos cedros del Líbano, sobre las robustas encinas de Basán, sobre todos los montes altos y sobre todos los altos collados, sobre las altas torres y sobre toda muralla fortificada, sobre todas las naves de Tarsis y sobre todos los monumentos preciosos, y será abatida la altivez del hombre y la soberbia humana será humillada, y sólo Yavé será exaltado aquél Día, y desaparecerán todos los ídolos" (Isaías-Prosigue el castigo de los pecadores).

¡Bendito sea Dios que nos eligió para defender nuestra Causa al Hijo de sus entrañas! Los profetas se deshicieron en alabanzas por esa Elección que nos trajo la Gracia. De entre todos esos cantos espontáneos en memoria del Campeón que Dios nos había elegido, en honor al Héroe en cuyas manos había depositado Dios nuestra suerte eterna, de entre todos esos cantos imposibles de retener en la sangre hay uno que sigue soplando en el viento, dándole voz al que no tiene o no sabe expresarse con la misma fuerza y lo hace suyo. Yo lo hago mío. Se llama Canto de Amor. Y dice:

"Bulle en mi corazón un bello discurso, al Rey dedico mi poema. Es mi lengua como cálamo de veloz escriba. Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; en tus labios la Gracia se ha derramado; por eso te bendijo Dios para siempre. Cíñete tu espada sobre el muslo, ¡Oh Héroe!; tus galas y tus preseas. Y marcha, cabalga por la Verdad y la Justicia; enséñete tu diestra portentosas hazañas. Agudas son tus saetas; ante tí caerán los pueblos; desfallecen los corazones de los enemigos del Rey. Tu Trono subsistirá por siempre, Cetro de Equidad es el Cetro de tu Reino. Amas la Justicia y aborreces la

Iniquidad; por eso Yavé, tu Dios, te ha ungido con el óleo de la alegría más que a tus compañeros. Mirra, áloe, casia exhalan tus vestidos; desde los palacios de marfil los instrumentos de cuerda te alegran. Hijas de reyes vienen a tu encuentro, y a tu diestra está la reina con oro de Ofir. Oye, hija, y mira; inclina tu oído; olvida tu pueblo y la casa de tu padre. Prendado está el rey de tu hermosura; pues que Él es tu Señor, póstrate ante El. La hija de Tiro viene con dones, los ricos del pueblo te halagarán. Toda radiante entra la hija del Rey; su vestido está tejido de oro. Entre brocados es llevada al Rey. Detrás de ella, las vírgenes, sus compañeras, son introducidas a tí. Con alegría y algazara son conducidas, entran en el palacio del Rey. A tu padre sucederán tus hijos, los constituirás por príncipes de la Tierra. Yo quisiera recordar tu nombre de generación en generación. Por eso los pueblos te alabarán por siempre jamás". (Canto Nupcial, de los hijos de Coré- *Salmo 45*).

En fin, que aquí el asunto que nos concierne es otro. Porque Dios, mirando a abrir entre los príncipes del Infierno y su Omnisciencia un Abismo insalvable, no sólo anunció, paso por paso, la Victoria de Cristo Jesús sino que puso a disposición del Enemigo todos los medios necesarios para darle a esas circunstancias adversas, sobre las que había basado su enemigo su seguridad, las notas contrarias más inimaginables. Mas como revela el Canto Nupcial todo lo que hiciera el Diablo sería para nada. El Hacha estaba afilada y la Maza en el Puño de su Dueño pedía la cabeza contra la que debía caer y aplastar cráneo y cola. La alegría de los montes, el júbilo de los océanos, hasta las mismas fieras de los desiertos fueron a besarle los pies y a sentir de las manos del Héroe la caricia de su Dios el Día que el Rey le dijo a nuestro Enemigo: "Apártate Satanás".

El grito de victoria de las estrellas que escucharon aquellas palabras se corrió por los Cielos, desbordó las constelaciones y ondeó su bandera sobre la superficie del mar de las galaxias. El primer Hombre fue maravilloso como un Niño grande e inocente que no ha conocido lágrimas, penas, dolores, ni derramado sudores, ni sufrido vientos solanos, ni el ardor del jornalero bajo el sol del estío seco y duro como el acero. Se crió en los brazos de Madre Naturaleza. Aquél era su primer niño; los pechos de Madre Naturaleza estaban llenos de leche, con sus labios verdes se lo comía a besos, entre sus brazos lo dormía bajo las estrellas como si sus vellos fuesen mantas de algodón virgen. Y su Padre, Yavé su Dios lo quería con ternura exquisita, lo quería tanto que a la primavera le ordenó detenerse y transformarse en una tienda de campaña llamada el Edén. ¡Qué dura fue la Caída! Si al menos el Asesino se hubiera cebado en las carnes de un anciano doblado por el peso de los años. O el Ladrón hubiera luchado por la Corona de la Tierra contra un guerrero curtido en batallas, hasta fea su piel de tantas cicatrices tatuadas en combates a muerte. No, el Asesino fue a meterse con un Niño. El príncipe y héroe de los Infiernos fue a pavonearse sobre el cadáver de un inocente.

Ay ay ay, que se me parte el alma- lloró Madre Naturaleza el día que su hijo Adán cayó bajo el grito de guerra sin cuartel que los dioses rebeldes le declararon al Reino del Cielo. Calma tu pena, Mujer -le juró Dios - yo te suscitaré un hijo que cogerá bajo sus pies al Rebelde y le aplastará la cabeza de un mazazo, luego cogerá su tronco y lo partirá a hachazos, y esparcirá sus restos a los cuatro vientos, y mi reino entero verá que si dura es la Caída más dura será la Venganza. Y para consolarla puso su Palabra en sus faldas:

“Ciertamente yo alzo mi mano al cielo y juro por mi eterna vida: Cuando yo afile el rayo de mi espada y tome en mis manos el juicio, yo retribuiré con mi venganza a mis enemigos y daré su merecido a los que me aborrecen, emborracharé de sangre mis saetas y mi espada se hartará de carne, de la sangre de los muertos y de los cautivos, de las cabezas de los jefes enemigos”.

Para el enemigo la perdición, para nosotros la salvación. Por eso acaba su Cántico el Profeta diciendo:

“Regocijaos, gentes, por su pueblo, porque ha sido vengada la sangre de sus siervos, y hará la expiación de la Tierra y su pueblo”.

Esperaban los asesinos de Adán un Campeón de la estirpe y linaje de David, por toda arma de combate el hierro.

Necios, si el primer Hombre nació y vivió desnudo porque no conoció la Guerra, su Heredero nacería vestido de guerra hasta los dientes. Hasta una Espada tenía en la boca. Y de sus ojos salía un fuego salvaje que no se consumía nunca. (Leed la Visión Introductoria de Juan a su Apocalipsis).

Largo y sonoro, sí, fue el baile en honor del hijo del Hombre que a una bailaron los ejércitos celestes, el Día de su Victoria, el Día de Yavé. Triste y duro fue el Día Después, el día de las persecuciones interminables contra el Cristianismo. Y ya puestos, volviendo al Debate, que me responda el que pueda: Mientras los obispos de Roma, empezando por Pedro, eran echados a las fieras y sus colegas eran quemados en cruces para que sirvieran de hogueras en la Noche de los Césares, ¿dónde estaban Lutero, Calvino y sus colegas? Sí, con la boca llena de verdad lo digo y le doy toda la razón del mundo a Lutero: la Cizaña de las Indulgencias fue sembrada durante la Noche de los Obispos. Y con el corazón rebosante de justicia lanzo a los cuatro vientos la pregunta: ¿Pero acaso no se habían merecido los obispos un Descanso después de aquéllos Mil años de trabajo sin tregua? ¿Y por una Noche de sueño profundo iba a quitarle el Señor la gloria a su Esposa y dársela a una advenediza? ¿Acaso rompió con sus Apóstoles y los echó fuera cuando se durmieron una hora antes de su Pasión?

La Gloria es del Rey y El se la da a quien quiere. Que su Padre eligió para la Jefatura al único que le negaría tres veces, pues sí. Que tanto el uno como los otros se durmieron mientras sus enemigos ajustaban precio, lugar y hora, pues también. Pero a ninguno le quitó lo que le diera, y ninguno defraudó su esperanza cuando la hora de la verdad llegó también para ellos. ¿No se olvidó Dios en cuatro mil años del amor que le tuvo a su hijo pequeño, que nada hizo para ganarse su corazón excepto estar vivo, y en un milenio iba a olvidarse de aquéllos hijos que conquistaron su ser entero con aquella declaración de amor eterno que firmaron con su sangre los obispos de Roma y la iglesia Católica entera?

CAPÍTULO 8.

Los cánones penitenciales

-Los cánones penitenciales han sido impuestos únicamente a los vivientes y nada debe ser impuesto a los moribundos basándose en los cánones.

Entramos de lleno en el mundo de la relación entre el cristiano y el pecado. La razón es evidente. Donde no hay pecado no hay necesidad de penitencia. La penitencia sólo existe unida a un delito, que puede ser religioso o social. Al delito religioso lo llamamos pecado, aunque en la teoría del origen de los males del mundo figure el pecado en la raíz del delito social. Es con esta raíz interna y no con su fruto externo que la Iglesia tiene su misión. Pues contra el pecado no puede hacer nada ningún juez, a no ser que alguien pretenda elevar al código penal mirar a la mujer ajena con ojos de deseo. Teológicamente hablando, el pecado es la semilla y el delito es su consumación. De donde se debe entender que los cánones penitenciales de los que se habla en esta tesis tratan de las penas debidas a un pecado y no a un delito. Lo que a los hijos de Dios nos debe preocupar no es cómo ni a quién se aplica la penitencia canónica, preocupación específica relativa a los siervos. Nuestra preocupación está en saber por qué se aplicaban penitencias, canónicas o del tipo que fuesen, cuando el objeto de la Fe es la inmunidad del cristiano frente al virus del pecado. La explicación del R. P. Martín Lutero va directa al grano. Porque donde había pecado había indulgencia y donde había indulgencia había dinero. La explicación de la Historia es otra muy diferente. Y tiene que ver con la manera de vivir su Fe las primeras generaciones de cristianos. Inútil decir que las siguientes palabras de Lutero:

"Sé pecador y peca fuertemente, pero confíate y gózate con mayor fuerza en Cristo, que es vencedor del pecado, de la muerte y del mundo. Mientras estemos aquí abajo, será necesario pecar; esta vida no es la morada de la justicia, pero esperamos, como dice Pedro, unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habita la justicia".

Estas palabras en las orejas de los Apóstoles y los Primeros Cristianos, hubieran, sin duda, sonado a doctrina del mismísimo Diablo. La pregunta para nosotros es cómo el alma cristiana pudo cambiar de una forma tan radical para creer de Cristo lo que un día antes hubiera creído del Diablo. ¡Otro de esos misterios sobre los que pende la espada de Damocles!

En suma, el amor al hermano en la Fe estaba tan desarrollado en aquéllas comunidades cristianas que en su misericordia los sacerdotes, ante el hecho de la existencia de fuertes y débiles en la fe, tuvieron que levantarse entre ambos pidiéndoles a los fuertes que fueran indulgentes con los más débiles. ¿Los que tenían más dinero no tenían piedad de los que tenían menos? Pues lo mismo. Estaban a las persecuciones del

emperador de turno, los fuertes tenían que comprender y admitir la indulgencia de sus sacerdotes para con los hermanos más débiles. Para reforzar sus argumentos los sacerdotes recordaban la promesa de Jesús a sus Apóstoles:

“Acordaos de la palabra que yo os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán; si guardaron mi palabra, también guardarán la vuestra”.

Y acto seguido les leían a los fuertes, que eran los más, las palabras de Pablo sobre los fuertes y los débiles en la fe:

“Acoged al flaco en la fe, sin entrar en disputas sobre opiniones. Hay quien cree poder comer de todo; otro, flaco, tiene que contentarse con verduras. El que come no desprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come, porque Dios le acogió” etcétera.

Desgraciadamente siempre hay quien ni come ni deja de comer. De donde se ve que la debilidad tenía que ser fortalecida, pero no mediante excomuniones y anatemas, sino por la fuerza invencible del Amor. De cuyas entrañas sacerdotales nació la Penitencia, que podía ser más o menos pesada pero que nunca solía ser más pesada de lo que podían soportar los cristianos más flojos. Tampoco se les podía hacer tan leve que a la próxima ocasión volvieran a caer en la tentación. Lo mismo que el niño aprende a andar tropezando y finalmente aprende a correr como una gacela, de la misma manera hay que enseñarle al cristiano a luchar *“contra el último enemigo: la Muerte”*. Con esta Filosofía del Amor por estrella polar los fuertes llevaron a hombros a los débiles a la Cruz y juntos conquistaron aquella Europa a la que la Reforma predestinó a ser el campo de batalla de Gog y Magog.

De manera que el Reverendo Padre Martín Lutero volvía a mentir cuando decía que la Indulgencia existía por el dinero y el pecado existía por la Indulgencia. Mintió cuando dijo que la vida del cristiano es penitencia perpetua. La penitencia, como hemos visto, fue el muro que los sacerdotes levantaron entre el cristiano y la Muerte. Su cuna fue el amor entre hermanos en la misma Fe. Nada entonces tuvo que ver el dinero en el nacimiento de la indulgencia eclesiástica. El misterio para nosotros es descubrir cómo lo que naciera del Amor llegó a degenerar en un comercio tan monstruoso. ¡Otro enigma sobre el que la espada de Damocles hace brillar su hoja!

CAPÍTULO 9.

El Espíritu Santo y el Papa

-Por ello, nos beneficia en la persona del Papa, quien en sus decretos siempre hace una excepción en caso de muerte y de necesidad.

El argumento y recurso al Espíritu Santo ha sido uno de esos instrumentos, ora de terciopelo, ora de tortura, que durante siglos y siglos los maestros en artes y en sagrada escritura -independientemente de su credo- han esgrimido sin descanso alguno. Al final, después del uso y desgaste del término, uno ya no sabe qué es lo que entiende cada cual por él, el Espíritu Santo.

Uno, que no tiene títulos con los que lavarse las barbas ni cátedras con las que hacer sonar a su paso los flecos, sólo sabe lo que lee. Y lo que uno lee es que Dios es Espíritu y Dios es santo. O sea, Dios es Espíritu Santo.

Deducción más natural imposible -me dirá alguno. Ay, amigo, qué más quisiéramos nosotros que todo fuera tan simple y sencillo como coser y cantar. Entre unos que lo niegan y otros que lo afirman el fenómeno de la tercera persona de la Trinidad sigue siendo ese Misterio que nadie quiere resolver del todo, porque si se resolviera ya no habría argumento ni recurso del que echar mano para vestir de divinidad la inspiración del pastor o sacerdote de turno.

Yo sigo diciendo erre que erre: Dios es Espíritu, y Dios es Santo, luego Dios es el Espíritu Santo. Y también esto otro, que Dios no puede dejar de ser Espíritu, pero sí podría dejar de ser Santo. No es tan raro.

Por ejemplo yo, yo no puedo dejar de ser lo que soy, un hombre; pero sí podría dejar de ser cristiano. Por supuesto es una forma de hablar. El punto es que la Santidad es una elección personal divina. Elección personal que Dios tomó el día que conoció la existencia del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. Aquel día hizo su elección personal entre la Paz y la Guerra, entre la Justicia y la Corrupción, entre la Verdad y la Mentira.

Que eligiera la Verdad, la Justicia y la Paz es la decisión que determinó la definición de la Santidad y le dio a su Espíritu esa propiedad Eterna, ser Santo. Por consiguiente, cuando alguien recibe un beneficio de su Espíritu se comprende que tiene su origen en las tres Palabras que definen la Santidad: Verdad, Justicia y Paz. Si después resulta que el fruto de ese beneficio no tiene que ver nada con esas tres palabras no hay que ser muy listo para comprender que no fue Dios la fuente del supuesto beneficio.

Pienso yo que si en este mundo todavía queda vivo algún maestro en artes y en sagrada escritura que pueda enmendarme la plana a este respecto, bueno, que lo haga. Ahora miremos al obispo de Roma.

Ahí está el hombre, más viejo que hace cinco siglos. ¿Beneficios que Dios le ha concedido a los cristianos a través del obispo de Roma desde Pedro a Juan Pablo II? Puede que anular la penitencia canónica en caso de necesidad, de entre los muchos, sea uno. Los perjuicios que sus errores infalibles han causado a la cristiandad también están delante de todos.

¿Qué es el Espíritu Santo entonces, una cosa que sólo se manifiesta en los siervos y no quiere nada con los hijos? ¿Una fuente privada de acceso reservado a siervos y respecto a cuyas aguas no tienen derecho de satisfacción los hijos del Señor al que sirven?

Me parece muy bien que el obispo de Roma en sus decretos acuerde remisión de penas en caso de necesidad y de estado extremo, ¿pero no sería mejor que la lucha contra el pecado hiciera innecesario el uso de tales decretos y cánones?

¿Qué es en definitiva el pecado? Robar es un delito. Envidiar, un defecto. Matar, un crimen. El adulterio, un vicio. ¿Qué es el pecado pues? ¿Odiar al prójimo como se odia al Yo propio, tal vez? ¿Acusar al colega de crímenes que nunca se han cometido, quizá? ¿Mentir a bocajarro con tal de imponer la verdad propia, pudiera ser?

¿Qué es el pecado? ¿Confesar que aquél mismo por el que el Espíritu Santo se manifiesta hoy es al día siguiente el mismísimo Anticristo? Para ser inventor de falacias hay que ser un hombre falaz, pero para tragárselas hay que ser un ignorante. Que la iglesia alemana se aplique pues el cuento. O el Espíritu Santo es Dios y no puede tener durante mil quinientos años al Anticristo a su servicio, o no lo es y, sujeto a la infinita capacidad de cometer errores de la que los hombres hemos hecho gala durante toda nuestra existencia, el Espíritu Santo no es más que un argumento, un recurso al servicio de quien quiera y pueda hacer uso de él.

CAPÍTULO 10.

Los sacerdotes, los moribundos y el purgatorio

-Mal y torpemente proceden los sacerdotes que a los moribundos les reservan penas canónicas en el purgatorio.

¿Por qué mejor no decir: Torpe y malamente procede todo sacerdote, del rango que sea, que socorre su fracaso para mantener al cristiano lejos del pecado culpando sólo al cristiano y sólo a él de sus pecados? ¿En el sentido que le da el R. P. Martín Lutero qué son las penas canónicas sino las aguas sobre las que Pilatos con sotanas se lavan las manos sobre la suerte del Rebaño?

Indudablemente en toda crítica hay un fondo de verdad, y en toda acusación un reflejo de la realidad. Si sacerdotes y cristianos hubieran seguido siendo perfectos jamás se hubiera llegado a la situación de ruptura que liderara Lutero. De todos modos echarle leña al fuego que arde no ha sido nunca la mejor forma de apagar un incendio y, en consecuencia, de dar a luz palabras de sabiduría. Antes de criticar al vecino Lutero

hubiera debido hacer examen de conciencia; a la iglesia alemana más que a ninguna le convenía aplicarse la doctrina divina sobre el juicio contra el hermano:

"No juzguéis y no seréis juzgados, porque con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis se os medirá. ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? ¿O cómo osas decir a tu hermano: Deja que te quite la paja del ojo, teniendo tú una viga en el tuyo? Hipócrita: quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano. No deis las cosas santas a perros ni arrojéis vuestras perlas a puercos, no sea que las pisoteen con sus pies y revolviéndose os destrocen".

La historia de la iglesia alemana antes de la Reforma lo que menos pinta en el horizonte es un paisaje de santos, todos perfectos, todos buenos. Lo mismo el pueblo que los sacerdotes. ¿Quién no recuerda la primera protesta que el clero alemán elevó contra el Cielo el día que sus obispos en pleno doblaron sus rodillas ante el Infierno, el 12 de febrero del 1112 exactamente?

El último Capítulo del Conflicto de las Investiduras entre los Enriques y el papa de Roma se estaba celebrando. En el fondo del Conflicto latía el problema nunca resuelto de la separación entre el Estado y la Iglesia, separación que los príncipes alemanes se negaban a firmar. Recordemos los hechos.

El Tercero de los Enriques había muerto. Gregorio VII, la causa en el origen del Conflicto, murió también. Víctor III, el papa marioneta, murió al año de besarle los pies al Cuarto de los Enriques. Su sucesor Urbano II volvió a recoger el testigo del Conflicto y volvió a excomulgar a aquel Enrique IV de la leyenda que en su día llorara su corona a las puertas del castillo de Canosa, los piececitos desnudos se dice, al raso del frío invierno durante tres días y tres noches. Era la segunda excomunión que recibía el angelito.

Urbano II murió al poco y con él su antipapa, Clemente III. El siguiente sucesor de Pedro, Pascual II, fue reconocido por el propio rey y pareció que las aguas volverían a su cauce, el emperador alemán seguiría poniendo y quitando obispos y el papa recaudando fondos por el servicio prestado al imperio. Pero no. El nuevo obispo de Roma tenía otra idea de la relación que debían mantener Estado e Iglesia.

Así que Pascual II desató la ira de Dios contra los intereses del emperador y lo excomulgó. Era la tercera vez que desafiaba al Espíritu Santo el Canciller del I Reich. El anatema levantó los vientos de la guerra civil. Esta vez bajo el signo del parricidio, padre contra hijo. La providencia no quiso ver el espectáculo de un hijo matando a su padre y se llevó de este mundo al padre. Ahí parecía haberse quedado todo.

El nuevo Enrique hizo con todo el mundo las paces. Pero enseguida, cual perro que vuelve a su vómito, el Canciller regresó a la vieja y querida costumbre teutona de ser más que nadie, más que Pedro, más que Jesucristo y menos sólo que Dios.

Como si nada hubiera pasado y el bárbaro teutón de las leyendas tuviera menos cerebro que un mosquito, en cuanto Pascual II se dedicó a apacentar las ovejas de su Señor el Canciller se dedicó a lo que su padre y su abuelo se dedicaron, a poner su orgullo

de macho sobre el altar de Cristo y allí mandaba él y nadie más que él. Y comenzó a poner y quitar obispos.

En el 1108, viendo Pascual II que el Quinto era peor que el Cuarto excomulgó a todos los reyes y príncipes que pusiesen y quitasen obispo. Enrique V el Aludido avanzó entonces contra Roma dispuesto a quitar al propio papa y elegirse su propio Pedro.

Rodeándole iban todos los obispos alemanes aquéllos a los que les convenía como anillo de hierro al hocico del cerdo aquello de:

"Nadie puede servir a dos señores, pues o bien, aborreciendo al uno, amará al otro, o bien, adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas".

Eran todos obispos, eran todos renegados de su Señor, como no tardará en verse en lo poco que se lee estas líneas. Pascual II, vista la imposible negociación sobre las bases antiguas, pensó y encontró la respuesta. Fue y la puso sobre la mesa de la Historia: el Estado y la Iglesia convivirían pero no se interferirían ni se molestarían. La Iglesia restituía todos sus títulos y sus beneficios feudales al poder civil y el Estado abandonaría cualquier interferencia en la vida de la Iglesia.

Era el 12 de febrero del 1112. Una fecha histórica de haber aprobado Alemania aquella propuesta. Su entrada en vigor hubiera revolucionado la evolución de la sociedad europea y la hubiera hecho avanzar al encuentro del futuro a una velocidad extraordinaria. Aquél era el futuro en el horizonte del pensamiento de Cristo. Aquí Estado, aquí Iglesia.

De haber servido el clero alemán a Cristo y no al emperador las cosas nunca hubieran llegado al estado que se encontraron en los días de la Reforma. Contra el Espíritu Santo el clero alemán se rebeló, hizo causa con el rey y en pleno se alzó contra el Cielo, eligiendo la gloria mundana a la natural a su condición sacerdotal.

Aquél día y en aquella hora el clero alemán rompió el contrato con el Espíritu Santo. Roto el contrato con el Señor Jesús, la iglesia alemana al servicio de su rey raptó al obispo de Roma y demolió sus convicciones al estilo de la raza aria, ese estilo al que esa nación tan maravillosa nos ha acostumbrado al resto de la Humanidad desde los días de Lutero hasta mediados del siglo XX.

¿De qué y contra quién se quejaban entonces Lutero y su santa nación alemana? Siendo alemanes como él mismo los verdaderos artífices del escándalo de las Indulgencias contra las que se escribieron estas Tesis ¿de qué se quejaba el Maestro en Sagradas Escrituras contra la iglesia católica? De haber tenido la iglesia católica la misma dureza de corazón que la alemana ¿no se hubiera debido en concilio católico y *ad eternum* desgajar aquella rama del cuerpo de Cristo?

Oigamos el juicio de Cristo contra las iglesias adúlteras:

"Habéis oído que fue dicho: No adulterarás, pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón. Si, pues, tu ojo derecho te

escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti, porque mejor te es que perezca uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtatela y arrójala de ti, porque mejor te es que uno de tus miembros perezca que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna".

¿De manera que si la cabeza de la Iglesia es Cristo, con quiénes adulteraron las iglesias de la Reforma cuando se dieron por cabezas a los príncipes del mundo?

Resumiendo: se levantó Judas a imponer orden entre los Apóstoles. No habíamos visto nada y teníamos que ver semejante espectáculo, lo peor declarándose lo mejor, lo más bajo reclamando para sí lo más alto. La iglesia adúltera que despreció a su Señor, su Cabeza, *"como la cabeza de la mujer es su marido"*, y se declaró sierva del emperador de Alemania, con el que se acostó por sus riquezas, esa iglesia sobre la que pendía el Juicio de su Señor se alzó, en la persona de un monje sin vocación, de tendencia psicopática esquizoide, para acusar a la Iglesia Católica de ser el Anticristo, la Gran Ramera.

"No juzguéis y no seréis juzgados, porque con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis se os medirá".

¿Quién dijo esto Reverendo Padre Martín Lutero? La iglesia española se negó en rotundo a aceptar el tráfico de las indulgencias para la construcción de la Basílica de San Pedro en su territorio. ¿Por qué no hizo otro tanto la iglesia alemana? ¿Qué o quiénes se lo impidieron?

Mas en lugar de sentarnos a discutir quién era más malo quién era más bueno en la Europa de entonces, pues que entre patas de gatos corría el ratón, vamos a abrir este Debate a la existencia del Purgatorio, qué sea ese lugar, cómo entró en la mitología cristiana, y, en fin, si fuera ficción plantearnos la liberación de nuestra conciencia respecto a la posibilidad de una estación entre el Cielo y el Infierno llamada el Purgatorio.

Al parecer -según se desprende de la tesis en curso- en aquéllos días la gente, iglesia y pueblo a una, creían en la existencia de una sala de espera donde las almas se sentaban a esperar el Día del Juicio Final, y mientras esperaban penaban los pecados y delitos que en vida escondieron debajo de la manta. ¿Realidad, ficción? ¿En qué tipo de sustrato bíblico se apoyaban aquéllos hombres para mantener a ciencia cierta la existencia de ese lugar entre el Infierno y el Cielo?

Mi misión como hijo de Dios es comprender, no juzgar. Porque no soy juez y me atengo a la doctrina del "no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados" pienso. Y pensando lo primero que se me viene a la cabeza es aquello otro de "el que cree en mí no será juzgado; el que cree en mí no morirá, sino que vivirá para siempre". Y esto otro:

(Juan, 5,24-) "En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado, porque pasó de la muerte a la vida".

Más claro, imposible. Es el Misterio de la Fe, y en este Misterio está su Poder. ¿Así que si por la Fe pasamos directamente de esta vida a la vida eterna: para quién es ese Purgatorio?, ¿quién va allí y a cuento de qué?

La Declaración de Ciudadanía eterna que la Fe concede no precisa entre más buenos y menos buenos, entre menos fuertes y más débiles. Crees en el Hijo y crees en el Padre, ya está, ya eres Ciudadano del Reino de los cielos. Ahora a vivir como tal.

Que las condiciones de este mundo no son las ideales para desarrollar los presupuestos de esta Ciudadanía, de acuerdo. Ahí está el reto.

Si entretanto alguno quiere perder el tiempo divagando en lo que les pasa a los muertos, allá él. La Escritura siempre ha estado ahí. ¿De dónde entonces viene eso de suponer que unos cristianos van directamente al Paraíso y otros se quedan en el camino? ¡¿Mal y torpemente hacen los sacerdotes que les administran penas a esos desdichados que están a la espera del Juicio Final?! Hay que ser muy blandos para levantar crítica tan tierna contra semejantes jueces de su prójimo. Con todo no parece que hayamos resuelto el tema: ¿Existe el Purgatorio?

CAPÍTULO 11.

El sueño de los obispos

-Esta cizaña, cual la de transformar la pena canónica en pena para el purgatorio, parece por cierto haber sido sembrada mientras los obispos dormían.

"La muerte es el fruto del pecado". De donde invirtiendo se deduce que antes de que la Muerte sembrara su cizaña en nuestro mundo el Hombre no sufría enfermedades de ninguna clase. La entrada en tromba de la envidia, la ambición, el robo, el crimen, el adulterio y demás delitos contra la Naturaleza de la Creación condujo a los hombres a la Guerra, y la Guerra desencadenó sus propios males: la esclavitud, la prostitución, la sodomización de la infancia, el hambre, la tortura, etc. En este caldo de cultivo aparecieron las primeras enfermedades de la civilización. De donde se ve que primero fue la enfermedad del alma y enseguida vino la enfermedad del cuerpo. Y que si la gloria de las ciencias médicas está en la victoria total sobre las enfermedades, la victoria de las ciencias de la salvación tiene en la salud del alma su gloria.

Cuando se dice que el pecado y la enfermedad están en relación causa efecto no se pretende afirmar que la enfermedad y el pecado estén en relación directa en el individuo. Al igual que otro cualquier fenómeno natural, entre los que la enfermedad ha encontrado hueco gracias a la relación parasitaria entre el pecado y el género humano, la enfermedad es un fenómeno que golpea ciego, como un maremoto, un terremoto, un diluvio o un volcán.

El origen de este fenómeno que llamamos pecado está en la oposición a la estructura de la Realidad que Dios le ha dado a su Creación. Y, consecuentemente, en la guerra contra la arquitectura que su relación con el Infinito y la Eternidad adquirió tras el Nacimiento del Padre y del Hijo.

Como Creador, contra la posibilidad de la existencia de un universo abierto a tantas realidades como la fantasía de sus habitantes pusiese sobre la mesa, Dios estableció el Futuro de su Universo en una Verdad universal. Esta Verdad engendraría la Justicia, y la Justicia traería la Paz, cuya bandera ondearía al viento los colores del espíritu de Igualdad, Libertad y Fraternidad.

Como Padre, Dios tiene que hacer todo lo posible para que la elección de sus criaturas se le escape de los labios y todos sus hijos se tiren en sus brazos, abiertos a todo lo bueno, a todo lo hermoso, a todo lo noble, a todo lo pacífico, creativo, imaginativo, dinámico, aventurero, artístico, sabio, inteligente, gracioso, amable, puro, sutil, ingrávido, brillante, generoso.

Pero aquí estamos investigando si el amor a la verdad que el héroe de la Reforma declaró en público es el amor a esta Verdad, que se encarnó en Cristo Jesús para que la viéramos cara a cara y por nosotros mismos juzgásemos su Belleza. No podemos olvidar que hay otra verdad cuyo origen se remonta a los días de Adán, y que, según los milenios han pasado, la hemos visto cambiarse de chaqueta más veces de las que podamos recordar.

Hitler tuvo su verdad. También Stalin tuvo la suya. Ejemplo cercano y apocalíptico del fin de un universo abierto a tantas verdades como mentes quieran fabricarse, esas dos verdades no fueron más que las transformaciones finales de aquella verdad maligna que un día un hijo de Dios sembró en nuestro mundo: *"Seréis como los dioses, conocedores del bien y del mal"*.

Si alguien cree que el conocimiento de la Ciencia del bien y del mal nos ha acercado más a la condición divina que levante la mano. De todos modos la cuestión que ahora nos ocupa es descubrir si la verdad que la Reforma puso sobre la mesa y la Verdad Universal sobre la que Dios fundó su Creación es astilla de tal palo, o si la verdad luterana fue una transformación de esa otra verdad cuyo fruto final es la guerra civil en el origen de todos los males del cuerpo y del alma humana.

Que el fruto de la doctrina luterana fue la guerra civil a corto plazo y la guerra mundial a largo plazo es evidente. El Odio que, como condición de salvación, contra el resto del mundo cristiano sembró Lutero permaneció latente en la nación alemana. Sólo

era necesario arrimarle una chispa para que el fuego volviera a prenderse y arrasara con su infierno.

Si en aquella ocasión el fuego encontró en el odio hacia el catolicismo la fuerza primaria, en esta otra ocasión encontró el enemigo en el comunismo. ¿Cómo puede una nación amar a Dios sobre todas las cosas y odiar a su prójimo con todas las fuerzas de su alma?

Sin embargo no estamos juzgando a Alemania, sino buscando una respuesta a si la verdad luterana fue una transformación de aquella verdad a la que Dios le cerrara las puertas de su Creación.

Ningún hombre es quien para juzgar a su prójimo. Ni nadie puede tampoco excusar lo inexcusable. La trasformación del Nuevo Templo en un mercado de indulgencias, al estilo del Antiguo, por ejemplo.

Que esta Negación creó la necesidad de alguien que cogiera el látigo y expulsara del Nuevo Templo a aquellos mercaderes de penitencias, pues sí.

Que sin látigo fueron expulsados de España, adonde se les prohibió el acceso, pues también.

Que Lutero era el Nuevo Jesucristo y el Nuevo Templo el Antiguo, pues no.

Que en razón de esa Negación el juicio universal contra la Iglesia Católica debía ser "anticristo, anticristo", pues tampoco.

Que se descubrió en el escándalo que el obispo de Roma ni era Padre y menos aún Santo, pues sí.

Que la declaración de Lutero sobre el valor de las indulgencias y su rechazo al universo de penitencias canónicas era una necesidad, pues también.

Que el escándalo del obispo de Roma y del obispado italiano, espectáculo vergonzoso que llevaba durando ya demasiado tiempo, estuvo en el origen de la violencia de la reacción protestante, de acuerdo.

Que la Negación del Sucesor de Pedro justificaba la Desobediencia a la Unidad pedida por el Verbo, jamás.

Lo demás, que durante el Sueño de los obispos el Diablo hubiera sembrado doctrinas perniciosas contra la salud del alma, esto se entiende como colateral y preámbulo, si se quiere, del objetivo tras el que andaba el Maligno: La división del Reino de Dios y de su Casa como medio de destrucción del Cristianismo.

No olvidemos que lo que Dios ha creado sólo Dios puede destruirlo. Imposibilitado por sus propias fuerzas para destruir lo que Dios creara al Diablo sólo le quedaba el

recurso, como al principio, de lanzar al Hombre contra el Verbo. El Verbo, por su Divinidad, se encargaría del resto.

CAPÍTULO 12.

La verdadera contrición

-Antiguamente las penas canónicas no se imponían después sino antes de la absolución, como prueba de la verdadera contrición.

Puede o puede que no antiguamente -volviendo a las tesis- las penas canónicas se impusieran antes de la absolución buscando el arrepentimiento verdadero del cristiano y no volviera a caer en la misma piedra; pudiera o pudiese ser que no se necesitaran absoluciones ni penitenciales si el cristiano del que se habla hubiese desterrado de su carne la coexistencia del pecado con su Fe; pudiera o no pudiese ser que de vivir bajo circunstancias menos adversas no se haya de hablar de pecados ni de penas canónicas antes o después de la absolución. Lo que no puede ser ni será jamás es que un corredor se parta la cara, venza, caiga rendido un metro más allá de la meta y mientras está recuperándose el que entrara segundo contra derecho se alce exigiendo para sí la victoria que no consiguiera.

De la Madre son sus hijos, y del Señor su Esposa; nacida para servir, si Sierva no es libre, y siendo verdad que la libertad está en el Conocimiento: de la Ignorancia de la Madre responde su Señor. De manera que quien a Ella injuria, injuria al Dios que la engendró para ser Sierva en la Casa de su Hijo. Lo demás, atacar la Casa mientras duermen sus habitantes, pues que Lutero reconoce que hubo Noche de los Obispos, es de ladrones, no de consiervos ni de hijos. Pero en esto cada cual se atendrá al criterio de su Conocimiento, si en verdad se es libre.

CUARTA PARTE

Sobre la Interpretación de la Historia

El Odio que las consecuencias del desafío luterano desataron sobre toda Europa y navegó por las olas del Atlántico hasta ahogarse en el Pacífico no debe nublarnos la inteligencia. No se odia con tanta fuerza sino al que se ha amado con la misma locura. Puede que la iglesia alemana arrastrada por la marea del odio fratricida, para acallar su conciencia haya echado mano del recurso más sencillo: la esquizofrenia. Y mediante el artilugio de haber vuelto a nacer en el seno de la Reforma quiera negar ahora la existencia de la relación de Amor que desde los orígenes mantuvieron la iglesia católica y la nación alemana.

De hecho ninguna otra nación, exceptuando a la italiana, ha influido de una manera tan poderosa y decisiva en la Historia del Cristianismo. Puede decirse que sin el pueblo alemán, tanto en su amor como en su odio al obispo de Roma, las aventuras del cristianismo hubieran sido muy distintas a las que la Historia ha registrado.

Sin miedo a ser acusado de retórico, exagerando para ganar, las batallas que los pueblos alemanes lucharon y ganaron por la Civilización y para la Cristiandad no fueron menos trascendentes y decisivas que las ganadas más tarde por los pueblos españoles. El futuro de Europa y de la Civilización le debe tanto a la nación alemana, en lo bueno y en lo malo, que sin su existencia el mundo tal cual lo conocemos hoy día no hubiera sido posible. Y viceversa, la forja de Alemania le debe tanto a la iglesia católica contra la que Lutero esparció el odio que sin aquella relación de amor que mantuvieron el obispo de Roma y el Primer Reich su Historia sería un puzle ininteligible.

El proceso de disociación a muerte que la nación alemana emprendió, desterrando de su memoria histórica la conexión católica, podemos compararlo con un proceso de lavado de cerebro en el mejor de los casos, y en el peor entenderlo desde los síntomas de la fenomenología de la esquizofrenia paranoica, enfermedad que devendría crónica y se descubriría en su máximo estado de virulencia durante el Tercer Reich.

Con el tiempo, en la medida que lo permitan las circunstancias, iremos recuperando las pautas y los momentos de aquella relación de amor-odio que le diera a ambas partes propiedades tan específicas. De todos modos los manuales sobre Prehistoria e Historia del Sacro Imperio Romano Germánico, desde los Francos a la Reforma están a disposición de todos. Internet es una buena fuente de información, tanto sobre los buenos, los de casa, como los malos, los de fuera, ésos papistas. Entretanto podemos ir sacando de la Historia las consecuencias a las que sus lecciones nos invitan.

La primera de todas se refiere al valor de la historia escrita. Es de derecho que los vencedores de un conflicto escriban la historia tirando para casa. Este derecho implica la atribución del papel del bueno para el vencedor y la lógica demonización del vencido. Este derecho no se discute. Han hecho uso de él todos los vencedores de todos los tiempos y lugares. Lo que se pone en duda es el valor de una historia escrita por la parte vencedora.

En los casos registrados por la Historia se ha observado una tendencia general por parte de los cronistas oficiales de los vencedores a empezar sus relatos poniendo por delante una confesión de amor filosófico a la verdad. Inmediatamente después esos historiadores oficiales pierden la memoria y ya no recuerdan haber cometido sus pueblos ninguna falta, ni haber realizado alguna obra impía por la que merecer el odio de la Humanidad.

Digamos que de haber vencido Hitler nadie hubiera echado en falta los seis millones de judíos desaparecidos, por ejemplo. Ni nada por el estilo. Afortunadamente Dios no permitió que los cronistas del nazismo escribieran la Historia, ni la de la derrota ni la de la victoria.

De todos modos es curioso ver hasta qué punto hablar del alemán es hablar del judío. Pero es que en este terreno el prototipo por excelencia de esta especie de historiadores, aunque en este caso la Historia se volviera contra su autor, es el caso de la Historia de los Judíos escrita por Flavio Josefo.

También es curioso que entre el Lutero que escribiera la historia del futuro de su pueblo y el Flavio Josefo que escribiera el Pasado del suyo exista un punto en el que ambos caracteres se parecen como el reflejo al rostro del hombre que se mira en el espejo. Quiero decir, tanto el uno como el otro lideraron un movimiento popular y, tanto el uno como el otro, cuando se vieron delante de la victoria imposible abandonaron a sus pueblos y se pasaron al enemigo.

Lutero traicionó la causa del pueblo durante la imposible victoria de la Revolución de los Campesinos. Flavio Josefo traicionó al suyo inmediatamente después de la revolución que se hizo con Jerusalén y causó la destrucción de todos los Archivos del Estado de Israel.

Tras aquel primer momento de euforia revolucionaria, en cuanto las legiones romanas se pusieron en posición de combate aquel capitán del linaje del rey David desertó de sus filas y se entregó al Imperio, desde cuyas tiendas de campaña fue testigo de la destrucción de su nación. Aquel traidor a su patria y a su nación creyendo que el futuro del cristianismo estaba sentenciado y contando con el favor de los Césares reescribió la Historia de los Judíos, sus Antigüedades como sus Guerras. Aparte de crear un anti-antiguo testamento según Flavio Josefo las persecuciones anticristianas judías, el nacimiento del cristianismo y el Fenómeno Jesucristo jamás tuvieron lugar.

Como quien vuelva una jarra y derrama lo que contiene, o como quien exorciza el espíritu de Dios del cuerpo histórico de los Hebreos, aquél Judas vació las Sagradas Escrituras de su contenido Divino. El resultado fue la transformación de la religión de los Patriarcas y de los Profetas en otra religión del mundo, con sus paranoias nacionales y sus

propiedades autóctonas, pero a la postre una religión que tenía tanto derecho a vivir como la romana, la griega y la más pintada.

Desgraciadamente el Judaísmo posterior absorbería parte de la ideología Flaviojosefiana, adquiriendo su personalidad las notas esquizofrénicas típicas de quien ha superado la existencia de un trauma negando la realidad de los hechos y actos que dieron lugar a su génesis. En efecto, después de exorcizar el espíritu de Dios del cuerpo histórico de su nación, Flavio Josefo a la hora de llegar a los Hechos negó la existencia de las persecuciones anticristianas que desde los años 30 a los 70 fueron la tónica general en todo el Estado Judío.

Escrita así su Historia No Sagrada... a quién le extraña que los judíos no pudieran comprender nunca de dónde les venía a las naciones cristianas el Odio hacia su raza por el crimen contra un sólo hombre... En ninguna de sus escrituras históricas, sagradas y no sagradas, se hablaba de las tres soluciones finales que sus padres decretaron contra el cristianismo. Y así hasta nuestros días.

Regresemos ahora al caso de la Historia de la Reforma escrita por los reformadores, es decir, los vencedores. La comparación entre el Lutero delante de las consecuencias de su revolución teológica y de aquel Flavio Josefo delante de las suyas no es gratuita. Tanto el uno como el otro cuando llegó la hora de la verdad abandonaron a su pueblo a la matanza; tanto Lutero como Flavio Josefo compraron su pellejo a costa de la destrucción del pueblo al que lideraron a la libertad. La comparación no es gratuita por tanto.

El método y la forma que tuvieron de amar la verdad no pueden distar tampoco mucho entre uno y otro. Basta leer una historia nacionalista de la Reforma para verlo. Como aquéllos judíos que jamás emprendieron soluciones finales contra los primeros cristianos, tampoco la Reforma, siendo una congregación de santos como era, pudo cometer jamás crimen alguno. Amén, amén. Los pobres y santos nuevos creyentes no provocaron a nadie, amén; ni comenzaron ninguna guerra civil, amén; ni nada por el estilo. Fueron los papistas malvados y pérfidos quienes comenzaron la guerra y ellos, los santos reformadores, se limitaron a responder, y, por supuesto, a vencer. Vencedores, tenían todo el derecho a escribir la historia demonizando al vencido y santificando sus crímenes sobre la sangre de los vencidos. Así que no seré yo quien borre del libro de la Historia capítulo o línea.

Entonces, por qué y a cuento de qué viene esta comparación, ¿puede saberse?

Bueno, su implacable lógica tiene que ver con la génesis de cualquier proceso esquizofrénico, en un principio, y finalmente con la negación de la realidad divina del hombre que semejante manipulación de la Historia implica. Me explico.

Cuando Dios creó el hombre lo dotó del soporte material necesario para realizar su formación a su imagen y semejanza. Estamos hablando de inteligencia. Aquel cuya Omnisciencia está fundada en un volumen infinito de memoria no podía formar una criatura a su imagen y semejanza sin dotarla de ese soporte material, que traducido a nuestra realidad se habla de una capacidad ilimitada para el almacenamiento de conocimiento.

Sobre dos columnas está fundada la realidad humana: Sobre una memoria genética, que actúa automáticamente y reconoce la realidad física sin conocimiento consciente del Yo. Esta memoria es hereditaria; y en su código lleva la imagen del mundo real, es decir, el mundo físico tal cual lo vivimos, con sus colores y sonidos.

Cuando el hombre nace su cerebro no tiene que reiniciarse y ser cargado con toda la información física del mundo real; esa información viene almacenada en la propia estructura de su cerebro. Esto hace que la capacidad de aprendizaje del ser humano sea fantástica, es decir, a la imagen y semejanza de la de su Creador.

Pero hay otra memoria que le es fundamental a la inteligencia humana y sin la cual el cerebro no puede procesar la realidad y definir la naturaleza de los acontecimientos en los que vive. Se habla de la memoria histórica de la Humanidad.

Entonces, cuando Dios proyectó la Encarnación de su Hijo la Idea fue viable únicamente partiendo de la afirmación que se nos hizo al principio: "Este es el libro de la descendencia de Adán. Cuando creó Dios al hombre, le hizo a imagen suya". Creado a su Imagen, o sea, nacido para la Omnisciencia, inteligente por naturaleza, únicamente desde la materialización viva de las características de la Inteligencia de su Creador puede afirmarse de una criatura lo que aquí se afirmó.

De haber sido sólo una afirmación gratuita nunca hubiera podido darse la Encarnación. Porque la hubo, en la Encarnación la afirmación se mantuvo y se nos descubrió a todos la naturaleza de la inteligencia a imagen y semejanza de la cual Dios nos creó.

Ahora, creada con una memoria de volumen ilimitado la inteligencia del hombre requiere para el procesamiento de la verdadera naturaleza de la realidad que se le suministre toda la información necesaria para su ejecución. A las conclusiones derivadas de este acto de procesamiento de la información contenida en la memoria histórica las llamamos Conocimiento.

¿Qué hacemos, pues, cuando borramos de la Historia los acontecimientos protagonizados por la Humanidad, de la nación o raza que sea?

No hay que ser un genio ni estudiar todas las ciencias para comprender que el conocimiento de un pueblo cuya memoria ha sido tarada, en nombre del patriotismo, del nacionalismo, o de cualquier otra doctrina justificante de ese crimen contra la Humanidad y su nación; el resultado de semejante borrado de memoria será un comportamiento patológico, cuyo grado de virulencia, homicida o suicida, podrá determinarse partiendo de la amplitud del barrido.

En esta Cuarta Parte voy a recuperar de la papelera de reciclaje un documento, poco conocido a nivel local y universal, el conocimiento del cual nos ilumina el horizonte y nos conduce directamente a los pies de la génesis de la esquizofrenia paranoide homicida antijudía del periodo nazi. Naturalmente firmado por el Reverendo Padre Martín Lutero.

Conste que sobre los muertos sólo Dios tiene el poder del Juicio. Lo que al Hombre le corresponde es eliminar todas las trabas que los nacionalismos y los prejuicios históricos levantaron entre nosotros y el acceso libre a la Verdadera Memoria Histórica de la Humanidad. Seguimos adelante con las Tesis.

CAPÍTULO 13.

Los moribundos y las leyes canónicas

-Los moribundos son absueltos de todas sus culpas a causa de la muerte y ya son muertos para las leyes canónicas, quedando de derecho exentos de ellas.

En muchas cosas se equivocaría Lutero, pero en este tema más que en ninguna, desgraciadamente. ¿Porque si la Muerte absuelve de todos los delitos que se cometan contra el Reino de Dios, que son los que se comprenden bajo la largo mano canónica, para qué y por qué le entregó Jesucristo a sus Apóstoles Llaves de ninguna puerta?

El retórico y sofista Lutero se está absolviendo a sí mismo de los delitos contra el Reino de Dios que pudiera cometer. Y si se bendice a sí mismo alguna batalla que librar tendría en mente. Por ejemplo Constantino el Grande.

El famoso Constantino el Grande sabía que el ejercicio de Imperator y la vocación de cristiano son tan imposibles de conciliar que se reservó el Bautismo para el último minuto. El hombre se jugó el alma y le salió bien. Era un vencedor y hasta a la Muerte le ganó el pulso. Más astuto que el Diablo guardó el as invencible de la absolución bautismal para el último momento.

Aquí Lutero apuesta fuerte también. Se lo va a jugar todo a un farol. Si le sale bien las puertas grandes de la gran iglesia papista se le abrirán de par en par; si pierde su destino será el del Hereje. Y él lo sabe. La batalla es formidable. Pero él no le tiene miedo. Y empieza por absolverse a sí mismo de todos los posibles delitos contra la Unidad del Reino de Dios que por culpa de los que le descubran el farol tendrá que cometer.

Sujeto el delito de Desobediencia a las penas canónicas se da a sí mismo la bendición del que se desea suerte y se convence a sí mismo que la Muerte lo absolverá de cualquier delito contra Jesucristo. Bajo la misericordia y generosidad del que defiende a los moribundos y difuntos, bajo la piedad por los pobrecitos que se mueren y a cuyos lechos se acercaban aquellos malos siervos, Lutero escondía a los ojos del pueblo y de sus jefes su propia jugada maestra.

A Constantino el Grande le salió bien la suya, ¿por qué no iba a darle a él su farol la victoria que estaba buscando con estas Tesis?

En cuanto a la ley canónica es evidente que, siendo el cristianismo la evolución natural del judaísmo, como permanecían las penas de quienes no se acogían a las leyes rituales del sacerdocio aaronita y morían en ellas, permanecen en las debidas quienes no se sujetan a los cánones establecidos por el sacerdocio cristiano. A no ser que Jesucristo mintiera cuando les dijera a sus Discípulos: “Acordaos de la palabra que yo os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán; si guardaren mi palabra, también guardarán la vuestra”.

Otra cosa muy distinta será que los siervos utilicen ese Poder para imponer su arbitrio y cargar la vida del creyente con pesadas taras canónicas y ritos extravagantes destinados, exclusivamente, a hacer imposible la alegría del Ser que se descubre hijo de Dios y quiere vivir la realización de su vocación, que es la vida eterna, aquí y ahora.

Hablando de esta arbitrariedad esquizoide y demente los propios siervos, de producirse semejante desquiciamiento, se descalificarían a sí mismos. Pero si con la muerte se acabó todo, que es donde va esta tesis de Lutero, ¿si esto fuera así cómo podría juzgar Dios a nadie?

¿Si en muriendo queda absuelto de todos sus delitos el que muere bajo qué justicia podría llamar Dios a la Humanidad ante su tribunal? De manera que la proclama que contiene esta tesis es un absurdo supino.

Absurdo que fundamenta su lógica irracional en la Fe sola como mecanismo de anulación del Juicio Final que pesa sobre las obras. Que la Fe absuelve al hombre de todos sus pecados es la leche con la que se alimentó el cristianismo; que por sus obras es juzgado todo hombre, el cristiano como el que no lo es, se demuestra leyendo el Evangelio. El capítulo sobre el Juicio Final no engaña ni miente: “Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui peregrino, y no me acogisteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis”.

La Fe salva de la condena debida a los pecados cometidos antes de volver a nacer; pero entre la nueva vida y la futura hay un Juicio, y aquí es donde entran las obras. A no ser que Lutero invocando el principio antes expuesto: “Si guardaren la mía guardarán la vuestra” utilice su palabra para anular la de su Señor a la manera que los judíos anulaban la palabra de Dios con sus preceptos, y los obispos la caridad divina mediante las indulgencias.

CAPÍTULO 14.

La caridad imperfecta y el miedo

-Una pureza o caridad imperfectas traen consigo para el moribundo, necesariamente, gran miedo; el cual es tanto mayor cuanto menor sean aquéllas.

Para afirmar lo que se afirma en esta tesis no hay que ser filósofo ni teólogo, ni siquiera cristiano. El miedo a un juicio final no es una realidad desconocida para los pueblos antiguos. Así que hacer sabiduría innovadora de algo tan antiguo como la humanidad no puede entenderse al menos que el atleta ignore la naturaleza de las olimpiadas en la que está participando.

Lo trágico no es la existencia de ese miedo, lo penoso es que alguien que se dice cristiano tenga miedo de Dios sabiendo que por la Fe no es juzgado y pasa de esta vida a la vida eterna sin preámbulos canónicos de ningún tipo.

Ahora bien, si los cánones condicionan este acceso entonces son ciertamente los cánones los que deben ser arrojados al fuego y que ardan en el infierno de ese purgatorio que, cultivando el pecado, alimentaron aquéllos vendedores de indulgencias.

De todos modos conste que como de criaturas poco inteligentes es olvidar que de los palos todo el mundo aprende, nadie puede creer que el Nuevo Templo construido por Jesucristo siga siendo aquél mercado de compra-venta en el origen de este Debate. Lo triste es que aquélla Negación de Cristo tuviera que ser corregida al precio de una división tan odiosa.

En cuanto a la pureza y a la caridad, la Biblia es el mejor libro de teología al caso. Y sobre el miedo a la vida eterna a las puertas del Juicio para eso se nos ha dado la Fe, no para presentarnos con el corazón lleno de miedo delante de nuestro Juez y Rey, sino con el ser rebosante de amor por su Corona y Justicia.

Esto es lo que debe enseñarse a los cristianos, si es que alguno tiene necesidad de aprender sabiduría: que el Amor ha vencido al Temor, y que el Temor nunca fue miedo a Dios. Pero Lutero se reiría de estas palabras mías con las mismas fuerzas y ganas que se rieron de las suyas aquellos a quienes estas Tesis fueron dirigidas. Y es que esta proposición tiene toda la cara de la hipocresía del Diablo que reta a Dios a condenarle tomando su ausencia total de miedo al infierno como principio de su justicia.

Si la cara alegre y los ojos tranquilos son prueba de la santidad del moribundo luterano, como las riquezas y la buena vida son la prueba de la salvación calvinista, para burlar la justicia divina y ser tratado de santo post mortem sólo hay que echarse en la

cama y retirarse bendiciendo a los presentes. Recordemos a Lutero en su lecho de muerte, diciendo:

"¡Oh Padre mío celestial, Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Dios de toda consolación! Yo te agradezco el haberme revelado a tu amado Hijo Jesucristo, en quien creo, a quien he predicado y confesado, a quien he amado y alabado, a quien deshonran, persiguen y blasfeman el miserable papa y todos los impíos. Te ruego, señor mío Jesucristo, que mi alma te sea encomendada. ¡Ah Padre celestial! Tengo que dejar ya este cuerpo y partir de esta vida, pero sé de cierto que contigo permaneceré eternamente y nadie me arrebatará de tus manos".

Y ya está, ya estás en el Paraíso. Pero claro hay un problema. Y el problema es que hay una Puerta, y esa Puerta, como si de un prodigio extraordinario se tratara, habla. Y hablando, dijo:

"Dos hombres subieron al templo a orar, el uno era fariseo, el otro publicano. El fariseo, en pie, oraba para sí de esta manera: ¡Oh Dios! Te doy gracias de que no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, pago el diezmo de todo cuanto poseo. El publicano se quedó allá lejos y ni se atrevía a levantar los ojos al cielo, y hería su pecho, diciendo: ¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador! Os digo que bajó esté justificado a su casa y no aquél. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado".

De manera que si sólo los valientes que miran cara a cara a Dios pueden tener la conciencia tranquila, y si del cobarde es el miedo de quien fue en vida malo como un demonio, y si los signos externos son por los que Dios se hace ver en sus elegidos, muramos así, con la frente muy alta y la boca llena del que puede decirle a Dios: ¿lo ves? No te tengo miedo, y no te tengo miedo porque fui toda mi vida un hombre justo.

¿Pero no sabemos todos que mientras más malo es un hombre menos miedo le tiene a un Juicio en el que no cree? ¿Y no sabemos que en creciendo la maldad crece el desprecio a una justicia divina que no se ve por ninguna parte? ¿A quién estaba engañando Lutero con esta tesis?

Mientras más malo es el sujeto menos miedo le tiene a la muerte. Y al contrario, mientras más bueno menos miedo tiene que tenerle. Yo me temo, desgraciadamente, que a Lutero estas cuestiones le importaban un carajo.

Con este tipo de proposiciones no estaba más que mareando la perdiz, despistando a los ignorantes, cribando a los listos, apuntando alto, enfilando la flecha y apretando el gatillo.

CAPÍTULO 15.

Horror al purgatorio

-Este temor y horror son suficientes por sí solos (por no hablar de otras cosas) para constituir la pena del purgatorio, puesto que están muy cerca del horror de la desesperación.

Intentemos, sin embargo, entrar en el juego. El miedo a un Juicio Final post mortem vino con la Civilización. Desde los días más remotos que se recuerden, allá por la Sumeria de los babilonios más antiguos y los egipcios de los faraones más viejos la idea del Juicio Final era ya un hecho. En este sentido el cristianismo no se inventó nada nuevo. El punto en el que el cristianismo revolucionó el contexto fue el que se refiere a la vara por la que se mide el Bien y el Mal.

La idea del Juicio Final, entonces, vino con la Civilización. La Civilización vino con la inteligencia. Y con la edad moderna vino la idea de haber sido este miedo a un Juicio Final un invento de la Civilización para crear una fuerza social capaz de hacer lo que la ley por sí sola no podía. Según los genios modernos, atentos a mantener vivo ese miedo a un Juicio Final las sociedades se procuraron una evolución de la idea de la Divinidad acorde a los cambios de la mentalidad de los tiempos. Lo cual no está más lejos de la verdad que de la mentira. Y es que en este contexto de evolución de la idea de la Divinidad la ideología jesucristiana transformó el conjunto de diversas maneras, pero especialmente en una dirección revolucionaria hasta entonces sin precedentes.

El temor, el horror, el terror al encuentro del hombre con ese Juez Universal se transfiguró. Por la Fe el ser humano pasa de esta vida a la vida eterna sin tener que pasar por aquél Juicio causa de tantos terrores y miedos en los antiguos. Esto entendiendo siempre que la Fe permanece viva a la manera que se desprende de la parábola siguiente: "Tenía uno plantada una higuera en su viña y vino en busca del fruto y no lo halló. Dijo entonces al viñador: Van ya tres años que vengo en busca del fruto de esta higuera y no lo hallo: córtala; ¿por qué ha de ocupar la tierra en balde? Le respondió y dijo: Señor, déjala aún por este año que la cave y la abone a ver si da fruto para el año que viene; si no, la cortarás".

De otro modo, si la Fe sola salvara de los pecados futuros cometidos después del Bautismo Jesucristo no estuvo bien de la cabeza cuando dijo: "Y yo os digo que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres habrán de dar cuenta el día del juicio. Pues por tus palabras serás declarado justo o por tus palabras serás condenado".

Declaración ociosa desde el que cree que porque cree que existe Dios ya está salvado; obviando, primero: que también los demonios creen y tiemblan; y segundo, la doctrina jesucristiana respecto a la Palabra: “Lo caído en buena tierra son aquellos que, oyendo con corazón generoso y bueno, retienen la palabra y dan fruto por la perseverancia”.

De donde se ve que la Fe sola salva si de por sí produce las obras de la fe, a saber: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve desnudo, y me vestisteis; estuve enfermo y en la cárcel y me visitasteis”.

¿Entonces para que fundó Jesucristo su Iglesia? -se dirá alguno. La respuesta es evidente. Para llevar este mensaje de Salvación a todas las naciones del Género Humano.

Jugando con estos elementos se entiende que fue en este contexto revolucionario donde nació la idea del Purgatorio. Que vino como consecuencia de la necesidad de no dormirse y caer en la tentación de creer que bastando la Fe no tenemos que preocuparnos de la perfección. Tentación esta contra la que el Apóstol Santiago escribió palabras de sabiduría, diciendo: “¿Tú crees que Dios es uno? Haces bien. También los demonios creen y tiemblan. ¿Quieres saber, hombre vano, que es estéril la fe sin las obras? Abraham, nuestro padre, ¿no fue justificado por las obra cuando ofreció sobre el altar a Isaac, su hijo? ¿Ves cómo la fe cooperaba con sus obras y por las obras se hizo perfecta la fe? Y cumplióse la Escritura que dice: Pero Abraham creyó a Dios, y le fue imputado a justicia, y fue llamado amigo de Dios. Ved, pues, cómo por las obras y no por la fe solamente se justifica el hombre”.

CAPÍTULO 16.

El infierno, el purgatorio y el cielo

-Al parecer, el infierno, el purgatorio y el cielo difieren entre sí como la desesperación, la cuasi desesperación y la seguridad de la salvación.

¿El Infierno y el Cielo tan lejos como la desesperación de la seguridad de salvación?, he aquí palabras de un hombre de iglesia. ¿Cómo entonces hizo Lutero su camino de la desesperación a la seguridad de la salvación si entre el Infierno y el Cielo hay un Abismo insalvable? ¿Quién le echó un cable, quién tendió por él un puente sobre ese Abismo?

¿El mundo cristiano a las puertas de un colapso apocalíptico y todo lo que se le ocurría a un Maestro en Artes y en Sagrada Escritura era reírse del Cielo y del Infierno?

¿El Diablo en su Quinto Centenario de libertad y todo lo que se le ocurría al héroe alemán era gritar: Salvación, salvación; Anticristo, anticristo?

Si es verdad que los Obispos se durmieron, como lo hicieron, y el Cisma de Oriente les cogió entre sábanas de victoria, ¿en qué estaba pensando el pueblo alemán cuando vieron que el fruto de los Reformadores era el Odio y se privaron de sumar dos y dos? No había que ser muy astutos para dar con el cuatro y comprender que si el fruto del Árbol de la Vida es el Amor, y el del Árbol de la Ciencia del bien y del mal es la Guerra: el de la Muerte es el Odio. Odio contra el obispo de Roma, odio contra el español, odio contra los católicos, odio contra los pieles rojas, odio contra el Yo propio, odio contra todo y todos. ¿Quién sino el Diablo podía estar celebrando su Quinto Centenario en la mesa de la Reforma?

CAPÍTULO 17.

Las almas del purgatorio

-Parece necesario para las almas del purgatorio que a medida que disminuya el horror, aumente la caridad.

Pero qué es la Caridad -se preguntará alguno. Y yo le respondo lo que el santo apóstol: La Caridad es longánime, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera. Todo lo tolera... Y así sigue San Pablo en su primera carta a los Corintios, cap. 13.

Como lejos está el Infinito del punto cero, esta Caridad que: *"todo lo tolera, todo lo comprende, todo lo excusa",* de estas otras palabras que Lutero desparramó generoso contra los judíos. Oigamos su verbo de infinita sabiduría. Y abriendo su boca, Lutero dijo:

"¿Qué debemos hacer, nosotros cristianos, con los judíos, esta gente rechazada y condenada? En primer lugar, debemos prender fuego a sus sinagogas o escuelas y enterrar y tapar con suciedad todo lo que no prendamos fuego, para que ningún hombre vuelva a ver de ellos piedra o ceniza. Esto ha de hacerse en honor a Nuestro Señor y a la cristiandad, de modo que Dios vea que nosotros somos cristianos.

En segundo lugar, también aconsejo que sus casas sean arrasadas y destruidas. Porque en ellas persiguen los mismos fines que en sus sinagogas.

En tercer lugar, aconsejo que sus libros de plegarias y escritos talmúdicos, por medio de los cuales se enseñan la idolatría, las mentiras, maldiciones y blasfemias, les sean quitados...

En cuarto lugar, aconsejo que de ahora en adelante se les prohíba a los rabinos enseñar sobre el dolor de la pérdida de la vida o extremidad...

En quinto lugar, que la protección en las carreteras sea abolida completamente para los judíos. No tienen nada que hacer en las afueras de las ciudades dado que no son señores, funcionarios, comerciantes, ni nada por el estilo. Que se queden en casa...

En sexto lugar, aconsejo que se les prohíba la usura, y que se les quite todo el dinero y todas las riquezas en plata y oro, y que luego todo esto sea guardado en lugar seguro...

En séptimo lugar, recomiendo poner o un mayal o una hacha o una azada o una pala o una rueca o un huso en las manos de judíos y judías jóvenes y fuertes y dejar que coman el pan con el sudor de su rostro, como se les impuso a los hijos de Adán. Pero si las autoridades son renuentes a usar la fuerza y contener la indecencia diabólica de los judíos, estos últimos deberían ser expulsados del país...

Estas son, alabado sea Dios, palabras claras y simples, que declaran que todo lo que se hace en honor o en deshonra al Hijo con seguridad también se hace en honor o en deshonra del Padre".

Amén, amén, amén. Lutero es dios y Hitler su profeta. Heil Luther, *morituri te salutant*.

Y a imagen y semejanza del Creador también Lutero firmó su programa nazi en seis proposiciones; y a la séptima descansó.

(Estas proposiciones han sido tomadas del Libro de Lutero: Las mentiras de los judíos. Naturalmente esta obra menor la escondió la Reforma debajo de la manta y el pueblo alemán miró para otra parte.

Las pruebas que los judíos pasaron, cómo fueron perseguidos por la Reforma y despojados de sus bienes es uno de esos capítulos que los historiadores de la Reforma borraron de sus páginas, obviamente por amor a la verdad. Testimonios han quedado, porque era imposible que no llegasen a oídos de la Historia aquéllos acontecimientos.

Si esto es una acusación gratuita o cierta se puede deducir del saqueo y pillaje que los nuevos cristianos cometieron contra los católicos, a los que obligaron a abandonar sus propiedades y casas o vivir como esclavos. Se entiende que si con los de su raza hicieron eso contra los judíos a los que Lutero les aplicó el primer programa nazi, los despojos y pillajes fueron de tal calibre como para escandalizar a los historiadores y conjurarse para minimizar al mínimo posible la memoria de aquéllos hechos. En fin, ya están todos muertos. Que los alemanes vayan sacando conclusiones).

CAPÍTULO 18.

La razón y las Escrituras

-Y no parece probado, sea por la razón o por las Escrituras, que estas almas estén excluidas del estado de mérito o del crecimiento en la caridad.

¿No parece probado por la Razón que las almas de los que descansan en paz no pueden hacer ni bien ni mal, ni crecer ni decrecer, ni incluirse ni excluirse?

Decretado el acontecimiento cósmico que llamamos Juicio Final, del que tantos fueron privados de la Salvación que por la Fe se nos ha concedido, ¿quiénes somos nosotros ni quién es nadie para especular sobre la suerte de esas criaturas para las que nosotros somos su única Esperanza? Quien acusa a Dios de haber predestinado a Adán a la Caída ése no es de Cristo, sino del Diablo, como se verá a su tiempo cuando al jefe de semejante acusación contra Dios le toque el turno. ¡Señor, siendo tú la encarnación viva del Amor, cómo pudieron quienes fueron tu antítesis perfecta, predicadores del odio perpetuo hacia el Yo propio y hacia el ajeno por supuesto, engañar a tantos pueblos! ¿Enrique VIII tu discípulo? Mala era la enfermedad, peor fue el remedio.

CAPÍTULO 19.

La bienaventuranza de las almas

-Y tampoco parece probado que las almas del purgatorio, al menos en su totalidad, tengan plena certeza de su bienaventuranza ni aún en el caso de que nosotros podamos estar completamente seguros de ello.

Hay algo de lo que sí podemos estar seguros: No hay ninguna Esperanza para el Diablo y para su Obra. Y siendo la Unidad de todas las iglesias la Obra de los Apóstoles, la pregunta para la iglesia alemana es ¿de quién fue obra la división del cristianismo que consumó la Reforma? ¿O puede Dios jugar a ser hoy Cristo y mañana el Diablo?

Habiendo sido Cristo Jesús quien fundó una iglesia universal, a imagen y semejanza de la universalidad de su Reino ¿quién se dedicó a sembrar la Cizaña de la División mientras los Obispos dormían?

Habiendo sido el Amor la savia que alimentó esa Unidad ¿puede inferirse del Odio que sacudió a la Cristiandad en los días de la Reforma la naturaleza del fruto que condenó a media Europa en razón de la debilidad de unos cuantos obispos? ¿Tiene aún la iglesia alemana la certeza absoluta de hallarse sus héroes en el Paraíso? ¿Se atreve la iglesia alemana a confesar a boca abierta que todos los demás hijos de Dios, bien nacidos de la iglesia española como de la francesa o de la italiana o de cualquiera de las otras iglesias, estamos irrevocablemente llamados a ser condenados al Infierno, que la confesión protestante es la predestinada, la elegida, la iglesia verdadera? ¿Dios a unos nos ha creado desde el Principio del Mundo para el Cielo y a otros para el Infierno? Es decir, ¿se atreve la iglesia alemana a defender el argumento del Diablo, que para declararse inocente culpó a Dios de haberle puesto la trampa que le indujo a provocar la Caída de Adán?

Este Maniqueísmo de los Reformadores -los buenos nacen buenos y los malos nacen malos, o teoría de los elegidos- como el resto de sus proposiciones fundamentales, en su mayoría herejías combatidas en los primeros cinco siglos por los sabios cristianos más eminentes, niega uno de los principios sagrados de la Creación de Dios y se opone frontalmente a las declaraciones bíblicas sobre cuya solidez se funda el Libro entero, me refiero a la Creación y Formación del Hombre a la imagen y semejanza de Dios.

Si como dijo la Reforma por boca de Lutero y Calvino el Hombre no tiene libertad para hacer el Bien o el Mal entonces la Biblia es la Mentira más grande jamás escrita, porque empieza diciendo que Dios nos hizo a su imagen y semejanza, de manera que o bien Dios es esclavo de alguien superior o bien el Hombre es libre como su Creador y tiene la facultad de decidir su futuro con las obras de sus manos y las palabras de sus labios.

“La razón, que es ciega -escribe Lutero en De servo arbitrio-, ¿qué dictará de recto? La voluntad, que es mala e inútil, ¿qué elegirá de bueno? Más aún, ¿qué seguirá una voluntad a la que la razón sólo le dicta las tinieblas de su ceguera y de su ignorancia? Así pues, errando la razón y corrompida la voluntad, ¿cuál es el bien que puede hacer o intentar el hombre?”.

Esta negación de la verdad bíblica: “Cuando creó Dios al hombre le hizo a imagen suya” podría aceptarse como pasable hablando del hombre antes de la Redención. Después de la Redención las palabras siguientes de Lutero son una negación total de Cristo: “Y si este vocablo (libertad) -cosa que sería lo más seguro y religiosísimo-, al menos, enseñemos a usarlo de buena fe de modo que se le conceda al hombre el libre albedrío sólo de la cosa que le sea inferior, no respecto de la cosa que le sea superior, esto es: que sepa que en sus facultades y posesiones tiene derecho de usar, hacer, omitir conforme a su capricho, aunque esto mismo esté regido por el libre arbitrio de Dios, hacia donde a Él le plazca. Por lo demás, respecto a Dios, o en las cosas que atañen a la salvación o condenación, no tiene libre albedrío, sino que está cautivo, sometido y esclavo o de la voluntad de Dios o de la voluntad de Satanás”.

Negando la Libertad del hombre se niega a Dios; negando la Libertad del Cristiano se niega a Cristo, a cuya Imagen y semejanza fuimos creados.

Lutero y sus socios resolvieron este conflicto renegando de la doctrina de la salvación según los apóstoles, prefiriendo a la sabiduría de Cristo la doctrina de Manes, fundador del Maniqueísmo, apóstol de los persas, que fragmentó el universo en dos fuerzas, el bien y el mal, los buenos y los malos. Los buenos, ellos, al Cielo; los malos, nosotros, al Infierno.

Obligado pues soltar unas palabras que nos lleven a las raíces de semejante fenómeno de Negación de Cristo.

Intentemos resolver por nuestra cuenta el conflicto del Hombre y la Libertad. Y digamos que lo que identifica al Hombre y lo convierte en un Género aparte dentro del árbol de las especies es su Libertad.

Como se ve precisamente del estado monástico del autor de estas Tesis, en ninguna parte del reino animal se produce una respuesta sacerdotal del individuo al instinto de la reproducción de la especie. Y es que a la hora de la libertad todos los animales se comportan como máquinas sujetas a un código operativo por control remoto, que son los instintos.

El ejercicio de esta Libertad para hacer el bien y el mal choca contra el Maniqueísmo de la Reforma. Y es que al dividir a los hombres en buenos y malos de nacimiento -"por voluntad divina", acusación contra la Bondad Creadora que da cuentas del origen del Pensamiento de los Reformadores- la Reforma se comparó a una reacción de animales frente a un peligro o a una situación específica. Pues como hemos visto y se sabe la Libertad es cosa humana y sólo se puede negar de la naturaleza animal.

Aunque sea duro por mi parte y apoye mi declaración los hechos, no es de extrañar que la nación que renunció a la naturaleza humana y se comparó a los animales, andando el tiempo degenerara y cayera en la trampa de la bestia nazi. Sin embargo la respuesta a la forma de ver un hombre su mundo y su relación con él, concretamente en este caso hablando de Martín Lutero, no podemos buscarla en la reacción de nuestros sentimientos delante de las consecuencias de sus obras. Tenemos que entrar en la génesis de su pueblo, en cuyo campo echa sus raíces el árbol del comportamiento individual.

Espero que al lector no le parezca ridícula la idea de buscar la génesis de un trauma en la infancia del sujeto afectado. Cuando nacemos todos lo hacemos con un comportamiento heredado cuyo tramo más cercano se relaciona con el del hábitat natural en el que la familia ha vivido en los últimos siglos y milenios. La conciencia nacional de un pueblo cuya historia se remonta siglos será siempre más fuerte que la de un pueblo que se ha formado escaso tiempo atrás. En este aspecto la memoria de los orígenes de Alemania no desengaña a nadie.

CRONICAS MEROVINGIAS

En sus orígenes los Francos fueron un sólo pueblo. Aquel pueblo se multiplicó y, siguiendo la ley divina: Henchid la tierra, dio lugar a las dos grandes ramas que andando el tiempo crearían las dos naciones que conocemos hoy día como Alemania y Francia.

Al principio el Rin fue la frontera entre las dos ramas. La rama francesa fue la primera en cristianizarse, mejor dicho, en convertirse al catolicismo. Este acontecimiento tuvo lugar durante el reinado de Clodoveo, el verdadero fundador del reino del que emergería el Sacro Imperio Romano Germánico -más pomposo y a la medida del orgullo del alemán de la Reforma imposible el título.

El abuelo de este Clodoveo participó -se dice- en la guerra contra los Hunos. Coronado en el 481 la primera guerra de verdad de Clodoveo fue contra el último romano que gobernaba la actual Francia, un tal Siagro. Este Siagro intentó enemistar al rey de los Visigodos, Alarico II, rey del sur de Francia y del norte de España, con Clodoveo, pero Alarico le cortó la cabeza al romano y se la mandó a Clodoveo en prueba de amistad. Gesto que no le valió de mucho al rey de los Visigodos; ya que al poco se vieron en el campo de batalla y Clodoveo le cortó a él la suya.

De este forma de devolver la amistad cualquiera diría que los Francos eran peores que las bestias. La investigación sobre la causa de la enemistad súbita entre ambos reyes vecinos nos aclara las cosas.

La razón de la guerra entre Clodoveo I y Alarico II fue la siguiente. Apoyado en el episcopado galo-romano de toda la vida Clodoveo abolió los prejuicios de raza entre Galos, Romanos y Francos. La sujeción de su reino a la ley de la igualdad debida al cristianismo, aunque Clodoveo mismo no era católico, le valió a su política muchos puntos entre todos los pueblos que formaban las torres de su corona.

Como hubiera sido de esperar, de la conversión de Clodoveo no tuvo la culpa ningún obispo, santos como eran los de aquéllos días, sino una mujer, su mujer, Clotilde. A nadie debe extrañarle que la Historia le diera el título de Santa. La leyenda ha querido que el momento decisivo de la conversión de aquel guerrero se emparejase con el otro a raíz del cual el Cristianismo conquistó su libertad. Lo mismo que la victoria decisiva de Constantino el Grande decidió la suerte de pueblos numerosos, la invocación al Dios de santa Clotilde en el prólogo de la batalla decisiva por su reino y la consecuente victoria barrió del guerrero franco la duda y se hizo bautizar en el 496 por el famoso obispo de Reims, san Remigio.

Para la Historia ha quedado la frase con la que este célebre obispo bautizó a su hijo en Cristo. *"Adora lo que quemaste, quema lo que adoraste"*. Como si estas palabras

hubieran determinado el futuro de Francia el pueblo francés hubo de esperar el nacimiento de la Revolución para quemar lo que durante tantos siglos adoró.

La verdad es que la guerra con los Visigodos de Alarico II la inició Clodoveo por culpa del primero. Alarico era arriano. La conversión de Clodoveo y la reacción en cadena de conversiones al estilo bárbaro provocó que el pueblo galo-romano, católico desde antes de la conquista de su territorio por los Visigodos, encontrara un defensor de su causa en el rey de los Francos. Ante la esperanza de liberación que desató la conversión de Clodoveo, Alarico II decidió acallar aquél grito al estilo anticristiano más depurado. Y la persecución se hizo. Con esta medida criminal Alarico II demostró ser más terco que un burro. Que esperase triunfar donde fracasaron generales de la talla de un Diocleciano, por ejemplo, le mostró a Clodoveo la clase de orejas de asno que el rey de los Visigodos tenía. Y creyendo que a semejante asno la cabeza de hombre no le convenía fue y se la cortó.

¿Pero quiénes eran estos Visigodos en definitiva?

Lo mismo que los Francos, los Godos fueron en su origen un único pueblo. Su origen estaba en el Norte, Escandinavia. Como el resto del mundo los Godos se multiplicaron y se dividieron en dos ramas principales, los visigodos y los ostrogodos. Durante los primeros siglos del cristianismo los Godos se movieron del Norte al Este y se instalaron en las costas del mar Negro, de donde fueron expulsados por la marea de los Hunos. Ante el ultimátum, unirse a los Hunos o perecer, los ostrogodos se unieron a Atila, y se les encontró luego combatiendo a su lado en la famosa Batalla de Paris.

La rama occidental de los Godos, los visigodos, prefirieron abandonar sus territorios y enfrentarse al imperio romano antes que unirse a aquella manada de monstruos. Posiblemente de aquí que los historiadores les dieran a los visigodos la fama de los buenos y a sus hermanos ostrogodos la de los malos.

El emperador Valente les permitió a los Visigodos el acceso el Imperio pero parece que los trató peor que a los perros. Cuando dos de sus jefes más amados fueron asesinados por los Novios de la Muerte, los Visigodos se pusieron en pie de guerra. Se cuenta que el 19 de agosto del 378, 18.000 visigodos se enfrentaron a 70.000 romanos y pasaron sobre las legiones como un tornado por un pueblo de madera. La llamaron la Batalla de Adrianópolis. El emperador Valente murió en ella con las botas puestas.

Encendidos sus corazones como carbones en llamas por la victoria, los Visigodos se dirigieron hacia Constantinopla, ciudad que no pudieron conquistar. Con el fuego de la rabia todavía quemándoles las entrañas -algo que se les quedaría a sus futuros descendientes, los españoles- los Visigodos se dedicaron a saquear pueblos y regiones enteras, viviendo por un tiempo del cuento, como en el futuro lo harían los Vikingos, sus parientes lejanos.

Así que un día los Visigodos se cansaron de hacer el pillo y pactaron con el emperador Teodosio tierra a cambio de paz. Teodosio el Grande aceptó. Al poco a Teodosio le salió un rival reclamando el *Imperium*. El recuerdo de los 18.000 contra los 70.000 en mente, Teodosio contrató a Alarico I, el flamante rey de los Visigodos, prometiéndolo mucho oro a cambio de ayuda militar. Alarico I, del que se dice que le

gustaba el dinero más que a un niño una piruleta, chocó esos cinco. Y juntos aplastaron al aspirante al título de máster del universo romano. Pero en la batalla -del río Frígido la llamaron- los visigodos de Alarico soportaron todo el peso de la victoria. A la hora del recuento de muertos, en proporción a los de los romanos los muertos de los visigodos superaron un número bestial la diferencia. Alarico I -de Tonto más que de inocente lo trató Teodosio el Listo- no tardó en darse cuenta de la jugada maestra del Imperator Romano. Sus hombres habían sido sencillamente sacrificados al dios de la guerra. El escándalo convirtió otra vez la sangre visigoda en fuego. Con aquel río de furia quemándoles las venas, Alarico I el Tonto y sus supervivientes se lanzaron contra el país de Grecia, Macedonia y Tracia, saqueándolo y destruyéndolo todo. ¡Una tontería como otra cualquiera!

Al poco murió Teodosio el Listo. Su general Estilicón fue nombrado regente del imperio de Occidente. El deber le imponía plantarle cara a Alarico. Lo hizo. Estilicón lo acorraló y estuvo a punto de cortarle las agallas, pero el Alarico logró salir vivo.

Arrianos que eran los Visigodos el enfrentamiento contra el Imperio fue derivando hacia el terreno religioso. Lenta pero sin pausa el odio hacia el Romano se transformó en odio hacia el catolicismo. Una vez que este odio hacia el catolicismo se instaló en sus venas, aunque Estilicón le ofreciera a Alarico Yugoslavia entera por reino, Alarico sólo aceptaría como satisfacción por los crímenes contra su pueblo el Imperium.

Después de devastar Grecia y Yugoslavia Alarico irrumpió en Italia, cual Aníbal en sus mejores tiempos, dispuesto a saquear Roma. Estilicón movilizó en su contra a todas las naciones bárbaras aliadas: Suevos, Vándalos, Alanos.

En la Pascua del 402 Alarico mordió el polvo, por fin. Pero como cualquier otro “elegido” -todos con más vidas que un gato- otra vez logró salir vivo. Italia se había salvado, que era lo importante.

Roma a salvo, el conglomerado de naciones aliadas regresó a sus cuarteles, pero por el camino, charlando, se les ocurrió una idea mejor, conquistar las Galias. De la idea pasaron a los hechos y lo hicieron.

Estilicón, más preocupado con las cosas de la alta política imperial que por la suerte de cuatro galos y medio, pasó de la Imitación de Julio César. Constantino, general de las Islas Británicas, no. A la distancia de un túnel bajo las aguas, Constantino -no el Grande- respondió a la conquista de las Galias declarándose César Imperator. Cruzó el Canal y su Rubicón, cargó con la cruz de los césares: *Alea jacta est*, y se fue a buscar al cobarde de Estilicón. Pero Alarico I el Tonto estaba allí para sacarle las castañas del fuego a los Romanos -actitud que sus descendientes heredarían y le daría al Español el carácter quijotesco que mostrara en el siglo XVI, soportando solo el peso de la lucha a vida o muerte de Europa contra el Turco-. Alarico aceptó la oferta de Estilicón de rechazar juntos el peligro; los dineros por delante, siempre. Cerrado el trato Estilicón dejó en manos del Visigodo detener al aspirante al título de Máster mientras él se dirigía hacia Constantinopla. Adonde nunca llegó porque fue asesinado por el Senado.

Roto de esta manera el contrato, Alarico volvió grupas contra Roma. Era el 408. Hacía 800 años que la Ciudad Eterna no había conocido el asedio y el saqueo. Alarico devastó, saqueó a placer y se llevó como rehén a Gala Placidia, la hermana del emperador.

Alarico I murió al poco, y Gala Placidia se casó con Ataúlfo, su sucesor. Este Ataúlfo fue el líder que dirigió a los visigodos hasta España, y la conquistó. Su sucesor, Valia, extendió la conquista hasta el sur de Francia, haciendo de Toulouse su capital. El siguiente rey de la lista, Teodorico I, hijo de Alarico I, se unió a los ejércitos europeos para defender al mundo civilizado de la invasión de los hunos de Atila. Caído Teodorico en el campo de batalla, su hijo Eurico se declaró independiente de Roma.

De estos reyes descendía el Alarico al que Clodoveo, rey de Paris, se enfrentó en el 506 y destruyó. Expulsados los Visigodos de Francia, se retiraron al sur de los Pirineos y desde Toledo reinaron sobre toda la península ibérica hasta que en el 711 fueron barridos por la marea islámica.

Como dije, el enfrentamiento entre Clodoveo el Católico y Alarico II el Arriano vino a cuento de la conversión del rey de Paris. El rey de Tolosa, arriano hasta la médula, se lanzó a la persecución de todos los católicos de su reino. Estos, sacrificados al odio de quienes decían ser cristianos pero con sus obras demostraban todo lo contrario, llamaron en su socorro al rey Católico. Clodoveo respondió como un hermano y destrozó las fuerzas anticristianas que bajo el signo de la Cruz se habían refugiado a la espera del momento para abrir las puertas del infierno de las persecuciones. De esta manera fue casi todo el reino de Francia conquistado para los futuros franceses. Sus hermanos francos ripuarios, los futuros alemanes, seguían sin embargo sin tener su territorio nacional. Cosa que tras la muerte de Clodoveo (511) arreglaría su hijo Thierry, el conquistador de las tierras al este del Rin, padre del núcleo desde el que había de formarse la futura Alemania.

Desde esta plataforma Clotario I siguió combatiendo a los Sajones y a los Bávaros, a los que sometió. Pero a su muerte el reino se arrojó en los brazos de la guerra civil fratricida, el resultado de la cual fue la formación de dos grandes bloques, el Este y el Oeste, sobre cuyas fronteras se forjarían las dos naciones actuales: Francia y Alemania, de la que se desgajarían Holanda, Bélgica, Austria y Suiza.

Sigeberto y Childerico, hijos de Clotario I, se casaron con las dos hermanas visigodas Brunilda y Galesvinda, hijas del rey español Atanarico, y nietas de Alarico II. Cómo llegaron a casarse las nietas del rey muerto con los nietos del rey que lo mató es uno de esos enigmas sin solución. La cosa es que Fredegunda, la amante de Childerico, celosa de la reina Galesvinda la asesinó, troceó su cuerpo y se lo arrojó a los perros. Childerico se rió ante aquel ataque de celos latinos y la hizo su reina. Brunilda, hermana de la reina asesinada, sobre la memoria de todos sus muertos juró venganza. Y no paró de envenenarle la vida a su marido hasta que lo condujo al campo de Caín y Abel.

Los hermanos se enfrentaron a muerte. Sigeberto obligó a Childerico a huir. Childerico logró refugiarse detrás de los muros de un castillo inexpugnable. Como no podían entrar a buscarlos para matarlos ni ellos salir para morir Brunilda cercó el castillo donde la asesina de su hermana se escondió y se juró dejarla morirse de hambre.

Habiendo el Cielo concedido justicia Sigeberto y Brunilda reclamaron esta señal de los dioses como signo inequívoco de su derecho a la corona de todo el reino de los Francos. La coronación estaba ya en marcha cuando unos asesinos a sueldo contratados por Fredegunda enviaron a Sigeberto con viento fresco al Cielo.

Brunilda logró huir, se alzó como regente del reino del Este, Alemania, y mantuvo la guerra contra el reino del Oeste, Francia, hasta que pudo pagarle al asesino de su hermana y de su esposo con la misma moneda. Un día un asesino a sueldo le hizo el favor a Childerico de mandarlo cuanto antes al infierno al que él antes enviara a su hermano.

Entretanto Gontran, el otro hermano de Childerico y Sigeberto, después de vencer a un aspirante a su corona, murió legando a Brunilda y a su hijo su reino. A su muerte el hijo de Brunilda volvió a hacer lo que sus padres, dividir el reino entre sus hijos Teodoberto y Thierry.

En un principio los dos hermanos se unieron contra Clotario II, el hijo de Fredegunda. Pero al final acabaron matándose entre ellos. Thierry mató a Teodoberto y finalmente, durante los preparativos de guerra contra el hijo de Fredegunda, él se mató a sí mismo entre borracheras y orgías, en esto siguiendo a rajatabla las buenas costumbres bárbaras.

Así las cosas, Brunilda fue a tomar las riendas del poder supremo. Entonces los nobles alemanes, a los que no les cabía en la cabeza que una mujer fuera a mandarlos, se pasaron al bando enemigo. Brunilda Atrapada, después de matarle los nietos que le quedaban, la ataron a la cola de un caballo, fustigaron al animal y este corrió hasta destrozar a la pobre mujer. Así fue cómo Clotario II volvió a reunir los reinos de Francia y Alemania (año 614) en una mano.

El precio que pagó el rey de Francia por la corona de Alemania fue muy alto. La elección de su Primer Ministro, o mayordomo de palacio, sería *Privilegium* de los Príncipes Alemanes, consejo de electores del que derivaría su homólogo imperial sacro germano. También tuvo que firmar la promesa de no intervenir en la elección de los obispos. Y sobre todo y ante todo firmar la autonomía de gobierno de Alemania. El rey no tuvo más remedio que aceptar, aunque a su manera, sentando en el trono alemán a su propio hijo Dagoberto.

Muerto su padre este Dagoberto reunió de nuevo las dos coronas. El destino de su dinastía estaba ya, a pesar de la aparente fuerza de su reino, en las manos de Pipino Landen, el mayordomo de palacio, cuyos descendientes dividirían la Unión y darían luz verde a las historias independientes de Francia y Alemania.

De todos modos Dagoberto I, presintiendo inconscientemente la fuerza de Pipino Landen lo retiró del gobierno. Creyó que dándole el puesto de primer ministro de Alemania al hijo del obispo de Metz, de la sangre de Pipino, lograría exorcizar el peligro.

Apenas muerto Dagoberto su hijo Sigeberto sacó de las sombras al antiguo mayordomo de palacio. A la muerte de éste un advenedizo, llamado Otto, desplazó al hijo del difunto Pipino, quien a su vez dio el correspondiente golpe de estado y recogió lo que

le pertenecía por herencia. Este quiso llevar tan lejos su ambición que acabó quitando y poniendo rey. Desgraciadamente los Príncipes Electores Alemanes no pudieron soportar aquella abolición de sus derechos y volvieron a entregar, como ya hicieran con Brunilda, el golpista al rey de Francia. De esta nueva manera el rey de Paris volvió a tener las dos coronas en sus manos. Murió al año siguiente, 657 de nuestro Señor, de la enfermedad de los merovingios, enviciado hasta los ojos.

Clotario III le sucedió. Debía ser un chiquillo cuando le coronaron porque su madre actuó de regente. Cuando por fin tuvo uso de razón Clotario coronó rey de Alemania a su hermano Childerico. Su primer ministro murió y le sucedió un tal Ebroín, una especie de Rasputín que se jugó el cuello contra los derechos de los Príncipes Electores ignorando cómo se las jugaban sus altezas alemanes. Estos, bajo la bandera sacra del obispo de Autun, derrocaron al primer ministro de París, lo encadenaron, y a su rey lo obligaron a retirarse a un convento. Y así fue cómo Childerico II, el rey de Alemania, se sentó en Paris como rey.

Por poco tiempo. Lo mataron al pobre cuando ya empezaba a cogerle gusto al asiento. Se sospechó que lo mataron por haber desterrado al primer ministro alemán y al obispo, los dos hombres que lo llevaron en hombros a la catedral de Reims. Y la anarquía se hizo. El primer ministro alemán regresó del exilio, y proclamó rey de Alemania a Dagoberto II; mientras el obispo hacía lo mismo y consagraba rey de Francia a Thierry III.

Todos contentos estaban cuando Rasputín Encadenado rompió las argollas, reunió a todos los descontentos, que debían haber sido muchos, reconquistó Francia y condenó a muerte al obispo quita y pon reyes. Enseguida le declaró la guerra al rey de Alemania. Este le reconoció su rango de primer ministro de los dos reinos, y como Pipino de Heristal, nieto de Pipino Landen, y su socio Martín le plantaran cara, los hizo morder el polvo, resultando muerto de la indigestión el segundo.

El primero, Pipino de Heristal era el hijo de una santa, hija de Pipino Landen. Desde su puesto de primer ministro a la sombra del verdadero primer ministro de Francia y Alemania, el hijo de la santa esperó su turno para vengar su honor alemán humillado. La ocasión vino a la muerte del Rasputín de Paris.

Su sucesor Waratón y su hijo, no pudiendo compartir la misma tarta, comenzaron a guerrear entre ellos, lucha a la que se unió el yerno del primero, escándalo total que aprovechó el primer ministro alemán para imponer orden y salir de la contienda como el único Bismarck del mundo de los Francos.

Thierry III, Clodoveo III, Childeberto III y Dagoberto III fueron meros títeres en sus manos. Los Príncipes Electores Alemanes fueron quienes de verdad gobernaron durante esos años el Reino Merovingio. A la muerte de Pipino su viuda Plectrude quiso regentar el reino, pero los machos alemanes, no pudiendo soportar ser mandados por una hembra, la mandaron de vuelta adonde pertenecía, a la cocina. Subió al poder el legendario Carlos Martel.

Al contrario que los grandes héroes nacidos bajo la estrella de las armas, todos hijos de muy santas madres, este Carlos era el hijo de una querida de su padre. Fue él, sin embargo, quien en Poitiers, en el 732, les paró los pies a los ejércitos islámicos que, después de haber destruido el reino de los Visigodos, querían hacer otro tanto con el de los Francos.

Gloria a él, aunque pecase de exceso al expropiar a la Iglesia para pagarle a sus soldados con qué. Amante de su pueblo, al Apóstol San Bonifacio no sólo no le cortó el paso sino que puso a su alcance de toda la ayuda que necesitase. En lo demás Carlos Martel, el Martillo de Dios, siguió siendo un Franco, o sea, un bárbaro que siguió creyendo que su padre original fue un dios, y la sangre azul de aquel dios se transmitía de papás a hijos y por tanto siendo todos sus hijos divinos, todos tenían derecho a una parte de su imperio.

A su muerte Carlos Martel volvió a dividir el reino entre sus dos hijos, aunque, al contrario que sus predecesores, Carlomán y Pipino mantuvieron buenas relaciones, como de hermanos. Tal vez fuera la influencia del Apóstol Bonifacio. Movidos por la piedad y la caridad reinstauraron la obsoleta dinastía merovingia en la persona de Childerico III.

No por mucho tiempo. Carlomán sufrió un ataque místico y se encerró en un convento. Dejado solo y después de consultarlo con el papa Zacarías el primer ministro fue coronado rey de Francia y Alemania. Los tiempos de los francos franceses habían pasado, ahora les tocaba a los francos alemanes mostrar de lo que eran capaces. Se dice que de haberle aconsejado el papa lo contrario Pipino el Breve no hubiera elevado la cabeza de Alemania sobre el resto de las naciones cristianas.

En líneas generales este es el origen de la Alemania de Lutero, sin perder de vista que su trayectoria aún estaba unida a la de Francia, de cuya Historia se desligaría en breve. Y en definitiva, volviendo a la tesis en curso: ¿si las almas de las naciones que duermen a la espera del Juicio Final no pueden saber qué les espera cómo podremos saberlo nosotros? ¿A qué estaba jugando el autor de estas Tesis? ¿A salvar a Dios para condenar al resto del mundo?

QUINTA PARTE

Sobre la Rebelión de Lutero

La palabra polémica viene de la palabra griega “polemós” que significa: guerra. En este capítulo voy a demostrar que el acto de traspasar de pecho a costado una hoja de papel y clavarla contra la puerta de una iglesia fue una declaración de guerra, tan real y mortífera como lo fuera la de aquella Serpiente que con toda la aparente inocencia del mundo en sus labios y, sin quererle hacerle daño a nadie, le clavó a Dios el puñal de la traición hasta el mismísimo alma.

Y es que la relación que hasta ese momento la nación alemana y el obispo de Roma habían mantenido, obviando sus hazañas, se parecía tanto a la de una madre con su hijo que, por fuerza, la Reforma tenía que sentarle a la iglesia católica como a Jesucristo le sentó la traición de Judas, con la diferencia de que Jesús la vio venir y el obispo de Roma, preocupado como estaba por construirse una “casita”, no se enteró de nada hasta que por su culpa Cristo perdió la Unidad de su Cuerpo y Reino.

Pero no sólo voy a demostrar que las 95 Tesis fue la declaración de guerra de la iglesia alemana al obispo de Roma. Voy a demostrar también que el acto de condenar a todos los católicos de todo el universo por el pecado de un obispo fue un acto de locura, un ejercicio de divinidad que, si le competía a Dios condenar a todo el mundo por el pecado de un sólo hombre, su imitación por Lutero, cuando por el pecado del obispo de Roma sentenció al infierno a todos los católicos del mundo, ese día Alemania firmó el contrato por el que sus hijos llevarían al resto del mundo al campo de batalla de la Segunda Guerra Mundial.

Voy a demostrar también que el obispo de Roma ni era Santo ni era Padre, y si alguna paternidad se le podía adjudicar por entonces era la debida a la que le obligaban los hijos tenidos de sus amantes.

Voy a demostrar que la Reforma fue una guerra entre siervos por el poder. En la que si una parte, el obispo de Roma, había cometido contra su Señor el pecado de Negarle, erigiéndose en cabeza de la Cristiandad, la otra parte, Lutero y sus hermanos: al ejercer de dioses y condenar por el pecado de un obispo al resto del universo católico, voy a demostrar que emitiendo este juicio final contra las demás iglesias la iglesia alemana cometió un pecado aún más terrible que el del obispo de Roma.

Voy a demostrar cómo el pecado lleva a la muerte, y la Muerte a la guerra. Y que si hubo guerra, como cuando hay un divorcio, es porque hubo dos partes implicadas en los

prolegómenos de un conflicto, partes a las que puede aplicársele el reto de Jesucristo: quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Voy a empezar por el obispo de Roma, la parte condenada y enviada al infierno por la otra parte protagonista del conflicto. Y voy a empezar diciendo que o se es santo toda la vida o no se es. Quiero decir, la santidad no es una chaqueta que hoy me pongo y mañana me quito. Cuando creemos que el Espíritu Santo es Dios declaramos y confesamos justamente eso, que porque participa de todos los atributos naturales al Ser Divino podemos tener toda la confianza en la invitación a la vida eterna que el Padre y el Hijo nos hicieron.

Siendo el espíritu del Padre y del Hijo uno y sólo uno, y la cualidad que en orden a la vida y existencia de su Reino mejor define la naturaleza de Cristo es la Santidad, al elevarlo Dios a su Naturaleza nos asegura que, como Dios no puede dejar de ser quien es, tampoco su Espíritu puede dejar de ser lo que es.

Quien a sí mismo se llama Santo debe cumplir esta ley de santidad perpetua. Así que si el obispado de Roma con todas las de la ley se merece esa gloria lo mejor que podemos hacer es juzgarlo nosotros mismos por sus obras. Quiero decir, San Pedro no fue elevado a los altares por haber negado tres veces a Dios en Jesús. Al contrario, la santidad del Hijo de Dios se descubrió en su humildad al no condenar por una debilidad pasajera a quien su Padre había elegido como Jefe de los Apóstoles.

Voy a demostrar que cuando Lutero condenó al sucesor de San Pedro en razón de sus pecados, aunque con toda la razón del mundo, esta razón no era suficiente para adjudicarse él la santidad que, de haber rechazado el Hijo al elegido de su Padre, ni el propio Hijo de Dios se hubiera merecido. La ausencia de aquella humildad jesucristiana fue el pan de cada día que Lutero le sirvió a la iglesia alemana. Pero para que nadie crea que la inteligencia de un hijo de Dios puede ser comprada o vendida en virtud del Amor a su Madre voy a empezar por quien sin su pecado no hubiera habido culpa de la que lamentarse.

Corría el año 903 de la Primera Era de Cristo. En su maravillosa omnisciencia salvadora Dios había predeterminado que el Diablo fuera liberado al término de este primer milenio. Consciente de lo duro que la condena de destierro *ad eternum* de su Creación resulta a oídos de sus hijos quiso liberarlo de su prisión para que todo el mundo viera cómo en lugar de doblar sus rodillas y pedir misericordia a lágrima viva el Maligno preferiría hacer más honda su ruina. La profecía había sido escrita. Ningún siervo del Señor tenía excusa para echarse a dormir una hora antes de la liberación anunciada. Éstos no sólo dormían sino que vivían y le hacían vivir a la cristiandad una terrible pesadilla.

Para celebrar el nacimiento del siglo X, antesala del milenio por cuyo campo el Infierno extendería su grito de guerra contra el Reino de los cielos en la Tierra, el obispo de Roma, un hombre llamado Sergio, su número el 3, bajó hasta las catacumbas de su reino.

En misa negra, ad maiorem gloriam del Diablo que en su prisión se removía loco por ver llegar el día de su liberación, aquél obispo de Roma le ofreció en sacrificio a Satanás la vida de sus dos predecesores, ambos en la cárcel.

Aquél Sergio III degolló a Cristóbal y León, también obispos de Roma. Con este sacrificio humano al estilo de los mejores días de las religiones más antiguas y salvajes registradas en las crónicas negras de la triste memoria de nuestro mundo, con aquél doble crimen, ejecutado por un "Santo Padre" comenzamos esta historia.

De aquéllos dos desgraciados "santos padres" el más desgraciado se llamaba León, el V de su especie. El otro "santo padre", el que se llamaba Cristóbal, dio contra él un golpe de estado, lo destronó, al pobre León V, y lo condenó a morirse en la cárcel.

La providencia que la Muerte ejerce sobre el tablero de su guerra contra la Vida no tardó en mover alfil, cantar jaque y darle mate al nuevo rey de Roma. El nuevo campeón se llamaba Sergio. El 3 de su especie.

Con él llegó a Roma aquella Pornocracia que en el futuro volvería a hacer las delicias de los enemigos de Roma. Si lo de "santo" no le convenía a aquél obispo más ni menos que al propio Diablo, lo de "padre" sí. Tanto como los cuernos que su amante le ponía con los demás obispos. No es de mal pensado creer que la que se acostaba con la "cabeza" lo hacía con todo el cuerpo en su conjunto. Así que el tal Sergio tenía sobre la cabeza los cuernos que se suponían signo de los divinos profetas y a sus espaldas una historia larga de crímenes, la cima de cuyo iceberg fue el degüello de aquéllos dos "santos padres" como ya he dicho.

Sergio era el prostituto sagrado de una tal Marozia. Según esta hembra, pues que las mujeres fueron usadas para la prostitución sagrada en los tiempos antiguos ¿por qué las mujeres modernas no iban a poder hacer lo mismo con los machos de su época? (Un buen punto). Y siendo ella quien era, la hija del duque y señor de la Ciudad Eterna, porqué iba a conformarse con un cura si podía tener al mismísimo "santo padre". Y como podía permitirse el lujo de tener por amante al mismísimo "santo padre" Marozia no se privó del gusto.

Marozia era la hija de Teodora la Grande. Esta Teodora era la mujer del duque Teofilacto, gobernador de Roma, del que tuvo a Teodora la Pequeña y a Marozia, la amante de Sergio III y madre del futuro Papa Juan, el 11 de su clase, otro "santo padre". De todos modos aunque el obispo de Roma fuera su concubino Marozia tenía su propio marido, un tal Alberico. Quien lógicamente no podría jamás aspirar a ser el único.

El segundo marido de Marozia se llamó "Guindo". Con el consentimiento o sin el consentimiento de éste, si por calmar los celos del marido de turno o por cambiar de tercio, el hecho es que Marozia despachó al infierno al siguiente de la lista de los santos padres, otro que se llamaba Juan, el 10 de su especie. Pero antes de despejarle el camino a su Juan, que sería el 11, Marozia siguió quitando y poniendo "santo padre" con la facilidad de la que se quita las bragas.

Anastasio, que sólo se mereció un 3 en la cama, y Landón, que se quedó con el cero a la izquierda, apenas si le duraron un suspiro a Marozia la Papisa. Los dos, Anastasio y Landón, fueron prostitutos sagrados antes de que el siguiente “santo padre” recibiera por los servicios prestados su paga; Marozia la Papisa lo encarceló y ordenó que lo encerraran en el calabozo hasta que se muriera; pero al rato lo repensó mejor y ordenó que lo mataran antes que llegara a la celda. Este fue el final feliz de aquel otro “santo padre”.

El de su sucesor no sería menos feliz. León, que así se llamaba, el 6 de su clase, no fue tan fiero como de su nombre podía esperarse que lo fuera en la cama. No le duró a la reina porno de Roma más que un medio año corto. Cansado de buscar la fiera que por su nombre debiera tener aquél “león”, Marozia lo ahogó con la almohada en la que las babas de tantos obispos de Roma habían dejado sus autógrafos.

El siguiente en mojarla fue un tal Esteban, por su título el 7, alguien de quien podía esperarse algo más. Pero no, las ilusiones de la carne se hacían más difíciles de satisfacer conforme se hacía más vieja la pelleja; de todos modos le duró dos años, el tiempo que tardó la primavera en alterarle la sangre. Que, conmovida hasta las plaquetas por el amor a su hijo, y cansada de tantos “santos padres”, porque lo quería y podía lo sentó en el trono de san Pedro.

Juan, el 11 de su especie y clase, dio la venia a la anulación del matrimonio de su madre con el fantasma de su segundo esposo y gozó de la inefable visión de ver a su santa madre coronada reina de Italia. El corazón místico de la reina madre Marozia la Papisa, mujer de Hugo de Provenza, rey de Italia, y el alma divina de su hijo “el santo padre” sufrieron en esos días una desgraciado patada en sus entrañas inmarcesibles cuando el miserable hijo del primero de los esposos de Marozia, el conde Alberico el Joven puso en grito en el cielo y llamando a su causa a todos los ángeles del universo expulsó del reino de su gloria infinita a su madre. Al “santo padre Juan XI” lo desterró del Olimpo pontificio y en las mazmorras, en las que el Demonio maldito contra los barrotes de su locura inextinguible limaba sus cuernos, murieron madre e hijo. Era el año 935 de la Primera Era de Cristo.

CAPÍTULO 20.

El Papa y la remisión plenaria

-Por tanto, cuando el Papa habla de remisión plenaria de todas las penas, no significa el perdón de todas ellas, sino solamente el de aquellas que él mismo impuso.

¿Alguna duda? ¿He mentido en algo? ¿Algún detalle en el tintero que "*me se* reniega a derramárseme"? ¿He sido demasiado cruel y duro? ¿O seré un enviado del Diablo perverso que le quiere amargar la fiesta de cumpleaños a los admiradores del Papa?

Es por tanto curioso ver cómo los siervos del Señor de todos los perdones y de todos los amores por las cosas buenas y hermosas que hay en el universo, a la hora del olvido de sus delitos contra el espíritu en el que dicen respirar se atrevían -según esta tesis- a imponerles penas a los demás.

Es del todo curioso que en esa búsqueda por cegarle los ojos al pueblo, que decían pastorear, a medida que sus crímenes contra la santidad debida al Oficio fueron aumentando se las fueron arreglando para esconder sus crímenes detrás de sus pomposos títulos. ¿Cómo puede un siervo, por muy obispo que sea, liberar de más penas que las impuestas en razón de su Oficio?

Ahora bien, si el poder de los siervos crece en la medida que se auto glorifican adjudicándose los atributos que sólo a su Señor le son naturales ¿en este caso por qué no se llaman a sí mismos santísimos abuelos? Si santísimo es más que santo y abuelo más que padre y estando el poder en razón de la categoría del título ¿no es lógico pensar que un santísimo abuelo seguro que podría remitir más culpas que un santo padre?

Y sin embargo si la pena es necesidad consustancial a la absolución del pecado ¡cómo podrá dejar de existir el recurso a la invocación de la justicia si el pecador anda suelto y se gloría de poder comprar la absolución penal debida a su delito pagando en metálico la penitencia! -me maravillo yo.

De donde se ve que si el invento de las indulgencias en algún momento tuvo un origen evangélico y principio en una teoría de corrección de los vicios cristianos metiendo la mano donde más dolía, en los bolsillos, pues que el recurso al temor a Dios fue disuelto por el amor a Cristo, con el paso del tiempo aquella caridad degeneró en una compra-venta de las absoluciones que únicamente proceden del castigo cumplido.

Afirmar, como hace Lutero en esta tesis, que el Papa, es decir, el obispo de Roma, pudiera o pueda remitir penas que él no impusiera es confundir al lector sin inteligencia o de muy poco conocimiento al decirle que lo que un juez ordene en Alemania otro que esté en la China puede derogarlo en virtud de ser su trabajo el mismo oficio.

Cada siervo de Dios tiene su oficio y sólo a su ejercicio pueden referirse las facultades implícitas. Esto de un sitio, y del otro que el obispo de Roma o el patriarca de Moscú o cualquiera de los grandes y todopoderosos siervos del Señor Jesús puedan ejercer justicia a la medida del Juez Universal es un delirio patológico, que estuvo en la base de este conflicto sobre el que he dicho que voy a demostrar que al final todo se redujo a una polémica entre siervos por el control de los tesoros de la Iglesia.

CAPÍTULO 21.

Las indulgencias del Papa

-En consecuencia, yerran aquéllos predicadores de indulgencias que afirman que el hombre es absuelto a la vez que salvo de toda pena, a causa de las indulgencias del Papa.

La pregunta es obvia: ¿Pero pueden los obispos errar, el de Roma a la cabeza? ¿Y si ha de llevarnos al infierno la negación de la infalibilidad universal pontificia, corregida en su día en Concilio, reducida a su naturaleza ex-cátedra ante la imposibilidad de mantener en una mano los hechos y en la otra las palabras, qué haremos los hijos de Dios? ¿Temblaremos ante los siervos de nuestro Padre o temblarán ellos ante su Señor y Padre nuestro?

Porque nosotros sabemos que infalible sólo es Dios. Todos los demás, ángeles como hombres, siervos como hijos de Dios, todos somos corredores eternos tras una Perfección que, como aquella Sabiduría de los platones y los Sócrates, nos mantiene siempre en la pista de sus amores por ella. Y sabemos, porque lo vivimos, que el camino está lleno de piedras. Y lo sabemos porque están en nuestra historia las cicatrices que en el alma de la Humanidad han dejado los tropezones. Y como decía aquél poeta: Nadie puede estar equivocado todo el tiempo, nadie puede tener la razón todo el tiempo. ¿O no es verdad que si por un error vamos a condenar al vecino en qué se convertiría a la vuelta de la esquina este mundo? ¿El reto de la Caridad no está en vencer ese orgullo que niega eso tan natural como es el equivocarse? ¿Pero para entenderla mejor con qué otro nombre podríamos llamar a esa Caridad? ¿No le corresponde a ella todos los atributos de esa Sabiduría de la que Salomón declarara a boca llena?:

“En ella hay un espíritu inteligente, santo, único y múltiple, sutil, ágil, penetrante, inmaculado, claro, inofensivo, benévolo, agudo, libre y bienhechor. Amante de los hombres, estable, seguro, tranquilo, todopoderoso, omnisciente, que penetra en todos los espíritus inteligentes, puros y sutiles. Porque la Sabiduría es más ágil que todo cuanto se mueve, se difunde su pureza y lo penetra todo, porque es un hálito del poder divino y una emanación pura de la gloria del Omnipotente, es el resplandor de la luz eterna, el espejo sin mancha del actuar de Dios, imagen de su bondad. Y siendo una todo lo puede y permaneciendo la misma todo lo renueva y a través de las edades se derrama en las almas haciendo amigos de Dios y profetas, que Dios a nadie ama sino al que vive en la Sabiduría. Es más hermosa que el sol; supera a todo el conjunto de las estrellas, y comparada con la luz queda en primer lugar. Porque a la luz sucede la noche, pero la maldad no triunfará de la Sabiduría”.

Ayer como hoy, mañana y siempre. La Biblia no miente: Al que le haga falta Sabiduría que se la pida a Dios, que a nadie se la niega. ¿O acaso si nuestro hijo nos pide pan le damos una piedra y si nos pide pescado le damos una serpiente? Pues si nosotros siendo imperfectos nos morimos por darle lo mejor a nuestros hijos cómo nos va a negar nuestro Padre las cosas buenas. ¿Y con todo de qué le vale la infalibilidad al que no tiene la Sabiduría? ¿Y de qué le vale el amor al que no tiene corazón?

No seamos necios juzgando a nuestro prójimo y menos emitiendo una condena a título de juicio. El Primer Hombre cayó pero por el poder de Dios se levantó para ser más fuerte. De donde se ve lo que todos sabemos por experiencia, que de los errores también se aprende. Aunque claro, a quienes nunca yerran no les puede entrar en la cabeza este simple principio.

En lo que sigue se irá viendo si los obispos de las indulgencias estaban equivocados y en qué, también veremos que el mismo complejo de infalibilidad que denunciara en sus oponentes fue el mayor defecto del R. P. Martín Lutero.

Demostraré en fin que entre siervos infalibles, todos atrapados en el complejo de omnipotencia de la Razón, el Enemigo común se movía como tiburón en el agua, como león en la selva, como Marozia la Papisa en su revoltijo de papas, condes, duques y reyes de Roma.

CAPÍTULO 22.

El Papa según los cánones

-De modo que el Papa no remite pena alguna a las almas del purgatorio que, según los cánones, ellas debían haber pagado en esta vida.

La puerta que se nos abre en dirección a la recreación de aquella guerra civil y sus causas se abre para que la cruce todo el que quiera. Nadie pretende volver a aquéllos días de rasgones de vestiduras, tirones de barbas y buenos azotes. La beatitud y la santidad son dos cosas que difieren la una de la otra en algo más que una paliza de oraciones y un rosario de golpes. Como dije antes, lo mismo que el divorcio es cosa de dos, una guerra y cualquier polémica que se tercie no puede ser cosa de uno sólo.

Descargar la culpa en el otro, buscar un chivo expiatorio en el que lavarse las manos de toda responsabilidad propia en la ruptura de relaciones, caso que la Reforma puso ante el Tribunal de la Historia, más que producir risa o vergüenza ajena sencillamente nos descubre a nosotros, lejos ya de aquéllos fuegos y sus calores fratricidas, lo que sabemos,

que no hay excusa que valga para despreciar a Dios en razón de la debilidad de sus siervos. No lo hizo su Hijo adorado ¿quiénes se creyeron los reformadores para, en ausencia de Cristo, declarar fuera de la Comunión con Dios al sucesor de Pedro?

Lo que a mí me inquieta es que si Cristo estaba ausente y en su ausencia se declaró Lutero capitán de sus ejércitos, si Cristo estaba ausente y sin embargo todos vivimos en Cristo, señoras y señores del Jurado, ¿en quién vivían los Reformadores? ¿Cómo puede estar ausente Aquél en el que somos, respiramos y por el que recibimos por herencia nuestra vocación de vida eterna? Mientras piensan y encuentran la respuesta veamos qué se está negando en esta tesis.

En esta tesis se está negando la veracidad de la declaración de Jesucristo cuando les dijera a sus apóstoles que les entregaba las Llaves del Reino de los cielos para desatar en el Cielo lo que desatasen en la Tierra. De manera que reducido ese Poder, extendiendo su inferencia al caso que nos ocupa, resulta que una vez atado en el Cielo lo que se ató en la Tierra ya le es imposible a las almas que en su ignorancia fueron atrapadas en las redes de una sabiduría fratricida encontrar el camino al Cielo del que fueran desviados por las pasiones de sus pastores. Aplicando a casos reales: Que las excomuniones firmadas por obispos predecesores no pueden ser abolidas por los obispos sucesores. De donde se entiende que si Jesucristo dio ese Poder a todos sus siervos y todos se han condenado a todos, el Patriarca de Constantinopla al obispo de Roma, el obispo de Roma al de Inglaterra, el de Inglaterra al de Irlanda, el de Irlanda al que se le cruzó por el ojo, y así etcétera, resulta ahora que todos hemos sido proscritos del Cielo. ¿Solución? Negar que Jesucristo les concediera a sus Discípulos ese Poder cuando les entregara Las Llaves del Reino de los cielos.

En efecto, no teniendo los sucesores el Poder de desatar en la Tierra lo que sus predecesores ataron en el Cielo, por lógica las célebres excomuniones con las que se regalaron tan generosamente las iglesias se quedan todas en papel mojado, las del obispo de Moscú como las del arzobispo de Canterbury, las del obispo de Roma lo mismo que las del de Madrid. Pero claro, el problema es que Jesucristo sí concedió ese Poder a sus Apóstoles. No a uno, sino a los Doce. Y éstos les transmitieron este Poder a sus sucesores. Y, estando en las manos de sus sucesores éstos tienen el Poder de desatar en el Cielo lo que ataron en la Tierra sus predecesores.

Cuando Lutero dice que los sucesores no tienen este Poder de desatar lo que ataron sus predecesores está condenando a todas esas almas de las que habla a pasar por el Juicio Final. Aunque claro, si la Reforma y todos sus pueblos pueden declararse libres de todo pecado, y volver a coger la primera piedra, este ya es otro cantar.

Oyendo la próxima tesis cualquiera diría que el *hit parade* de moda en la Alemania de aquéllos días fue este: Somos perfectos, ra ra ra somos perfectos, ra ra ra somos los elegidos de la suerte. A los demás sólo les dejó Dios la opción de perecer o vivir bajo nuestras botas de hierro. Ra ra ra somos perfectos, somos los elegidos de la suerte. Lutero es nuestro Dios y Hitler nuestro profeta. Aunque nos llamen locos la sabiduría de Dios es locura para los hombres, ra ra ra, somos los locos divinos, los divinos locos. Ra ra ra

muerte al católico, ra ra ra muerte al judío. Perecer o servir, no hay perdón ni piedad para los débiles. Ni remisión plenaria, ni para los muertos ni para los vivos.

CAPÍTULO 23.

Remisión de los perfectos

-Si a alguien se le puede conceder en todo sentido una remisión de todas las penas, es seguro que ello solamente puede otorgarse a los más perfectos, es decir, muy pocos.

Y sin embargo la remisión de todas las penas que el Bautismo regala nos fue concedida a todos. ¿Será que todos somos perfectos y a la vez tontos?

Según Lutero sólo debiera concedérsele esa Gracia Absolutoria a muy pocos, solamente a los listos, que son muy pocos (¿les ponemos nombres?). ¿Qué diremos entonces, que Dios también es tonto? Porque para concederle la gracia absolutoria del Bautismo a tanto tonto como habemos quien nos la concedió o es hechura nuestra o nosotros somos hechura suya. ¿O me equivoco?

Y aun así, suponiendo que Dios sea tonto por abrirnos la Puerta de la Gracia a toda la chusma en lugar de reservársela sólo a esos pocos, ¿acaso en su Omnipotencia no puede hacer Dios lo que le dé la gana con su Bondad? ¿O porque Dios sea tonto -en la medida que la bondad es cosa de tontos a los ojos de esos pocos- aún más, infinitamente tonto porque su Bondad es infinita -según otros-: debe Dios oír el consejo y dar o no dar de acuerdo a los pensamientos de Reverendos Padres como Lutero, primicia de ese club de espíritus puros y perfectos?

Que este poder concedido por el Señor a sus siervos sea aplicado por dinero he aquí lo mezquino y digno de toda reprensión, pero que ese Poder le sea retirado a la Iglesia en función de su mal uso por cuatro malos siervos, esto ya es otro cantar. Y esta canción y no la anterior es la que hubiera debido entonar la Reforma. Porque la negación de una verdad es una especie de escalera mecánica en la que una vez se ha puesto el pie ya no se puede dar marcha atrás.

Se empieza negando ese Poder y se sigue negando que fuera concedido por Jesucristo, se continúa negando el poder de Jesucristo para conceder ese Poder, y se acaba por negar que el Hijo de Dos hubiera bajado del Cielo, para terminar al lado de los judíos diagnosticando el Caso Jesús como un fenómeno de locura paranormal cuyo síntoma maligno más letal fue creerse la Encarnación del Hijo de Dios, en función de cuya Filiación tenía el poder de perdonar los pecados que sólo, en principio, tiene Dios.

Es más, no sólo tenía el Poder sino que además tenía la facultad de conceder ese Poder a sus Discípulos. En definitiva, una pena de locura; porque de no haber sufrido esta locura se hubiera podido llegar de hombre a hombre a un acuerdo con El.

¿La negación de la Encarnación a la que la Reforma ha conducido a sus iglesias no es la mejor prueba de haber seguido el mundo protestante este proceso? Negar a Cristo y matar en su lugar a sus jueces era lo que había al otro lado del horizonte de esa escalera, que ya subiera en su día otro que reivindicó para sí la inspiración del Espíritu Santo como justificación de su doctrina de odio a muerte contra la iglesia católica. Hablo de Arrio, naturalmente.

Pero a quien más recuerda esta referencia de una absolución sólo a los perfectos es, sin ninguna duda, a Pelagio. ¿Recuerdan a aquel otro maestro en artes y en sagrada escritura de su época que defendió a muerte su doctrina de la Gracia en función de los méritos, contra el que san Agustín se alzó y al que combatió sin tregua hasta cerrarle la boca? ¿No es curioso que alguien que vino adjudicándole a la Fe todo el mérito enseñe sin querer esta pata por debajo de la puerta y rescate del baúl de los recuerdos la misma doctrina de aquel Pelagio que defendió la relación entre la Gracia y los méritos del agraciado -pero yéndose al extremo contrario?

Porque si sólo a unos pocos se les puede adjudicar la absolución de sus faltas y esto por ser perfectos, es decir, a muy pocos, es obvio que Lutero estaba defendiendo a Pelagio a fin de negarle a Jesucristo el Poder que sólo los judíos le atribuían a Dios: conceder la facultad de perdonar los pecados en vida y muerte del pecador.

De manera que ya tenemos dos desviaciones que confluyen y arman el cuerpo doctrinal del firmante. Una, para justificar la afirmación de no tener los obispos ése Poder de absolución, que conduce a la negación de la Encarnación del Hijo de Dios y su Nacimiento Sobrenatural de la Virgen María -doctrina arriana-. Y otra que conduce a la negación de esa facultad concedida por la Gracia de Jesucristo en función de que sólo sobre unos pocos podría ser ejercida en razón de sus méritos -doctrina pelagiana. A los dos, tanto a Arrio como a Pelagio, los refutó san Agustín. En lo sucesivo también veremos cómo la repulsión de los obispos católicos para ejercer el ministerio cristiano en función de sus pecados condujo a la Reforma luterana a la tercera doctrina anticristiana, la doctrina donatista, también desmantelada por san Agustín.

CAPÍTULO 24.

La liberación de las penas

-Por esta razón, la mayor parte de la gente es necesariamente engañada por esa indiscriminada y jactanciosa promesa de la liberación de las penas.

¿Porque sólo se puede conceder a los que se la merecen con sus obras de perfección?

SEXTA PARTE

Sobre el Poder del Diablo

Desde aquella primera mentira en el Edén y durante los seis milenios transcurridos hasta nuestra Era la capacidad del enemigo del Reino de Dios para transformar su maldad y pasarla envuelta en una doctrina llena de amor al hombre se ha demostrado -o al menos eso quisiera él- infinita. Digo: quisiera él, porque ni mucho menos es así. La bondad de Dios sí es infinita, pero la de su enemigo dista mucho de llegar siquiera a superar un número fuera del alcance de la capacidad de contar de un niño.

Pensando en este temor humano a que el enemigo maldito de nuestro Mundo estuviese capacitado para desplegar contra nosotros la propiedad contraria a la Bondad Divina, en su última Revelación nos dio Jesucristo un Número. Gracias a Él, sin necesidad de someternos a la prueba de abrir una lucha cuerpo a cuerpo con el Diablo para ver hasta dónde llega su poder maligno, sabemos positivamente dos cosas. Una, que el número de transformaciones que es capaz de poner el Infierno sobre la mesa es limitado; y dos, que la locura de quien siendo su creación se atrevió a declararle la guerra a su Creador, al contrario que su poder, sí es infinita.

Pero sobre esta capacidad del diablo de tener una maldad infinita y ser el número de las transformaciones a que puede llegar su mentira un efecto contrario a tal causa, además de la Revelación de Jesucristo, un hombre sui géneris, fundador histórico del movimiento monástico, de entre cuyas paredes saliera el pilar de la Reforma, oh R. P. Martín Lutero, un hombre llamado Antonio y tenido por todos sus contemporáneos por santo, pronunció palabras llenas de juicio.

"En primer lugar, démonos cuenta de esto: los demonios no fueron creados como demonios, tal como entendemos este término, porque Dios no hizo nada malo. También ellos fueron creados limpios, pero se desviaron de la sabiduría celestial. Desde entonces andan vagando por la Tierra. Por una parte, engañaron a los griegos con vanas fantasías, y, envidiosos de nosotros los cristianos, no han omitido nada para impedirnos entrar en el Cielo: no quieren que subamos al lugar de donde ellos cayeron. Por eso se necesita mucha oración y disciplina para que uno pueda recibir del Espíritu Santo el don del discernimiento de espíritus y ser capaz de conocerlos: cuál de ellos es menos malo, cuál de ellos más; que interés especial persigue cada uno y cómo han de ser rechazados y echados fuera. Pues sus astucias y maquinaciones son numerosas. Bien lo sabían el santo apóstol y sus discípulos cuando decían: conocemos muy bien sus mañas. Y nosotros,

enseñados por nuestras experiencias, deberíamos guiar a otros a apartarse de ellos. Por eso yo, habiendo hecho en parte esta experiencia, os hablo como a mis hijos". "Cuando ellos ven que los cristianos en general, pero en particular los monjes, trabajan con cuidado y hacen progresos, primero los asaltan y los tientan colocándoles continuamente obstáculos en el camino. Estos obstáculos son los malos pensamientos. Pero no debemos asustarnos de sus asechanzas, pues se las desbarata pronto con la oración, el ayuno y la confianza en el Señor. Sin embargo, aunque desbaratados, no cesan sino que vuelven al ataque con más maldad y astucia. Cuando no pueden engañar al corazón con placeres abiertamente impuros, cambian su táctica y abren un nuevo frente. Entonces urden y fingen apariciones para aterrorizar al corazón, transformándose e imitando mujeres, bestias, reptiles, cuerpos de gran tamaño y hordas de bárbaros. Pero ni aun así debemos dejarlos destrozarnos con el miedo a semejantes fantasmas, ya que no son nada sino pura vanidad, especialmente si uno se fortalece con la señal de la cruz". "En verdad son atrevidos y extraordinariamente desvergonzados. Si en este punto también se les derrota, avanzan otra vez más con una nueva estrategia. Pretenden profetizar y predecir futuros acontecimientos. Aparecen más altos que el techo, fuertes y corpulentos. Su propósito es, si es posible, arrebatar con tales apariciones a los que no han podido engañar con pensamientos. Y si hallan que aún el alma permanece fuerte en su fe y sostenida por la esperanza hacen intervenir a su jefe".

"Este aparece a menudo de la manera como, por ejemplo, se lo reveló el Señor a Job: Sus ojos son como los párpados del alba. De su boca salen antorchas encendidas de donde chispas de fuego saltan de su lengua. De sus narices sale humo como de olla o caldero que hierve. Su aliento enciende los carbones y de su boca sale llama-. Cuando el jefe de los demonios aparece de esta manera el bribón trata de aterrorizarnos, como dije antes, con su hablar bravucón, tal como fue desenmascarado por el Señor cuando le dijo a Job: Tiene toda arma por hojarasca, y del blandir de la jabalina se burla; hace hervir como una olla el mar profundo, y lo revuelve como una olla de ungüento-; también dice el profeta del Diablo: Dijo el enemigo: los perseguiré y alcanzaré-; y en otra parte volvió a decir de sí mismo el Maligno: Y hallaron las riquezas de los pueblos como nido mis manos, y como se recogen los huevos abandonados, así me apoderé yo de toda la tierra". "Esta es, resumiendo, la jactancia de la que alardean, estas son las peroratas que hacen para engañar al que teme a Dios. Con toda confianza os lo cuento: no necesitamos temer sus apariciones ni poner atención a sus palabras. Es sólo un embustero y no hay verdad en nada de lo que dice. Mientras habla semejantes tonterías y lo hace con tanta jactancia, no se da cuenta de que es arrastrado con un garfio como dragón por el Salvador, con un cabestro como animal de carga, fugitivo con los anillos del esclavo en sus narices, y sus labios atravesados por una abrazadera de hierro. Atrapado como gorrión para nuestra diversión ha sido. Como sus compañeros del Infierno también él ha sido condenado a ser pisoteado como otro escorpión cualquiera y como culebra a los pies de nosotros los cristianos; y prueba de ello es el hecho de que seguimos existiendo a pesar del Maligno. En serio prometió que iba a secar el mar y a apoderarse de todo el mundo, y no puede impedir nuestras prácticas ascéticas ni siquiera que yo hable contra él. Por eso, no deis atención a lo que pueda decir, porque es un mentiroso consumado, ni temáis sus apariciones porque también son mentiras. Ciertamente no es verdadera luz la que aparece en ellos, más bien es mero comienzo y parecido del fuego preparado para ellos mismos; y con lo mismo que serán quemados tratan de aterrorizar a los hombres. Aparecen, es

verdad, pero desaparecen de nuevo en el momento, sin dañar a ningún creyente, mientras se llevan consigo esa apariencia del fuego que los espera. Por eso, no hay ninguna razón para tenerles miedo, pues por la gracia de Cristo todas sus tácticas terminan en nada".

Así habló san Antonio, el hombre que se pasó veinte años encerrado en un fortín abandonado en el desierto de Egipto, corroborando con su experiencia lo que con su ciencia nos reveló Jesús. Que la maldad del enemigo es infinita, pero su poder -como el de esos dementes que se creen infinitamente más de lo que son y creen que si se les diera la oportunidad serían capaces de sostener sobre sus espaldas el Globo de la Tierra- termina donde empezó la Cruz.

Hubo, pues, en los días del emperador Diocleciano un hombre que se llamaba Donato. Los orígenes del segundo no pueden entenderse sin los del primero, así que dejemos por un rato la polémica. La historia de los orígenes de la ascensión de Diocleciano al poder, más que larga, es retorcida. Todo empezó cuando un campesino de la estatura de un Goliat llamado Maximino se puso al frente de la sedición que acabó con la vida del emperador Severo Alejandro. Lógicamente el Senado no podía quedarse con los brazos cruzados y eligió a un anciano de ochenta años, Gordiano I, que a su vez asoció al poder a su hijo Gordiano II.

Inmediatamente Maximino les plantó cara y los aplastó. Mas como en esta Ciencia del bien y del mal que nos ha tocado vivir el más rápido nunca lo es eternamente, Maximino fue retado a duelo en territorio italiano, donde perdió el título a manos de sus propios jefes pretorianos. Estos proclamaron nuevo César. Los soldados se rebelaron entonces contra el elegido de sus jefes y así el Senado volvió a demostrar que era el más rápido. El nuevo César se llamaba Gordiano III y tenía sólo catorce años. Para paliar esta deficiencia el Senado lo casó y puso al frente de los ejércitos imperiales a su suegro. Enviado a luchar contra los persas el suegro del emperador niño murió a causa de la gripe de los generales romanos, o sea, asesinado por su lugarteniente más bravo. Acto seguido el nuevo aspirante al título mundial hizo lo mismo con el yerno, y el asesino entró en la gran historia con el nombre de Felipe el Árabe. Este firmó la paz con Sapor I, rey de los persas, bajo cuyo reinado se registra el principio de la predicación del Maniqueísmo. (Manes juraba haber recibido su revelación de la mano de los propios ángeles, de cuyos labios escuchara que Jesucristo no fue más que otro mortal, más santo y bueno que la mayoría pero hijo de su padre y de su madre al fin y al cabo). Entretanto el general que Filipo el Árabe envió contra los godos regresó a Roma convertido en emperador y dispuesto a destronar a su antiguo señor. El nuevo campeón del imperio se llamaba Decio. Este Decio fue el siguiente de la serie de césares anticristianos que con Nerón abriera la lista. La persecución no duró mucho, ni el emperador tampoco, que fue vendido a los galos por su lugarteniente, como lo exigía la costumbre.

La persecución de Decio no duró mucho pero fue muy violenta. No tanto como la de Nerón pero sí más dramática porque los cristianos se habían acostumbrado a vivir en paz con sus vecinos, y claro, de pronto el martirio. Atrapados entre lo poco que se les exigía para conservar la vida, quemar un palito de incienso a la salud del emperador, y lo que les esperaba en caso de negación, como un viento impetuoso que sacude el árbol y quiebra las ramas más débiles, muchos cristianos no resistieron la embestida y por unos denarios se

las arreglaron para comprar el documento que los salvaba. ¿Al fin y al cabo cuántos años se creía el asesino que iba a durar en el poder? ¿No murió asesinado, como sus predecesores y seguirían haciéndolo sus sucesores? De hecho apenas comenzó a gustar las mieles del absolutismo Decio fue traicionado por Gallo.

Gallo por Emiliano, y Emiliano por Valeriano. Más listo que sus predecesores, Valeriano asoció al imperio a su hijo Galieno y entre los dos hicieron lo que pudieron para restablecer la paz. El punto es que al final de la persecución de Decio, libre el obispado de Roma, dos contendientes presentaron sus candidaturas, Cornelio y Novaciano. El primero predicaba el perdón para los cristianos que, como las ramas débiles, bajo el viento de las persecuciones se rompieron y ahora sangraban por dentro porque no podían vivir con el remordimiento. El segundo decía que se fueran todos al infierno. En su bondad infinita quiso Dios que Cornelio y no Novaciano fuera en Roma su siervo. Atormentado por su derrota Novaciano invocó la autoridad del espíritu santo y demás recursos sagrados al servicio de quienes en nombre de la pureza y santidad de su creencia se levantan por la mañana -como aquel senador que se hacía repetir en el desayuno: Cartago debe ser destruida- pidiendo la muerte de sus enemigos.

La pelea fue tan violenta que el emperador acabó por desterrar de Roma a los dos contendientes. Lo importante para nuestro relato es que por primera vez vino a luz la palabra "indulgencia". Su origen lo vemos en la bondad infinita de Dios para disculpar la debilidad de su pueblo en razón de la sangre de todos los santos mártires que pusieron en sus manos sus almas.

En el imperio las invasiones sacudían mientras tanto sus fundamentos. Por el Oeste los bárbaros de toda la vida, y por el Este los mismos de siempre. Luchando contra éstos perdió la vida Valeriano. Su hijo Galieno, bajo la presión de su general Póstumo, tuvo que reconocer el nacimiento de la vocación imperial de las Galias, de cuya semilla brotaría con el tiempo el Sacro Imperio Germánico, del que la Reforma sería su hija póstuma y puente entre el I y el III Reich.

Póstumo, como era de ley, no tardó en ser retado a duelo a muerte por su general Lelio. Póstumo fue más rápido, pero no pudo evitar que le disparase por la espalda su otro general Marco Pavonio, quien a su vez no tardó en ser derribado por sus soldados, con lo cual las Galias volvió a su paradisíaco estado bárbaro de siempre.

Más al sur, en la Italia eterna, Galieno fue retado por Aureolo. Cayó el primero y el segundo encontró la horma de su zapato en Claudio, Segundo para la posteridad. (Si la realidad no supera a la fantasía y si la historia del mundo no es una Ciencia, con su origen en la experiencia como los cánones mandan, que alguien me lo demuestre). Claudio II murió y le sucedió Aureliano, quien como todos sus predecesores tuvo que demostrar que era el más rápido, cosa que hizo contra Tétrico, el nuevo emperador de las Galias; contra Firmo, el nuevo emperador de Egipto; y contra Zenobia, la flamante emperatriz de Siria. A todos los despachó sin pestañear. Victorias que no le sirvieron de nada porque al poco fue asesinado por uno de sus secretarios. Lo mismo que Tácito, su sucesor, y Probo luego. Tal el destino de los césares; contra el que tampoco pudo hacer nada Caro, el siguiente de la lista. Ni Numeriano, su hijo, asesinado por Aper, su cuñado. Destino contra el que se

rebeló el próximo emperador de Roma, Diocleciano, culpando a los cristianos de todos los males del imperio.

Por aquéllos años vivió el san Antonio del que arriba invoqué unas palabras sobre la naturaleza de la supuesta maldad infinita del Diablo. Naturalmente Diocleciano no se convirtió en la bestia negra del cristianismo de la noche a la mañana. Primero reorganizó el Estado dividiéndolo en Oriente y Occidente, ambas partes dirigidas por un Augusto, él mismo Augusto de Oriente y su colega, Maximiano, de Occidente. Los dos Augustos tendrían cada uno un César. Diocleciano eligió a Galerio y Maximiano a Constancio Cloro, padre del futuro Constantino el Grande. Al rato comenzaron los disturbios. Diocleciano tuvo que vencer al próximo emperador de Egipto, Constancio Cloro a un aspirante a rey de Inglaterra y Galerio a Narsés, rey de Persia. El éxito de este Galerio en la cuestión persa unió a Diocleciano y Galerio hasta el punto de dejarse Diocleciano engañar por la acusación de Galerio de ser el cristianismo la raíz de todos los males del imperio, contra cuya cizaña sólo cabía una respuesta: La persecución total, una solución final al lado de la cual la de Nerón y la de Decio fuesen recordadas como un juego de niños.

Desde el 250, año de la persecución de Decio, al 303, año de la persecución de Diocleciano, a pesar de la sucesión vertiginosa de crímenes de sucesión, guerras civiles senado versus generales, rebeliones provinciales y guerras ínter-imperiales, sólo había pasado medio siglo. Pero este medio siglo había sido suficiente para que los cristianos se olvidasen del terror de la persecución de Decio y se echasen a dormir creyendo que ya jamás volverían aquellos tiempos. ¿El número de mártires durante la persecución de Galerio y Diocleciano? Muchos o pocos desde luego no hubo ni un sólo alemán. Especialmente porque Constancio Cloro, César de Occidente, no firmó el Edicto de la Bestia, que se cebó en el mundo grecolatino.

Así las cosas Diocleciano abdicó y obligó a seguir su ejemplo a su colega Maximiano, quedando Galerio y Constancio Cloro como Augustos. Hecho, Galerio nombró como César suyo a Maximino Daya y para César de su colega eligió a Valerio Severo. El hijo del Augusto depuesto, Majencio, protestó y se declaró en rebeldía. Por su parte Constancio Cloro tampoco se quedó contento; su idea era asociar a su hijo Constantino como César. Majencio se enfrentó a Valerio Severo y lo derrotó. Constancio Cloro entretanto libraba su propia batalla en Inglaterra contra los bárbaros mientras su hijo era rehén de Galerio. Al conocer la muerte de su padre Constantino huyó y se unió a los ejércitos, que le reconocieron Imperator. Acto seguido Constantino se casó con una hija de Maximiano, hermana de Majencio. La alianza la conjuró Diocleciano, quien tuvo la idea de cuadrar el círculo enfrentando a Constantino con su suegro y su cuñado mediante el truco de asociarle Licinio. La artimaña le dio resultado.

Constantino contra su suegro fue el duelo siguiente. Maximiano fue derrotado y cayó con las botas puestas. Al poco Galerio murió sin el honor de los soldados, en el campo de batalla, y Maximino Daya se alió con Majencio. Constantino se enfrentó a Majencio y Licinio a Maximino. Ambos ganaron sus duelos. E inmediatamente dieron a luz el Edicto de Milán, año 313 de la Primera Era de Cristo. El cristianismo había vencido al imperio romano. Era la hora de la celebración de la victoria. Y las campanas de todo el

imperio repicaron ad maiorem Dei gloriam. Todas menos una: las de Cartago. Las de Cartago repicaron a misa fúnebre. El oficiante se llamaba Donato, obispo, por supuesto.

Lo mismo que pasó durante la persecución de Decio ocurrió durante los nueve años de la persecución de Diocleciano y Galerio. Bajo el efecto de la tormenta huracanada que azotó el imperio las ramas tiernas del árbol cristiano se quebraron por el peso del susto a la tortura. Y como pasara en tiempos de Novaciano otra vez fue un obispo que no expuso su cuello a la guillotina, de nombre Donato, quien para hacerse propaganda y decidir su elección a la catedral de Cartago le negó el perdón de los pecados a los cristianos que se las arreglaron para sortear el martirio. Empezando, lógicamente, por su rival al puesto de obispo.

Los tiempos habían cambiado y el obispo Mensirio sorteó el martirio entregándoles a las autoridades los libros sagrados. Si se los entregaba no le pasaría nada, y si no: lo mataban. El hombre pensó que los libros se pueden escribir tantas veces como haga falta pero que el libro de la vida de cada uno se escribe una vez, y no le dio más importancia.

Error. Siempre hay alguien por ahí para ser el juez de tus actos. Jesucristo dijo: “No juzgues a nadie, porque con la misma vara que juzgues serás juzgado”. Mas como quien tiene el espíritu santo tiene la palabra Donato juzgó y condenó a su obispo y a todos los que, como Mensirio, creyeron que vale más la vida cuando se la compara con un papel, porque la verdadera Escritura no está escrita en piedra sino en los corazones.

Insatisfecho con esta respuesta Donato predicó la necesidad de matar a todos los traidores y a la iglesia católica que con sus indulgencias -como muy bien ha expuesto Lutero en una tesis anterior, concedida siempre después de la penitencia- estaba dando pie a esta situación. El odio hacia el obispo de Roma y hacia la iglesia católica se convirtió en el signo de identidad entre los verdaderos fieles de la nueva iglesia de Cristo. Amén.

Se dice que los nuevos cristianos enviaron más católicos al infierno que mártires al Cielo la persecución de Diocleciano. Y, en fin, cada cual saque sus conclusiones sobre la guerra civil que la Reforma desató contra todos los católicos por el pecado de un sólo hombre, el obispo de Roma.

CAPÍTULO 25.

El poder del Papa

-El poder que el Papa tiene universalmente sobre el purgatorio, cualquier obispo o cura lo posee en particular sobre su diócesis o parroquia.

La sabiduría de Dios es locura para los hombres, la sabiduría de Juan es locura para los hombres, luego la locura de Juan es sabiduría de Dios. Este es el primer teorema.

He aquí el segundo: La sabiduría de los hombres es locura para Dios, la sabiduría de Juan es locura para los hombres, luego la locura de Juan es sabiduría de Dios.

Y cerramos la trampa del Diablo con este tercer grillete: La locura de Dios es sabiduría para Juan, la sabiduría de Juan es locura para los hombres, luego la locura de Juan es sabiduría de Dios.

El problema con este tipo de locura es que no se puede hablar ni dialogar ni abrir ningún tipo de razonamiento con semejante enfermo. Puesto que su locura es sabiduría divina la única fórmula posible de entendimiento entre ese enfermo y los demás hombres es doblar las rodillas o prepararse a perecer.

La estructura lógica sobre la que un enfermo aquejado de esta locura desarrolla el edificio de su mente es virulenta por necesidad. Para ver su virulencia sólo tenemos que hacer lo que con su pensamiento él hace: tomar una verdad y enfrentarla a su contraria de manera que de la oposición surja su declaración de sabiduría. Entonces, dado que la locura de Juan es sabiduría de Dios y la sabiduría de Dios es locura para los hombres la locura de Juan es sabiduría de Dios.

Y ya está, ya tenemos la Reforma. Donde pusimos Juan ponemos Lutero y lo demás es su consecuencia. La naturaleza sigue su curso, la iglesia se alza para callar la mentira, excomulga y produce el cuadro clínico de comparación del Caso Jesucristo versus Romanos y Judíos con el caso Lutero versus Católicos y Españoles.

Homologada la locura del segundo a la del primero la continuación es el derecho a la eliminación física de la oposición -en nombre de la sabiduría de Dios, locura a los ojos de los demás-. Derecho que, lógicamente, habría de dar lugar a la ley del más dura será la venganza. Sobre cuyos acontecimientos está ya todo escrito y sólo cabe preguntarse cómo el mismo Dios que puso en movimiento la Verdad Católica pudo poner en movimiento la Verdad Protestante, transformando así su propia Sabiduría en locura a los ojos de todo el Universo.

Pero como esta tesis 25 es a todas luces una demostración del cumplimiento de la necesidad requerida para la inversión registrada, la respuesta no admite concesiones. Después de haber declarado nulo el poder del obispo de Roma para quitar o poner en el mundo de las almas ahora se les sustrae todo el poder a los sacerdotes sobre la remisión de los pecados. Ya que si el poder del papa es nulo para remitir pecados en el purgatorio y este poder es el que tiene cualquier sacerdote sobre su parroquia, se entiende que el sacramento de la Confesión queda anulado, levantándose la Reforma contra el Poder del Señor conferido a sus siervos: “A quien les perdonéis los pecados les serán perdonados”.

Abrogación del Poder de la Confesión que era de necesidad, aún contra Cristo, para implantar el modelo de perdón de los pecados pasados y futuros en nombre de la Fe

Protestante, que conviene en la imposibilidad de la perfección, de un sitio, y en la imposibilidad de la negación de la Fe, del otro sitio, concertando ambas en el imposible por fin logrado, ad maiorem Lutero gloriam, hacer que el pecado y la Fe, es decir, luz y tinieblas, convivan juntas. Amén.

CAPÍTULO 26.

El poder de las Llaves del Reino de los cielos

-Muy bien procede el Papa al dar la remisión a las almas del purgatorio, no en virtud del poder de las llaves (que no posee), sino por vía de la intercesión.

Pero que existía una enfermedad en la iglesia italiana y sus síntomas podían ser detectados en el obispado de Roma especialmente, esto es un clásico de la historia universal. Y que la locura de un médico se detecta en el acto de acabar con la enfermedad matando al enfermo, es tan real en la postura de la Reforma como lo fuera la existencia de la enfermedad. El caso de la Primera Papisa nos ha descubierto su extensión; que, lamentablemente, seguiría creciendo. Este avispero de decretos que a continuación traslado -de cuyas tesis inferimos que el obispo de Roma se respondió: Por fin soy como dios, conocedor del bien y del mal- es la mejor prueba:

San Satanás : Dictatus Papae

1.-Que la Iglesia Romana ha sido fundada solamente por Dios.

2.-Que solamente el Pontífice Romano es llamado “universal” con pleno derecho.

3.-Que él solo puede deponer y restablecer a los obispos.

4.-Que un legado suyo, aún de grado inferior, en un Concilio está por encima de todos los obispos, y puede pronunciar contra estos la sentencia de deposición.

5.-Que el Papa puede deponer a los ausentes.

6.-Que no debemos tener comunión o permanecer en la misma casa con aquellos que han sido excomulgados por él.

7.-Que sólo a él le es lícito promulgar nuevas leyes de acuerdo a las necesidades de los tiempos, reunir nuevas congregaciones, convertir en abadía una casa canonical y viceversa, dividir una diócesis rica o unir las pobres.

8.-Que solamente él puede usar las insignias imperiales.

9.-Que todos los príncipes deben besar los pies solamente al Papa.

10.-Que su nombre debe ser recitado en la iglesia.

11.-Que su título es único en el mundo.

12.-Que le es lícito deponer al emperador.

13.-Que le es lícito, según las necesidades, trasladar a los obispos de una sede a otra.

14.-Que tiene el poder de ordenar un clérigo de cualquier iglesia, para el lugar que él quiera.

15.-Que aquel que ha sido ordenado por él puede estar al frente de otra iglesia, pero no sometido, y de ningún otro obispo puede obtener un grado superior.

16.-Que ningún sínodo puede ser llamado general si no es guiado por él.

17.-Que ningún artículo o libro puede ser llamado canónico sin su autorización.

18.-Que nadie puede revocar su palabra, y que sólo él puede hacerlo.

19.-Que nadie lo puede juzgar.

20.-Que nadie ose condenar a quien apele a la Santa Sede.

21.-Que las causas de mayor importancia, de cualquier iglesia, deben ser sometidas a su juicio.

22.-Que la Iglesia Romana no ha errado y no errará jamás, y esto, de acuerdo al testimonio de las Sagradas Escrituras.

23.-Que el Pontífice Romano, si ha sido ordenado luego de una elección canónica, está indudablemente santificado por los méritos del bienaventurado Pedro nos lo testimonia san Enodio, obispo de Pavía, con el consentimiento de muchos Santos Padres, como se encuentra escrito en los decretos del bienaventurado papa Simaco.

24.-Que bajo su orden y con su permiso es lícito a los súbditos hacer acusaciones.

25.-Que puede deponer y restablecer a los obispos aún fuera de una reunión sinodal.

26.-Que no debe ser considerado católico quien no está de acuerdo con la Iglesia Romana.

27.-Que el Pontífice puede absolver a los súbditos del juramento de fidelidad respecto a los inicuos.

Ciertamente después de escribir este testamento pudo decir su firmante: Ahora soy como dios. El problema es: Sí, serás como un dios, ¿pero a la imagen y semejanza de qué dios? Porque yo sé que en mi cuerpo mi cabeza es la que le dice a mis piernas: Anda; y a mis brazos: Haz esto; y lo contrario, que mis piernas tiraran solas y mis brazos se movieran por su cuenta sería un fenómeno paranormal, como les pasaba a esos pobrecitos del Evangelio en quienes los demonios tomaban el control de sus cuerpos y hacían con sus miembros lo que querían ellos. Y digo yo que en el Cuerpo de Cristo ha de pasar igual: que es la Cabeza la que ordena, manda, dispone y habla y su voluntad es la que se hace. Y sabiendo que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y Cristo la Cabeza de su Cuerpo, mi pregunta es: ¿es el sucesor de Pedro en el obispado de Roma la reencarnación de Jesucristo, que se reencarna en cada Papa? Porque si no lo es estas atribuciones expuestas en los 27 artículos son un golpe de estado contra la Cabeza de la Iglesia, Cabeza a la que se le priva de todo poder sobre su Cuerpo.

Yo, que soy sólo un hijo de Dios, sobre los que los siervos de mi Padre tienen todo poder, de manera que los hijos no somos nada en la Casa del Señor ya que los siervos tienen el poder de condenar a un hijo de su Señor; yo, decía, amando a mi Madre no puedo limitarme sencillamente a recordarle su parte en el Conflicto. Tengo también que recordarles a mis hermanos en el Señor que extraer un texto de su contexto es un delito. Así que desde esta posición lo que he hecho: extraer el texto de su contexto, es un delito del que me confieso culpable. Para entender este golpe de estado contra nuestro Padre por su siervo romano debemos introducir el texto en su contexto, en la lucha del Conflicto de las Investiduras. En razón de lo cual y vista la gravedad del hecho es bueno que conozcamos al autor de esta declaración de soberanía por la que el Señor era privado de la potestad sobre su Cuerpo.

Se llamaba Gregorio VII. Llegó a suceder a San Pedro partiendo desde la base.

En aquéllos tiempos la Iglesia le pertenecía a los príncipes segundones de las clases aristocráticas europeas; entre ellos se repartían los obispados, los arzobispados, el cardenalato y el papado. Rompiendo aquella corriente general, nuestro Gregorio VII fue de origen familiar tan humilde que incluso se ignora su fecha exacta de nacimiento y se la sitúa al alimón entre el 1020 y el 1025. Su nombre era Hildebrando y nadie sabe a qué edad entró en el convento de Santa María de Roma. Lo primero que realmente se sabe de él es que fue uno de los acompañantes que siguieron a Gregorio VI al exilio, en el 1047, de quien en su memoria tomaría su nombre pontificio.

Gregorio VI se retiró al monasterio de Cluny. Uno de sus sucesores, el tristemente famoso León IX, autor de la bula de excomunión contra el patriarca de Constantinopla, llamó a Hildebrando de vuelta a Roma. Desde este momento su ascensión hacia la cima de la Iglesia fue meteórica. Su inteligencia y su celo por la Iglesia se demostraron al llevar el decreto de elección del papado por los cardenales a su victoria, entre otras cosas.

Sobrevivió a Gregorio VI, que reinó un año, del 45 al 46; a Clemente II, que reinó otro año, del 46 al 47; a Benedicto IX, que siguió la regla, otro año, del 47 al 48; a Dámaso II, que no llegó el pobre al año; a León IX, que se las arregló para sobrevivir cinco años, del 49 al 54. León IX firmó la bula del Cisma de Oriente y se murió en paz. A Víctor II, que no hizo ni bien ni mal, como los tontos, y se murió a los dos años; a Esteban IX, que no le dejaron hacer nada en un año, pobrecito; a Nicolás II, en dos años qué podía hacer el hombre; a Alejandro II, uno que por fin fue rey de Roma durante la friolera de doce años, del 61 al 73. A la muerte de Alejandro II le tocó el turno al Hildebrando Desconocido, que sucedió a San Pedro con el nombre de Gregorio VII en el año del Señor 1073, y reinaría otros doce años, hasta que en el 1085 murió abandonado de todos los que le admiraron.

Por qué Pedro Damián lo llamó san Satanás es lo que vamos a ver. A su favor digamos que los principios de su labor pastoral no pudieron ser más prometedores. En el 1074 se alzó todopoderoso contra el sacerdocio de los clérigos y la compra-venta simoníaca de los cargos eclesiásticos. A esta reforma se la llamó Gregoriana.

Hecha esta reforma por la que ya se merecía todas las alabanzas de la posteridad, el hombre comenzó a desvariar mentalmente y a manipular la necesidad de la separación entre la Iglesia y el Estado como medio para alzarse él como monarca absoluto de la cristiandad, a imagen y semejanza del Cristo Autocrator, su Señor. La centralización eclesial que emprendió tenía por fin crear esta plataforma desde la que transformar el gobierno de la cristiandad en una teocracia imperial. Los reyes de Francia, Inglaterra y España no se preocuparon demasiado, pero el emperador de Alemania comprendió adonde quería llegar el Papa Desconocido y se opuso con todas sus fuerzas a su proyecto de Separación de Iglesia y Estado sobre las bases propuestas. Este es el origen del Conflicto de las Investiduras.

Si el emperador alemán no se hubiera opuesto a la teocracia absolutista a la que el Papa Desconocido quería conducir a la Iglesia Católica la ruina del Reino de los cielos en la Tierra hubiera venido a la vuelta de la esquina. Dios, que es omnisciente y contra sus siervos mueve el curso del río de la Vida, mantuvo firme a Enrique IV contra aquél hombre que, habiendo empezado tan bien, a medida que su gloria fue creciendo fue perdiendo cada vez más el control, hasta que se le fue la cabeza y arrastrado por su celo acabó consumiéndose en su propio fuego.

La separación entre Estado e Iglesia solo podía hacerse sobre las bases que luego le fueron propuestas a Enrique V, la Iglesia renunciaba a sus oficios civiles feudales y el Estado renunciaba a interferir en la vida de la Iglesia. Perfecto. Pero las bases gregorianas eran demenciales.

Los obispos alemanes eran verdaderos señores feudales; príncipes todos ellos, administradores y dueños de inmensas propiedades. Una fidelidad en exclusiva al obispo romano, primera autoridad de la que derivaba la obediencia al emperador, habría convertido a la larga al Imperio en una Teocracia, regida por un emperador títere y gobernada por un Obispo Todopoderoso y Omnipotente.

Bajo ningún concepto podía el Señor permitir que su Iglesia fuese gobernada por el Diablo a través de un Papa títere. Respecto a si estos 27 artículos fueron síntomas de locura egolátrica o sabiduría de Dios es cosa que por sus consecuencias históricas, ahondando la separación entre Oriente y Occidente y preparando la división entre Norte y Sur, los hijos de Dios podemos juzgarlo por nosotros mismos. Que desde esa locura temporal los siervos pueden anatematizar a los hijos del Señor para el que trabajan es cosa que se ve por sí sola. A esos siervos les toca ahora decidir por sí mismos a quien sirven.

CAPÍTULO 27.

Doctrina humana

-Mera doctrina humana predican aquellos que aseveran que tan pronto suena la moneda que se echa en la caja, el alma sale volando.

“Siendo el Hijo se sometió en todo a la ley”. Y se sometió en justicia. De acuerdo al contrato social que Moisés firmó entre Dios y los hebreos cualquier hijo de Israel que cambiara los términos de ese contrato debía morir. En consecuencia Jesús, aunque no abrogó la Ley sino la forma que la Ley tenía de combatir el pecado, debía morir. La Ley decía que una mujer o un hombre que fuesen sorprendido en flagrante delito de adulterio tenían que morir. La Ley decía que cualquier hombre que aboliese el sábado tenía que morir. El contrato entre Dios y los hebreos decía que cualquiera que cambiase los términos de la relación entre el pecador y el pecado debía morir. Los términos de esa relación estaban escritos. El pecado debía ir acompañado del consiguiente castigo del pecador. El temor a Dios garantía de la distancia entre los hijos de Israel y el pecado cualquiera que intentase eliminar esa distancia debía morir. En consecuencia Jesús debía morir.

Hijo del Dios que extendió los términos de aquél contrato Jesús hubiera podido sencillamente saltarse los prolegómenos en base a una ley hecha para la criatura, no para el Creador. Y sin embargo no quiso porque un contrato obligaba a las dos partes y quería dejar bien claro que nadie, ni el mismísimo Rey del Cielo, está fuera de la Justicia. ¡Cuanto menos un siervo de Cristo!

Cómo llegó a degenerar en un tráfico vergonzoso lo que en su día naciera de la caridad cristiana más perfecta, es el problema que estamos tratando. Y sobre el que he dicho que fue la enfermedad del obispado italiano, obispo de Roma a la cabeza, el foco desde el que se extendió aquél mal, la causa que le sirviera en bandeja a la Reforma la

solución drástica y patológica de aplicarle al enfermo la muerte como cura infalible de salvación de su enfermedad.

Que el obispado romano había sufrido con anterioridad a la época referida un terrible mal de debilidad mental e intelectual lo hemos visto en el relato de la primera negación del sucesor de Pedro, cuando la Primera Pornocracia Pontificia tuvo lugar. Al cabo, una vez que el mal pasó, y aunque según hemos visto descubrió ser crónico, viene a luz la declaración de un sucesor de Pedro por la que se consagró -entre otras cosas- el Principio contra el que Dios levantó su Justicia: la Igualdad de toda su Casa ante la Ley, Igualdad en virtud de la cual cada uno y todos los miembros de su Reino son responsables de sus actos y responden ante la justicia de sus crímenes, delitos y faltas, como cualquier hijo de vecino.

Recordemos que el primero en pedir la inmunidad en su condición de hijo de Dios fue Satanás. Todo el conflicto entre Dios y los enemigos de su Reino tuvo su origen en esa petición jamás concedida y en la que los Ciudadanos de su Reino tenemos nuestra gloria y felicidad. Mediante la sujeción de su Primogénito a la Ley quiso Dios, primero declararnos su No eterno a un cambio de postura al respecto, No que asumía su Hijo y en su persona toda su Casa; y segundo que la negación *ad eternum* de esa parte a aceptar ese No, fue la causa que desató el conflicto en la raíz de nuestra Historia Universal. Una vez esto expuesto cada hombre debe decidir libremente qué partido toma, si el de Cristo o el del Diablo.

Ahora bien, si hay enfermedad hay imposibilidad de juicio libre. Y será desde esta imposibilidad que aquél sucesor de Pedro se atreviera a decir que el hábito hace al monje, contra toda experiencia natural y juicio de sana inteligencia, cosa que hizo al declarar, por ejemplo: Que el Pontífice Romano, si ha sido ordenado luego de una elección canónica, está indudablemente santificado por los méritos del bienaventurado Pedro. Es decir, que un santo y un criminal pueden convivir en el mismo cuerpo en virtud de una elección canónica. Pues perfecto. Y las almas se compran y se venden. Pues mejor. Amén de ir esta declaración de santificación contra el propio Jesucristo que dijera: “¿No está escrito en vuestra Ley: Yo digo Dioses sois? Si llama dioses a aquéllos que fue dirigida la palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar, ¿de aquél a quien el Padre santificó y envió al mundo decís vosotros: Blasfemas, porque dije: Soy Hijo de Dios?”, de donde se ve que la Santificación no procede de ningún hombre ni se asume desde el mérito de ningún mortal, sino que sólo le corresponde a Dios, que es quien por su Palabra santifica al hombre. Pues cuando Jesús confiesa que primero lo santificó nos revela que primero su Padre le dio a conocer la Doctrina del reino de los cielos y luego le envió. Sobre lo cual se manifestó en muchas ocasiones, siempre diciendo lo mismo: Que su Doctrina no era suya, sino del que le envió. Y para que esta Santificación del Hijo por el Padre se viera con los ojos le dio Dios a Cristo hacer las Obras que hizo, según su confesión propia: “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya que no me creéis a mí, creed en las Obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre”.

Pero que Gregorio VII recibiera de Dios Padre la doctrina que en estos 27 artículos ha viajado por los siglos hasta nosotros no cabe en la cabeza de ningún hijo de Dios.

Y con todo y a pesar de todo: La Iglesia Romana no ha errado y no errará jamás, y esto, de acuerdo al testimonio de las Sagradas Escrituras. Hay que preguntarse de qué Escrituras está hablando el Papa Desconocido. ¡Increíble pero cierto!: Nadie puede revocar su palabra, -¿ni Dios?-, sólo él puede hacerlo. Más increíble todavía, de ciencia ficción: Todos los príncipes deben besar los pies solamente al Papa -¿también los del Cielo?-.

Si esto no es egolatría y la egolatría no es una enfermedad entonces tampoco el médico que curó la enfermedad matando al enfermo estaba tan enfermo como el enfermo al que salvó con tan elegante cura. Porque si verdaderamente la moneda suena y el alma vuela al Cielo cien crímenes cometo, cien crímenes pago, mil cometo pago mil y el Reino de los cielos le pertenece a los ricos. Pecador y rico, para Arriba; pecador y pobre, para Abajo.

Pero no puede estar el corazón enfermo y no estarlo un cuerpo que se calla y reconoce la Jefatura del sucesor de Pedro como justificación del golpe de Estado contra la Libertad Cristiana acometida por el obispo de Roma al declarar su palabra igual a la de Dios, en virtud de cuyo Poder puede decir y declara: Que le es lícito, según las necesidades, trasladar a los obispos de una sede a otra. O séase, que Pedro le decía a Tomás: Tú para allá, y a Felipe: Y tú para acá, y a Pablo: y tú adonde me dé la gana, anulando de esta manera la Libertad del Espíritu Santo cuyo Templo es la Iglesia.

En definitiva que Dios estableció su Reino sobre el Amor y el obispo de Roma vino y lo estableció sobre su Poder de Excomunión: Porque tiene el poder de ordenarle a un clérigo de cualquier iglesia que se vaya adonde él quiera. Y ningún sínodo puede ser llamado general si no es guiado por él. Y su título es único en el mundo. Y su nombre debe ser recitado en la iglesia. Y solamente él puede usar las insignias imperiales. ¡¿Pero no quedamos en que Dios vino a abolir el Imperio?! ¿Y en que viniendo como Rey de reyes y Señor de señores regresó a su Mundo como Gran Rey, Único Rey del Universo?

CAPÍTULO 28.

La voluntad de Dios y la Salvación Universal

-Cierto es que cuando al tintinear la moneda cae en la caja el lucro y la avaricia pueden ir en aumento, mas la intercesión de la Iglesia depende sólo de la voluntad de Dios.

Las cuestiones no sobran. Cuando, en su ignorancia, aquel Primer Hombre quiso conocer la Ciencia del bien y del mal de verdad de verdad que no sabía lo que hacía. De

haberlo sabido hubiera despedido a su mujer y ahí hubiera quedado el asunto. Pero la astucia de su enemigo estaba ahí también para algo. La pregunta que falta por responder es personal. ¿Somos más o menos que Adán porque conocemos la Ciencia del bien y del mal? La que queda en el aire es: ¿por qué Dios hizo lo que hizo en lugar de elegir una opción final que nos hubiera sacado de las redes de dicha Ciencia por un camino más corto y menos sinuoso?

Más allá de las conjeturas si algo se debe tener claro es que el Derecho de Dios a intervenir en la historia universal es un Deber de Creador hacia y para con su Creación. Derecho que ejerce según su Inteligencia y según su Sabiduría dispone en beneficio del Futuro de la Plenitud de las Naciones. Y es desde esta plataforma que al contemplar el estado de las fuerzas que el cristianismo ha puesto al alba de este Tercer Milenio el espíritu se nos derrama en cuestiones lacerantes sobre el recorrido que esas fuerzas han escrito en las páginas de la Historia.

En lo que respecta a la tesis en curso, si aumenta la avaricia y el deseo de lucro se multiplica por el número de monedas que va cayendo en el cepillo, esto es algo que dependerá del sacerdote encargado de recogerlas. Nosotros sabemos que no monedas sino fortunas enteras cayeron en manos virtuosas y fueron todas a parar íntegras a las manos de quienes se hubieran muerto sin ellas. Como también sabemos que otras manos dejaron que se murieran aquéllos a quienes iban destinadas. Es de razón clara que ni se puede prohibir que un hombre en su libertad cuente con el sacerdote por puente entre su amor por el prójimo al que no ve, ni se puede obligar al cristiano a usar exclusivamente ese puente bajo pena canónica de ninguna clase.

Un hijo de Dios no le da cuentas a los siervos de su Padre, ni a su Madre siquiera tiene que rendirle cuentas de lo que hace. Lo otro, que el sacerdote pueda o no pueda interceder por las almas es cosa, ciertamente, de la Voluntad de Dios. Nada nuevo se declara pues. Sólo en la oreja de un analfabeto esta declaración podía sonar a revelación, a buena nueva.

Que el sacerdote puede y tiene la obligación de hacerlo, él más que nadie, porque la Voluntad de Dios era y sigue siendo que todos los hombres se salven, los vivos como los muertos, es doctrina de Jesucristo desde que lo dejara todo y se fuera por ahí a predicar el Evangelio del Amor. Que en nombre de una nueva autoridad se le niegue a las iglesias y a los cristianos rezar, rogar, pedir clemencia y misericordia para un mundo que no conoció a Cristo y que estando en su Infancia fue abandonado por la Rebelión de unos hijos rebeldes contra Dios y su Reino; que en nombre de un nuevo evangelio se aparte de las funciones sacerdotales la oración por la salvación de todos nuestros padres y hermanos que no gozaron de la plenitud de la libertad de los hijos de Dios; que esto se prohibiera o solamente se criticara no hace sino descubrirnos la naturaleza del evangelio que la Reforma, bajo la máscara de la Fe, sembró, y por supuesto nos lo dice todo sobre cómo pudo un pueblo como el alemán transformarse en la Bestia que demostró ser en el Siglo XX.

La voluntad de Dios fue que sus siervos los sacerdotes intercedieran ante el Juez en cuyos labios puso el Juicio Final, y es esta Intercesión la que los santifica y los glorifica a los ojos de todos sus hijos.

CAPÍTULO 29.

San Severino y San Pascual

-¿Quién sabe, acaso, si todas las almas del purgatorio desean ser redimidas? Hay que recordar lo que, según la leyenda, aconteció con San Severino y San Pascual.

La sola duda ofende y descubre la dureza de corazón y la miseria moral del Lutero que encendió los corazones del pueblo alemán con vientos de justicia y libertad y cuando la bandera se alzó entregó a los campesinos a la espada bajo un mar de maldiciones. ¿Ese era el capitán que en ausencia de Cristo iba a liderar a los nuevos creyentes al reino de la verdad? Reunió el ejército, lo dispuso en formación de batalla y cuando el combate fue a empezar esta fue la arenga que escribió en la punta de las espadas del enemigo: "Por ello deben arrojarlos, estrangularlos, degollarlos secreta o públicamente, a todos los que puedan, y recordar que nada puede haber más venenoso, dañino y diabólico, que un hombre rebelde. Lo mismo que cuando se tiene que matar un perro rabioso, si tú no lo matas él te matará a ti y a todo el país contigo. Acuchíllenlos, mátenlos, estrangúlenlos, todo el que pueda. Y si en ello pierdes la vida, dichoso tú; jamás podrás encontrar una muerte más feliz. Pues mueres obedeciendo la palabra de Dios y sirviendo a la caridad". (Quien habló estas palabras no cometió la locura del Judas que arrojó las treinta monedas de plata y luego se ahorcó; éste se las guardó y las disfrutó).

Oyendo estas palabras, ¿qué hacer?, ¿qué decir? ¿Aplaudimos? ¿Salimos de la sala del teatro de los locos porque ya hemos escuchado bastantes locuras? Aquel contra quien se rebeló el reformador, el Papa, demostró demencia avanzada al elevar su palabra a la altura de la Palabra de Dios. Este que se rebeló contra el Papa demostraba esquizofrenia paranoica violenta al hacer lo mismo, elevar su palabra al Trono de Dios, en virtud de cuya igualdad exigía la muerte por el método que fuera de los campesinos, aquellos mismos campesinos que, impulsados por la Libertad Cristiana del reformador, pidieron el fin de la Servidumbre Medieval.

Aquél rebelde al papa y traidor a su pueblo negoció con el enemigo el precio de la sangre de aquél ejército de hambrientos y sedientos de justicia.

Pobre gente, escaparon de las garras de un obispado explotador para caer en las redes de un Judas con sotana, monje renegado de la suerte que él mismo se fabricó con

sus manos, y que al no poder satisfacer su ambición de ser si no papa al menos obispo, ¿arzobispo tal vez?, se conformó con ser el criado de aquellos príncipes alemanes locos por repartirse los despojos de la Iglesia, banda de criminales que no dudó en exterminar a aquellos hambrientos y sedientos de justicia con la bendición del mismo que los liderara al campo de batalla de la Igualdad entre todos los cristianos.

¿Del Señor Jesús era aquél el siervo? Porque siervo era aquél Lutero, ¿pero de qué señor era el criado? ¿Acaso entregó Jesucristo a las muchedumbres que le siguieron a la espada de aquel Pilatos que vigilaba atentamente sus movimientos? Pues si el Discípulo glorifica al Maestro con sus actos y por estos actos se descubre el nombre del Maestro ¿de quién aprendió Lutero a traicionar a los mismos que le aclamaron su libertador? ¿De Jesucristo? ¿Cómo se puede seguir a un demente que pone en duda la ignorancia humana como raíz de todas las desgracias? ¿No fue acaso la certificación de esa ignorancia la piedra angular sobre la que Dios edificó su Salvación Redentora?

Es verdad, el Maligno y sus socios en la Rebelión prefirieron el Infierno a vivir eternamente en un Reino gobernado por la Justicia. Liberados en el año Mil de la Primera Era de Cristo tuvieron la oportunidad de arrepentirse de lo hecho y pensando en el Destierro infernal aminorar la sentencia implorando misericordia hasta el final de los tiempos.

Contra natura hubiera sido que a los adoradores de la Muerte les asustara el Destierro de la Creación de Dios y abandonasen la idea de derramar sobre nuestro mundo por última vez toda la maldad de la que eran capaces. Mas esta decisión final fue tomada libremente, con pleno conocimiento de causa. Libertad que jamás tuvo hombre alguno, exceptuando a los profetas. ¡¡Cómo entonces no van a estar suspirando las almas humanas que se dieron cuenta demasiado tarde de la verdad por una oración, por un trozo de misericordia que ilumine en las tinieblas de su desesperanza una antorcha hacia la que correr!! Únicamente a un miserable como el autor de tal sentencia criminal y asesina contra los campesinos alemanes podría ocurrírsele negarle a esas criaturas a la espera del Juicio Final una palabra de aliento. De la condición miserable del héroe de la Reforma dio buena cuenta su actitud salvaje frente al problema de los campesinos. De su manipulación de la Caridad Bíblica y su demonización por su doctrina da cuenta el final de su arenga a los príncipes. De su demencia esquizofrénica es prueba el hecho de poner la Palabra de Dios como garantía de semejante crimen. Pero si la demencia del reformador se prueba por sus obras y sus palabras cuando la hora de la verdad llegaba, ¿qué diremos de la demencia de un pueblo que siguió su doctrina aun sabiendo que era el Evangelio del Odio el que predicaba? Odio contra los católicos, odio contra los judíos, odio contra el papado, odio contra los españoles, odio contra el odio, odio contra todo y todos, contra los campesinos, contra los discípulos que se desviaban de su evangelio del odio.

Como dice el proverbio: Entre locos corría la pelota.

CAPÍTULO 30.

Contrición y remisión plenaria

-Nadie está seguro de la sinceridad de su propia contrición y mucho menos de que haya obtenido la remisión plenaria.

Volvemos al fondo del sistema. Para hablar en nombre de todo el universo una persona tiene que reclamar para sí la omnisciencia debida a Dios. El Lutero que hemos visto hasta ahora no la había reclamado todavía abiertamente para sí, pero por su forma de decirle a todo el mundo lo que se debe o no se debe, lo que se puede o no se puede, interpretando cuál sea la voluntad del papa, de Jesucristo y de Dios, la estaba soltando en cada palabra. Ha hablado en nombre de los muertos, de los que ni él ni nadie puede decir si desean el Infierno o el Cielo, y ahora habla de los vivos, de los que dice que ni nosotros mismos sabemos qué nos pasa. Bueno, el mismo trance de alucinamiento que me causara las palabras de aquel papa y su declaración de igualdad con los dioses me causan estas palabras aunque tal vez no tanta después de haber hecho un seguimiento de la carrera del Papado antes y después de pasar por la cama de Marozia.

Palabras de cuya asociación, las de aquel papa y las de este Lutero, se puede decir que el grado de egolatría y capacidad de escandalizar al cristiano sube de categoría según se encuentre en la escala eclesiástica el sacerdote. En principio y para no perder demasiado tiempo discutiendo las palabras de un muerto, si el cristiano no tiene la seguridad de haber recibido con el Bautismo la Gracia de la remisión plenaria de todos sus delitos y faltas, o no es un cristiano o lo han engañado como a un tonto. Obviando aquí esta última opción se entiende que la remisión plenaria en discusión se refiere a los pecados cometidos después del Bautismo. Lo cual nos lleva un peldaño por encima del que estábamos en la escalera del alucinamiento.

De siempre se ha sabido que la Fe rompe la relación entre el pecado y el hombre. Es la libertad espiritual que vino a traernos Jesucristo. ¿Bajo qué contexto entonces se habla de una remisión plenaria si el cristiano no puede pecar? Puede caer, puede cometer errores, puede tomar decisiones equivocadas, puede hacer el tonto, y a veces el loco, pero no puede pecar.

Y no puede porque el pecado es una ofensa voluntaria dirigida contra el Creador por su Criatura. El pecado es una violación de las leyes del amor, de la libertad y de la convivencia expresamente hechas para ofender a Dios.

Como no se puede creer que, de haber tenido conocimiento de la violación tan grande que estaba cometiendo contra las funciones del obispado en general y del obispado romano en especial, Gregorio VII hubiera puesto sus manos al servicio de aquella pluma, mismamente no se puede creer que el R. P. Martín Lutero hubiera prestado las suyas si hubiera comprendido que estas Tesis eran el instrumento que una

fuerza superior estaba poniendo en el escenario de la historia universal. Hermano Lutero, para vivir en pecado el cristiano tiene que hacer lo que hizo el Diablo, declararse enemigo del Reino de Dios ya lo destierren al Infierno.

Resumiendo, que los cristianos no tenemos necesidad de más remisión plenaria que la conferida por la Gracia. Y en cuanto a los errores que cometemos cómo no vamos a estar seguros de habernos arrepentido si las cicatrices de esos errores muchas veces no sólo no van por dentro. El problema de fondo, sobre el que Lutero pasa y la iglesia no toca, es la cuestión de cómo un recién nacido puede comprender el poder y la maravilla de la Gracia que con la Fe hemos recibido. Porque no se comprendió hubo espacio para la División. Jesucristo dijo: Dejad que los niños se acerquen a mí, y ahí es donde el Bautismo opera su Gracia. Pero Constantino el Grande dijo: Que todos los bebés sean bautizados; y, su criado, el papa respondió: Amén; ignorando que los hijos de quienes por el espíritu han sido bendecidos y su carne redimida no pueden nacer malditos.

Aquí es donde está el fondo del sistema. El Bautismo opera por la Palabra, no por la fuerza de un decreto imperial.

CAPÍTULO 31.

El hombre y las indulgencias

-Cuán raro es el hombre verdaderamente penitente, tan raro como el que en verdad adquiere indulgencias; es decir, que el tal es rarísimo.

Obviamente el pecado cometido en la vida diaria, entendido el pecado como producto del choque entre la Fe y un mundo sujeto a la ley del más fuerte, existe. No podemos olvidar que hemos nacido y vivimos en un mundo sujeto a las leyes de una Ciencia cuyo objetivo final es la destrucción del mundo en que parasita. Por muy grande que sea nuestra fe el día a día produce chispas. La dirección del cristianismo en el escenario de la historia universal, a nadie se le oculta, es limar ese choque y conducir al mundo al encuentro de la Justicia Divina, bajo cuyo gobierno las generaciones futuras no tengan que sufrir la violencia del choque que nos hace caer, equivocarnos, errar y lamentarnos de nuestros impulsos, decisiones y arrebatos. En este terreno personal cómo no vamos a sentir la pena que nos causan las consecuencias de nuestros errores. Lo que es vivir en penitencia perpetua, y en esa penitencia perpetua perfecta de la que el odio hacia el Yo propio es su lema patológico, este tipo de penitencia se la dejamos a los sadomasoquistas que prefieren llorar, administración de latigazos incluidos, la Muerte de Jesucristo a gozar de su Resurrección. Así que si la rareza se refiere a este tipo de penitente esperemos que llegue el día que no haya ni uno.

CAPÍTULO 32.

La salvación de las indulgencias

-Serán eternamente condenados junto con sus maestros, aquellos que crean estar seguros de su salvación mediante una carta de indulgencias.

¿Qué decir delante de esta declaración de omnipotencia? Justo es que a quien creía, por engaño o por ignorancia ajena, que al Juez Divino se le puede comprar con una moneda, de oro o de latón da igual; justo es que a ese pobre infeliz se le diera un buen rapapolvo mental, por ejemplo. Pero condenarlo al Infierno, por Dios santo, ¿quién se creía Lutero que era? ¿Sacaba a su pueblo de un error para meterlo en un error más grande todavía? ¿Lo liberaba de la corrupción a que una bondad infinita mal entendida había conducido al cristianismo para esclavizarlo a la mentalidad de un espíritu absolutista que se creía con autoridad todopoderosa para condenar, a eternidad incluso, a esos pobres ilusos? ¿Este lenguaje es propio de un discípulo de Jesús? ¿No le bastaba con odiarse a sí mismo que tenía que transmitir ese odio al resto del mundo? De haber llegado a ocupar el puesto que tanto criticaba ¿desde el trono de Pedro qué hubiera sido del cristiano inculto bajo la gloria de este tipo? Al fin y al cabo si el infeliz creía tal era problema suyo, ¿y por eso se iba a merecer una condena de naturaleza igual a la que el Maligno por un crimen de dimensiones infinitas se ha ganado a pulso? La verdad, para quien juraba estar inspirado por el Espíritu Santo su lenguaje resultaba demasiado duro y apenas reconocible en la piedad y misericordia de aquél Jesús que se deshacía delante de la debilidad humana. ¡Qué extraño tiene, pues, que en las orejas donde semejante condena encontró su Paraíso los ecos de las botas del Infierno Nazi encontrasen refugio!

SÉPTIMA PARTE

Sobre la Razón Clara

El nacimiento de la edad atómica trajo a luz la falacia suicida sobre cuyo teorema demencial las naciones se dejarían arrastrar al holocausto de la segunda guerra mundial. En pocas palabras: En el mundo del Derecho la inocencia se mantiene hasta que no se demuestre lo contrario. Sobre este principio se mantiene a salvo la manipulación de la justicia por los poderosos y por los que pueden comprar a los jueces. Pero este principio aplicado al mundo de la ciencia se transforma en una falacia demencial cuando se pretende mantener la veracidad de una hipótesis hasta que no se demuestre su falsedad.

Negando la esencia misma del espíritu científico, que trabaja con hechos frutos de la experiencia, y movidas por el fracaso de la ciencia para descubrir la verdadera faz de la realidad universal, e incapaces de reconocer esa imposibilidad para con sus propias fuerzas alcanzar la verdad subyacente en la estructura del cosmos, las primeras generaciones científicas del siglo XX concibieron el teorema suicida que salvaba la doctrina de la omnipotencia de la Razón predicada en el siglo XIX de la quema y les adjudicaba la victoria pasajera del que tiene la verdad mientras no se les demuestre lo contrario.

No se puede refutar científicamente lo que científicamente no se puede demostrar. Personalmente no creo que haya que ser un genio para desenmascarar la falacia ideológica con la que, para paliar su fracaso y no reconocer la imposibilidad de la Razón humana para sin su Creador alcanzar la Verdad, los científicos de las primeras generaciones del siglo XX elevaron a los altares. Como no voy a seguirle el juego a aquéllos genios que pusieron la ciencia al servicio del más fuerte, la Alemania de Hitler, y cuando olieron la derrota se limpiaron las manos, quien huyendo a la Rusia de Stalin, quien a la América del Tío Sam; pues que no voy a entrar en el juego de la refutación científica de una hipótesis sin ningún fundamento científico sí quiero resaltar dos cosas. La primera, que en la gran batalla final entre los dos monstruos apocalípticos hubo un factor común. Ni más ni menos que el haber sido sus pueblos los apóstoles del odio al mundo católico durante los siglos que precedieron a la forja y fragua de sus mundos. El mundo ortodoxo ruso, heredero del antiguo mundo bizantino, en el que el odio al mundo católico se convirtió en odio al mundo occidental, y la nación protestante por excelencia en la que el odio al mundo católico se transformó en la ideología de la superioridad de la raza, como un fuego que se devora a sí mismo se devoraron entre ellas.

Fenómeno curioso que nos enseña cómo el odio no muere sino que se trasforma; y cómo si la verdad engendra la paz de la guerra tenemos que deducir su origen, la mentira.

Pero dije que tenía dos cosas a señalar, la primera ha sido el fenómeno tan curioso de haber sido precisamente las dos iglesias que se declararon las más santas y condenaron a la iglesia católica al infierno por ser el verdadero anticristo, precisamente ellas fueron las que sufrieron el milagro de la transformación de sus pueblos en verdaderos monstruos. Y la segunda cosa que tenía que decir es que aquel teorema fundamental del materialismo científico de la edad atómica no fue un invento de la Ciencia en cuanto ciencia. El primero que lo usó en su terreno y demostró el poder de semejante falacia fue precisamente el Lutero que retó al mundo católico entero a refutar desde la Sagrada Escritura lo que desde la Sagrada Escritura no se podía demostrar. Que la ciencia alemana rescatara un teorema que por herencia le pertenecía a la nación alemana no es ninguna casualidad. Sin embargo dejemos que hablen los hechos y no las palabras.

Refutación de la tesis 1: Que cuando Jesucristo dijo "haced penitencia" no quisiera decir que el Reino de los cielos es alegría, felicidad, exaltación, confraternización, fortaleza, entendimiento, sabiduría, inteligencia, amistad, amor más fuerte que la tormenta y el huracán y los temblores de tierra y los golpes e incluso que el martirio, y en función de la alegría futura soportar el dolor pasajero, esto no es demostrable ni por la razón clara ni por la Sagrada Escritura. No hay que más que abrir la Biblia y ver la respuesta de todos los que le conocieron y le siguieron hasta el fin del mundo para comprenderlo. Que quisiera decir que el Reino de los cielos no es sino miseria de alma y de espíritu, caras largas, corazón siempre agobiado por lo malo que fuimos y cosas por el estilo, para demostrar esto tendríamos que preguntárselo al propio Jesucristo. ¿Cómo refutar mediante la Sagrada Escritura lo que tiene su fundamento en la mente de alguien que la interpretó según su peculiar punto de vista? Entonces si mañana viene un Lutero II y dice otra cosa ¿habrá que condenar al infierno por anticristo al Lutero I porque el Lutero II lo diga? Y si más delante todavía viene un Lutero III y jura que ni el I ni el II fueron buenos ¿qué haremos, tiraremos al I y al II a la basura? ¡Genial! La cuestión es porqué interpretar lo que Jesucristo dijo. Jesucristo está ahí para responder por sí mismo sobre lo que dijo, ¿por qué no preguntárselo a Él y que Él diga qué es lo que quiso decir y dice?

Refutación de la 2: Cuando Jesucristo comparó el Reino de los cielos con algo lo hizo con el mundo de los niños para señalarnos que esa vida llena de fuerza con el mundo entero por delante, es la fuerza que opera por el Bautismo y trae esa nueva vida cuya vocación es la vida eterna. ¿Por qué buscar en la Sagrada Escritura demostración o refutación de lo que forma parte de la experiencia? A no ser, claro, que no se haya nacido del Espíritu.

Refutación de la 3: Que cuando Jesucristo dijo haced penitencia quisiera decir que amén de llevar una vida interior miserable exteriormente debemos coger el látigo y suministrarnos una paliza de vez en cuando no se puede refutar por la Sagrada Escritura porque la Sagrada Escritura no está al servicio de los dementes. Pero si hay entre todos los santos vivientes de la iglesia alemana alguno que pueda demostrar con sus Artes

filosóficas y teológicas que Jesucristo predicó el masoquismo perpetuo como penitencia sacramental no se calle y responda.

Refutación de la 4: Que Jesucristo predicara el odio al Yo propio hasta la muerte no se puede refutar por la Sagrada Escritura porque no se puede demostrar por la Sagrada Escritura lo que la Sagrada escritura no contiene. Que Jesucristo predicara el amor al Yo propio como condición de amor al prójimo y como salvación de la dignidad personal ante el ataque de quienes buscan la transformación del hombre en un monstruo, esto sí se puede demostrar por la Sagrada Escritura. De todas formas mantengo lo dicho, ahí está El en persona para dar a conocer lo que quiso decir y lo que mantiene.

Refutación de la 5: Que el obispo de Roma, como cualquier otro sacerdote, puede remitir, es decir, perdonar las penas impuestas por él, y no las impuestas por Dios o la justicia humana, esto se demuestra por la Sagrada Escritura cuando Jesucristo dijo: “A los que les perdonéis los pecados les serán perdonados”. Es evidente que no puede remitirle la pena al Diablo. Ni puede remitirle la pena a quien un juez condena a prisión por su delito. La estupidez implícita en esta tesis no necesita refutación; se refuta ella sola.

Refutación de la 6: No se puede demostrar por la Sagrada Escritura, sino en base a la Fe, que lo que ate el sacerdote en la Tierra quede atado en el Cielo, y viceversa. Ni se puede refutar mediante la Sagrada Escritura que la culpa subsiste aunque el perdón sea otorgado. Lo que parece evidente a la inteligencia es que si un juez absuelve al delincuente aunque este no acepte la sentencia su delito queda anulado. Lo contrario es tomar al lector por imbécil.

Refutación de la 7: No se puede refutar por la Sagrada Escritura una declaración que no encuentra ningún fundamento en la Sagrada Escritura, ya que Dios, siendo Juez de toda su Creación, tiene la potestad de absolver sin necesidad de acompañar el ejercicio de su bondad con la humillación de aquél sobre el que extiende su misericordia. Lo que sí sabemos es que Dios sometió toda su Creación a su Hijo. Que se la sometiera a los siervos de su Hijo esto ya no es demostrable ni se puede demostrar por la Sagrada Escritura. Contra la Sagrada escritura Lutero estaba afirmando una mentira.

Refutación de la 8: Nada dice la Sagrada Escritura sobre cánones penitenciales. De manera que tampoco se puede demostrar nada sobre el particular. En este orden cada cual puede creer lo que mejor le convenga. Pero que a los moribundos ni basándose en los cánones ni basándose en ninguna regla deba imponérsele nada se demuestra por la ley de la caridad que, incluso en el mundo real, abre su misericordia a los delincuentes que se hallan al borde de la muerte. Otros sistemas judiciales, con todo, persiguen al delincuente hasta su lecho de muerte, cuando no sacan su cadáver de la tumba y lo profanan incluso.

Refutación de la 9: En nada y para nada puede demostrarse o refutarse que el Espíritu Santo nos beneficie en la persona del obispo de Roma en este capítulo. Que esta costumbre eclesiástica sea el precedente en el que la justicia social ha levantado su misericordia para con los moribundos, a los que absuelve y libera de su pena, es otra cuestión, que honra a la iglesia católica.

Refutación de la 10: Tampoco puede demostrarse ni refutarse por la Sagrada Escritura que un sacerdote haga bien o mal mandándole penas a la tumba al que se murió. Del hecho se deduce que o bien el muerto era más malo que un demonio o que el sacerdote tenía el corazón como una piedra y si en vida odió al difunto en muerte le deseó lo peor. Cada cual, sacerdote u obispo, tendrá que responder de sus actos ante su Señor.

Refutación de la 11: No se puede refutar ni demostrar por la Sagrada Escritura que la transformación de la pena canónica en pena para el purgatorio fuera sembrada mientras los obispos dormían, pero sí puede demostrarse por la Sagrada Escritura que el Diablo sembró la suya mientras los Obispos lo hacían.

Refutación de la 12: Que la pena canónica debe imponerse antes de la absolución parece de cajón y consecuente con el espíritu de los primeros cristianos. Pero que la absolución del pecado deba estar condicionada a una pena canónica esto no se puede demostrar ni refutarse desde la Sagrada Escritura.

Refutación de la 13: Si los moribundos son absueltos de todas sus culpas entonces el Juicio de Dios sobre los muertos sería contra Justicia. Si por el contrario, con la muerte los moribundos quedan libres de las penas canónicas contraídas en vida esto ni se puede demostrar ni se puede refutar por la Sagrada escritura porque nada dice la Sagrada escritura al particular. Lo que parece natural es que si quien tiene el poder para atar y desatar lo tiene, a diferencia del cuerpo que queda liberado de la sentencia por la muerte, el alma permanece sujeta a ese poder. Mientras quien ata y desata no haga lo propio la pena subsiste.

Refutación de la 14: Que conforme el hombre se acerca a la muerte mayor es su miedo a la posibilidad de la vida después de la muerte es de cajón. No hay que ser cristiano ni invocar a la Sagrada Escritura para demostrar o refutar semejante obviedad.

Refutación de la 15: Tampoco hay que acudir a la Sagrada Escritura para demostrar que ese horror a la muerte del que habla Lutero no es suficiente motivo de espanto a los ojos del que ama el mal. Afirmando que ese horror es suficiente para convencer a los hombres para dejar de hacer el mal Lutero niega la Sagrada escritura que dice que el miedo al Juicio no detuvo a Satanás.

Refutación de la 16: Nada dice la Sagrada Escritura de la diferencia entre el purgatorio, el Infierno y el Cielo, a no ser que el Cielo es felicidad y el Infierno castañear de dientes. Meterse a discutir semejante necedad es rebajarse al nivel del necio que sacó el tema creyendo soltar una gracia.

Refutación de la 17: Del necio son las necedades. Esto sí se puede demostrar bíblicamente. Que las almas de los muertos puedan sentir horror o caridad, de ninguna manera.

Refutación de la 18: Ni se puede demostrar bíblicamente que los difuntos estén excluidos de vida espiritual ni se puede refutar desde sus páginas lo contrario. Abrir un diálogo sobre el estado espiritual en el que se encuentran los difuntos, afirmando o

negando sobre ellos, es argumentar por argumentar. Quien se toma en serio a tal charlatán no puede razonar bien.

Refutación de la 19: Más de lo mismo. Ninguno hemos vuelto de la muerte. Ninguno sabemos más de lo que creemos. Afirmar o negar en este terreno es seguirle la corriente a un necio. Si alguno puede demostrar con la Biblia en la mano si las almas de nuestros difuntos tienen consciencia o no de su estado de bienaventuranza, que alce la mano.

Refutación de la 20: Repetición de una tesis anterior en la que quedó claro que el obispo de Roma, lo mismo que cualquier sacerdote, no puede perdonar más que las penas impuestas en función de su ministerio y en razón del alcance de su poder para perdonar los pecados. De manera que si no puede imponer penas sin pecado sí puede absolver pecados sin imponer penas. Hasta donde alcance este Poder no lo dice la Sagrada Escritura.

Refutación de la 21: Yerra quien cree que puede comprar la absolución de su pecado. Esto sí se puede demostrar con la Sagrada Escritura en la mano. La Absolución Universal -siendo a lo que se refiere la indulgencia plenaria- sólo puede ser otorgada por el Juez Divino. Lo otro ni puede ser demostrado ni refutado desde la Biblia.

Refutación de la 22: Como hemos dicho, el obispo de Roma, lo mismo que sus consiervos, puede atar y desatar según la extensión de su alcance ministerial. Lo que ayer fue atado puede ser desatado hoy. Esto sí puede ser demostrado por la Sagrada Escritura, a no ser que el ejercicio de este acto de santidad contravenga el decreto sobre la infalibilidad pontificia.

Refutación de la 23: Es de cajón que los perfectos no necesitan remisión de ninguna naturaleza, a no ser que la necesite el propio Cristo. Afirmando que sólo los perfectos se merecen la Absolución Universal se niega el Poder del Hijo del hombre para sellar sentencia Final acorde a su Libertad Divina. Pero si de lo que se trata es de saber si el obispo de Roma tiene el Poder del Hijo del hombre entonces lo que hacemos es rebajar nuestra inteligencia a la de los demonios, que pidieron para sí la Igualdad con la Naturaleza Divina.

Refutación de la 24: No teniendo Cristo necesidad, por su perfección, de remisión plenaria de ninguna naturaleza, no existe engaño cuando se predica que todos, por nuestra imperfección, necesitamos del perdón de nuestros pecados.

Refutación de la 25: No puede afirmarse ni refutarse por la Sagrada Escritura que el obispo de Roma sea padre ni santo, así que con menos razón puede encontrarse en la Sagrada Escritura que el obispo de Roma tenga más o menos jurisdicción sobre las almas de nuestros difuntos que cualquier sacerdote de aldea. Volver a meterse con los muertos es una falacia.

Refutación de la 26: Se puede demostrar por la Escritura que el obispo de Roma en colegialidad con los obispos de todas las iglesias tiene las Llaves del Reino de los cielos.

Refutación de la 27: Se puede demostrar por la Escritura que la Fe ni se compra ni se vende. Pero no se puede refutar por la Escritura que por la venta de sus bienes y distribución entre los pobres el rico compre la salvación de su alma.

Refutación de la 28: No hay que invocar a la Biblia para saber que en creciendo la riqueza de la Iglesia creció la avaricia de sus obispos. En cuanto a si la Intercesión por las almas de los muertos depende de la voluntad de Dios ¿qué no depende de la Voluntad de Dios?

Refutación de la 29: Esperaremos a preguntarle a los santos Severino y Pascual.

Refutación de la 30: ¿Cómo puede demostrarme a mí nadie mi seguridad o mi desconfianza sobre mi propio arrepentimiento? ¿Qué se supone que soy, tonto? ¿Este era el concepto que Lutero tenía de su pueblo?

Refutación de la 31: Y como ya dije y me repito, ojalá que de esos penitentes que se odian a sí mismos de por vida y se administran una buen paliza de vez en cuando para no dejar de odiar a todo el mundo, ojalá que de estos no quede ni uno al presente. Si alguno de los herederos de Lutero puede demostrar que la Sagrada Escritura el cristiano que busca es ése, que lo demuestre dándose una paliza en público.

Refutación de la 32: "Serán eternamente condenados..." Heil Luther, *morituri te salutat*.

CAPÍTULO 33.

El Don divino

-Hemos de cuidarnos mucho de aquellos que afirman que las indulgencias del Papa son el inestimable don divino por el cual el hombre es reconciliado con Dios.

Hemos de lamentarnos todos, hijos, siervos y pueblo de Dios, de que el obispo de Roma diera aquél concierto de acciones en el origen de esta disputa cuya polémica ha llegado hasta nosotros. También que siendo esta disputa la menor de entre esas acciones fuera ésta la usada por los colegas italianos del obispo romano para ocultar la naturaleza del verdadero show del que se derivó el desprestigio romano en particular y el desprecio hacia la iglesia católica en general.

Todo el mundo conoce la historia de la Segunda Pornocracia Pontificia. O al menos todo el que tenga una inteligencia despierta. Porque inteligencia la tenemos todos, pero

mientras unos duermen y como si no la tuvieran, otros estamos de pie y hacemos uso de ella a pleno pulmón. Cabe decir pues que algunos Pastores equivocan el sentido de la Misión Sacerdotal de Apacentamiento, y donde debieran poner Pacificación Fraterna entre todos los cristianos y las iglesias, ellos ponen la Nana de la Olla, la que duerme la inteligencia y reduce al ser humano a un animal sujeto a ritos, tradiciones y leyes de la santa madre iglesia. Los que estamos de pie hablamos y hablamos sobre lo que vemos y oímos. Esos que han encontrado en la anulación de la inteligencia, es decir, la anulación de la Creación de Dios, que ha hecho al Hombre a su Imagen y Semejanza, por inercia tienden a levantar el grito defendiendo unas barrigas a cuya salud venden las ovejas más rollizas al propio Diablo. (Recuerdo que esto es una crítica, no un juicio; en el Juicio no habrá crítica sino sentencia, y los actos delictivos tendrán en la perversión de la Misión del sacerdote y la transmutación del Templo en un negocio su acusación letal. regresemos al debate)

La Primera Pornocracia Vaticana quedó atrás y perfiló el desprecio de la iglesia bizantina hacia aquella iglesia occidental gobernada por rameras vestidas de papas y criminales vestidos de obispos. La parte de este desprecio del mundo ortodoxo bizantino contra aquella iglesia romana revolcándose en la sangre y en el vicio tuvo una parte decisiva en la posterior ruptura, la ocurrida en el 1054. Los historiadores vaticanistas han querido ahogar en el olvido y enterrar en el silencio la influencia que el comportamiento anticristiano de sus amos ejerció sobre el Cisma de Oriente. Nosotros, lejos de aquéllos días, y aunque el celo por la Casa de Dios arda en nuestras venas al recordar la vida y muerte de aquellos demonios con sotanas sembradas de pedrerías, no podemos cerrar los ojos y absolver a una parte para condenar a la otra. Sobre ambas cabezas pende la espada del Juicio, la que el Juez tiene en su boca. Pero allá cada cual con la paga que haya de recibir por sus obras.

El caso es que a la vuelta de la esquina, el siglo de la primera Pornocracia alejándose en la memoria, y el que le siguió perdiéndose en la distancia, a cual de los dos más divertido, un sucesor de aquellos obispos romanos elevó la condición del obispado de Roma a la categoría de la Sede de un Olimpo de dioses, el dios de dioses él mismo. Con sus *Dictatus Papae* el bueno de Gregorio VII realizó la utopía del Diablo: ser como dios. Un trecho más y la lucha por el trono divino se traduciría en la Segunda Negación de Pedro, período que llamaron ellos el Cisma de Occidente.

De manera que apenas había sido digerida la segunda negación cuando la tercera hizo su entrada. Médicis, Sforzas, Borgias, todos en la misma cama del obispo de Roma con la bendición de sus colegas italianos. El mundo al acecho, el Cielo queriendo taparse los ojos. Vergüenza. Vergüenza. Desolación. Tres veces negó Pedro a su Maestro; tres veces negó su sucesor a su Esposa. El pecado de la Reforma fue grande pero no menos lo fue el de la iglesia italiana al causar con su conducta la ruptura de la Unidad de la Iglesia. Perdón, perdón, meas culpas ¿y seguimos como si no hubiera pasado nada?

Lutero buscaba un objetivo y conocía perfectamente la ignorancia de su pueblo. Fue forzado por sus errores a cumplir su destino. Vemos sin embargo que su crítica se hizo eco de las palabras que soplaban en el viento y se decían en Misa como si fueran palabra de Dios. Si este disparate se dijo alguna vez "las indulgencias del Papa son el inestimable don

divino por el cual el hombre es reconciliado con Dios" -que se dijo, según lo chivata Lutero en esta tesis. !!Cómo no justificar la cólera producto del escándalo que en el espíritu cristiano semejante doctrina provocó!! Pero conociendo la doctrina vaticanista sobre la divinidad -pues la Infalibilidad sólo le es natural a Dios- tonto el que se escandaliza de sus doctrinas.

CAPÍTULO 34.

La satisfacción sacramental

-Pues aquellas gracias de perdón sólo se refieren a las penas de la satisfacción sacramental, las cuales han sido establecidas por los hombres.

Con todo, lo que sorprende es que Lutero no entre en el meollo. Quiere prevenir al pueblo, y lo hace, pero no denuncia la doctrina con la intención de quien quiere provocar un choque frontal a muerte. Es cauteloso. No parece que vaya buscando crear la División; se diría que va buscando llamar la atención sobre su persona. Yo me atrevería a decir que su propósito no era tanto abrir un abismo entre él y el obispo de Roma cuanto llamar la atención sobre su persona. No olvidemos que su carrera eclesiástica había sido hasta entonces meteórica. Pero había tocado techo.

¿A qué más podía aspirar un monje alemán de pueblo?

Hombre, como poder aspirar Lutero podía aspirar a llegar a ser Papa. Cualquier sacerdote, monje o fraile podía sentarse en el trono del dios de Roma. De hecho en la historia del papado no faltaban casos. Habían sido mucho los monjes que habían llegado a sentarse en el trono de Roma.

Lutero no podía ignorarlo. Oyéndole declarar estas tesis uno diría que por la idea que se había hecho de lo que puede o no puede un Papa había acariciado la idea y se había respondido a la pregunta: qué es lo que haría yo si llegara a ser Papa. De hecho el tono que emplea en esta disputa no es el del polemista anticatólico que se las está viendo con el anticristo. En comparación con el lenguaje de Savonarola, cuya trágica muerte a manos del Alejandro VI no podía ignorar Lutero, el tono de estas tesis es astuto, discreto y críptico. Si la idea de estas Tesis era enjuiciar al Papado, a dos pasos de la Segunda Pornocracia Vaticana que se hallaba el autor, la suavidad y ternura con la que ataca al obispo romano es de una delicadeza tal que se puede decir que estaba acariciando a la bestia en lugar de rodearla para matarla.

Lo que pretendía y lo que no quería Lutero lo iremos descubriendo. De todos modos y a pesar de que yo esté abriendo el Acontecimiento al conjunto de fuerzas que en aquél tiempo estaban convulsionando el escenario de la Historia Universal y señale la lucha violenta entre Dios y el Diablo que se estaba celebrando desde el Año Mil de la primera Era de Cristo, sería una maldad imperdonable por mi parte acusar a Lutero de saber lo que estaba haciendo. Martín Lutero era un alemán de pueblo, hijo de una familia valiente que se había abierto camino en la sociedad aprovechando la dirección favorable de los vientos. Su padre no era rico pero sí tuvo medios para pagarle a su hijo una educación reservada a muy poca gente. Para su alegría de padre su hijo terminó sus estudios de Filosofía. Y empezó los de Derecho. En ese momento su hijo, muy católico, pasó un susto de muerte conforme iba y venía de la ciudad al pueblo. Hombre de pelo en pecho, mucho orgullo y una sola palabra, Martín se metió en el convento. Era joven, tenía sólo 22 años, pero el muchacho no dio marcha atrás. Aquí comenzó su periodo negro. El periodo durante el que incubó el odio a sí mismo, hacia su Yo propio. Lo suyo no era ser monje, pero una vez dentro y habiéndose negado a mirar para atrás, aunque tuviera que odiarse y vencer ese odio dándole salida a la violencia famosa que esgrimiera contra el Diablo en su celda, él, Martín Lutero, seguiría para adelante.

Y siguió. Hijo de un trabajador valiente y próspero, astilla de tal palo, Lutero superó su periodo negro y volvió al mundo bajo una túnica que, bien pensado, podía conducirlo a la cima del mundo. Martín era un estudioso. Sabía que en los últimos siglos los monasterios se habían convertido en la cantera de los papas. Listo que era, el futuro que le ofrecía la carrera eclesiástica en mente, Martín se echó a andar. En breve pasó de simple monje a ser un mandamás. ¿Por qué no iba a poder llegar a ser algo más que un Profesor de Teología? ¿Quién le prohibía soñar con abrirse camino hacia la Curia? Y, quién sabe, hasta sentarse un día entre los obispos. No como uno cualquiera, no, incluso podía llegar a ser aquél que: Solamente es llamado “universal” con pleno derecho. Aquél que: El solo puede deponer y restablecer a los obispos. Aquél de quien: Un legado suyo, aún de grado inferior, en un Concilio está por encima de todos los obispos, y puede pronunciar contra estos la sentencia de deposición.

Aquél al que: Sólo a él le es lícito promulgar nuevas leyes de acuerdo a las necesidades de los tiempos, reunir nuevas congregaciones, convertir en abadía una casa canonical y viceversa, dividir una diócesis rica o unir las pobres. Aquél: Que solamente puede usar las insignias imperiales. Y al que: Todos los príncipes deben besar los pies solamente. Aquél: Que su nombre debe ser recitado en la iglesia. Y: Su título es único en el mundo.

Aquél a quien: Le es lícito deponer al emperador. Y: Según las necesidades, trasladar a los obispos de una sede a otra. Aquél: Que tiene el poder de ordenar un clérigo de cualquier iglesia para el lugar que él quiera. Aquél sin el que: Ningún sínodo puede ser llamado general. Y sin el que: Ningún artículo o libro puede ser llamado canónico sin su autorización. Aquél de quien: Nadie puede revocar su palabra, y que sólo él puede hacerlo. Aquél a quien: Nadie puede juzgar. Aquél al que: Las causas de mayor importancia de cualquier iglesia deben ser sometidas a su juicio. Y él solo: Puede deponer y restablecer a los obispos aún fuera de una reunión sinodal. Aquél solo quien: Si ha sido

ordenado luego de una elección canónica está indudablemente santificado por los méritos del bienaventurado Pedro.

Amén, amén, amén. Yo también quiero la fruta de ese árbol, aunque sea de la mano del mismísimo Diablo- se dijo en secreto Lutero. Ese fue el día que Martín perdió el juicio y empezó a escribir necedades como la que sigue:

CAPÍTULO 35.

Doctrina anticristiana

-Predican una doctrina anticristiana aquellos que enseñan que no es necesaria la contrición para los que rescatan almas o confessionalia.

Cuya necedad es tan evidente que no necesita más palabras que las que ha requerido su presentación. Veamos la siguiente:

CAPÍTULO 36.

Derecho a la remisión plenaria

-Cualquier cristiano verdaderamente arrepentido tiene derecho a la remisión plenaria de pena y culpa, aún sin carta de indulgencias.

Leyendo esta tesis uno se pregunta cómo el pueblo alemán pudo haber llegado a un grado de ignorancia tan supina. Yo tengo entendido que esta es la leche con la que en su infancia el cristiano es alimentado. No los de hoy, sino los de siempre. Basta leer el evangelio para sacar esta conclusión. ¿Cómo se puede refutar lo que es una verdad como una catedral de grande? ¿Acaso se creía Martín que introduciendo esta cuña retórica iba la inteligencia a tropezar en ella como si de piedra se tratase y al negar lo evidente quedase en evidencia? Lo único que se ve a través de esta ventana es el analfabetismo

salvaje en el que los príncipes alemanes tenían encerrada a la nación alemana. Estado de incultura aprovechado por la voracidad de los obispos, empezando por los alemanes, para chuparle al pueblo la sangre. No olvidemos que la iglesia española les prohibió el paso a los legados del obispo de Roma, y los conjuró a irse al diablo si se atrevían a poner el pie en el territorio asignado a ellos. Ni uno de aquéllos ladrones con sotana cruzaron los Pirineos. Sí cruzaron los Alpes y los Bosques Negros.

A sus propios obispos tuvo la nación alemana que haber condenado y expulsado de su territorio y no haber culpado del atropello a los españoles. Pero donde no hay inteligencia, ya se sabe, hay bestias aullando sus desgracias bajo la ventana de sus dolores, culpando a los de fuera del látigo que desde dentro les arranca a tiras la piel de la espalda. ¡Qué bien conocía fray Martín a sus compatriotas! Sabía perfectamente que aquella Alemania era un polvorín pidiendo una antorcha. Para hacerlo saltar por los aires todo lo que tenían que hacer era hacerle oídos sordos a quien con sus Tesis les estaba diciendo a aquéllos obispos atrapados en plena siesta: U os levantáis y negociáis conmigo "u" le meto fuego y que "jarda" Troya.

CAPÍTULO 37.

Los bienes de Cristo y de la Iglesia

-Cualquier cristiano verdadero, sea que esté vivo o muerto, tiene participación en todos los bienes de Cristo y de la Iglesia; esta participación le ha sido concedida por Dios, aún sin cartas de indulgencias.

Bajo esta apariencia de inocencia, la amenaza del que pedía que se le abrieran las puertas y se le permitiera seguir ganando posiciones en su carrera eclesiástica, escondía toda la tragedia que los campesinos alemanes y los miles de muertos que la Reforma dejó a su paso experimentaron en sus carnes. Una vez tentado con la fruta prohibida fray Martín estaba dispuesto a todo por alcanzar la cima del mundo. La veracidad de esta tesis es tan evidente que, el hecho manifiesto de haber sido mantenido su pueblo en la ignorancia de su conocimiento, ponía al servicio de fray Martín el arma con el que destrozaría el negocio de las indulgencias y encendería un odio fratricida como no conocía la cristiandad desde los días del arrianismo, mil años atrás.

CAPÍTULO 38.

La remisión divina

-No obstante, la remisión y la participación otorgadas por el Papa no han de menospreciarse en manera alguna, porque, como ya he dicho, constituyen un anuncio de la remisión divina.

Primero la amenaza, inmediatamente después la ganancia a obtener de concedérsele a su persona la atención que estaba pidiendo. En él estaba el amigo y el consiervo en el Señor, y también el enemigo feroz y letal que no dudaría en usar toda su retórica para declararle la guerra civil al anticristo romano, y como que era alemán de cuna que podía cumplir su amenaza. Los obispos tendrían que decidirse y darle a conocer qué querrían encontrar en él: al amigo y defensor de su pueblo, dispuesto a mediar entre su pueblo y el obispado romano, o al enemigo salvaje y despiadado que le arrancaría de cuajo la Unidad al Cuerpo de Cristo y no dudaría en enviar al infierno a todos los que osaren presentarle batalla.

CAPÍTULO 39.

Las indulgencias y la verdad

-Es dificilísimo hasta para los teólogos más brillantes ensalzar al mismo tiempo, ante el pueblo, la prodigalidad de las indulgencias y la verdad de la contrición.

El ofrecía eso, superar esa dificultad. Pero a cambio quería algo. Su vocación era la carrera de abogado, ¿o lo habíamos olvidado? Por el camino se equivocó de profesión. O eso pensó al principio. Una vez superado el periodo negro de crisis de libertad fray Martín descubrió que las oportunidades que la carrera eclesiástica le ofrecía a una inteligencia brillante como la suya eran infinitamente mejores, a todos los niveles. El prestigio y el Poder eran para los príncipes y para los obispos. El acceso a la aristocracia azul un mundo prohibido, miembro de la otra aristocracia, la divina, la que de verdad tenía el Poder y la gloria, el futuro que se le abría dependería de su brillante inteligencia y, esto es lo importante, de las circunstancias sociales de su tiempo. Mientras fue aspirante a cachorro de abogado la justicia le importó un bledo; la ignorancia de los clientes para sacarle los dineros era lo importante. Las transformaciones que el mundo estaba experimentando en la edad de los descubrimientos le prometían un gran porvenir a un abogado agresivo y brillante de su clase. Ahora que pertenecía a la aristocracia que de verdad mandaba

aquella ignorancia sobre la que el abogado Martín hubiera fundado su prosperidad económica se había transformado también. Sobre esa misma ignorancia una inteligencia astuta como la de un demonio podría hacer maravillas. ¿No era esta la razón por la que el obispado romano mantenía en esa dulce ignorancia al pueblo cristiano?

Qué terrible vergüenza que con sus acciones el obispado romano diera lugar a semejante cadena de razonamientos. ¿Gloria de los hijos de Dios llamarse hijos de la iglesia romana? Cristo es el nombre del Señor, nació en Jerusalén y fundó su Iglesia en el ser de un hombre, no sobre la piedra donde Rómulo y Remo fundaron la ciudad eterna ¿O acaso cree el obispo de Roma que la capital italiana subsistirá eternamente? Santa Madre Iglesia Católica es el nombre de la Esposa del Señor Jesús. Pedro no fundó ninguna Iglesia. Jesús fundó en él y sus hermanos en el espíritu la Iglesia de Dios.

Roma dejará de existir, pero la Iglesia Católica existirá sempiternamente. No puede llamarse pues Romana aquella que ha sido engendrada para vivir eternamente. La Iglesia de Dios es católica, porque es universal, Cristiana porque es de Cristo, y Apostólica porque predica la Salvación de Dios, pero no es romana ni bizantina ni americana ni inglesa ni china. Dios borrará ese título del Vestido de su Sierva y limpiará la Gloria de la Esposa de su Hija cuando el mundo entero vea ese título borrado de su Casa.

OCTAVA PARTE

Sobre el Volver a Nacer

La Historia es una ciencia exacta. Con independencia del tiempo y del lugar la misma causa produce invariablemente el mismo efecto, o la misma secuencia de efectos si fuere el caso. Dios, que es Inteligencia, la verdad es la vocación de su espíritu y la ciencia su instrumento de trabajo, a la fenomenología de un mundo sometido a las leyes que nuestra Historia Universal nos descubre en sus páginas la llamó: la Ciencia del Bien y del Mal. En cuanto Ciencia, independientemente del lugar y del tiempo donde se desarrollen sus principios, lo mismo que una Caja de Pandora que se abre, una vez que su fenomenología se desata y se le da por campo de acción un mundo desnudo ante sus efectos -ignorante de su fenomenología- la reacción en cadena derivada de la esclavitud a sus leyes provoca siempre la misma secuencia de acontecimientos.

Por esta razón y no por ninguna otra le profetizó Dios al Primer Hombre: “Polvo eres y al polvo volverás”. Desde la Caída y partiendo de su experiencia Dios podía predecirle al Género Humano su futuro; a raíz de la Caída la destrucción de la Humanidad se había convertido en una crónica anunciada. No era la primera vez que Dios había visto el fenómeno; las veces que había visto caer a un mundo en las redes de la Ciencia del bien y del mal le habían enseñado a predecir la trayectoria de su historia de principio a fin. Con la misma seguridad que un genio describe la trayectoria de un cuerpo en el cielo partiendo del conocimiento de todos los parámetros y fuerzas en movimiento, con esta misma seguridad Dios podía decirle a Adán lo que le dijo: “Polvo eres y al polvo volverás”.

Evidentemente nosotros somos el Género Humano, el mundo atrapado en las redes de esa Ciencia por culpa del Acontecimiento que llamamos la Caída de Adán. Quiero decir, lo único que tenemos para creer en esa crónica anunciada es la Palabra de Dios. Y lo único que tenemos para creer en que esa Palabra es Dios es la Fe. Una Fe que se expresó en términos conocidos, diciendo: “Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios”.

Dos posturas, creer o no creer. Y las dos forman parte de la misma fenomenología. Ser cristiano significa que se vive dentro de la primera opción.

Como hombres sin embargo, hijos de un Universo que ha vivido esta experiencia en sus carnes, la lucha por mantener nuestra Fe contra la irracionalidad de las fuerzas que han empujado al Género humano al abismo de su autodestrucción nos impone su propia ley. Enfrentados al destino del mundo nuestra inteligencia intenta buscar en la Historia

esa realidad objetiva que nos permita darle a su cuerpo la naturaleza de una Ciencia. Y después de estudiar la Historia la conclusión a la que llegamos es que así es, la Historia Universal es una ciencia exacta.

Como para los peregrinos que llegan a Roma lo importante no es el camino, porque hay infinitos, sino llegar, en este terreno del descubrimiento de la estructura de la Historia Universal viene a pasar lo mismo, no importa tanto la plataforma desde la que se llega al conocimiento de sus leyes cuanto el hecho de ser muchos los testigos de la existencia de esas leyes. Es más, el hecho de proceder esos testigos de diferentes zonas ideológicas no sólo no contradice el valor de la ley sobre la que se testifica, sino que precisamente por llegarse a ella desde diferentes caminos este punto de encuentro se convierte en un argumento de fuerza científica contra cuyo peso toda disputa pierde sentido. Lógicamente siempre hay quien quiera pararse a negar lo evidente.

Yo, esclavo de la ley por excelencia de la vida mortal: el tiempo es oro, no seré yo quien se pare a discutir si es el sol el que brilla o es la luz la que hace brillar al sol, si es el agua la que mueve la corriente o la corriente la que mueve el agua del río. Dios me libre de imitar a los sabios aquéllos que discutían para mostrarse así mismos el hecho de ser mejor que ese vulgo que apenas sabía hablar; no digamos ya articular un buen razonamiento.

A este tipo de discusiones -si en las antípodas llueve para arriba o para abajo- se le llamó en su tiempo bizantinas, porque, como se ve, era la forma de pasar el tiempo que tenían los que no tenían nada mejor que hacer. Los sofistas, y como tales artistas de las disciplinas de la composición y la manipulación del don de la palabra, como esos artistas que necesitan que les aplaudan su genio, o como aquéllos matemáticos del siglo XX que se distraían creando universos con una palanca de números, los bizantinos, como había señores de la guerra, se distraían ellos compitiendo a ver quién era el más brillante señor de la palabra. Fueron ellos quienes inventaron la cuadratura del círculo por ejemplo, o el dilema de la victoria de la tortuga contra las veloces piernas de Aquiles, entre otros muchos enigmas del universo. Si algo nos enseñó Jesús con la dura realidad de su Cruz es que el don de la palabra que se nos ha concedido tiene una función algo más digna y poderosa que matar el tiempo de nadie, cuanto menos el propio. Así que regresemos a la fuente de nuestro pensamiento, que es Cristo.

Eterno, la conclusión final a que le condujo a Dios su relación con esta fenomenología cósmica es que todo mundo sujeto a la Ciencia del bien y del mal, si abandonado a sus propias fuerzas, tiene por vocación segura su autodestrucción apocalíptica.

Increado, Dios vivió esta fenomenología más veces de las que podamos hacernos un cálculo. Y fue partiendo de esa experiencia que se juró a si mismo desterrarla de su Creación, aún cuando tuviera que transformar la Realidad y crear un Nuevo Cosmos.

Inapelable, cuando al Principio le dijo a su hijo Adán: “No comas, porque morirás”, no le estaba diciendo “morirás porque a mí me dé la gana, yo soy Dios, tú seguirás siendo

una bestia aunque tu mujer sea guapa como una diosa, y aquí se hace lo que mande yo que para eso soy todopoderoso y omnipotente, ¿vale?".

No, en absoluto. Dios no le estaba hablando de esta manera; un padre no le habla así a un hijo. Le estaba hablando a la manera que le decimos a un hijo nuestro que no juegue con la electricidad. Corriente eléctrica tiene que existir y por miedo a un accidente no vamos a prohibir la luz. La verdad que nos queda es decirles a nuestros hijos que con la luz no se juega. Y punto. Si hay alguno que se ofende, peor para él. Desde esta verdad le dijo Dios a Adán: "No comas, porque el día que comas, morirás".

Es difícil saber cómo el joven Lutero llegó a imaginarse a Dios a imagen y semejanza de un tirano, como si Dios fuera un dictador. ¿Esta actitud suya frente a Dios no tuvo su génesis en algún pecado de juventud?

¿El comportamiento animal que en su celda desarrolló frente a Dios no permite relacionar su entrada en el convento con el castigo que se merecía, según su conciencia, algún pecado inconfesable suyo? ¿De la violencia contra sí mismo que su decisión de meterse a fraile desató no se puede deducir que se sintió atrapado en flagrante delito, según venía de cometer su pecado inconfesable, su secreto? Su respuesta a la tormenta fue la clásica del hombre primitivo que se cree que la tormenta se ha desatado por su culpa, como si el sentido de las fuerzas de la Naturaleza fuera el hombre.

Y creyendo el joven Lutero que la tormenta tenía en su culpa su origen, el rayo que estuvo a punto de fulminarle expresión de la cólera de Dios, pidió clemencia ofreciendo como penitencia meterse a fraile.

Obviamente no es de esperar que el Maestro Lutero fuera por ahí confesándole a nadie de dónde venía aquella tarde, o por qué creía que de donde viniera se merecía el castigo que a sí mismo se impuso, entrar en un convento. Pero nosotros, deduciendo de su juventud, 22 años, no tenemos que poner demasiada sagacidad en el asador ni ser más mal pensado de la cuenta para comprender que el joven Lutero regresaba de una cita amorosa, romance de naturaleza sexual, por la razón que fuera inconfesable a los ojos de sus padres. ¿Una viudita que le doblaba en años? ¿Qué tipo de amor prohibido podía resultarle tan inconfesable a un joven de 22 años en un mundo donde la licencia sexual se había instalado en aquel trono de Roma donde un obispo había sentado el culo de sus amantes? Hablamos de los Borgias, por supuesto, y de aquel santo padre Alejandro VI.

La naturaleza del pecado inconfesable del joven Lutero no la conocemos exactamente. Lo más natural en un joven de 22 años es que tuviese una amante secreta, de cuya casa regresaba cuando lo atrapó aquella tormenta. Culpable -pensando en sus padres- y a la vez gozoso pensando en su Yo propio- el peso del momento le negó el auxilio que viene del alma y, como quien en la carretera o en el trabajo comete un fallo técnico que casi le cuesta la vida y le deja marcado para los restos, asustado de muerte por aquel rayo el joven Lutero, habiendo visto Dios donde debiera haber visto al Diablo, que a todos nos busca y siempre anda buscando a quien engañar precisamente haciéndose pasar ante los ojos de su alma por Dios, engañado de aquella manera, cegada su inteligencia para descubrir en la actitud del Dios del Antiguo Testamento el drama en el

origen de su actitud distante y fría -justiciera, en palabras de Lutero- Lutero quedó ciego para comprender que quien destrozó su vida haciéndole pagar un pecadillo de juventud con un castigo tan grande, no fue el Dios, Padre de Jesucristo, en cuyas manos al final de su vida pusiera su alma. Su confesión personal al respecto nos aclarará mejor las ideas que una montaña de discursos:

"Aunque como monje yo llevaba una vida intachable me sentía ante Dios como pecador y con la conciencia inquieta y no podía sentir que Dios me fuera propicio. Por eso no amaba al Dios que castiga a los pecadores, antes bien lo aborrecía. Así ofendía yo a Dios si no con oculta blasfemia, sí por lo menos con fuerte murmuración y decía: No contento con que los miserables pecadores, que se pierden eternamente por razón del pecado original, estén oprimidos según la ley de la antigua alianza con calamidades de toda especie, Dios quiere también amontonar tormento sobre tormento con el mismo evangelio, al amenazarnos también en la buena nueva con su justicia y su ira. Así me enfurecía con conciencia rabiosa y trastornada, y me devanaba los sesos con aquel pasaje de Pablo, llevado del ardiente deseo de saber lo que Pablo quería decir. Hasta que tras largas meditaciones de día y de noche, Dios se apiadó de mí y caí en la cuenta del nexo interno entre los dos pasajes: La justicia de Dios se revela en el evangelio, como está escrito: el justo vive de la fe. Entonces comencé a entender la justicia de Dios como la justicia por la que el justo vive gracias al don de Dios, y vive por la fe. Aquí me sentí francamente como si hubiera vuelto a nacer y hubiera entrado por las puertas abiertas del paraíso. Cuán grande había sido antes el odio que me inspiraba la palabra: justicia de Dios, era ahora el amor con que la exaltaba como la palabra más dulce".

Hermano Lutero, jamás entendiste el Drama Divino que llevó a su Hijo unigénito a la Cruz. Todo lo que te importaba empezaba, como tus Tesis, en tu Yo propio, y acababa en Tí Mismo. La Tragedia del Género Humano tuvo por Origen un Drama Divino. Y tú, en lugar de levantar tus brazos por la Victoria de la Justicia y el espíritu altamente civilizado de nuestro Dios, tú te dedicaste a odiarlo porque según tú, había penado tu pecadito de juventud castigándote a castidad perpetua.

Hermano Lutero, fuiste el rey en el reino de los ciegos. No comprendiste jamás el Drama de la Humanidad. Tu propia miserable tragedia era lo único que te importaba. Y un día descubriste que el justo vive de la Fe. La piedra filosofal en tu poder ya le podías meter fuego al mundo y reducirlo a cenizas, porque antes que tú nadie había visto que en la Fe Cristiana se revela la Justicia de Dios sobre todo el que le ama. El rey de los necios necesitaba un reino de necios. Y el Diablo se lo dio. Pero como hay Cielo y hay Tierra que quienes te empujaron a ese extremo tienen todas las papeletas para irse contigo al Infierno. Y allí juntos podrás meterle fuego al fuego, según tus propias palabras:

"Por lo tanto, yo te digo que yo en esta lucha intento una cosa que para mí es seria, necesaria y eterna, que es de tal calibre que es necesario que sea afirmada y defendida incluso por medio de la muerte, también aunque el mundo entero debiera arder en tumultos y guerras, más aún, aunque el mundo se precipitase en el caos y fuese reducido a cenizas".

CAPÍTULO 40.

La verdadera contrición

-La verdadera contrición busca y ama las penas, pero la profusión de las indulgencias relaja y hace que las penas sean odiadas; por lo menos, da ocasión para ello.

La verdad no tiene color ni edad. El crecimiento de la Humanidad en cambio sí tiene su ley de oro en la riqueza que procede del intercambio continuo y constante de conocimiento e ideas, que llega desde las más diversas fuentes y lo hace a través de las más distintas formas. La crítica es una de ellas.

La crítica no haría falta si fuéramos infalibles, ni diéramos jamás un paso en falso y estuviésemos libres de morder el polvo de vez en cuando. Es decir, si fuéramos perfectos.

Perfecto sólo era Dios. Bueno, hasta que llegó aquel obispo de Roma que no necesitaba que nadie le dijera nada y él entendía de todo y a todos podía decirle lo que hacía falta, cuándo y cómo. Y ya fueron dos. Entonces llegó Lutero y ya fueron tres.

La condición de la infalibilidad exige la omnisciencia. Aunque si sólo se cumple cuando se habla ex-cátedra, entendiendo esta razón a la manera que decimos que en su trabajo el albañil que de verdad es bueno -como mi hermano- habla ex cátedra, en este caso sí existe infalibilidad ex cátedra.

Infalibilidad que, por naturaleza, le es lógica a cualquier profesional digno de su profesión, a no ser que ahora todos entendamos de todo y la especialización del trabajo no implique esa confianza del que trabaja ex-cátedra.

La necesidad de definir esta naturaleza de la infalibilidad ex-cátedra, de todos modos, es prueba del orgullo que el obispo de Roma ha cultivado desde los días del autor de la declaración de locura pontificia que hemos trasladado a este libro. Orgullo que lo condujo a creerse Santo y Padre. Dos cosas que sólo le son naturales a Dios. Y a imagen y semejanza de cuya locura fue la locura del que tuvo que recordarle a todo el mundo cristiano una ley tan elemental como que la lluvia cae para abajo y los volcanes explotan para arriba, a saber, que si la pena debida al delito se puede comprar con dinero entonces cometamos tantos delitos como nos venga en gana. Mientras tengamos el dinero para pegar la puñalada y pagar al médico aquí no pasa nada. Adulteremos hasta que nos salga por los ojos la cuenta de nuestro delito contra la dignidad de nuestra pareja, pero procuremos tener la bolsa llena para comprar la absolución papal. Y así todo lo demás. Que una ley tan básica en la doctrina del cristianismo fuera pisada por la avaricia de aquéllos obispos de Roma que rivalizaron con los emperadores alemanes y franceses a ver

quién se construía el palacio más grande, y que hubiera de ser recordada contra la infalibilidad ex-cátedra del sucesor de Pedro, ¿a este delito cómo se le llama? Aunque claro, qué tonto soy, quien es infalible no puede errar, y si no puede errar no puede pecar.

De manera que a los crímenes de los papas, cuando se mataban entre ellos, no se les debe llamar asesinatos. Los seres infalibles están más allá de las definiciones bajo las que se comprenden los actos de los seres falibles.

Aunque parezcan que son los mismos es sólo apariencia, pues no es lo mismo enviar a un ser infalible antes al Paraíso que enviar a cualquier otro tipo al infierno, al purgatorio o adonde quiera que se vayan las almas. La infalibilidad implica que no puede ser juzgado quien es infalible, ni por Dios ni por alguien más grande que Dios. Así que si un papa mata a otro papa eso no es un crimen, es un favor que los unos se hacen a los otros.

¿No es la vocación del cristiano el Cielo? Pues anda, ya te puedes ir.

CAPÍTULO 41.

Las obras de caridad

-Las indulgencias apostólicas deben predicarse con cautela para que el pueblo no crea equivocadamente que deban ser preferidas a las demás buenas obras de caridad.

Falso. Si el criticado aireaba su infalibilidad divina a todo trapo y el que criticaba quería hacer de la suya también gala, tanto el uno como el otro erraban. El primero por anularla y el segundo por no afirmarla. En este mundo no hay nada más grande que las obras que vienen de la caridad.

Caridad es lo que tuvo el samaritano. Caridad es lo que tuvo Jesucristo por todos. Aunque tengamos más fe que el resto del mundo el fruto de la Caridad más pequeñita es infinitamente más grande que el orgullo de esa fe tan enorme que ni puede moverse de la cama, porque si estás muerto para quien necesita de Cristo en ti estás muerto para Dios.

Cristo es ese que derrama una moneda en el vaso del pobre, Cristo es ese que se calla y comprende el dolor y se levanta y hace lo que puede, con una palabra amable, con un gesto amigo. No hay que ser cristiano para ser Cristo, pero sí hay que estar en Cristo para derramarse en frutos de caridad, entendida como sabiduría vivificante y como acción constante que comparte todos los bienes, materiales y espirituales, con el prójimo, porque todos somos hermanos y tenemos un sólo Padre. Así que no hay más absolución de nuestras faltas que las que, como dijo Jesús, la de esa moneda silenciosa que humilde cae

en las manos del que tiene hambre. La otra sólo hace pervertir a los siervos del Señor y los hace objeto de la debida expulsión de su trabajo. Porque Pedro pudo decirle con toda la dignidad de un hijo y siervo de Dios a aquel pobre hombre: Dinero no tengo, te doy lo que tengo. Y el hombre anduvo. Pero su sucesor no puede hacer andar, y pudiendo dar lo único que podría, dinero, se lo guardaba para sí mediante la indulgencia.

De donde se ve que fray Martín no iba buscando la ruptura con aquellos siervos indignos de Dios, sino mas bien contribuir con su arte al dicho: El que parte y reparte se lleva la mejor parte. Fray Martín creía haber encontrado la fórmula para conciliar lo irreconciliable, la crítica del pueblo inteligente con la indignidad miserable de la conducta de aquellos obispos alemanes que secundaban el delito de un obispo de Roma, que no contento con el palacio de los papas en Aviñón ahora quería algo más grande, algo más a la medida de su dignidad de dios en la Tierra.

CAPÍTULO 42.

Las obras de misericordia

-Debe enseñarse a los cristianos que no es la intención del Papa, en manera alguna, que la compra de indulgencias se compare con las obras de misericordia.

Y, por supuesto él, Martín Lutero, podía ser ése insigne maestro que les enseñaría a los cristianos a diferenciar entre lo que el Papa decía y lo que el Papa hacía. No era ya bastante la burla y la miseria que sobre la doctrina de la salvación estaba echando el obispo romano que ahora, encima, iba a contratar a un abogado del diablo para que les enseñara a los cristianos a no comparar el amor al prójimo con el amor al Papa.

Un profesor de Sagrada Escritura, ¿quién mejor que un profesor de teología para mantener el status quo? La intención del Papa no era que se dejase de socorrer a las viudas y a los huérfanos. No. Que va. De ninguna manera. La intención del Papa era que hiciesen lo uno sin olvidar lo otro, y con el dinero que les quedase se las arreglasen como pudieran. La intención del Papa era construirse su divino palacio con madera de pino y piedra pómez, nada de mármol ni de roble.

Lutero sabía perfectamente cuál era la intención del Papa. Él sabía qué quiso o no quiso decir Jesucristo; sabía también que quería Dios. Cómo no iba a saber cuál era la intención del Papa. Y sabía muchas cosas más. Por ejemplo, sabía cómo limar las chispas que estaban saltando y amenazaban con prender la llama que haría saltar el polvorín de la paciencia de aquella nueva generación de hijos del Renacimiento que soportaban el escándalo de mala manera y, como a Erasmo, sólo el miedo a la cólera de un colegio

cardenalicio que ya había demostrado su infinita capacidad para quemar a sus detractores -Juan Huss, Savonarola y otros- les tenía atada la lengua.

Venga hombre, ¿qué debía enseñarse a los cristianos?, ¿que la intención del Papa no era cuál? Este tío era idiota y tomaba a todo el mundo por idiota de nacimiento. Si la intención del Papa no era que la única obra de misericordia practicada por los cristianos fuera la compra de indulgencias ¿cómo creía el frailucho alemán que el rey de Roma se iba a construir su "choza"? ¿Quién se le iba a pagar, el emperador de Alemania, el rey de Francia, el de España, el de Inglaterra?

Si algo los cristianos debían saber era que las indulgencias eran el robo del socorro debido a las viudas y a los huérfanos. Si algo debía enseñárseles a los cristianos, a riesgo del cuello incluso, era que el dinero destinado a las arcas del arzobispo alemán, del Papa y de los Fugger era que cada penique que caía en las manos de aquellos ladrones se les robaba a los pobres.

¿Sucesor de aquel Pedro que vivió con lo puesto y se ganó su pan con el sudor del trabajo de sus manos el Papa? Mucho habían cambiado las cosas en Roma desde entonces. ¿Y besándole el culo a aquéllos ladrones era como pensaba reformar Lutero la Iglesia? ¿Qué pasa, que no quería ponerse a la cola y con su gesto heroico quiso atraer la atención hacia su lengua? ¿Qué era, bífida? ¿No podía esperar su turno como todo el mundo? ¿Tenía que seguir machacando a gritos las excelencias de su capacidad para instruir a los cristianos? ¿Las obras de misericordia gratas a Dios no son conocidas desde la Antigüedad? ¿No las conocían de sobra los obispos? Sólo tenían que abrir el libro de Isaías, irse al capítulo 58, parar la mirada en el ayuno grato a Yavé, y leer:

"(Contra esa fe que salva sola) ¡Bienaventurado el justo, porque habrá bien, comerá el fruto de sus obras!

(Contra la predestinación protestante) ¡Ay del impío, porque habrá mal, recibirá el pago de las obras de sus manos!

(Contra la vida en penitencia perpetua) ¿Es acaso así el ayuno que yo escogí, el día en que el hombre se mortifica?

(Contra el menosprecio de sí mismo, sea en forma de odio o cualquier otro síntoma esquizofrénico que atente directamente contra el Amor) ¿Encorvar la cabeza como un junco y acostarse con saco y ceniza?

(Contra la sabiduría de los doctores en artes y sagrada escritura) ¿A eso llamáis ayuno y día agradable a Yavé?

(Contra los que interpretan la voluntad de Dios en nombre de Dios, su Hijo o su Espíritu Santo) ¿Sabéis que ayuno quiero yo?, dice el Señor Yavé: (Atentos) Romper las ataduras de iniquidad -contra todo imperio; Deshacer los haces opresores -contra toda dictadura; Dejar libres a los oprimidos (Contra todo régimen autoritario) Y quebrantar todo yugo -contra toda tiranía; Partir tu pan con el hambriento -por la fraternidad universal; Albergar al pobre sin abrigo -por la igualdad entre todos los hombres; Vestir al

desnudo -por la libertad de todos los hombres; Y no volver tu rostro ante tu hermano -por el Amor de Dios. Entonces brotará tu luz como la aurora (contra los que niegan que las obras y la fe no sean las dos caras de la misma moneda), Y pronto germinará tu salvación (contra los que niegan la libertad del cristiano afirmando la predestinación del justo y del impío desde las entrañas de sus madres) E irá delante de ti la justicia (fruto de la justicia que nace de las obras del cristiano); Y detrás la gloria de Yavé (contra los que abandonan la fe a la locura de los pastores). Entonces llamarás y Yavé te oirá; le invocarás, y El dirá: Heme aquí".

Y si este trabajo de lectura es demasiado ejercicio de memoria, o una pérdida de tiempo para quien el tiempo es oro y toda la vida se reduce a amontonarlo, sólo hay que abrir el Evangelio, cualquiera de ellos, irse al Juicio Final y leer cuáles son las obras de misericordia gratas al Señor:

"Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha (esto no es un partido político): Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo (esto no es una declaración de condenación de Dios al estilo de Lutero y Calvino; la Caída de Adán no estaba preparada desde la creación del mundo, que es lo que afirmaron, pero ese Reino sí, porque para vivir en su Paraíso creó Dios al Hombre). Porque tuve hambre y me disteis de comer (contra esas grandes naciones que en nombre del Mercado destruyen toneladas de alimentos en nombre de las leyes del Mercado mientras millones se mueren de hambre); tuve sed, y me disteis de beber (contra esas naciones que especulan con las vidas de los pueblos y los privan de sus necesidades en base a sus intereses económicos); peregriné, y me acogisteis (contra las leyes de la libertad de movimiento de los seres humanos en nombre de la estabilidad de los sistemas nacionales); estaba desnudo, y me vestisteis (contra las fronteras ideológicas, raciales o económicas); enfermo, y me visitasteis (contra la especulación de los medicamentos en nombre de los intereses de unos pocos); preso, y vinisteis a verme (contra la transformación de la Justicia en justicia casera esclava de conceptos nacionalistas asesinos y criminales)".

¿No era esto hermano Lutero lo que querías decirle a tu superior cuando le pediste que te otorgasen una cátedra desde donde enseñar al pueblo cristiano a hacer obras de misericordia? Oigámoslo con tus propias palabras:

"Perdóname, reverendísimo padre en Cristo y príncipe ilustrísimo, que yo, hez de los hombres, sea tan temerario, que me atreva a dirigir esta carta a la cumbre de tu sublimidad. Bajo tu preclarísimo nombre se hacen circular indulgencias papales para la fábrica de San Pedro, en las cuales yo no denuncio las exclamaciones de los predicadores, pues no las he oído, sino que lamento las falsísimas ideas que concibe el pueblo por causa de ellos. A saber: que las infelices almas, si compran las cartas de indulgencia, estén seguras de su salvación eterna; ítem, que las almas vuelan del purgatorio apenas se deposita la contribución en la caja; además que son tan grandes los favores, que no hay pecado por enorme que sea, que no pueda ser perdonado aunque uno hubiera violado -hipótesis imposible- a la misma Madre de Dios; y que el hombre queda libre por estas indulgencias, de toda pena y culpa. ¡Oh Dios Santo! Tal es la doctrina perniciosa que se da, Padre óptimo, a las almas encomendadas a tus cuidados. Y se hace cada vez más grave

la cuenta que has de rendir de todo esto. Por eso, no pude por más tiempo callar. ¿Qué hacer, excelentísimo prelado e ilustrísimo príncipe, sino rogar a tu Reverendísima Paternidad se digne mirar esto con ojos de paternal solicitud y suprimir el librito e imponer a los predicadores de las indulgencias otra forma de predicación, no sea que alguien se levante por fin, y con sus publicaciones los refute a ellos y a tu librito, con vituperio sumo de tu Alteza? Desde Wittenberg 1517, en la vigilia de Todos los Santos. Martín Lutero, agustino, doctor en sagrada teología".

Amén, amén. Si esto no es presentarse como un perro con la lengua afuera dispuesto a chupar lo que le pongan delante, entonces yo soy Napoleón. Pero dejemos que nos siga instruyendo el Doctor en Sagrada Teología.

CAPÍTULO 43.

Ayuda al indigente

-Hay que instruir a los cristianos que aquel que socorre al pobre o ayuda al indigente, realiza una obra mayor que si comprase indulgencias.

Qué listo. El premio Nobel a la honestidad por decir la verdad, el premio Nobel a la hipocresía por querer servirse de la verdad para que siguiera adelante la mentira. ¡El Papa en ningún caso quería que se comparase las indulgencias con las obras de misericordia! Aunque parezca imposible, "ilustrísimo príncipe" yo puedo hacerlo, yo soy Maestro en Artes retóricas y Sagrada Escritura: yo puedo hacer que convivan las dos cosas juntas. Mirad que la paciencia de mi pueblo se está agotando y si quiero puedo removerla y hacer que os explote en la cara. Es que, veréis, yo sé mucho...

Si miserables eran los unos no menos miserable era el otro. ¿De verdad llegó a creerse Lutero que el orgullo de aquella generación de siervos indignos se iba a dejar chantajear por un fraile?, ¿de dónde?, ah sí, de Wittenberg. Lo trágico es que de verdad fray Martín llegó a creer, de verdad de verdad creyó, tal vez no pudiendo evitar ejercer la vocación de abogado a la que renunciara -por amor al Evangelio por supuesto- que podría negociar con aquélla generación de miserables algo tan vital para ellos, el dinero.

"El que no lo deja todo por amor a mí no es digno de mí", dijo Jesús. ¿Esto incluye también a quien lo dejó todo por una cagada? Vamos a ver, ¿a quién le importaban las obras de misericordia? ¿A la iglesia alemana? ¿A la iglesia italiana? Con obras de misericordia no se ganaba un imperio ni se hablaba de igual a igual con emperadores y reyes. Socorriendo a los huérfanos y a las viudas ya no se ganaba nada. Ni al rebaño ni a sus pastores le interesaban las obras de misericordia. ¿Qué era el fraile ése, un chalado

como la copa de un pino? Y sin embargo la oferta del chalado era buena; mientras ellos se dedicaban a los reyes, él, Martín Lutero, Doctor en Sagrada Escritura, se encargaría de mantener al pueblo contento y feliz mientras sus pastores le chupaban la sangre.

¿Así era como pensaba Lutero emprender una Reforma, enseñándole a los cristianos a dejarse robar? ¿Un Pacto con el Diablo era lo que él le estaba proponiendo a la Esposa de Cristo? Pobre Lutero, su ignorancia fue su sino; su vida fue sólo una sucesión de traiciones a sí mismo. Traicionó su futuro por un susto de muerte de los que los hombres tenemos más de uno en la vida; volvió a traicionarse por un fallo de cálculos, algo que nos suele pasar al que más al que menos.

CAPÍTULO 44.

La caridad y el hombre

-Porque la caridad crece por la obra de caridad y el hombre llega a ser mejor; en cambio, no lo es por las indulgencias, sino a lo más, liberado de la pena.

Lo que me recuerda, en efecto, que debo tener caridad de un muerto. Y comprender que a un alma con un pie en el infierno lo que le conviene es la caridad y no que le den el empujón que lo acabe de enviar al infierno al que él mandara a tantas naciones por el pecado de unos pocos. Porque hermano Lutero, lo único santo y real en aquéllas circunstancias de corrupción generalizada, en la que la iglesia alemana tuvo tanta culpa al resistirse al Espíritu Santo tantas veces, la verdadera reforma hubiera estado en el ataque frontal y directo.

Era arriesgado y tu cuello hubiera estado en la balanza, pero era la única posibilidad de mantener la Unidad en disputa entre miembros de un mismo cuerpo. Lo otro, hacer de abogado entre el pueblo alemán y la jauría de ladrones con sotana que en ese momento habían conquistado las sedes del obispado, alemán y romano, era hacer de abogado del Diablo, y desde esta opción la ruptura que hubiera debido mantenerse a nivel de disputa sólo podría degenerar en División entre los pueblos del Reino de los cielos en la Tierra. ¿Lo comprendes ahora, o cinco siglos después sigues teniendo la misma capacidad intelectual?

La ignorancia sobre la verdadera naturaleza de la situación que el Diablo había propiciado, eligiendo por pastores la peor especie de cristiano concebible, fue la tragedia de aquel fraile que de verdad creyó que podía llegar a un acuerdo que evitase la Rebelión

contra una iglesia que tenía más propiedades que todos los reyes juntos del siglo XVI. Se dice que el Diablo, habiéndose burlado desde el principio de su inocencia, no pudo ver partir a Lutero de este mundo sin descubrirle donde se había metido aquella inocencia suya, lógicamente en su trasero.

CAPÍTULO 45.

La indignación de Dios

-Debe enseñarse a los cristianos que el que ve a un indigente y, sin prestarle atención, da su dinero para comprar indulgencias, lo que obtiene en verdad no son las indulgencias papales, sino la indignación de Dios.

-Vamos a ver, somos malos porque nos encanta serlo. Este fraile nos toma por idiotas de nacimiento -se dijeron aquéllos siervos del obispo romano, pero no siervos de Cristo-. Si les recordamos lo que ya saben y tanto tiempo nos ha costado hacer que olviden ¿cómo se cree este fraile que vamos a construirnos nuestros palacetes?, ¿con los besitos que le den al papa en el culito los creyentes? -y se rieron del gesto de aquel Lutero todo parsimonioso como si fuera un nuevo Moisés, decálogo en mano avanzando hasta la puerta de la iglesia de Wittenberg.

Uno de ellos dijo: La eternidad te contempla- y del humor tan sátiro los demás se partieron de risa pensando en el Pacto que se les proponía. No eran bastantes y venía un frailucho - ¿De dónde? ¿De qué orden? Ah sí, agustino- a pedir permiso, pasar y participar en el reparto del que parte y reparte se lleva la mejor parte. ¿O acaso no era él también hijo y siervo de Dios y no tenía tanto derecho como el primero a construirse su propio palacete?

–Otro que se cree que los últimos serán los primeros, jajajuojuokjijejejaja- se burlaron con ganas aquéllos animales.

¿Refutar por la Sagrada Escritura que se gana la indignación de Dios quien le quita el pan al pobre para que el obispo romano engorde como un cerdo? ¿Dónde está el tonto que se ponga a registrar la Biblia en busca de un juicio contra quien engorde al Papa? ¿Qué es lo que se debe enseñar, hermano Lutero? Yo te diré lo que se debe enseñar a los cristianos: Hermano Lutero, se les debe enseñar que quien engorda a un cerdo lo destina al matadero. Esto es lo que debiste haber enseñado. Debiste enseñar la doctrina de Cristo que aquellos a quienes les ofreciste tus servicios no enseñaban. ¿La recuerdas?

“Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui peregrino, y no me alojasteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Entonces ellos responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión y no te socorrimos? El les contestará diciendo: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo dejasteis de hacerlo. E irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna”.

¿Pero a quién vas a engañar, hermano Lutero? Tú nunca pensaste en una Reforma. Como la primera vez y siempre tú sólo seguías pensando en tu trasero. ¿Cómo no te iba a mostrar el Diablo el suyo el día de tu muerte?

Podías engañar a todo el mundo, pero a él no le engañaste nunca. Él te engañó a ti haciéndose pasar por Jesucristo y a ti por Pablo de Tarso tirado del caballo por el rayo. Te volvió a engañar cuando se hizo el vencido y se retiró de la celda en la que te acabó de volver loco. Te volvió a engañar haciéndote creer que el señor arzobispo vería tu sutil inteligencia y te contrataría a su servicio. Si hubieras buscado la Reforma movido por el celo del Espíritu Santo jamás hubieras dicho palabras como estas:

CAPÍTULO 46.

Los bienes superfluos

-Debe enseñarse a los cristianos que, si no son colmados de bienes superfluos, están obligados a retener lo necesario para su casa y de ningún modo derrocharlo en indulgencias.

Dejando aparte la trampa retórica al pedir que se refute la ley más elemental de la vida diaria con la Biblia en la mano, la inocencia en esta proposición nos aclara dos cosas de suma importancia para comprender el éxito de Lutero y su fracaso para alejar de su movimiento la violencia. Esas dos cosas son: Primera, que vista la irrelevancia de las mismas, sin el analfabetismo y la ignorancia del pueblo alemán estas Tesis no hubieran viajado jamás a Roma. Y segunda, que poniendo la carita buena del corderito que sólo deseaba ser pastorcillo sujeto a la obediencia del gran pastor romano, a cuyo servicio -como David su honda al servicio del rey de Jerusalén- ponía su sabiduría para apagar la llama que se acercaba al polvorín alemán; haciendo esto: vender por dinero su alma al diablo, algo natural en un buen abogado, Lutero escondía bajo la piel del corderito el fuego que le descubriera a Erasmo hablando sobre su causa: “Por lo tanto, yo te digo que yo en esta lucha intento una cosa que para mí es seria, necesaria y eterna, que es de tal

calibre que es necesario que sea afirmada y defendida incluso por medio de la muerte, también aunque el mundo entero debiera arder en tumultos y guerras, más aún, aunque el mundo se precipitase en el caos y fuese reducido a cenizas".

¿Palabras de Cristo o del Diablo?

Somos cristianos porque como las hojas del árbol llevan Su naturaleza y sus flores Su fragancia y su fruto Su esencia, nuestras palabras y nuestras obras son reflejos de la esencia, fragancia y naturaleza del árbol del que somos sus ramas, sus hojas, su fruto, es decir, Cristo. ¿Cómo pues podía Aquél que dijo: Yo soy todo Paz, engendrar uno que era todo guerra?

Hablando de las tinieblas de Egipto y la columna de fuego, Salomón en su Sabiduría dijo: "Que la maldad es cobarde y da testimonio contra sí misma, y siempre sospecha lo más grave, perturbada por su conciencia; pues la causa del temor no es otra que la renuncia a los auxilios que proceden de la reflexión. Porque cuanto menos ayuda se recibe del fondo del alma, tanto mayor se cree en lo desconocido que atormenta".

Salomón hablaba de otros, pero sus palabras se ajustan a la perfección a la reacción del joven Lutero en aquella noche de tormenta. Si no fue Jesucristo quien se le apareció en forma de rayo que casi lo mata, ¿quién fue el que lo tiró del caballo? ¿Y si vio al Diablo por qué salió, cobarde, a esconderse en un convento? El valiente no huye, saca pecho y se enfrenta al peligro, aunque en ello le vaya la muerte. Mejor que a nadie a aquel joven le vale el cuento de san Melitón: Corriendo el ratón fue a esconderse bajo las patas del gato con botas, y aquél, confiando en escaparse, mientras se lo metía o no se lo metía el gato en la boca convencía al felino de guardarlo en su zurrón mientras existía aún la posibilidad de comerse otra cosa. El felino le respondió: Bástele a cada día su afán, y se lo comió. Moraleja: Si el Diablo tiene hambre y te pide pan dale una piedra, y si te pide un pez dale una serpiente, pero no huyas con la mierda entre las piernas.

CAPÍTULO 47.

La propia voluntad

-Debe enseñarse a los cristianos que la compra de indulgencias queda librada a la propia voluntad y no constituye obligación.

El orgullo y la genética andan misteriosamente revueltos en esta Ciencia del bien y del mal. El nacionalismo histórico y la herencia política se suman para aislar al individuo de la realidad y convertirlo en un loco en su jaula de oro, en el mejor de los casos, de

barrotes fabricados con el hierro de las tradiciones y las castas seculares, en el peor. Entre una opción y otra existe siempre una llanura salvaje en la que se le permite a cada cual construirse su cabaña sin molestar a los demás. Lo cierto es que el peso de los pies de cada hombre en las aguas de la historia universal crea ondas que se suman y acaban levantando esos tsunamis revolucionarios de los que Europa, más que ningún otro continente, ha contado tantos.

La lectura de la Historia Universal no engaña. Hay una Inteligencia, paciente pero invencible, que conoce las fuerzas que en el aparente caos graban sus sendas, y esa Inteligencia Omnisciente sabe qué direcciones lleva cada una de esas fuerzas, cómo confluyen, y sabe cómo poner en movimiento nuevos vectores que nadie sino sólo El conoce su dirección y qué efectos han de causar en el escenario universal sus movimientos. Cuando ese Espíritu, maravilloso y puro, que una vez encendiera en las Tinieblas la Luz, encendió en las tinieblas de nuestro destierro de sus brazos la luz arrolladora y apasionada del Amor por su Verdad, nos dio una Ciudadanía, nos dio una nueva vida. Los Primeros Cristianos lo declararon a corazón abierto: Hermanos, ya no somos de este mundo, no somos ciudadanos de ninguna nación; somos hijos de Dios, somos Ciudadanos de su Reino.

¡Qué lejos estamos de aquéllos días! Y sin embargo la pregunta es fascinante, ¿a qué distancia está la eternidad de nuestras manos? ¿A cuántos pasos el infinito de nuestros pies? ¿A cuántas lágrimas de distancia están los brazos de nuestro Padre y Creador? ¡Cuántos suspiros el alma humana tendrá que dar antes de ver el día de la derrota de la Muerte, cuántas heridas en el rostro deberá sufrir el género humano antes de ver la venda en los ojos de la justicia a sus pies! ¡Cuántas plumas tendrán que mojar aún su dedo en nuestra sangre y enviarle al futuro palabras de aliento y de coraje! Y cuántas veces todavía bajaremos la cabeza por todos los errores que cometimos, por todas las monstruosidades que dijimos, por habernos portado como bestias cuando desde el principio late la llama de la libertad de los hijos de Dios en nuestras corazones.

Somos el Género Humano, somos los hijos de una traición, somos los hijos de una guerra que ha dejado en nuestras almas huellas imborrables y cicatrices que perdurarán eternamente. Somos una sola cosa, y sin embargo murallas se alzan entre nuestros pensamientos, barreras invisibles cierran el círculo y nos obligan a seguir tratándonos como si no fuéramos células del mismo ser, o ramas del mismo árbol, alegría de la misma Tierra, aves del mismo paraíso, capítulos de un mismo libro.

Amigo Lutero, hermano Lutero, dime cómo se puede refutar lo que es de cajón. Díme porqué escribías una cosa y tenías en mente otra. Dime porqué le tenías que decir a todo el mundo lo que podía o no podía hacer, lo que tenía o no tenía que decir. Dime porqué tenías que luchar por tus ideas aunque en la batalla enterrases al mundo en sangre y redujeses un mundo a cenizas. Dime porqué te creías más que Aquel que prefirió que lo crucificasen antes que levantar una mano contra su prójimo. ¿No te dijeron que Aquel podía hacer bajar fuego del cielo y a sus órdenes la tormenta se calmaba y hasta los montes se quitaban de en medio? ¿No te dijeron que sólo le hubiera bastado decirle a la tierra que se abriera debajo de los pies de sus enemigos y la tierra se los hubiera tragado con la misma facilidad que tú te comías un pavo de navidad? ¿Tú que querías enseñar a

los demás no te enseñaste a ti mismo, hermano, amigo, que sólo se es cristiano cuando se prefiere la muerte antes que levantar la mano contra el enemigo? ¿Por qué no ofreciste la otra mejilla? ¿Por qué juzgaste, condenaste, odiaste a tus enemigos y basándote en que la fe sola es suficiente para limpiar el alma de todo delito te agachaste a coger la primera piedra que encendió aquella guerra civil entre hermanos que en una Noche, de San Bartolomé la llamaron, devoró a miles? ¿Por qué no les dijiste la verdad a todos los cristianos? A los cristianos no debía enseñárseles a comprar o no comprar indulgencias, debía enseñárseles a no crucificar a Cristo cada vez que pecaban pensando en la remisión de las penas mediante la compra de aquellas diabólicas indulgencias. ¿Por qué no hablaste así de claro?

¿Porque tenías miedo a la hoguera en la que Savonarola ardió por profeta?

Tú eras más inteligente que Huss. ¿Por qué acabar en la hoguera cuando podías acabar ladrando a los pies de tu amo el gran pastor romano, viviendo a cuerpo de rey como esos perros que duermen en la cama de sus amos, o como aquél Bucéfalo que comía en la mesa del príncipe Alejandro, el futuro Magno? ¿Qué decías? ¿Que debe enseñársele a los cristianos a comprar las indulgencias no por obligación sino voluntariamente? Tu sabiduría me alucina. ¿Es que acaso acusabas a tu arzobispo de ir con un látigo por las calles obligando a comprarlas? ¿Puedes jurar ante Dios y ante el Tribunal de sus hijos que tu arzobispo obligó a nadie a comprarle uno sólo de aquéllos papeles malditos? Lutero, amigo, ¿tú que enseñabas a otros no te enseñabas a ti mismo? Escucha: “Nadie puede servir a dos señores, pues o bien aborreciendo al uno, amará al otro, o bien, adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”. Tu pueblo, querido Lutero, hizo su elección una noche, la noche del 12 de febrero del 1112. Aborreció a Dios y amó las riquezas, se adhirió a las riquezas y aborreció al Espíritu Santo.

CAPÍTULO 48.

Una oración ferviente

-Se debe enseñar a los cristianos que, al otorgar indulgencias, el Papa tanto más necesita cuanto desea una oración ferviente por su persona, antes que dinero en efectivo.

-Jajajejejuijuojuajajjjhjajaja, se revolcaron de risa los encargados de revisar estas Tesis. Y siguieron: Quiero ver la cara del “santo padre” cuando lea esta basura. Encima que les robamos hasta los calzoncillos este fraile va a enseñarles a darnos las gracias. No para de sorprendernos la humanidad.

Pobre hermano Lutero. No se creyó nunca que el Diablo anduviera rondando su celda. La suya era una mente racional, moderna. El Diablo no existe, y si existe no tiene ningún poder contra la Cruz. Vete Satanás al Infierno, eres producto de mi imaginación -le gritó el pobre fray Martín a la pared en uno de sus arrebatos por mantenerse cuerdo. Dios mío- se dijo-estoy hablando con la pared; me estoy volviendo loco. Y era verdad, le estaba hablando a la pared, estaba hablando con las paredes de su celda, estaba ya a dos pasos de la locura. Que recorrió inocentemente al creer que los traficantes de almas iban a darle la bienvenida al negocio. Y quién sabe, si todo le salía bien hasta podía aspirar a ser él aquél que...

Qué astuto es el Demonio. Qué bien sabe borrar sus huellas.

CAPÍTULO 49.

El temor de Dios

-Hay que enseñar a los cristianos que las indulgencias papales son útiles si en ellas no ponen su confianza, pero muy nocivas si, a causa de ellas pierden el temor de Dios.

-Este fraile es tonto. ¿Cómo habéis dicho que se llama? -preguntó "el santo padre" cuando por fin le leyeron las Tesis-. El negocio se funda en la abundancia del pecado, y donde abunda el pecado no hay ningún temor de Dios, y si hay temor de Dios no hay pecado y si no hay pecado no hay indulgencias y si no hay indulgencias no hay negocio. ¿Y decís que es teólogo? Andad y decidle de mi parte que se limite a la teología. Con un tonto como éste por socio ya me diréis quién me paga a mí "la choza". ¿Y decís que todavía hay más tonterías como ésta?

Escuche, escuche, altísima santidad:

CAPÍTULO 50.

Los predicadores de indulgencias

-Debe enseñarse a los cristianos que si el Papa conociera las exacciones de los predicadores de indulgencias, preferiría que la basílica de San Pedro se redujese a cenizas antes que construirla con la piel, la carne y los huesos de sus ovejas.

-Quitad, quitad eso de mi vista- resopló el Sumo Pontífice-. ¿De qué orden decís que es? ¿De alguna misionera? Para mandarlo a la China por lo menos lo digo. Ah, que sólo es un vulgar agustino. Qué pena. ¿Y qué es lo que quiere a la postre?

Los consejeros del "sumo pontífice" se rieron a carcajadas. -¿Qué va a querer, santidad? Lo que todos, llegar al postre. Juajuajaojaeijajjja. Pero claro, su altísima excelencia no conoce las exacciones de los predicadores de indulgencias, así que no hay ningún problema, despachamos un decreto papal, le cerramos la boca a semejante infeliz y pasamos a otra cuestión.

-¿Iba para abogado, decís?

El "santo padre", como era malo y su norma era piensa mal y acertarás, se desconfiaba mucho de los inocentes corderitos que amenazaban con guerra mientras reclamaban paz, así que soltó el exabrupto: -De todos modos no hubiera hecho carrera. Decidle que si quiere guerra la tendrá, que al Vicario de Dios en el Universo no lo amenaza ni Satanás.

Era malo aquél obispo de Roma. Y más malos todavía los que le servían. Ni uno sólo bueno había al servicio de "aquél señor". Así que es de imaginar cómo se revolcaron por el suelo de risa, que casi hasta les da un infarto, cuando oyeron la siguiente proposición:

CAPÍTULO 51.

La basílica de San Pedro

-Debe enseñarse a los cristianos que el Papa estaría dispuesto, como es su deber, a dar de su peculio a muchísimos de aquellos a los cuales los pregoneros de indulgencias sonsacaron el dinero aun cuando para ello tuviera que vender la basílica de San Pedro, si fuera menester.

Hablando de las apariciones de los demonios el bueno de san Antonio, del que ya he citado algunas palabras anteriormente, dijo lo siguiente: "el ataque y su aparición están

acompañados de ruidos, bramidos y alaridos; bien podría ser el tumulto de muchachos groseros o salteadores”.

Bueno, desde fuera del recinto donde le leían a aquél obispo romano las Tesis de Lutero, en cuanto se oyó esta no pudo aguantar nadie la risa y el recinto se transformó en lo más parecido a una aparición de los demonios según san Antonio. Se partían las mandíbulas de los berridos.

-Repite eso de que el papa estaría dispuesto a... a... -no acababa la frase, le entraba el ataque y se partía de gusto.

-Espera, espera, ahora eso de que para ello tuviera que vender la basílica de san... -tampoco acababa de hilar la frase.

Los criados que aguardaban fuera las órdenes todopoderosas de sus señores y escuchaban el jaleo que tenían organizado dentro se preguntaban qué estaría pasando en el Vaticano. ¿Habrían contratado a una tropa de saltimbanquis, rameras extorsionistas y sodomitas *cuentachistes*? ¿Estarían celebrando una bacanal al mejor estilo clásico?

-Qué bueno, qué fantástico, yo quiero volver a escuchar eso de nuevo, jua juajua jaujuju jujojojo jejejiji no puedo más, me parto -de esta manera miserable, sobre la sangre de un conflicto que sólo en Francia, se dice, provocó un millón de muertos, aquéllos discípulos del Diablo se reían de la amenaza de quien con una mano les ofrecía la paz y con la otra la guerra.

Incapaz de creer Lutero que fueran a decidirse por la segunda, convencido el abogado metido a fraile de que elegirían la primera, de esta manera engañado por el mismo Diablo que contratara a su servicio a los siervos de su enemigo, fray Martín cometió la segunda equivocación de su vida.

La primera fue meterse a fraile por un susto de muerte, algo que le pasa a alguien todos los días.

La segunda aspirar a más de lo que su condición de fraile le permitía. Y digo la segunda porque conociendo el orgullo de quien no quiso ni supo dar marcha atrás cuando comprendió que jamás podría ser sacerdote a la imagen y semejanza de Cristo, tampoco su orgullo le dejaría dar marcha atrás una vez hecho público su Manifiesto.

El Diablo, que lo sabía, lo engañó convenciéndole de la respuesta positiva que sus eminencias le darían. Ignorante, con la ignorancia del que se creía conocer las profundidades del trono de Satanás, y al final no resultó ser más que un muñeco en las manos del Diablo, Fray Martín pecó, como aquella Eva y su marido, de inocencia fatal. Había que ser un inocente como una catedral para escribir la siguiente tesis y creer que a los obispos les estaba diciendo algo nuevo:

CAPÍTULO 52.

La confianza en la salvación

-Vana es la confianza en la salvación por medio de una carta de indulgencias, aunque el comisario y hasta el mismo Papa pusieran su misma alma como prenda.

Inocente hasta hacer el tonto tenía que haber sido Lutero para creer que una Institución Divina que había resistido el shock de un terremoto de naciones amenazando sus cimientos se iba a inmutar oyendo la amenaza de un fraile cuyos únicos méritos eran ser Doctor en Filosofía y Teología. Como aquella Eva que creyó en la palabra del Diablo y confiando en su palabra de hijo de Dios comió del fruto prohibido, fray Martín creyó que en ese nuevo Olimpo de dioses romanos cabía la figura de un Doctor en Teología calmando con su sabiduría la crítica de los cristianos contra las Indulgencias. A cambio de ser elevado a la dignidad divina Lutero prometía apagar la llama de una Reforma que, pedida a gritos y callada a base de decreto pontificio, amenazaba con dar su último alarido. Y cuando el pueblo alemán se enfadaba, aquel bárbaro que llevaba dentro y aún estaba en vías de civilización y una vez hizo temblar a un imperio, podría barrer de la faz de la Historia la existencia de los estados pontificios. ¡Con todo, lamentable es decirlo, vano era el discurso que nuestro héroe mantenía con su orgullo de alemán de raza pura! Quienes no se asustaban del Diablo no iban siquiera a sentir fiebre por un teutón con sotana, puesta a la ligera y reclamando para sí mitras y beneficios, dijera lo que dijera.

-¿Cuál es la siguiente, cuando por fin pudo articular sus mandíbulas desencajadas de la risa rogó uno de aquéllos que se la leyeran.

-Escuchad esta; esta es todavía mejor:

CAPÍTULO 53.

Los Enemigos de Cristo

-Son enemigos de Cristo y del Papa los que, para predicar indulgencias, ordenan suspender por completo la predicación de la palabra de Dios en otras iglesias.

Era el Papa quien había dado esa orden. Difícilmente podía ser enemigo de sí mismo el hombre que tal orden diera. Si lo que Lutero quería decir es que el obispo de Roma y sus legados para las indulgencias estaban tirando por los suelos la gloria del Sucesor de Pedro, el hombre tenía toda la razón. ¿Lo que proponía entonces qué era, que se suspendiese la prédica de las indulgencias o que se siguiese predicando pero dentro de un orden?

Inútil por tanto que sigamos por esta vía. Martín Lutero fue un hombre de su tiempo. Su época vivía bajo el signo de una revolución sin precedentes en la Historia de la Humanidad. La mentalidad de sus habitantes se hallaba en la cresta de la ola. Desde lo alto el hombre se veía a sí mismo y su misión en el universo con ojos nuevos. Dentro y fuera de Alemania el mundo estaba en efervescencia. Él era joven, inteligente. Como abogado hubiera podido aspirar a una prosperidad económica y a una situación social cómoda, pero como hombre de la Iglesia el horizonte tenía por límite el papado. Los casos de monjes de origen humildísimo que habían llegado a lo más alto de la escala eclesial sonaban aún en la memoria de los siglos. El más sonado era el del mismísimo Gregorio VII, el célebre autor de las 27 fórmulas mágicas para transformar a un mortal en un dios. Nadie sabía quiénes fueron sus padres ni si se lo encontraron en una cestita como al Moisés. El hecho es que la Iglesia era el único estamento social donde un hombre del pueblo podía levantar su cabeza hasta ponerla a la altura de las de las más nobles cunas. Y, como se ve del ejemplo del autor de las 27 fórmulas mágicas, incluso más alto todavía; tan alto que no miró para abajo al mismo Jesús por respeto al que dijo que no está el siervo sobre el Señor. Aparte de este clásico los ejemplos de sacerdotes monjes que desde la más humilde cuna se habían elevado al Trono del Sucesor de Pedro no le faltaban a fray Martín. Podía llegar o no podía llegar, lo que desde luego no iba a hacer era dejar pasar la ocasión sin intentarlo. Para algo era hijo de un luchador que supo abrirse camino y no se dejó vencer por las dificultades. La sangre le imponía su ley. Y las circunstancias le abrían camino. ¿Por qué iba a dejar de intentarlo? Era Maestro en Artes y en Sagrada Escritura, tenía amigos, discípulos, inteligencia no le faltaba. Era un Pacto peligroso el que le estaba ofreciendo a los obispos, ¿pero qué?, aquéllos eran tiempos peligrosos.

CAPÍTULO 54.

La palabra de Dios

-Oféndese a la palabra de Dios, cuando en un mismo sermón se dedica tanto o más tiempo a las indulgencias que a ella.

El peligro era parte de la aventura de los descubrimientos, y del negocio de las indulgencias. Que desde la Sagrada Escritura se pueda refutar una declaración sobre la que es imposible que la Sagrada Escritura diga algo porque los profetas no conocieron la Indulgencia papal, ni los Apóstoles soñaron con un modelo tan avanzado de corrupción, la verdad, pues no. Pero como la verdad de la tesis es tan evidente me parece que el reto no le conviene. La cuestión que de verdad le conviene es la siguiente: ¿Aunque conocieron las Negaciones de Pedro le retiraron los Apóstoles la Jefatura que le concediera Dios?

CAPÍTULO 55.

La intención del Papa

-Ha de ser la intención del Papa que si las indulgencias (que muy poco significan) se celebran con una campana, una procesión y una ceremonia, el evangelio (que es lo más importante) deba predicarse con cien campanas, cien procesiones y cien ceremonias.

Para un aspirante a Papa -debieron pensar sus jueces -el fraile tiene labia y conciencia de la misión pontificia. Lástima que los tiempos no estén para beatos y santos. Que se calle o lo callen.

CAPÍTULO 56.

El pueblo de Dios

-Los tesoros de la iglesia, de donde el Papa distribuye las indulgencias, no son ni suficientemente mencionados ni conocidos entre el pueblo de Dios.

¿Se puede callar al Niágara? ¿Se le puede ordenar al relámpago que no bata tormentas? ¿O prohibirle al águila que otee las distancias, y al Himalaya que tenga la cara blanca como la nieve, y al Mississippi que lleve agua, a la primavera que se vaya, y a la

mujer que para y al hombre que piense? Lutero tenía que hablar porque nació con el don de la palabra. Tenía que analizar y llegar a sus conclusiones porque el hombre fue creado para pensar, deducir, decidir y hacer. Lo que él estaba viendo era un crimen y había que repararlo; él podía ser un aliado maravilloso o un enemigo formidable. Lo uno o lo otro tendrían que decidirlo los obispos. Personalmente a él no le cabía en la cabeza que fueran a rechazar su oferta. La acumulación de cólera que se estaba almacenando en su pueblo estaba llegando a un punto de explosión tal que o alguien mantenía en su sitio la espoleta o la bomba haría que la unidad entre las iglesias alemana e italiana saltara por los aires. ¿Refutar esta tesis desde la Sagrada Escritura? La pena es que su conocimiento sobre dónde se hallaban los tesoros de donde procedían las indulgencias no se lo revelara nunca a nadie y hasta hoy todavía haya tontos buscándolos. Todo lo más que se puede decir sobre el origen de las indulgencias es que vinieron al mundo el día que el corazón de los santos obispos de los primeros tiempos tuvieron misericordia de las lágrimas de los cristianos que temblaron ante la tortura y, por el amor a Dios y a todos los santos, suplicaron que se tuviera con ellos la caridad que ellos habían practicado toda su vida con los pobres, hermanos en la fe o simplemente seres humanos caídos bajo las ruedas de la fortuna. Este fue, a lo que mi mirada alcanza, el origen y cuna de las Indulgencias; y los tesoros que le dieron vida fueron la caridad cristiana más pura y el amor de los santos mártires hacia sus hermanos más débiles, quienes desde la antesala de la cámara de tortura solicitaron el perdón en memoria de la sangre que ellos derramaban por y para la gloria del Juez Universal, el Amado Jesucristo, Rey, Señor y Dios nuestro. Si alguna doctrina sobre las indulgencias hubiera debido enseñarse era ésta. Pero claro, ésta era la doctrina oficial de la iglesia romana al respecto, ¿así que de qué tesoros estaba hablando el fraile alemán?

CAPÍTULO 57.

Los pregoneros

-Que en todo caso no son temporales resulta evidente por el hecho de que muchos de los pregoneros no los derrochan, sino más bien los atesoran.

Consciente o inconscientemente atraído a una disputa entre criaturas en proceso de desbarbarización a uno no le queda más que tomarse un respiro, olvidarse de sus métodos de manipulación, de sus intereses privados y yendo directos al grano empezar a cerrar esta polémica entre hijos de su tiempo: “Porque Dios no nos quiere salvar por propia justicia y sabiduría, sino por una extraña, por una justicia que no viene de nosotros, ni de nosotros nace, sino que nos llega de otra parte; no brota de nuestra tierra, sino que baja del cielo: Hay, pues, que enseñar una justicia, que viene completamente de fuera y es una justicia extraña. Por eso es menester comenzar por extirpar la propia justicia, agazapada

en nosotros" dijo otro día el mismo que escribió estas Tesis. Y bueno, pues que el manzano da manzanas y alguna vez que otra el olmo da peras para gloria del Creador del Universo, al importar esta sentencia a estas páginas sólo pretendo resaltar la ignorancia del Lutero teólogo. ¿Se puede ignorar que la Redención echó sus raíces en la ignorancia de Adán, y que sin aquella ignorancia humana sobre quién era el Diablo no habría tenido lugar Sacrificio Expiatorio? ¿Y cómo hacerse el sordo al grito de venganza que Adán diera y recogiera su Dios como fuente de la Justicia que luego nos fuera concedida porque nos fue reconocida su legalidad mediante la Redención? Y no digo más, a no ser lo dicho, que habiendo sido la necesidad la que ha reabierto este Debate, nunca cerrado, esta necesidad no puede cegar nuestra inteligencia a la hora de comprender que estamos razonando sobre razonamientos dados a luz por -desde nuestro nivel de conocimiento de Dios, del Hombre y del Universo- por auténticos bárbaros. ¿O cómo llamaremos a quienes enseguida pasaron de las palabras, cogieron las quijadas de asnos y empezaron a matarse a golpes, siguiendo cuya senda llegaron a la Matanza de los Campesinos, de día, y por la noche, a la Matanza de San Bartolomé?

El libro de la Historia Universal no miente, siempre que un individuo y su grupo se creen mejor que el resto de los que le rodean la Caída en la barbarie criminal es el paso siguiente. ¿Los tesoros de Cristo? ¿Los tesoros de la Iglesia?

CAPÍTULO 58.

Los méritos de Cristo

-Tampoco son los méritos de Cristo y de los santos, porque éstos siempre obran sin la intervención del Papa la gracia del hombre interior, y la cruz la muerte y el infierno del hombre exterior.

¿Qué es el ser humano sin la gloria de la libertad de un hijo de Dios? Evidentemente lo que la Historia Universal nos confirma: la sala donde se reúnen las bestias para afilar las garras y los colmillos antes de la guerra santa.

¡Cómo no van a ser el tesoro de la Iglesia esos méritos! Lo que no se puede hacer con ellos es lo que estaban haciendo León X y sus consiervos, coger esas perlas y tirárselas a los cerdos. ¿O es que la gloria de los cristianos no son su Rey y sus Hermanos? Pues claro que sí, hermano Lutero, pero si para imponer tu verdad niegas la fuente de la que procede toda verdad cometes el delito del que para curar la enfermedad mata al enfermo. Como los reyes de antiguo, los papas se pueden poner y deponer, mas el obispado de Roma no se puede borrar del mapa eclesiástico mientras exista una ciudad que se llama Roma. Ahora bien, si tienes el poder de ordenarle a la tierra que abra su boca y se trague la

llamada Ciudad Eterna, adelante. Que la Iglesia Cristiana sea romana por naturaleza, pues no, que el obispado de Roma sea romano, pues sí. Cada cosa quiere lo suyo. Tan grande es tu verdad como inmensa la mentira con la que la defiendes. ¿O no lo ves, hermano Lutero? El tesoro de los cristianos, y por tanto de la Iglesia, es Cristo y su Casa. Que esta gloria la hemos heredado de la Iglesia, pues sí, porque sin la Iglesia no creo que los judíos se hubieran molestado en decirnos que Cristo es nuestra gloria. Que la Iglesia sea el Papa y por tanto sin el Papa nada tenemos, pues no. Porque antes que el obispado de Roma fuera fundado ya existía la Iglesia y sin el papa Cristo era ya el tesoro de su Casa y su Casa el tesoro de todos los cristianos. Así que como ves, el odio te ciega, hermano Lutero. Sin la Iglesia Católica nunca hubiera llegado a tu conocimiento la existencia de la Sagrada Escritura. Lo que tú querías es una carrera de relevos y como el que llevaba el testigo no te lo pasaba lo que planteaste en vez de una Reforma fue una conspiración para matar al corredor y quedarte tú con toda la gloria, ¿o no?

¿Que mire al corredor y te diga si sí o si no era un tipo indigno? ¿Qué quieres que te diga? El Señor que los contrata es el que los juzga y el Diablo que los pervierte quien los acusa. No seas por lo tanto más listo de lo que se espera de un profesor de teología. ¿Que tiran las perlas del Tesoro de Cristo y sus santos a los puercos? Su Señor es Dios Fuerte para mandarlos a donde se merecen según su propia Palabra: “No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. Muchos medirán en aquél día: ¿Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Yo entonces les diré: apartaos de mí, obradores de iniquidad” (la verdadera sabiduría, San Mateo). Inmediatamente en el siervo del centurión se ratifica con más claridad, diciendo: “Os digo, pues, que del oriente y del occidente vendrán y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes”.

Hermano Lutero, ¿quién eres tú para convertirte en juez de los siervos de tu Señor? No te conviertas en juez de tu prójimo. Mira que el Diablo se sirve de la vanidad de la Razón para sembrar en los corazones la idea de la predestinación y su llamada a grandes hazañas sólo aptas para sus elegidos. ¿No fueron estas tus palabras exactamente?: “La prostitución, los grandes crímenes, la embriaguez, el adulterio, ésos son pecados que se notan. Pero cuando llega la razón, la novia del diablo, la bella ramera, y quiere ser prudente y piensa que todo cuanto dice es del Espíritu Santo, ¿quién le pondrá remedio? Ni el jurista, ni el médico, ni el rey, ni el emperador, porque es la más alta ramera que tiene el diablo”. ¿Por qué crees entonces que el Diablo te enseñó el trasero antes de morirte, porque tú le distes a él o él te dio a tí su novia por ramera? De no haber sido ella tu consejera cómo hubieras podido decir esto otro:

CAPÍTULO 59.

Los tesoros de la iglesia

-San Lorenzo dijo que los tesoros de la iglesia eran los pobres, mas hablaba usando el término en el sentido de su época.

No seas superficial, hermano Lutero. Aquí muestras el síndrome de los generales que para magnificar su victoria resaltaban el poder del enemigo. ¿Te imaginas qué méritos hubieran sido los de Cristo si hubiera pasado por la vera de los pobres sin darles ni pan ni pescado ni curado la menor enfermedad? ¿Y cuáles los de Francisco de Asís si no hubiera hecho de los pobres su causa? Hermano Lutero, lo que hace la santidad no son los títulos, como muy bien afirmas y se pretende, sino la relación entre el Débil y el Fuerte. Verás, el Fuerte tiene delante dos opciones, la de aplastar al débil o la de alargarle la mano y convertirse en su abogado defensor. En el futuro, hermano Lutero, los hijos de tus hijos, engañados por esa Razón que llamas ramera del Diablo, y con la que te desposaste tan alegremente a la manera que Salomón con la Sabiduría; tus hijos elegirán la opción primera.

No lo verás, pero nadie los llamará santos. ¿Qué es lo que define entonces la santidad? Necesariamente la elección segunda. Y será dentro de esta relación entre Cristo y los pobres que hablando de su Hijo lo llame su Padre: Dios Fuerte. De manera que los tesoros de la Iglesia van unidos, como muy bien dijo el santo Lorenzo, a los pobres. Su abandono en las calles a su soledad es vergüenza y miseria que los siervos echan sobre su Señor y los hijos sobre su Padre. ¿Comprendes ahora, hermano Lutero, que no puedes afirmar una cosa y negar la otra? Al hacerlo divides, no unes; destruyes, no edificas, y te haces objeto del final de la Palabra del Jesucristo del quien decías interpretar su voluntad. ¿La recuerdas?

“Aquel, pues, que escucha mis palabras y las pone por obras será el varón prudente, que edifica su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa; pero no cayó, porque estaba fundada sobre roca. Pero el que me escucha estas palabras y no las pone por obra ¿vuelves a escuchar el Juicio de Dios sobre tu doctrina de la fe sola?-será semejante al necio, que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa, que se derrumbó estrepitosamente”. ¿Ves hermano Lutero como la Fe sin las Obras es fe muerta? ¿Ves hermano Lutero cómo por no dominar ese celo que te consume acabas cavando tu propia ruina con afirmaciones tan falsas como la que sigue?:

CAPÍTULO 60.

Las llaves de la iglesia

-No hablamos exageradamente si afirmamos que las llaves de la iglesia (donadas por el mérito de Cristo) constituyen ese tesoro.

Hermano Lutero, Dios no le dio a Cristo las Llaves del Reino de los cielos por sus méritos. Las Llaves del Reino de los cielos son Herencia y Patrimonio del Rey de los cielos. ¿O tú no eres el dueño de las llaves de tu casa? Como cualquiera que se va de viaje y le deja las llaves de su casa a su esposa, así Jesucristo al irse a su Mundo le dejó la Llave de su Casa a su Esposa. Pero si aparte de estas Llaves existen otras con las que la Iglesia cierra y abre las puertas de acceso a su Cuerpo, de esto yo no entiendo, aunque me parece natural que como en cualquier otra cosa sólo acceda a su sitio quien cumpla unas reglas. Y quien quiere ser juez deba estudiar justicia, y quien quiera ser herrero deba aprender el oficio, y así con todas las cosas. Perdona que te contradiga, pero hablas exageradamente, y te equivocas al creer que estas Llaves y no los pobres somos la causa de esos Méritos que forman el Verdadero Tesoro de la Iglesia.

CAPÍTULO 61.

La potestad del Papa

-Está claro, pues, que para la remisión de las penas y de los casos reservados basta con la sola potestad del Papa.

Hermano Lutero, se te ve la pata por debajo de la puerta. Un hombre con treinta y cuatro años, que son los que tú tienes a la fecha, 31 de octubre del 1517, tiene su pensamiento y su opinión formados, y no puede decir mañana infierno donde ayer dijo gloria, a menos que lo uno como lo otro estén en razón de intereses ocultos. ¿Hoy te declaras fiel creyente del papado y al siguiente lo llamas anticristo porque no respondieron sus criados a tus intereses según lo planeado? Esto no es de Discípulo que se atiene a la Enseñanza del Maestro: “Sea tu hablar Sí, sí; No, no; todo lo que pasa de esto del Mal procede”. ¿Qué me obligas a pensar, hermano Lutero? ¿Que Jesucristo era tu

Maestro pero tú tenías tu propia doctrina? ¿Que Jesucristo estaba muerto y tú estabas vivo? ¿Que donde El dijo "Sí, sí; No, no" tú pusiste: Sí, sí, pero no; No, no, pero sí?

CAPÍTULO 62.

El sacrosanto evangelio

-El verdadero tesoro de la iglesia es el sacrosanto evangelio de la gloria y de la gracia de Dios.

Nada más que por esta declaración te merecías sentarte en el Trono del Obispo de Roma. Hermano Lutero, otra vez será.

NOVENA PARTE

Sobre la Historia del Cristianismo

Al final del siglo primero, después de Nerón, abierta la veda de las persecuciones anticristianas, y para que su Pueblo no se dejase agobiar por la idea de haber sido abandonado a su suerte, el Hijo de Dios, sentado a la Diestra de su Padre, y desde su Trono Sempiterno le envió un ángel a su Discípulo Juan. Este Ministro del Rey que Dios le ha dado a toda su Creación, y no hay otro ni habrá jamás Rey alguno sobre las criaturas del universo fuera de Jesucristo, se le presentó al último Apóstol vivo, Juan, y le dio el libro que llamamos El Apocalipsis. En esta última revelación el Señor Jesús le anunciaba a su Pueblo la Caída del Imperio Romano.

Yavé Dios, Padre de Jesucristo, le había anunciado a su pueblo, los hijos de Israel, la Caída del Imperio Romano a través de la mano del profeta Daniel. Gran parte de la conducta de los judíos que se rebelaron contra el Imperio del César Tiberio tuvo en la profecía de Daniel su cuna. La de los Apóstoles, siendo hebreos de nacimiento, y precisamente porque lo fueron, se basaba igualmente en el texto de Daniel. Los Apóstoles creían en la próxima Caída del Imperio Romano porque así estaba escrito en el Antiguo Testamento. Interpretando a la luz de los tiempos la profecía de Daniel los Apóstoles consolaban a los Primeros Cristianos recordándoles cuál sería el futuro de sus verdugos. Pero aunque no hubieran tenido el testimonio profético de Daniel tenían el espíritu de Hijo que les descubría cómo el corazón del Padre ardía en fuego y sus llamas consumirían al César y toda su obra. Dios mismo, queriendo volver a dar Testimonio de la Promesa que hizo en Daniel, le dio libertad a su Hijo para que le enviara uno de sus Ministros a San Juan, y mediante escrito ratificase lo dicho: El Persa sería destruido por el Griego, el Griego por el Romano, y el Romano por Cristo, cuyo reino no sería destruido jamás.

Las palabras del propio Rey de la Gloria, Jesucristo, hablando del Castigo Divino contra el Imperio Romano fueron claras, contundentes y precisas: “Sal de ella, pueblo mío, para que no os contaminéis con sus pecados y para que no os alcance parte de sus plagas; porque sus pecados se amontonaron hasta llegar al Cielo, y Dios se acordó de sus iniquidades”. (Muchas consecuencias podemos destacar de esta Sentencia. Vemos que si el Hijo confirma la Sentencia Divina firmada por el Padre, siendo los Ministros de ambos, Daniel y Juan, uno en el mismo Espíritu Santo, en esta Confirmación se aprecia la advertencia y el consejo unidos en un mismo lazo. La Sentencia era firme y caería sin tener en cuenta quien mirase para atrás. La advertencia era para todos los cristianos y el consejo también. El Dios que le daría el doble a la Gran Ramera no detendría su látigo en consideración a los cristianos que se hallasen aún entre sus brazos. Obviamente en este terreno entra en juego la opinión de los herederos espirituales de Martín Lutero y Cía.,

gente en comunicación directa con el Espíritu Santo. Según la sabiduría infusa de tales herederos la Gran Babilonia de la profecía de Jesucristo ora es la Iglesia Católica ora son los Estados Unidos de América. De acuerdo a tales intérpretes el Universo ha nacido con ellos y dos mil años de pensamiento y experiencia no les valen para nada a ellos, que tienen por consejero privado al Espíritu Santo.

Mi consejo es que nadie confunda la Iglesia Católica con el obispado romano. Aunque el Papado haya pretendido relevar a Cristo de sus poderes y concentrarlos en las manos de la Curia Italiana, convirtiendo los Tesoros de la Iglesia en una Banca Privada, por cuyo control financiero las mafias púrpuras se matan -a imagen de los antiguos clanes aarónicos del Templo de Jerusalén-, bajo cuyo fuego pereció Juan Pablo I, según se cuenta, y precisamente por esta remodelación del Nuevo Templo a la imagen y semejanza del Antiguo nadie debe confundir la Realidad Sempiterna de la Iglesia con los intereses privados de un Obispado Metropolitano. Es mi consejo, la advertencia va implícita en la profecía).

Desgraciadamente no es este lugar para hacer un resumen de los crímenes contra la Humanidad cometidos por el Imperio de los Romanos. La lista de sus guerras civiles y de exterminio de todos sus enemigos, las *memoirs* de la corrupción de su *way of life* y la degeneración progresiva experimentada por su sistema social desde su fundación hasta la ascensión de la dinastía de los Claudios, estos pasos han sido descritos por historiadores de todos los tiempos y tendencias. Lo que aquí nos afecta es cómo a su inmensa lista de crímenes en nombre de la Civilización, por los que ya de por sí sólo el nombre Romano le hacía a Dios hervir la sangre, cómo esa larga lista de crímenes contra la Humanidad se completó el día en que, sin poder ser probada su culpabilidad en el origen del Incendio de Roma, miles de cristianos fueron asesinados sin nadie que defendiera su causa.

Destrozado como Padre y como Juez que oye el grito de justicia, Dios dio a conocer su Juicio sobre la Gran Babilonia, la Ramera que comerciaba con todas las naciones: "Dadle según lo que ella dio, y dadle el doble de sus obras; en la copa que ella mezcló mezcladle el doble; cuanto se envaneció y entregó al lujo, dadle otro tanto de tormento y duelo. Ya que se dijo en su corazón: Como reina estoy sentada, yo no soy viuda ni veré duelo jamás; por eso vendrán en un día sus plagas, la mortandad, el duelo y el hambre, y será consumida por el fuego, pues poderoso es el Señor Dios, que la ha juzgado". (Cómo se puede manipular un texto y ponerlo al servicio de un odio personal contra una entidad concreta, sea la Iglesia Católica o los Estados Unidos de América, es uno de esos fenómenos a los que nos tienen acostumbrado los fanáticos y los fundamentalistas de todas las épocas. No importa la Escritura, sagrada o profana, que caiga en sus manos esos maestros de la justificación del crimen contra la Humanidad en doctrinas inspiradas en el amor a Dios, a la verdad o a cualquier otra excusa, no dudan en retorcer las palabras hasta que logran convertir el cerebro del ignorante en un chicle listo para ser escupido de la boca contra el prójimo, ese enemigo malvado, demoníaco y pérfido que no quiere doblar sus rodillas y prefiere morir de pie a vivir en pompa ante el genio de semejantes serpientes con lenguas de oro sacro. La interpretación que la Reforma puso de moda al principio, la Iglesia Católica era la Ramera del Apocalipsis, y al final ha desviado hacia los Estados Unidos de América es uno de esos fenómenos a los que se les ajusta perfectamente el proverbio: Tropezaron con la piedra angular y se partieron la cabeza).

Volviendo ahora a la actualidad, el Juicio de Dios contra el Imperio Romano era firme. Si para la fecha su declaración tenía que mover a risa a los romanos, cuyo Imperio se encontraba en alza después de la dinastía de los Claudios, su anuncio les sacó lágrimas de alegría a los cristianos. Estos lo saludaron con júbilo, lo saludaron con saltos de alegría, lo saludaron con canciones y salmos, lo saludaron con gracias al Cielo y gracias a la Creación entera. Lo que habían sufrido bajo Nerón y seguían sufriendo sus hijos bajo el Imperio de los Romanos no hay palabra en este mundo que pueda describirlo. A mí me gustaría levantarle un monumento a aquellas generaciones de mujeres y hombres, ancianos y niños asesinados por el solo delito de llamarse cristianos. A mí me gustaría que aquellos que ven cómo le matan a un padre sus hijos y lo acusan de monstruo cuando ese padre fuera de sí se levanta y desgarra y devora y descuartiza y se pinta la cara con la sangre de sus enemigos, a mí me gustaría que esos que levantan su voz pidiendo justicia contra ese padre en pleno trance de venganza fueran algo más que animales imitando al Hombre. Pero no es de esperar de quienes son incapaces de comprender este estado de ánimo que puedan siquiera comprender la justicia en el Anuncio de la Caída del Imperio contra el que se levantara la Creación entera. Que sigan predicando el pronto aniquilamiento de la Iglesia Católica y juzguen a los Estados Unidos de América por convivir con "esa Ramera" y lo condenen a la misma suerte. Del loco sus locuras. Que el cristianismo persiguió al paganismo hasta destruir todos sus ídolos y redujo sus templos a escombros, y sus sacerdotes cayeron bajo las piedras el día de la Caída de la Gran Ramera Romana, no seré yo quien lo niegue; ellos se sentenciaron a muerte a sí mismos cuando acusaron a los cristianos de haber incendiado Roma y siguieron acusándolo ante los emperadores, siendo los verdaderos artífices ideológicos detrás de las persecuciones. ¿Por qué va a lamentarse el hermano vivo de la muerte de los asesinos de sus hermanos? ¿Qué locura es esta que el Modernismo quiere imponer como salud mental? ¿De qué tenían que estar agradecidos los cristianos a los sacerdotes paganos del Imperio? Dicen los abogados del diablo que Constantino ordenó matar a sacerdotes paganos y despojó sus templos de sus riquezas para construirse su Ciudad. No dicen esos fiscales de Cristo que esos mártires fueron los asesinos que bajo el imperio de Diocleciano, a dos días a la vuelta del tiempo, asesinaron y expropiaron a miles de criaturas cuyo único crimen fue no doblar sus rodillas ante ningún emperador. Se callan esos genios de la manipulación que fue en aquel Oriente, contra el que Constantino dejó caer con más dureza su espada, donde Diocleciano y su César dejaron caer todo el peso de su odio anticristiano. El grito de venganza clamaba al Cielo entre las poblaciones salvadas de la destrucción por ese mismo Constantino al que llaman asesino esos jueces que no dejan pasar un mosquito y se tragan una piedra de molino. Y en fin, así podríamos estar refutando a los fiscales del Cristianismo hasta el milenio que viene. Uno de tales fiscales se lamenta de haber sido los antiguos templos convertidos en burdeles. Otro acusa al emperador de los cristianos de haber perseguido a los que persiguieron bajo Diocleciano y su César a todos los cristianos del Oriente. Hombre, ¿pero la ley no es la misma para todos? ¿O la ley que dice No matarás, excusa el crimen si el que muere es un perro cristiano? ¿O acaso la ley romana no tenía de toda la vida en las galeras y las minas sus campos de trabajo? ¿Se inventó algo nuevo Constantino? Otro genio culpa a los cristianos de la muerte por asesinato de Juliano el Apóstata, como si los generales romanos y el Senado no se llevasen matando antes del Nacimiento de Cristo y la muerte de aquel santo pagano que fue contra la corriente del universo, solo contra todos, como en las películas, no hubiera sido una cuenta más del rosario de crímenes que empezó ensartando la República y completó el

Imperio con asesinatos para todos los gustos. Lo dicho, podría estar tocando este tema de la relación del Cristianismo con el Imperio, primero como perseguidos, y luego como Vencedores, hasta el próximo siglo. La Victoria no está en juego. El vencido es libre para justificar por qué persiguió durante tres siglos a los cristianos.

Lo importante -desde el estudio de los hechos consumados-es que Dios dijo y nada ni nadie en este mundo podría hacer que retirara Dios su Juicio. Como lo dijo, así se haría. Por su Honor y por su Gloria de Padre que el Imperio Romano desaparecería de la faz de la Tierra. Nada ni nadie en este mundo, ni aunque sus siervos contrataran por rey y señor al mismísimo Zar de las Rusias todopoderosas, nadie ni nada en este universo ni en ningún otro podría abolir la sentencia contra el Imperio Romano. Por la sangre de sus hijos aunque el emperador romano se escondiese en el mismísimo altar mayor, hasta allí lo alcanzaría el Juicio de Dios contra su Imperio.

Y vuelvo a recordar que la Sentencia fue dada después de la extinción de la dinastía de los Césares locos, cuando una vez más el Imperio de los Romanos parecía resurgir más fuerte de la prueba, como lo hiciera tantas veces de sus guerras civiles. Sin ir más lejos por esos años a la dinastía de los Claudios le sucedió la de los Antoninos, estirpe de generales nacidos para vencer y seguir machacando, olvidando ahora la cuestión cristiana, entre los que Trajano y Marco Aurelio marcaron épocas. Cualquiera que hubiera comparado el destino apocalíptico del Imperio con sus fronteras en el siglo II hubiera dado por locura la esperanza cristiana de ver morder el polvo a la Gran Ramera.

El hecho de seguir manteniendo aquellas Escrituras por Sagradas por fuerza tenía que levantar al emperador de su trono y obligarlo a lanzar su cólera contra aquellos profetas de mal agüero. En la persecución de Decio, la segunda más terrible entre la de Nerón y la de Diocleciano, el punto de mira se centró en los sacerdotes y los obispos precisamente buscando apartar de la conciencia del pueblo la profecía de la Caída del Imperio Romano. A los ojos del imperialismo aquella religión tenía por lógica pagana que dibujar en el cuerpo del imperio la mancha de un cáncer maligno, que había de ser extirpado a cualquier precio, empezando por quemar sus libros sagrados. Cuando esta medida no se mostró suficiente la necesidad arrastró a Diocleciano a decretar la solución final anticristiana, contra la que se vengara luego Constantino juzgando a todos los que se aprovecharon de la locura del Augusto del Oriente y su César para enriquecerse a costa de las propiedades de los cristianos: Nadie debe olvidar que la ley ponía en manos del denunciante las propiedades del acusado.

Insisto entonces, si Dios es Padre y los cristianos eran sus hijos ¿en qué era Dios de aquéllos hijos su Padre si retiraba el Brazo de la Justicia por amor a unos siervos que, haciendo oídos sordos a su Juicio, le dieron al emperador por refugio el altar de los altares, Tabernáculo Santísimo que sólo le corresponde al Señor Jesús, Cabeza de la Iglesia?

El Edicto de Milán del 313 firmó la paz entre el César y el Cristianismo, pero en ningún modo entre Dios y el Imperio. Los siervos no tenían ni tienen ninguna potestad para firmar en el nombre de su Señor Paz alguna o deshacer lo que Dios hace o hizo. Divide y vencerás, la estrategia más vieja del mundo en plena marcha desde los días de

Diocleciano, aunque los siervos encerraran en el Tabernáculo del Santísimo al César y rodearan de rodillas el recinto pidiendo misericordia para aquélla Bestia nada ni nadie podía impedir que el Juicio Divino sobre la Gran Babilonia se cumpliera.

En el 330 con la declaración de Constantinopla como capital del imperio de oriente y en el 335 con la división del Imperio entre sus tres hijos aquella marcha del Imperio hacia su Caída Apocalíptica reemprendió el camino. La unión de las tres sendas a los pies de uno de los hijos de Constantino en el 350, y su paso por la puerta de la casa de Juliano el Apóstata en el 361, y precisamente por este regreso a la vieja historia, saldría de la casa de Teodosio el Grande en dirección a la Caída Anunciada bajo los reinados de sus hijos Honorio y Arcadio. Recordemos aquéllos preámbulos.

En su testamento Teodosio dejó a su hijo mayor, Arcadio, el Imperio Romano de Oriente, y a su hijo menor, Honorio, el Imperio Romano de Occidente. Los dos augustos tenían dieciocho y once años respectivamente, así que Teodosio les asignó tutores que actuarían como regentes durante su minoría de edad. Como tutor de Arcadio escogió a Rufino, un político de origen germano, y como tutor de Honorio a Estilicón, un general de origen vándalo. Estilicón estaba casado con una sobrina de Teodosio. Teodosio y Estilicón habían acordado que la hija de Estilicón se casara con Honorio. Por su parte Rufino pretendía casar a su hija con Arcadio, pero su plan fue frustrado por el eunuco Eutropio, de origen Armenio, que logró concertar el matrimonio de Arcadio con Eudoxia, la hija de un general franco. La boda se celebró y Rufino se encontró con que tenía tres enemigos poderosos: uno era Eutropio, que le disputaba el control sobre el monarca, otro era Estilicón, y el tercero era Alarico, el rey de los visigodos. Alarico consideraba que había servido fielmente a Teodosio y que, por lo tanto, debía haber sido él y no Rufino el tutor de Arcadio, así que condujo a sus hombres contra Constantinopla, pero pronto descubrió que la ciudad era prácticamente inexpugnable y se dedicó a su negocio, el pillaje. Tracia tembló.

Asesinado Rufino por Eutropio, favorito de la reina bizantina Eudoxia, Estilicón dejó Italia y avanzó Peloponeso arriba contra Alarico, al que venció. Pero para sorpresa de todos fue privado de la cabeza del Visigodo por obra y gracia de la astucia de Eutropio, que compró la cabeza del vencido al precio de levantar entre los dos imperios el muro de contención que en adelante sería el pueblo visigodo. Astucia que dos años más tarde le costaría la suya a manos de la reina a la que servía. Fuera porque Alarico viera a Estilicón detrás de la muerte de Eutropio o porque el bárbaro que llevaba dentro no se sentía bien enjaulado entre los dos imperios, Alarico avanzó contra Italia por primera vez. Era el año 400. Estilicón le obligó a retirarse. Tras la muerte de Estilicón volvió para saquear y devastar la ciudad eterna. Así comienza la Historia de los Visigodos.

Cuarenta años más tarde Atila se lanzó desde París sobre Roma, de cuyas puertas se retiró a raíz de su conversación con el obispo romano León. Cuatro años después sin embargo serían los vándalos quienes saquearían la Ciudad. Ante el vacío de poder el rey de los Visigodos nombró emperador a un títere galo, un tal Avito, mientras él se dedicaba a liberar la península ibérica de los suevos.

Depuesto el galo por un general romano subió al trono Mayorino. Un año más tarde, 457, apoyado en los alanos otro León se apoderó del trono de Constantinopla, donde, contra el espíritu profético del Señor de las iglesias, el patriarca de Bizancio se rebeló contra Dios proclamando al emperador su Vicario en la Tierra. Delito que pesaría sobre el mundo ortodoxo y conduciría a Bizancio a la ruina.

Para que su hermano el obispo de Roma hiciera otro tanto aún habrían de pasar muchas cosas. Por lo pronto el rey Teodorico II de los Visigodos regresó de Hispania dispuesto a enfrentarse al César de los Romanos. Al final se aliaron en vez de matarse. Al poco, 466, Eurico mató a su hermano Teodorico II. Eurico se declaró independiente de la ficción del Imperio Romano de Occidente y firmó su Caída al privar al César de su mejor y más poderoso aliado.

Diez años más tarde, en efecto, el último emperador de Roma, Rómulo Augústulo, sería depuesto por el general en jefe de sus ejércitos, un bárbaro de nacimiento llamado Odoacro. Era el año 476. Tres siglos habían pasado desde que Dios anunciara su Juicio contra la Gran Babilonia. Había dividido para destruir. La primera parte en caer sería la parte occidental. Pero si la parte oriental creyó que escondiendo al Emperador en el Tabernáculo podría cortarle el paso al ángel es que el patriarca ortodoxo había perdido el juicio y caminaba como un loco que corre cantando al precipicio.

La Primera Roma había caído. Le tocaba caer a la Segunda. Y habría una Tercera. Pero no habrá jamás una Cuarta.

Así pues, movido por la apariencia de salvación que al imperio de oriente le había dado la alianza entre el Patriarca y el Emperador, el obispo de Roma acabó por imitar su ejemplo. Cosa que, como todos sabemos, sucedió el día de navidad del año 800. León III era el nombre del rebelde a la Corona del Rey de los Cielos, el obispo que despreció la Corona de su Señor y les dio por rey a los cristianos un mortal. El nombre de su cómplice era Carlo Magno, rey de los Francos. ¿Cómo fue posible que un obispado que durante siglos de crisis vio con los ojos de su cara a la Iglesia Católica salir para adelante cada vez más bella, cada vez más fuerte, temblase como una hoja ante el impetuoso viento que soplaba desde los desiertos? Tal vez si extendemos la magnitud y la velocidad de esa amenaza podamos excusar lo inexcusable. Veamos:

611. Mahoma comienza su prédica.

622. Huida de Mahoma de La meca a Medina, la Hégira.

630. Mahoma conquista La Meca

635. Los árabes ocupan Damasco.

636. Conquistan Emesa, Heliópolis, Antioquía, Edesa y Alejandría.

637. Ocupan Jerusalén

638. Conquistan Mesopotamia.

639. Invaden Egipto

640. Conquistan Siria.

641. Derrotan a los persas.

646. Invaden Armenia.

647. Expulsan a los bizantinos del norte de África. Y conquistan Tripolitania y Cirenaica.

649. Ocupan Chipre.

651. Terminan la conquista de Persia.

654. Conquistan Rodas.

655. Derrotan a la poderosa escuadra bizantina en la batalla naval de Licia.

662. Realizan incursiones en Asia Menor

664. Llegan hasta Afganistán.

668. Comienzan el asedio de Constantinopla.

669. Invaden Sicilia

674. Vuelven a sitiar Constantinopla.

692. Conquistan Armenia.

697. Toman Cartago.

711. Invaden la península ibérica.

712. Conquistan Sevilla y asedian Mérida.

713. Caen Mérida y Toledo.

715. Llegan hasta la India.

724. Llegan al sur de Francia.

732. Carlos Martel vence en Poitiers a un ejército musulmán.

734. Ocupan Pamplona.

737. Carlos Martel los derrota en Arlés y Narbona.

739. León III el Isáurico los vence en Akroinón.

746. Constantino V los vence en Germanicia.

749. Y los persigue en Armenia y Siria.

750. La familia de los Omeya es perseguida y asesinada por los Abasidas, partidario de Abul Abas.

756. Proclaman a Abderramán I Omeya, el fugitivo de Bagdad, emir en Córdoba.

757. Nueva victoria de Constantino V en Teodosiopolis

785. Los musulmanes son expulsados definitivamente de Francia.

794. Alfonso II de España los vence en Lutos.

795. Carlomagno conquista Gerona.

801. Ludovico Pío conquista Barcelona.

806. Finalmente los musulmanes le impone una paz humillante a Bizancio.

823. Y vuelven al ataque. Conquistan Creta.

831. Se apoderan de Palermo en Sicilia.

832. Ocupan Heraclea.

842. Ocupan Mesina.

846. Una flota musulmana amenaza Roma.

Se hace evidente que el miedo a esta tormenta que amenazaba con asaltar Roma estuvo en el origen de la consagración del rey de los Francos. La cuestión es: ¿se puede justificar que quien decía ser el más grande de entre todos los sucesores de los Apóstoles por miedo a la muerte uniese las dos palabras que más odiaba el Señor al que servía, Imperio y Romano?

Miedo fue lo que tuvo San Pedro al negar a su Maestro. Miedo fue lo que motivó la Coronación del fundador del Primer Reich. Por culpa de ese miedo las dos palabras que Dios había desterrado de su diccionario y odiaba tanto como al mismo Diablo: Imperio y Romano, volvían a ser puesta juntas por el obispo de Roma al servicio de la nación de los alemanes. Andando el tiempo, para completar su delito, los alemanes pusieron la palabra Sacro delante de su Imperio, y el obispo de Roma, para extender su pecado a toda la Iglesia Católica, impuso que fuera llamada romana la Iglesia de Cristo. Como diría San Pablo de estar presente: Pero, queridos hermanos, si es de Roma no es de Cristo; mas si

es de Roma entonces sí debe ser propiamente llamada así; pero si es de Cristo es Cristiana; de donde veis que "no puede tener dos señores un mismo siervo, pues o bien adhiriéndose al uno menospreciará al otro o bien aborreciendo al uno amará al otro".

¿A quién le extraña entonces que entre la iglesia de Roma y la nación alemana encontrara el Diablo tierra fértil donde sembrar su Cizaña? Entre la nación alemana que, en su barbarie retó a Dios a destruir su Imperio Romano, cristianísimo, y el obispo de Roma que retó a su Señor a corregir su Infalibilidad, romanísima, el resto del mundo asistió alucinado, quien tirando hacia un lado quien hacia el otro, al espectáculo al que el amor al absolutismo más salvaje de ambos protagonistas arrastrara a odiarse y condenarse a muerte mutuamente. A pesar de los pesares la iglesia romana, según decreto pontificio, no erró jamás, ni puede errar, lo que se puede demostrar por la Sagrada Escritura tanto como por la Sagrada Escritura se puede demostrar que Lutero dijera en estas Tesis una sola verdad que no fuera conocida.

CAPITULO 63.

Los primeros sean postreros

-Empero este tesoro es, con razón, muy odiado, puesto que hace que los primeros sean postreros.

"Empero, dice el bárbaro, el sacrosanto evangelio de Dios es odiado, porque hace que los primeros sean postreros". ¿Por quién es odiado el "sacrosanto evangelio"? ¿Quería decir el sacrosanto Lutero que todo el mundo que no lo amara a él odiaba en consecuencia a Jesucristo? ¿Cómo se podía mandar al resto del mundo al Infierno, proclamarse la medida a la que ajusta Dios su Juicio sempiterno y seguir llamándose cristianísimo? En fin ¿se puede refutar o demostrar por la Sagrada Escritura la declaración de locura que esta tesis convierte en principio bárbaro de sabiduría infalible: a saber, que todos los católicos son unos hijos del Diablo y se merecen el Infierno maldito? ¿Y también los judíos, y los pieles rojas, y los negros, y todos los gitanos, y todos los nacidos en el pecado y por sus pecados nacen ciegos, cojos, mancos, mudos, malitos del cerebro? Pero no desistamos de seguir escuchando la sabiduría de San Lutero. También de la locura se aprende.

CAPÍTULO 64.

Los postreros sean primeros

-En cambio, el tesoro de las indulgencias, con razón, es sumamente grato, porque hace que los postreros sean primeros.

El Diablo le dijo al demonio: eres un Satanás. Y los tres se partieron de risa.

El obispo de Roma dice: Mea culpa mea culpa, se pega un golpe en el pecho, le dan otro en la espalda y sigue reposando su cabeza sobre la piedra de los decretos papales de Gregorio el Desconocido, de número el 7.

Los Luteros, número de hombre, dicen entretanto: Es un suicidio mirar para atrás; recordad lo que le pasó a la mujer de Lot, que se convirtió en estatua de sal. Hablando así niegan dos cosas vitales para el progreso de la inteligencia y de la sociedad. Una, que se aprenda de los errores. Y dos, que una vez cometida la equivocación pueda el hombre corregir su error.

Error, hermano Lutero. El tesoro de las indulgencias puso a los primeros postreros, y pues que el Juicio de Dios empieza por sus enemigos y termina por sus siervos, que tiemble el Vaticano entero cuando tengan que mirar cara a cara a quien para entonces el fuego de sus ojos devorará de una mirada por haber levantado entre el Hombre y su Salvador el muro del desprecio que viene del proverbio: de tal siervo tal Señor.

CAPÍTULO 65.

Los tesoros del evangelio

-Por ello, los tesoros del evangelio son redes con las cuales en otros tiempos se pescaban a hombres poseedores de bienes.

Al buen abogado la difamación y cualquier arma que le sirva para ganar la contienda le está en justicia admitida. Personalmente pienso que de haber seguido su carrera el joven Lutero hubiera sido un brillante abogado. Cuando aquel santo obispo de Roma y su banda de sacros ladrones despreciaron al autor de estas Tesis por la imposibilidad de meterle mano por ningún sitio, porque no tiene por donde relacionárselas con el espíritu

de Jesucristo, creo que aquéllos santos ladrones cometieron el error de aquella Eva que en atención a quien era el tentador no vio el peligro.

¿Se está burlando con esta tesis Lutero de la inteligencia de todos los cristianos o simplemente está poniendo sobre la mesa la clase de ignorancia de las naciones que secundaron su Buena Nueva? ¿Los tesoros del evangelio? ¿Cuáles son los tesoros del evangelio? ¿La acusación y condenación al infierno del hermano que está en el error, tal vez? ¿La traición a la muchedumbre de campesinos vendidos por treinta monedas de plata al matadero de los príncipes alemanes, pudiera ser? ¿Las propiedades en metálico, inmueble y suelo que le fueron quitadas a la Iglesia por aquéllos mismos príncipes que estrangularon, descuartizaron como si de perros rabiosos se tratara, en el nombre de Lutero, a tanto campesino inocente?

Sin embargo no emitamos un juicio demasiado rápido sin oír antes al omnisciente e infalible padre de la Reforma:

CAPÍTULO 66.

Los tesoros de las indulgencias

-Los tesoros de las indulgencias son redes con las cuales ahora se pescan las riquezas de los hombres.

La acusación no puede ser más directa. No hay que ser un Einstein para asociar y concluir. El sacrosanto tesoro del que se habla son las indulgencias, redes con las cuales la Iglesia se fue al mar de los milagros a pescar tesoros. Su verdad es tan evidente para el tiempo referido que el enjambre de preguntas se hace, y todas pueden resumirse en una: ¿Cuál será la paga del Señor a los siervos que con sus crímenes dieron lugar a la siembra de la Cizaña de la división?

Si yo fuera obispo de Roma vendería el Vaticano y todos sus tesoros y me iría a vivir a una choza de paja a la espera del Juicio de mi Señor, por los crímenes que en su Nombre cometieron sus predecesores, apartando de la salvación a tantas naciones. Si fuera obispo vendería mi palacio y mis joyas y viviría en la calle con los transeúntes a los que en el derecho canónico se les niega la condición de seres humanos, y esperaría el Juicio de mi Señor por haber apartado a tantas almas del camino de la Verdad.

Pero si quienes predicaron el odio como condición cristiana se creen mejores que los otros yo no quiero perderme el día que Lutero sea llamado ante el Tribunal de Dios a oír su Juicio: Dime, hermano Lutero, ¿a quiénes pescaste para tu causa sino a los reyes y a los

príncipes del mundo? ¿Y a quiénes vendiste cuando tuviste que elegir entre los pobres y los ricos, entre los fuertes y los débiles, entre los primeros y los últimos? Hermano Lutero, tus palabras no fueron las de un discípulo de Cristo; tu vocación nunca muerta de abogado te traicionó. Fueron tus redes las que atraparon a todos los príncipes y reyes y entre ellos se repartieron las riquezas de la Iglesia junto con la de los pobres; en nombre de tu salvación, no en la de Jesucristo, mataron, expoliaron, decretaron guerras y provocaron el grito de aquella Contrarreforma: Más dura será la venganza. ¿De qué acusaste a quienes superaste tú mismo en maldad y miserable espíritu? Cierto, a un abogado toda arma retórica le está permitida, pero a un hombre sabio no todo le conviene. Si hubieras leído la Sagrada Escritura en la que eras Maestro no hubieras ignorado que todo nos está permitido pero no todo nos conviene. A quien sería pescador de coronas no le convenía acusar a su enemigo de ser pescador de fortunas. Amigo Lutero, hablabas más de lo que sabías; el problema era que tu pueblo sabía menos todavía. ¡Con aquél tribunal de ignorantes para juzgar tu causa cómo no ibas a ganarle al Diablo la partida que el Diablo se dejó ganar! ¿No escuchaste nunca a Jesucristo decir: Por sus obras los conoceréis? Por ellas se descubrió Judas. Por las tuyas te descubrimos ahora. Aunque claro, si las obras no contribuyen en nada a la salvación tampoco pueden contribuir en nada a tu perdición. Ciertamente eras un Maestro en Artes retóricas. *Chapeau*. De todos modos permíteme recordarte el juicio de tu Señor sobre la relación entre las Obras, la Fe y a quién sirve cada uno:

“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura se recogen racimos de los espinos o higos de los abrojos? Todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. No puede árbol bueno dar malos frutos, ni árbol malo frutos buenos. El árbol que no da buenos frutos es cortado y arrojado al fuego. Por los frutos, pues, los conoceréis”.

¿Ves lo que quería decir? Aunque claro un maestro en artes marciales retóricas siempre podrá encontrar la forma de negar que esos frutos sean las obras que nacen de la fe; no sé, negando que el hombre sea un árbol por ejemplo. Y sin embargo hasta esta estocada está condenada al fracaso. Escucha:

“Llegaron a Betsaida, y le llevaron un ciego rogándole que le tocara. Tomando al ciego de la mano lo sacó fuera de la aldea, y, poniendo saliva en sus ojos e imponiéndole las manos, le preguntó: ¿Ves algo? Mirando él, dijo: Veo hombres, algo así como árboles que andan. De nuevo le puso la mano sobre los ojos, y al mirar se sintió restablecido, viendo todo claramente de lejos. Y le envió a su casa diciéndole: Cuidado con entrar en la aldea”.

¿Tú, hermano Lutero, que estuviste bajo la Imposición de las Manos cómo negarás sin negar a Cristo tu Señor que las obras sean el fruto de los hombres y que por esos frutos son condenados o salvados? Ya sé que como el ciego que empezó a ver de lejos claramente tú renegaste del poder del sacerdocio y, al contrario que el agraciado ciego, regresaste a la aldea sin tener cuidado de lo que el don de la vista podía hacer con él.

CAPÍTULO 67.

Los Predicadores de gracias máximas

-Respecto a las indulgencias que los predicadores pregonan con gracias máximas, se entiende que efectivamente lo son en cuanto proporcionan ganancias.

Si yo fuera protestante correría como el Jaguar de más caballos del mundo, pediría la confesión y el perdón por haber contribuido en mi ignorancia a la División del Reino de los cielos, me iría luego y con la alegría del hijo pródigo que celebra la fiesta de regreso al hogar lo celebraría con una buena cerveza, y allá que el obispo de Roma y Lutero se enfrenten con su Señor.

Vamos a ver, hermano Lutero, ¿quién estaba tan preocupado de las ganancias no sería porque estaba lampando por ellas? Riqueza, riqueza, es la palabra que al abogado frustrado metido a fraile por orgullo le salía como la baba por la boca. Estoy hablando de ti, amigo. Te cansaste de predicar tonterías: sed santos, sed buenos. Lo que querías predicar era: sed ricos y hacedme ricos a mí. ¿Los primeros en la Tierra no son los últimos en el Reino de los cielos, y viceversa? Dime: ¿No corrieron los reyes, los príncipes, los banqueros suizos y las grandes fortunas holandesas y ocuparon las primeras filas de tu iglesia? A qué tanta hipocresía, hermano Lutero, eras un abogado defendiendo tu causa, y tu causa era humana, no Divina, ¿por qué no ibas a poder aspirar a un obispado, a un cardenalato, al papado incluso? Estabas fascinado por el método de hacer dinero que tenía el obispado romano y sabías y creías que eras capaz de participar en el negocio, hacerlo más lucrativo, ganarte a Cristo y al Diablo, tenerlo a uno a tu izquierda y al otro a tu derecha. ¿Te moriste pobre? No, hermano Lutero, te moriste engañado. A los príncipes y reyes de Europa tu doctrina les importaba lo mismo que las amantes que mandaban quemar en las hogueras por brujas; los reyes y príncipes de Europa encontraron en ti al loco que andaban buscando, el loco que les diera las llaves de la expoliación de todos los bienes de la Iglesia. El obispado italiano lo sabía y por eso te trató de Judas, porque tú hiciste que los últimos fueran los primeros cuando Jesucristo lo que hizo fue que los primeros fueran los últimos.

Amigo Lutero, con los primeros el Juez entra fresco en la sala; después de un tiempo empieza a cansarse y a dictar sentencia rápidas; cuando llegan los últimos escucha la primera palabra y sentencia sin conceder dos. Jesucristo puso a los poderosos en la cola, tú hiciste que saltaran por el cadáver de los campesinos y se pusieran a la cabeza de la lista. Sobre tu cabeza tu necedad. Aunque claro si te echaron a la cola y los últimos serán los primeros...Me alucinas, hermano Lutero, sigues siendo un demonio de abogado. Qué bueno, qué bueno. Yo creo que hasta el propio Jesucristo si estuviera aquí se quitaría el sombrero. Como creo que lo hizo cuando te oyó decir:

CAPÍTULO 68.

La gracia de Dios

-No obstante, son las gracias más pequeñas en comparación con la gracia de Dios y la piedad de la cruz.

Pero qué beatitud, qué estado de misticismo encumbrado, de piedad soberana e inmarcesible la de la hipocresía derramada en esta frase, corta como el puente de los suspiros que cuelga lánguido entre dos paredes enamoradas de la Luna veneciana, poderosa como esas piernas rojas que clavadas en la Bahía de San Francisco imitan a las del Coloso de Rodas, sutil como el velo de la reina Lucrecia Borgia. ¡¿Más pequeñas en comparación las ganancias de las indulgencias que esa gracia divina que se expande por el universo y de las estrellas hace enjambres de aves exóticas recorriendo horizontes lejanos?! ¡¿Más pequeña que el tesoro más fabuloso del mundo esa piedad de la Cruz que se levanta hasta los Cielos de los cielos y hasta a las mismas galaxias les saca un ave maría?! ¿Se puede comparar todas las riquezas de Salomón con un beso de los labios de aquella Sabiduría que a tantos sabios le diera, toda coqueta ella, por respuesta un “No todavía”? ¿Se puede comparar un día en el paraíso con una eternidad en el infierno? ¿O una sola palabra de Jesucristo con todos los libros escritos y firmados por Lutero, Calvino y Zuinglio? ¿En qué estabas pensando, hermano Lutero, para enseñar de esta manera el plumero? ¿No sabías que de Dios es la Venganza y de su Sabiduría la Respuesta? Te enfrentaste a siervos, a cual peor. Veamos ahora si tu obra aguanta el soplo de la palabra de un hijo de Dios.

DÉCIMA PARTE

Sobre la Esperanza Cristiana

De la disputa en curso y su necesidad de profundizar en el mar de los siglos a la búsqueda de las raíces del conflicto emerge una verdad, que puede ser escandalosa desde el punto de vista de la teoría del cristianismo, pero que es tan cierta desde la óptica de la inteligencia como lo son los hechos históricos protagonizados por sus fuerzas. Me refiero a la paridad entre el animal político, de la extracción regional que sea, y el animal cristiano que durante las edades medievales hemos visto cometer tantos crímenes contra cristiana natura. ¿Qué diferencia podemos encontrar entre aquéllos actores de la serie porno-pontificia del siglo IX y cualquier serie de cualquiera de las religiones paganas contra cuyos crímenes se levantó la religión de los cristianos? ¿Qué diferencia podemos encontrar entre las matanzas fratricidas cometidas por los hijos de Constantino el Grande, las matanzas familiares de los dinastas orientales y las casas aristocráticas de los Francos?

La respuesta es: Ninguna. Tan bestia fue aquel Clodoveo I, marido de Santa Clotilde, que impuso su corona eliminando de su familia a quien se le puso por medio como cualquiera de los reyes persas que al otro lado del mundo hacían exactamente lo mismo. Tan bestia fue aquél papa Sergio III que asesinó a sus predecesores como cualquiera de los pontífices paganos que en la Antigüedad mataban a sus padres y hermanos por hacerse con el puesto. ¿Qué es lo que diferenciaba entonces al cristiano de los demás hombres?

La respuesta no es la Fe. Pero sí estaba en la Fe. Es la Esperanza.

La diferencia entre la religión cristiana y las demás está en su proyección de futuro. En las demás religiones el hombre es eternizado y su relación con el Cielo queda sujeto a una parsimonia ritual, cumplida la cual lo demás queda a su arbitrio. Jesucristo rompió este sistema antiguo al quitar entre Dios y el Hombre la Ley, de manera que la Sociedad sólo pueda llegar a su perfección mediante el juicio y la crítica de sus propios actos. Si en el mundo antiguo el comportamiento de los pueblos frente a las situaciones nuevas venía dictado o impuesto por las tradiciones, en el mundo cristiano, al no haber leyes a las cuales ajustar la respuesta, el horizonte que se le abre a la iniciativa y la libertad del ser humano viene a ser tan grande como los valores personales del individuo y de la sociedad. En esta novedad -la Libertad para responder a los estímulos del tiempo de acuerdo a la naturaleza del hombre y su tiempo- es donde está la diferencia.

Mientras en una sociedad regulada por leyes sacerdotales la sociedad se estanca y le da la espalda a cualquier tipo de progreso material, porque amenaza la propia estructura del cuerpo legislativo sacro, como se ve al presente en las religiones que aún subsisten sujetas a este modelo, en la sociedad según la concibió Jesucristo la respuesta que los cambios de los tiempos exigen es dejada a la iniciativa de la libertad de los hijos de Dios.

Abierta esta Libertad a la Esperanza de Victoria frente a esos cambios su naturaleza permanece invicta y siempre dispuesta a contemplar el futuro con el optimismo y la alegría en el cuerpo del que sabe que la confusión puede reinar un tiempo pero no eternizarse.

Nuestro Creador, conociendo como si nos hubiera parido, quiso enviarnos su particular mensaje en el relato de la Creación de la Tierra cuando después de decirnos que estuvo confusa, inmediatamente dijo que no tardó en venir la Luz. Y aprovechar para, a la vez que descubrirnos el origen de toda respuesta humana a los problemas del Futuro en su Palabra, recordarnos que hemos sido creados a su imagen y semejanza. Y, por tanto, nuestra inteligencia es el reflejo de la suya, y como la suya lo vence todo asimismo la nuestra, así que alegría en el cuerpo y adelante.

Esta Esperanza, no la Fe sola, es la que hace del hombre algo más que un animal y mantiene la antorcha de la Verdad encendida a pesar del bestialismo de quienes, desde el Poder, siguen sujetando su conducta a los modelos antiguos.

No estuvo el futuro y la grandeza revolucionaria del cristianismo en el Poder, ni en los reyes ni en los obispos romanos. La grandeza de la revolución jesucristiana estuvo siempre en el Pueblo, y sigue estando en el Pueblo, de cuyos hijos toma Dios para sí Hijos y se glorifica en ellos derramando sobre todos su genio y su gracia.

Desde el principio, en efecto, fue en el corazón del pueblo cristiano donde latió la Esperanza de la construcción del Reino de la Justicia en la Tierra; Esperanza que desde siempre fue manipulada en su propio beneficio por antiguos y modernos doctores de la ley.

En el caso de la esperanza de los alemanes sencillos, aunque violenta en su expresión la revolución de los campesinos era legítima. Cuando Lutero dejó oír su voz asesina contra la Revolución del Pueblo se oyó una voz homicida, que a un siervo del Diablo le era natural pero nunca a un discípulo de Cristo. Recordemos su gutural bestialismo: “Por ello deben arrojarlos, estrangularlos, degollarlos secreta o públicamente, a todos los que puedan, y recordar que nada puede haber más venenoso, dañino y diabólico que un hombre rebelde. Lo mismo que cuando se tiene que matar a un perro rabioso, si tú no le matas, él matará a ti y a todo el país contigo. Acuchíllenlos, mátenlos, estrangúlenlos, a todo el que pueda. Y si en ello pierdes la vida, dichoso tú; jamás podrás encontrar una muerte más feliz. Pues mueres obedeciendo la palabra de Dios y sirviendo a la caridad”.

Ah, la Caridad. Veamos qué dijo Jesucristo sobre la Caridad: (Lo que cito a continuación está escrito en la Biblia; si la iglesia romana ha manipulado el texto yo no

me hago responsable, si es lo más parecido a la fantasía tampoco soy culpable, si lo es a la realidad tampoco me culpe nadie. Cito):

“Por eso, cuanto quisiereis que os hagan a vosotros los hombres hacédselo vosotros a ellos, porque ésta es la Ley y los profetas” (La ley de la Caridad. San Mateo, capítulo siete, versículo 12). Siempre queda la duda de si de verdad Jesucristo pudo decir algo que contradice la palabra divina de Lutero. Es decir, pensando en ridiculizar a Lutero la iglesia romana pudo haber implantado esta Ley de la Caridad en el Evangelio a sabiendas que la comparación entre las obras de Lutero y las palabras de Jesucristo negarían el origen divino de la Palabra de Lutero. Es una buena opción. El problema es que otra vez, esta vez san Lucas pide la palabra para decir lo mismo, aunque desde otra posición. Cito:

“Levantóse un doctor de la ley para tentarle y le dijo: Maestro, ¿qué haré para alcanzar la vida eterna? Él le dijo: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? Le contestó diciendo: Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a tí mismo. Y le dijo: Bien has respondido. Haz esto y vivirás. El, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?” - una buena pregunta, pero más agudo fue Jesús, que le preguntó no qué lees sino cómo lees.

¿Quién es nuestro prójimo?

¿Ése a quien no le debemos desear lo que no nos deseamos a nosotros y al que debemos amar como nos amamos a nosotros mismos? ¿Ése quién es?

En el caso de Lutero los campesinos no parece que fueran su prójimo: Matadlos, acuchilladlos, estranguladlos, son perros diabólicos. Y en nombre de la Caridad Luterana. Qué bueno. Qué santo. Qué cristiano.

Jesucristo dijo: “Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen eso también los publicanos? ¿Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los gentiles? Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial”. (El amor a los enemigos. San Mateo, capítulo 5, versículos 43-47).

Lutero dijo: Los papistas diabólicos han cambiado su doctrina y donde El no dijo nada ellos pusieron amarás a tus enemigos para que nadie les pagara sus crímenes según sus delitos se merecían. Y todos los príncipes alemanes respondieron: Amén. Amén. Lutero tiene palabra de Dios. Muerte a los campesinos.

Allí, en aquellos campos donde aquellos miles de hambrientos y sedientos de justicia fueron degollados, estrangulados, acuchillados y tratados como perros diabólicos por los santísimos fieles del reformador; allí, donde demostraron los reformadores que era una manada de lobos no un rebaño de mansas ovejas la que venían triscando por los collados cantando poemas al sonido de las arpas davídicas de su profeta; allí, sobre las decenas de

miles de inocentes degollados a la divinidad de la palabra de Lutero; allí se levantó un monumento a la muerte del Protestantismo como Revolución.

Muchas veces el Pueblo se había alzado pidiendo Libertad e Igualdad en la Fraternidad Cristiana, y muchas veces el Poder, lo mismo reyes que papas, reaccionaron sacando de su funda la espada de hierro, espada homicida. Nunca, jamás en ningún Pueblo de la Tierra esa Esperanza de Justicia y prosperidad se mantuvo viva tanto tiempo y contra tantos obstáculos. Era parte de la Herencia de Cristo. Iba implícita en la naturaleza de los hijos de Dios.

La Fe sola, mucho antes de que Lutero la hiciese suya, desligada de esta Esperanza, fue la que condujo a la iglesia de los romanos a abandonar la Caridad debida a la santidad del Oficio de San Pedro; la Fe, desprovista de Esperanza y Caridad, de la que Lutero no tenía ni la una ni la otra, como se demostró al matar la Revolución de los Campesinos, esa fe sola fue la que empujó y arrastró al obispado romano a convertir su oficio en cosa de criminales, primero, y en cueva de ladrones, después. Pocos siglos tardaron los obispos romanos en renunciar a la Esperanza. Muchas cosas pasaron en pocos siglos para que aquella Iglesia revolucionaria que se levantara contra el Imperio y viera en el día después un mundo nuevo, al nacer el nuevo Día se encontrara atrapada en una corrupción tan dolorosa que clamaba al Cielo. Pero menos tiempo todavía le hizo falta a Lutero para coger esa Esperanza y entregársela a los matarifes de sangre azul de su nación.

La Fe sola no vale nada. Ya lo dijo uno de los Apóstoles, el primero de todos los apóstoles mártires, el hermano de Juan. Cito y vuelvo a insistir en lo mismo, si esta epístola es un invento anti-protestante o existe antes que Lutero fuera parido por un rayo en una noche de tormenta yo no soy el culpable. Antes de ser asesinado por ser cristiano el hermano de Juan, Santiago, el mayor de los hijos del Trueno, y por lógica su palabra debe sonar a tal en las orejas de quienes como su maestro se asustan de una tormenta, escribió:

“¿Qué le aprovecha, hermanos, a uno decir: Yo tengo fe, si no tiene obras? ¿Podrá salvarle la fe? Si el hermano o la hermana están desnudos y carecen de alimento cotidiano, y alguno de vosotros le dijere: Id en paz, que podáis calentaros y hartaros, pero no le diereis con qué satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿qué provecho le vendría? Así también la fe, si no tiene obras, es de suya muerta. Mas dirá alguno: Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame sin las obras tu fe, que yo por mis obras te mostraré mi fe. ¿Tú crees que Dios es uno? Haces bien. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Quieres saber, hombre vano, que es estéril la fe sin las obras? Abraham, nuestro padre, ¿no fue justificado por las obras cuando ofreció sobre el altar a Isaac, su hijo? ¿Ves cómo la fe cooperaba con sus obras, y por las obras se hizo perfecta la fe? Y cumplióse la Escritura que dice: Pero Abraham creyó a Dios, y le fue imputado a justicia, y fue llamado amigo de Dios. Ved, pues, cómo por las obras y no por la fe solamente se justifica el hombre. Y asimismo Rahab la meretriz, ¿no se justificó por las obras, recibiendo a los mensajeros y despidiéndolos por otro camino? Pues como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así también la fe sin las obras”.

“Por las obras y no por la fe sola…”.

La Fe sola no hizo mejor a los poderosos, como hemos visto de los relatos históricos rescatados para la ocasión, y cualquiera puede verlo por sí mismo investigando por cuenta propia la relación entre el Poder y la Fe. Pero era lo que querían los poderosos, la Fe sola. Y Lutero se la dio, aunque para ello tuvo que vender al Pueblo, es decir, tuvo que vender la Esperanza.

CAPÍTULO 69.

Los comisarios de las indulgencias

-Los obispos y curas están obligados a admitir con toda reverencia a los comisarios de las indulgencias apostólicas.

Evidentemente el firmante estaba pensando en sí mismo el día que fuera nombrado alto comisario para la venta y negocio de las indulgencias apostólicas. Tanto había acariciado la idea que se sabía de carretilla el deber que como alto comisario, comisario de comisarios, ejercería, la cantidad de celo debido al servicio del gran pastor romano que pondría en el asador. La misma espada asesina que no dudara en levantar contra los apestosos campesinos, aquella chusma diabólica, demostrando que si Jesucristo tenía en su boca una espada de doble filo: en la suya tenía él otra con cuatro, esa misma espada la alzaría él, Lutero, comisario de comisarios, contra cualquiera que osare pronunciar en vano el nombre de su amo, el gran pastor romano.

Notemos que no sólo los párrocos y curillas de pueblo deberían doblar sus rodillas, besarle las manos y lavarle las orejas con veneraciones miles al futuro comisario de comisarios, el eminentísimo Lutero, el nuevo comisario papal para reflotar el negocio en decadencia de las indulgencias. No.

También los mismos obispos deberían venerar al comisario apostólico Lutero cuando pegase en sus puertas en nombre del sumo pontífice romano para, como dijera un dictador asesino: Hemos venido para vigilar y nos quedaremos para extirpar. Escuchen.

CAPÍTULO 70.

El Deber de vigilar

-Pero tienen el deber aún más de vigilar con todos sus ojos y escuchar con todos sus oídos, para que esos hombres no prediquen sus propios ensueños en lugar de lo que el Papa les ha encomendado.

El fidelísimo futuro perro de su señor el papa, cuando fuera nombrado comisario de comisarios tendría las orejas *superafinadas* y los ojos *superabiertos* para vigilar con todos sus ojos y escuchar con todos sus oídos... ¿tenía el hombre complejo de Gestapo?...para que las indulgencias fueran predicadas dentro de un orden. El, Lutero, el criado del gran pastor romano, se comprometía a vigilar para que nadie predicara ensueños. Era precisamente por culpa de esos malos predicadores que no le funcionaba bien el negocio al señor arzobispo. Él se encargaría en persona de vigilar que predicasen acorde a una doctrina santa y él se molestaría en estar atento para que se atuviesen a la nueva doctrina del R. P. Martín Lutero. ¿No era él filósofo experto capaz de retorcer las palabras y hasta de poner la mismísima sabiduría del Diablo al servicio de Cristo?

La creación de una Gestapo para el control del negocio de las indulgencias, la ausencia de cuyo organismo estaba en la causa del fracaso hacia el que caminaba el tema, no era mala. La idea era incluso excelente. Pero con esto sólo no se negocia un buen Pacto con el Diablo. Lo que pedía Lutero a cambio, ser el todopoderoso jefe de esa oficina de control de los predicadores, era mucho. Tenía que ofrecer algo más, algo que se mereciera el premio de ser nombrado comisario de comisarios y ante su presencia se bajaran los pantalones hasta los mismos obispos. Aparte de esa oficina de santos chivatos ¿qué tenía más que ofrecerles Lutero?

Bueno, él les enseñaría a creer a los cristianos: que el Papa estaría dispuesto, como es su deber, a dar de su peculio a muchísimos de aquellos a los cuales los pregoneros de indulgencias sonsacaron el dinero aun cuando para ello tuviera que vender la basílica de San Pedro, si fuera menester. Y mucho más.

También: que si el Papa conociera las exacciones de los predicadores de indulgencias, preferiría que la basílica de San Pedro se redujese a cenizas antes que construirla con la piel, la carne y los huesos de sus ovejas. Esto ya lo sabían. ¿Qué más?

Lutero era un Maestro en Artes filosóficas y teológicas. Y sin embargo lo que había aprendido sobre cómo retorcer argumentos era menos que lo que sabía sobre la ignorancia de su pueblo. La Universidad de la Vida le había enseñado cosas que no se aprenden en los libros. ¿No veían cómo sabía él dirigirse a ellos sin que los que leían el mensaje captasen de qué iba la cosa? ¿Era o no era bueno? Podía ser un aliado magnífico, genial.

Por su propio honor juraba por el cielo, por la tierra y por su cabeza que si le nombraban comisario de comisarios para las indulgencias apostólicas sus ojos y sus orejas estarían en todos sitios para detectar dónde se cocía el descontento y la crítica antipapal virulenta.

-Demasiado fanático -fue la respuesta de los obispos a los que dirigió su carta sobre el tema-. Este no está bien de la cabeza.

CAPÍTULO 71.

La verdad de las indulgencias

-Quien habla contra la verdad de las indulgencias apostólicas sea anatema y maldito.

Aquí los cardenales encargados de leer estas tesis y valorar el Pacto con el fraile alemán se echaron a ladrar riéndose del perro fiel que a sus pies ponía sus ojos y sus orejas. Lo que ellos no habían hecho aún, maldecir y anatematizar a los críticos, el fraile alemán se ofrecía para hacerlo sin ningún complejo.

-¿Seguro que es un teólogo y no un loco escapado de alguna institución mental benéfica? -intrigado, quiso saber el santo padre-. Encima que les robamos éste quiere que los maldigamos y los mandemos al Infierno. ¿De verdad que es profesor de universidad?

CAPÍTULO 72.

Contra la verdad de las indulgencias

-(Quien hable contra la verdad de las indulgencias apostólicas, sea anatema y maldito.) Mas quien se preocupa por los excesos y demasías verbales de los predicadores de indulgencias, sea bendito.

Lutero el Bendito. El bendito Lutero. ¿Quién si no iba a preocuparse por los excesos y demasías verbales de los predicadores de indulgencias, bendito sea? ¿A quién iba a recomendar para el cargo de comisario de comisarios de las indulgencias apostólicas sino a él mismo, Lutero el Bendito? ¿O acaso estaba tonto? Vamos a ver, la cuestión de fondo era el negocio. ¿Iban los Fugger a renunciar a sus intereses en nombre de los escrúpulos de humanistas y beatos de turno? Por suerte él, Lutero, se había enterado a tiempo. ¿Qué pasaría si la chispa llegara al reguero, corriese y saltara por los aires el polvorín del escándalo creado por las indulgencias?

Lutero sabía cómo darle la vuelta a la tortilla y transformar un escándalo en una obra pía. Podía y quería hacerlo. ¿Por qué se creían que había hecho aquél gesto heroico de clavar las Tesis en la puerta de la Iglesia, o sea, de publicarlas? Para llamar la atención sobre su persona. En cuanto se enteró de toda la trama había comprendido y había venido corriendo a salvar a su señor el arzobispo de Magdeburgo de la quiebra. Lo de las Tesis en la puerta fue el último recurso. No le dejaron otro recurso. ¿Quién era él? Un pobre profesor de teología en una ciudad de categoría mediocre, Wittenberg. Y, con todo, había dado con el medio de llevar a su señor la salvación. Para él, Lutero, las maldiciones; y también las bendiciones. Ya se las arreglaría él para capear el temporal y abrirle paso a los intereses de sus señores.

Resumiendo la cuestión para los que ignoran la trama en el fondo del problema. En el 1513 el príncipe Alberto de Brandeburgo compró o le fue adjudicado por su hermano, uno de los príncipes electores del Sacro Imperio Romano Germánico, el arzobispado de Magdeburgo. No satisfecho con el puesto al año siguiente Alberto compró también el de Maguncia. Al parecer el derecho canónico prohibía esta multicefalía arzobispal. Un problema menor en aquéllos días cuando todo se compraba y vendía. De hecho el Papa la única pega que le puso a Alberto para pisar el derecho canónico fue que le pagara unos diez mil ducados. Los millones en euros actuales lo ignoro. La cosa es que la compra del arzobispado de Maguncia le costaba ya unos catorce mil. La suma se hizo una montaña. Y ahí es donde entraba la madre del cordero. ¿O no mueve la fe montañas? Los Fugger, los banqueros del momento, bueno, sabían cómo arreglar el problema. Si la montaña no se apartaba se daba un rodeo. El Papa quería dinero para su Choza. Bien, el arzobispo adquiría del Papa el derecho a predicar las indulgencias en su provincia durante equis tiempo. Y se repartían los beneficios. Una parte para el santo padre, otra para el arzobispo y otra para los Fugger. Los Fugger le adelantaban los dineros y así Alberto tenía lo que le hacían falta para comprar el arzobispado de Maguncia. Un negocio simple, redondo y que no tenía por qué fracasar.

Algo parecido fue lo que intentó un mago de los tiempos de los Apóstoles. Los milagros de Pedro y sus Hermanos en boca de todo el mundo la noticia llegó a las orejas de dicho mago. Este se volvió loco cuando se enteró de que los Apóstoles no cobraban dinero por ir de milagreros. ¿Estaban locos? Aquel poder era una mina de oro. Más, de diamantes. Sin saber si lo podría comprar pero soñando con lo que haría si lo tuviera, el mago se perdió en el sueño del cuento de la lechera, y ya se veía nadando entre cofres de oro, perlas, coronas y cetros que los reyes de todos los sitios le pagarían por curarles sus lepras, sus sífilis, sus hernias, sus tuberculosis y sus demencias. La fiebre del oro

navegándole incontrolable por sus venas el mago cogió al Apóstol y le ofreció lo que quisiera por ese Poder. El Apóstol lo miró, se rió y lo mandó al infierno.

Qué lejos y qué pronto quedaron atrás los buenos tiempos. Apenas se murió el último de los hermanos de Cristo los romanos pusieron en el mercado de segunda mano los patriarcados, los obispados, el diaconado. Más grande se fue haciendo la distancia entre los Apóstoles y sus sucesores más de locura fue pareciéndole a sus sucesores romanos lo que hicieran sus predecesores: no vender el poder para hacer milagros.

Entre los sucesores romanos hubo uno que estuvo a punto de venderle el primado al obispo de Constantinopla. A la altura del siglo XVI de uno de los últimos papas se decía que había vendido su culo; vamos, que en Roma se compraba y se vendía todo.

Lutero era una persona culta. Y lo sabía. En realidad todo el mundo lo sabía. Era el pan de cada día. Un pan amargo, pero que se comía porque el pan del Cielo se fue cuando se murieron los Apóstoles, y era el pan que había. El Papa no era más que un comerciante de obispados, arzobispados, el gran recaudador del Diezmo Universal. Y como últimamente el Diezmo ya estaba pasado de moda, privado de su gallina de los huevos de oro el emperador de Roma recurrió al invento de las indulgencias. Que, por cierto, no le había ido tan mal. La Choza del Vaticano iba progresando. ¿Por qué no iba el actual Papa a firmar la bula de predicación de las indulgencias que le compraba el arzobispo alemán? Lo contrario hubiera sido...mejor, no hubiera sido de Papa.

Y así fue. El Papa firmó la bula de las indulgencias en marzo del 1515. Los Fugger adelantaron el dinero y el negocio se puso en marcha. Hubo conversaciones, se contrataron los predicadores y, por fin, el pistoletazo de salida, año 1517. En enero de ese año los comisarios de las indulgencias apostólicas abrieron la carrera. En octubre de ese año Martín Lutero entró en la pista llamando la atención del gran arzobispo Alberto con aquel gesto teatral suyo de clavar sus 95 Tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg.

De puertas para afuera aquello era una crítica, pero de puertas de la iglesia para adentro aquello era una oferta mediante la cual un maestro en artes marciales retóricas podía contribuir a mantener el orden en una población que empezaba a escandalizarse y hablaba de revuelta. Si en la tesis que viene no se descubre esta intención en toda su fuerza, en la que le sigue es tan evidente que sobran las palabras.

CAPÍTULO 73.

El Papa de las indulgencias

-Así como el Papa justamente fulmina excomunión contra los que maquinan algo, mismamente contra cualquier artimaña de venta en perjuicio de las indulgencias.

Cosa que ya estaba sucediendo, y de la que él quería dejar constancia a su señor el arzobispo. No que el Papa estuviera fulminando a nadie todavía, sino que el escándalo comenzaba a levantar viento y amenazaba tormenta si no se hacía brillar el sol de un orador bendito sobre la voz de revuelta que soplaba de oreja en oreja, y de cuyos ecos las suyas eran testigos. Entre hombres que están hablando de negocio y pueden llegar a un acuerdo si se le concedía esos poderes de fulminación a él, Lutero, donde no bastara su maestría retórica no dudaría en aplicar los poderes debidos, a riesgo incluso de cargar él con la mala fama y su señor con el dinero y la gloria. En la siguiente tesis Lutero se suelta la primera hebilla de la máscara.

CAPÍTULO 74.

El pretexto de las indulgencias

-Tanto más trata de condenar a los que bajo el pretexto de las indulgencias, intrigan en perjuicio de la caridad y la verdad.

No, Lutero no está hablando de los comisarios, sino de la oposición contra la que los actuales comisarios no habían logrado nada. Los que usaban las indulgencias para hablar contra la verdad y la caridad eran los enemigos de las indulgencias, que, con motivo de las mismas, alzaban sus críticas contra la iglesia que permitía este escándalo. Contra éstos pedía el firmante los debidos poderes de fulminación. Que se callaban por las buenas, perfecto; que no se callaban por las buenas, entonces él, el bendito Lutero, les aplicaría el correctivo de la excomunión que en tantas ocasiones había demostrado su eficacia, incluso contra emperadores, recuérdese el caso de Teodosio el Grande, emperador romano, y de Enrique IV, emperador germánico.

UNDÉCIMA PARTE

Sobre el Cisma de Oriente

Al principio fue la Idea. Sí, al principio fue la idea del Hombre. Antes de crearlo Dios concibió la Idea en su mente; y el Hombre que concibió en su Sabiduría era una criatura maravillosa. Estando en el seno de la Sabiduría, cuando aún no había sido creado, amó Dios al Hombre con la fuerza del padre que ama a su hijo por nacer. En recuerdo de ese amor declaró por boca de su Hijo lo que todos sabemos: "Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo para que todo el que crea no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El. El que cree en Él no es juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del unigénito Hijo de Dios" (Visita de Nicodemo, San Juan).

Una vez la Idea del hombre concebida y formada en su mente, Dios pasó a crearlo. Creó los Cielos y la Tierra, la Luz, el Firmamento, y todo cuanto la Tierra contiene. Llena la Tierra de toda clase de árboles, peces, aves y animales invitó Dios a sus hijos a participar en el Proyecto de Formación del Hombre a su Imagen y Semejanza. Los hijos de Dios se esparcieron por el mundo, se acercaron a las familias humanas que les habían sido asignadas y les enseñaron los rudimentos de la Civilización. Cito de nuevo: "Cuando distribuyó el Altísimo su heredad entre las gentes, cuando dividió a los hijos de los hombres estableció los términos de los pueblos según el número de los hijos de Dios". De manera que cuando dijera: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza", el plural incluía a los mismos dioses entre los que distribuyó en zonas de influencia la Tierra. Y la imagen era esa relación de Padre e hijos que todos mantenían con Dios. Ellos, los hijos de Dios, fueron los dioses de las leyendas y mitologías del principio de todos los pueblos antiguos. Ellos les dieron a los distintos habitantes de los cinco continentes las notas típicas a sus culturas de orígenes, notas que han permanecido en la mente de los pueblos procedentes de aquellas culturas.

Entre aquellos hijos de Dios invitados a formar al Hombre a la imagen de Dios se hallaba Satán. Era su nombre. Satán era uno de los hijos de Dios. Invoco de nuevo a Job: "Y sucedió que vinieron otro día los hijos de Dios a presentarse ante Yavé, y vino también Satán entre ellos". Junto a sus hermanos también él fue tutor de uno de los pueblos de la Tierra, a cuyos hijos formó en la religión común a todos los dioses.

Bajo la tutela de los hijos de Dios los primeros pueblos del Género Humano supieron de la existencia del Dios de dioses, y cómo el futuro de la Humanidad estaba siendo dirigido hacia el encuentro de todos los pueblos en un reino mundial, cuya Corona el Dios de dioses pondría sobre la cabeza del hombre al que El llamaría: Hijo.

El encuentro tuvo lugar en Mesopotamia. Desde todas las partes del mundo vinieron los hijos de la Tierra y crearon ciudades. Pero nadie se alzó como rey. La elección sólo le correspondía al Dios de dioses, según está escrito: "Cuando distribuyó el Altísimo su heredad entre las gentes, cuando dividió a los hijos de los hombres estableció los términos de los pueblos según el número de los hijos de Dios: pero la porción propia de Yavé es su pueblo, su lote hereditario es Jacob".

En efecto, el Dios de dioses eligió de entre los hijos de aquella Mesopotamia un hijo, extendió sobre él su paternidad y le dio un nombre nuevo. Lo llamó Adán.

Hablando sobre el pecado de Adán y la salvación de Cristo, Pablo escribió: "Pero la muerte reinó desde Adán hasta Moisés aún sobre aquéllos que no habían pecado a semejanza de la trasgresión de Adán, que es el tipo del que había de venir". Hablando de esta forma Pablo usa el mismo método profético aplicado por Moisés a Jacob al decir que era el lote hereditario de Yavé, cuando en los tiempos de los que hablaba este Jacob estaba en las entrañas de Adán. Sirviéndose del mismo esquema Pablo corre el velo y, mediante el conocimiento de Cristo, nos descubre la obra que hizo Dios en Adán. Pablo, con la típica inteligencia suya, de la que Pedro diría que los indoctos pervierten por no ser capaz de igualarla, traspuso las imágenes a fin de llevarnos a todos a la verdad y sin embargo seguir manteniendo aquella sabiduría hablada entre los perfectos en el misterio de su predestinación. En definitiva que, como Cristo era la Cabeza de su Cuerpo y Rey de los cristianos, así Adán fue concebido para ser la Cabeza de su Mundo y rey de su pueblo.

Matando la Cabeza, Satán mataba su Cuerpo. ¿No era astuta aquella "serpiente"? El problema es que cuando se repite el mismo chiste dos veces pierde la gracia. Repetir con Cristo lo que hizo con Adán: Ofrecerle todos los reinos del mundo a cambio de su fidelidad, no movió a risa ya a nadie.

Lo que hizo con Adán, en efecto, lo repetiría Satán con Cristo. Error fatal que habría de costarle la cabeza al Dragón del que él mismo era su Jefe y Líder. Porque si entre Adán y Cristo había una semejanza, los dos nacieron para ser la Cabeza de sus respectivos Cuerpos Místicos, la diferencia esencial entre Adán y Cristo es que en el Caso Adán primero fue creado el Cuerpo y después fue engendrada la Cabeza, y en el Caso Cristo primero fue engendrada la Cabeza y sólo después vino a luz el Cuerpo. Mediante esta Obra Magnífica, admirable, del todo maravillosa, digna del Genio que levantara del polvo al Heredero del Hombre que mordiera el polvo, Adán, de tan triste memoria, mediante esta Sabiduría gloriosa, sorprendente, apoteósica, Dios hizo invencible al Hombre Nuevo. Y siendo llamados todos por el Bautismo que viene de la fe a la vida de este Hombre Nuevo, su invencibilidad se nos legó como herencia sempiterna, a la manera que participan los hijos de la naturaleza de su padre, y si es un león su hijo será un cachorro de león, y si es un hombre su hijo será un niño. Gloria pues a Dios y su Sabiduría maravillosa porque no bastándole con jurarnos la Invencibilidad nos hizo Indestructibles

al elegirnos por Jefe y Rey a su propio Hijo Unigénito, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que su Padre, de cuyo Ser por la Gracia del Espíritu bebe el nuestro todas sus propiedades y sus cualidades sempiternas a la manera que la sangre alimenta a todos los miembros. Miembros de su reino, su Corona se concibió como un Sol que ilumina y da vida a todas las criaturas.

Era lógico, por consiguiente, que viéndonos venir, la misma necesidad que arrastró a Satán a destruir la Obra de Dios, impidiendo que el Espíritu Santo estableciera su Imperio sobre la Corona de Adán, volviera a arrastrarlo contra Cristo. Sólo que a diferencia del Primero, que fue creado desnudo, es decir, sin experiencia de ninguna clase ni conocimiento real sobre la Ciencia del bien y del mal, en la que Satán había progresado hasta convertirse en Máster del Infierno, el Último nació, como lo vio el más pequeño de los Apóstoles, como quien dice, armado hasta los dientes. Recordemos su visión: “Me volví para ver al que hablaba conmigo, y vuelto, ví siete candelabros de oro, y en medio de los candelabros a uno semejante a un hijo de hombre, vestido de una túnica talar y ceñidos los pechos con un cinturón de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos, como la lana blanca, como la nieve; sus ojos, como llamas de fuego; sus pies, semejante al azófar incandescente en el horno; y su voz, como la voz de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda, de dos filos, y su aspecto era como el sol cuando resplandece con toda su fuerza”. Lo dicho, si el primero nació desnudo, porque no nació para la Guerra, el Último nació armado hasta los dientes.

La Guerra le fue declarada al Espíritu Santo el día que Satán cruzó las fronteras del Edén. Como Cristo hubo de superar la Prueba de Fidelidad a Dios para acceder al trono del Hijo de David, así Adán tenía que superar la suya. La esperanza puesta en la Victoria, Dios levantó alrededor del Edén no un muro sino la Ley. Según la Ley cualquiera que interviniese en el Acontecimiento sufriría la pena debida al delito. Que en este caso sería la Muerte.

La Caída consumada, juzgando el Espíritu Santo que más terrible es el delito de la cabeza que incita al brazo a ejecutar su crimen, que el delito del brazo que ciego dispara el gatillo, si la pena contra Adán era la muerte, la pena contra cualquiera que osare cruzar la frontera del Edén, pues que los dioses, creados a imagen y semejanza de Dios no podían morir, sería el Destierro de su Reino.

Satán se rió del Espíritu Santo y prefirió el Destierro a vivir bajo un Reino fundado sobre los pilares de la Justicia. Después de todo la misma Ley que lo condenaría tendría que obligarse a hacerle cumplir al Rebelde la condena. Y, conociendo a Dios, que exigía que cada cual se las viera con su semejante, viendo lo que había hecho con el padre a ver qué esperanza de victoria contra el Diablo podría tener el hijo del muerto. Y el Diablo se rió de la Ley, de su Sentencia: “Te aplastará la cabeza”, y siguió su vida haciendo lo mejor que sabía, jugar a los dioses.

Sin experiencia de ninguna clase en la Ciencia del bien y del mal los hombres fueron muñecos de barro que bajo la furia de los instintos criminales de los ángeles rebeldes las aguas del Diluvio arrastraron al mar del olvido. Asesino impenitente, enemigo del Espíritu Santo, enemigo de Dios por deporte y pasión irrenunciable la Guerra, Satán, sin

creer que el Hijo de Eva pudiera siquiera tocarle una cana, se presentaba ante el Dios de dioses como quien al fin y al cabo no está haciendo nada malo, sólo hacer lo que le era natural a un dios.

Y hubiera sido suya la victoria contra Cristo, hijo de Eva, hijo de Sara, hijo de María, de no haber intervenido Dios en nuestro favor. Si no nos hubiera dado por Campeón a su mismísimo Hijo Unigénito nosotros nunca hubiéramos nacido. Lo dijo el profeta y lo recordó el Apóstol: "No hay ni uno que haga el bien", hablando de los tiempos de Jesús. Lo cual era lógico teniendo en cuenta la progresión decadente del espíritu judío desde David hasta Herodes. Sobre lo cual no voy a extenderme en este momento.

Es más, en la creencia de la imposibilidad de la Encarnación del Hijo de Dios tenía su tranquilidad Satán. Así que cuando se produjo y Jesús se hizo hombre, acostumbrado a tratar con humanos el Diablo le aplicó la misma fórmula, ignorando para su perdición final que el que subía a la Cruz era el Hijo de su Padre.

Cómo y cuándo Satán y sus ángeles fueron perseguidos y expulsados del Cielo a la Tierra, donde había de celebrarse el encuentro entre el hijo de Eva y el Diablo, porque era imposible que la batalla se celebrase en otro lugar, está escrito en la Cuarta Parte del Apocalipsis. Cito: "Hubo una batalla en el Cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el Dragón, y peleó el Dragón y sus ángeles, y no pudieron triunfar ni fue hallado su lugar en el Cielo. Fue arrojado el Dragón grande, la antigua serpiente, llamada el Diablo y Satanás que extravía a toda la redondez de la Tierra, y fue precipitado en la Tierra y sus ángeles fueron con él precipitados". Por qué a la Tierra y no al Infierno se entiende por todo lo dicho. Porque el Duelo a muerte entre el hijo de Eva y el hijo de la Muerte debía tener lugar en el Día de Yavé, y no pudiendo el hijo de Eva subir al Cielo tenía que ser el hijo de la Muerte quien bajara a la Tierra. Dentro de esta realidad se encuadra el Episodio de la Tentación en el desierto, cuando el hijo de María, hijo de Sara, hijo de Eva, lleno del Espíritu Santo y, como quien mira a su enemigo antes de aplastarle la cabeza, esperó a que el enemigo hiciera lo mismo, pudiendo empezar ya el Duelo entre el hijo de la Promesa y el hijo de la Maldición.

Cómo la Resurrección determinó la suerte del Dragón, el Diablo, y Satanás y sus ángeles fueran alejados de la Tierra durante el primer Milenio de la Era de Cristo, está escrito en la Sexta Parte del mismo libro: "Vi un ángel que descendía del Cielo, trayendo la llave del abismo una gran cadena en la mano. Tomó al Dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo, Satanás, y le encadenó por Mil años".

Cómo la Liberación del Diablo se llevaría a cabo al principio del Segundo Milenio de la Primera Era de Cristo, está escrito en el capítulo de esa misma Parte que trata de la Batalla Final y el Juicio Universal. Cito: "Cuando se hubieren acabado los mil años (de la prisión del Diablo), será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la Tierra, a Gog y a Magog, y reunirlos para la guerra, cuyo ejército será como las arenas del mar".

La cuestión es por qué. A qué venía es decisión de liberar de su prisión a quien regresaría a la Tierra con una sola intención: salvar su pellejo a costa de la destrucción de

toda la Humanidad. Y la respuesta que a nosotros nos afecta es cómo contra Dios pensaba el Diablo salvar su pellejo a costa nuestra.

Bueno, que el Diablo habría de sembrar la semilla de la División de las iglesias lo anunció el propio Jesús en la Parábola de la Cizaña. Cuándo realizaría su Siembra el Diablo quedó determinado el día que se fijó su prisión por Mil años y luego su Liberación por un tiempo. Las iglesias podían creerlo o no, estar al tanto o no; la profecía había sido escrita para que todo el mundo cristiano estuviese al tanto: Al principio del Segundo Milenio el Diablo sería liberado y arrojado a la Tierra. Por qué y para qué el Diablo fue liberado son puntos que he tocado con anterioridad. Y que volveré a tocar tantas cuantas veces haga falta pero ahora no. El hecho es que apenas liberado el Diablo se produjo su primera gran victoria: la división entre las iglesias romana y bizantina.

Era el 1054. Los documentos de ruptura mutua los he importado a este libro a fin de basar las conclusiones sobre hechos reales. Y de camino poder juzgar por nosotros mismos en qué estaban pensando y a qué estaban jugando los obispos, de una iglesia como de otra, mientras el Diablo como león hambriento rugía asesino buscando dividir a los pastores para masacrar al rebaño.

Aquella victoria -digámoslo todo-no le exigió mucho al Diablo. El estado en que se encontraba la relación entre ambas iglesias era pésimo. Si la una dormía bajo el brazo del emperador de Oriente, la otra había confiado su futuro al del emperador de Occidente. Las dos, la una como la otra estaban viviendo en el terrible pecado de oposición al espíritu Santo que decretara la destrucción del Imperio Romano y le aconsejara a todo el Pueblo, sin excepción, ovejas como pastores, retirarse y quitarse de en medio. Aquella victoria, pues, no le supuso un gran mérito al Diablo. Se la habían dado hecha. Sólo tuvo que mover peón, quitar patriarca, poner en su lugar a un asesino frustrado que se escondió en un convento huyendo del emperador, enfrentarlo a unos obispos romanos llenos de celo patriota, y ellos se excomulgarían solos sin tener que forzar más la operación. He aquí la excomunión de los primeros:

"Humberto, por la gracia de Dios cardenal obispo de la santa Iglesia romana; Pedro, arzobispo de los amalfitanos; Federico, diácono y canciller, a todos los hijos de la Iglesia católica. La Santa Sede apostólica romana, primera de todas las sedes, a la cual, en su calidad de cabeza, compete más especialmente la solicitud de todas las Iglesias, se ha dignado enviarnos como sus embajadores a esta ciudad imperial para procurar la paz y la utilidad de la Iglesia, para ver si eran fundadas sobre la verdad las voces que desde una ciudad tan importante habían llegado a sus oídos con insistencia. Ante todo que los gloriosos emperadores, el clero y el pueblo de esta ciudad de Constantinopla, y toda la Iglesia católica, sepan que nosotros hemos encontrado aquí un fuerte motivo de alegría en el Señor y un gran motivo de tristeza al mismo tiempo. En efecto, por lo que respecta a las columnas del Imperio y a sus ciudadanos sabios y honorables, la ciudad es cristianísima y ortodoxa. Pero en cuanto a Miguel, a quien se da abusivamente el título de Patriarca, y a los partidarios de su extravío, ellos siembran cada día en su seno una abundante cizaña de herejías. Como los simoníacos, venden el don de Dios; como los valesianos, hacen eunucos a sus huéspedes para después elevarlos no sólo a la clericatura, sino incluso al episcopado; como los arrianos rebautizan a aquellos que han sido bautizados en el

nombre de la santa Trinidad, y sobre todo a los latinos; como los donatistas, afirman que fuera de la Iglesia griega han desaparecido del mundo entero la verdadera Iglesia de Cristo, el verdadero sacrificio y su verdadero bautismo; como los nicolaítas, permiten a los ministros del santo altar el contraer matrimonio y reivindican para ellos tal derecho; como los severianos, declaran maldita la ley de Moisés; como los pneumatómacos, han suprimido del Símbolo la procesión del Espíritu Santo a filio (del Hijo); como los maniqueos, declaran entre otras cosas que el pan fermentado está animado; como los nazarenos, dan tal importancia a la pureza legal de los judíos que rehúsan bautizar a los niños antes del octavo día, incluso si están en peligro de muerte; rehúsan la comunión o, si todavía son paganas, el bautismo a las mujeres en los días que siguen al parto o en los períodos de sus reglas, incluso si se encuentran en el mismo peligro de muerte; además, dejándose crecer la barba y los cabellos, rehúsan la comunión a quienes, siguiendo la costumbre de la Iglesia romana, se afeitan la barba y se cortan el pelo. Después de haber recibido las admoniciones escritas de nuestro Señor el papa León, por todos estos errores y otros muchos actos culpables, Miguel ha desdeñado arrepentirse. Además, a nosotros, los legados, que con perfecto derecho queríamos poner un término a tan graves abusos, ha rehusado concedernos audiencia y nos ha prohibido decir la misa en las Iglesias. Con anterioridad a esto, había ordenado el cierre de las Iglesias de los latinos, a los que trataba de acimitas y perseguía por todas partes, de palabra y de obra, llegando a anatematizar a la sede apostólica en sus hijos y osando atribuirse el título de patriarca ecuménico contra la voluntad de esta misma Santa Sede. Por eso, no pudiendo soportar estas injurias inauditas y estos ultrajes dirigidos a la primera Sede apostólica y viendo que con ello la fe católica recibía múltiples y graves daños, por la autoridad de la Trinidad santa e indivisible, de la Sede apostólica de la que somos embajadores, de todos los santos Padres ortodoxos de los siete concilios y de toda la Iglesia católica, firmamos contra Miguel y sus partidarios el anatema que nuestro reverendísimo Papa había pronunciado contra ellos en el caso de que no se arrepintieran. Que Miguel el neófito, que lleva abusivamente el título de patriarca, a quien sólo un temor humano ha obligado a revestir el hábito monástico y que es actualmente objeto de las más graves acusaciones, y con él León que se dice obispo de Acrida, y el canciller de Miguel Constantino, quien ha pisoteado sacrílegamente el sacrificio de los latinos, y todos aquellos que los siguen en los antedichos errores y presuntuosas temeridades, que todos ellos caigan bajo el anatema, Maranatha, con los simoníacos, valesianos, arrianos, donatistas, nicolaítas, severianos, pneumatómacos, maniqueos y nazarenos y con todos los herejes, más aún, con el diablo y sus ángeles, a menos que se conviertan. Amén, amén, amén. Quien se obstine en atacar la fe de la santa Iglesia romana y su sacrificio, sea anatema, Maranatha, y no sea considerado como cristiano católico, sino como hereje procimita. Fiat, fiat, fiat".

He aquí la respuesta del clero ortodoxo, su forma de poner la otra mejilla:

"El demonio pérfido e impío, no ha tenido bastante con los males que ha procurado. Por eso, con innumerables fraudes ha engañado al género humano antes de la venida del Señor y también después, continúa enredando a aquellos que le creen... Así pues, en estos días, unos hombres impíos y execrables, hombres venidos de las tinieblas, han llegado a esta ciudad conservada por Dios, desde la cual, como de un manantial, brotan las fuentes de la ortodoxia. Estos hombres, como el rayo, como un vendaval, como granizo han querido pervertir la recta razón con la confusión de los dogmas. Nos han herido a

nosotros, los ortodoxos, acusándonos entre otras cosas de que no nos afeitamos la barba como ellos, que no nos separamos de los presbíteros casados, antes bien recibimos la comunión con ellos. Además nos acusan porque no adulteramos, como ellos, el sacrosanto símbolo de la fe y no decimos, como ellos, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. De hecho, ellos afirman que el Espíritu procede no del Padre solamente, sino también del Hijo [Filioque] sin haber podido sin embargo recabar esta voz de los evangelistas, o derivar este dogma blasfemo de algún sínodo ecuménico... Actuaron pues desvergonzadamente contra la ortodoxa Iglesia de Dios porque no han venido de la antigua Roma -como decían- sino de otra parte, y de ningún modo habían sido enviados por el papa. Más aún, se ha descubierto que los sellos de las cartas que traían eran falsos...Nuestra humildad, no pudiendo permitir que tanta audacia y desvergüenza quedase impune, ha hablado de este asunto al fuerte y santo emperador...El 24 de julio, día en el cual según costumbre debe hacerse una exposición sobre el quinto Concilio, este escrito impío fue de nuevo condenado con el anatema, en presencia de la multitud, así como también fueron condenados aquellos que lo habían publicado y escrito, o de una manera u otra, le habían dado su consentimiento o su estímulo. Sin embargo, para perpetuo deshonor y permanente condena de aquellos que habían lanzado tales blasfemias contra nuestro Dios, el texto original de este escrito impío y execrable, redactado por impíos, no fue quemado, sino guardado en los archivos. Sépase además que el vigésimo día del mismo mes, día en el cual fueron condenados con el anatema todos aquellos que blasfemaban contra la fe ortodoxa, estaban presentes todos los metropolitas y obispos que temporalmente residían en la ciudad, en compañía de aquellos otros dignatarios que se sientan con Nos".

Aunque victoria importante, dado el volumen del imperio bizantino y el escaso futuro que parecía tener una iglesia ortodoxa bizantina por su alianza matrimonial con el emperador romano de Oriente sujeta a Decreto de destrucción, el Diablo no podía regocijarse más de lo que de una victoria servida debía esperarse. Tenía tiempo por delante sin embargo. Desde su Liberación al encuentro entre Gog y Magog, cuando todas las naciones fueran congregadas en un campo de batalla mundial, habían de pasar muchos siglos.

La destrucción del Reino de Dios en la Tierra le exigía una política de acción oculta, astuta e indirecta. ¿No fue destruido Adán por la misma Ley la obediencia a la cual le hubiera dado la gloria del rey de la Tierra? ¿Cómo destruir la Obra de Cristo sino enfrentándola al mismo Espíritu Santo que determina la Vida y la Muerte del Cristianismo en razón de la Obediencia o la Desobediencia a la Unidad pedida por el Verbo hecho carne?

La vía directa a su objetivo parecía ponérsela al Diablo a sus pies como alfombra la espiral de auto glorificación que el obispado romano había emprendido en los últimos tiempos y del cual los términos de la condena contra su hermano el patriarca ortodoxo es a nuestros ojos un exponente. Como Eva cayera en su día ante la tentación de la gloria de los dioses, sólo había que quitar papa, buscar a uno que se amoldase a su deseo y de esta manera el Árbol que tenía que ofrecer la fruta de la vida ofrecería, en la mano del santo padre: el fruto de la Muerte.

El hombre se llamaba Gregorio y se tituló el VII. Fue tentado por la fruta que le mostró el Diablo, la encontró hermosa y la puso en su boca. Por decreto pontificio de entonces en adelante el obispo de Roma debía ser venerado como un dios en la Tierra, quien, en ausencia de Cristo, ejercía todos los poderes del Espíritu Santo sobre todos los cristianos del Universo.

Las consecuencias para el obispado romano de esta declaración de divinización de su sede no se dejaron notar inmediatamente. Pero la lucha por sentarse en ese trono de Todopoder único en el universo cristiano le traería a la iglesia consecuencias funestas.

Difícilmente se puede creer que Gregorio VII tuviera la menor idea de lo que hiciera al firmar aquéllos decretos de divinización del sucesor de Pedro. Sobre todo si tenemos en cuenta que las circunstancias agobiantes de su lucha contra el emperador determinaron que, buscando el bien de todos, acabase yéndose al extremo contrario. Su caso se ajusta perfectamente a la declaración de San Pablo, cuando, mirando al futuro y viendo las calamidades que habrían de sobrevenirle a los obispos, le confesara a los Romanos la potencia maligna del pecado: “Porque no sé lo que hago; pues no pongo por pobra lo que quiero sino lo que aborrezco, eso hago. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo, no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, Por consiguiente tengo en mí esta ley: que, queriendo hacer el bien es el mal el que se me apega; porque me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior, pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros. Así, pues, yo mismo que con la mente sirvo a la Ley de Dios, sirvo con la carne a la ley del pecado”. Sujeto el obispado romano a esta potencia maligna del pecado su historia es la del que quiere hacer maravillas pero sólo produce miserias. Imposible dudar de la honestidad de Gregorio VII al redactar aquéllos 27 artículos con los que pretendió liberar a la Iglesia del poder del Estado. Desgraciadamente, sujeto a la ley maligna del pecado, su voluntad resultó ser de la misma clase que la de Eva cuando inocentemente comió el fruto de su perdición. Buscando libertad encontró esclavitud, buscando bendición encontró maldición, buscando cielo encontró infierno. Si antes de Gregorio VII el obispado romano fue una triste sucesión de escándalos, después de Gregorio VII la situación no mejoró, sino que empeoró.

Los siguientes obispos romanos, no obstante lo dicho, se sucedieron dentro de la dinámica de crímenes y corrupción que venía siendo natural en Roma desde los días de la Primera Pornocracia Pontificia. Recordemos los números. Víctor III, que siguió a Gregorio VII, reinó menos de un año, del 1086 al 1087. Si murió de viejo o sirviendo a las necesidades de los clanes romanos no se sabe nada. ¿Quién es el tonto que escribe la historia de su casa y se dedica a tirarle piedras a su tejado?

Como era de esperar la lucha sucesoria petrina generó una línea de antipapas fuera de la línea oficial; éstos fueron Clemente III, Teodorico, Alberto y Silvestre IV. No sería la primera ni la última. En el pasado ya se habían dado esos brotes. Lo que diferenciaría a los anteriores conflictos entre papas y antipapas de los nuevos que empezaban a salir y seguirían saliendo sería el objetivo: “ser como Dios”. Pero volvamos a la línea oficial.

Tras la muerte de Víctor III, Urbano II reinó 11 años en Roma, del 1088 al 1099. Pascual II, su sucesor, lo hizo unos 20. Gelasio II no tuvo tanta suerte y al año se fue o lo enviaron al Cielo. Calixto II se las arregló para permanecer 5 años y disfrutó enviando a su antipapa Gregorio VIII al infierno.

Le sucedió Honorio II, que se las arregló para sobrevivir 6 años, del 1124 al 1130. El siguiente, Inocencio II, reinó 13; pero tuvo que luchar contra el antipapa Anacleto II y su sucesor Víctor IV.

Los dos siguientes de la lista oficial, Celestino II y Lucio II no nacieron para sobrevivir en el Olimpo. Ni un año por cabeza les duró a los romanos. Por lo visto al Lucio lo mataron de una pedrada. Corría el 1145.

A Eugenio III, el siguiente, parece que hacerse el Beato le valió 8 años como dios en la Tierra. Murió de un ataque súbito mientras esperaba a Federico Barbarroja. En menos de una semana los romanos ya tenían papa. Lo llamaron Anastasio IV. Lo eligieron en julio y en diciembre del mismo año lo despacharon del Oficio.

Adriano IV le sucedió y aguantó 5 años; hubiera aguantado más tiempo si no se hubiera muerto de un ataque súbito, como el otro, esperando a Federico Barbarroja. El que comió bollos hasta hartarse fue el siguiente de la lista, Alejandro III, que reinó hasta 20 años. No hay que tener mucha imaginación para calcular cuántas veces le besaron los pies los príncipes, y los que no tuvieron la suerte de tener la sangre azul: el culito. Víctor IV, Pascual II y Calixto III, sus antipapas, fueron los que se encargaron de amargarle algo la fiesta.

De los siguientes: Lucio III, aguantó 5; Urbano III, 2; Gregorio VIII, los meses que pudo; Clemente III, hasta 4 años; Celestino III, 7; Inocencio III, sobrevivió 18 años. El III era un buen número, pero el IX demostraría ser mejor.

El siguiente: Honorio II, sobrevivió 11, del 1216 al 1227. Gregorio IX fue el que vivió como un dios casi una década y media larga. Fue de los últimos que pudo gozarla en el Olimpo romano antes que la maldición del papado comenzara a pegar patadas de muerte.

Celestino IV, el pobre entre el hola y el adiós no le duró un suspiro a los romanos, unos meses. Su sucesor, Inocencio IV, posiblemente en el complot que quitó de en medio a su predecesor, aguantó 11 años del tirón.

Alejandro IV duró 7; Urbano IV, 3; Clemente IV, otros 3. El número IV no era excesivamente malo. Con todo, la maldición de los papas era ya imparable.

El Beato Gregorio X reinó como dios 5 años. Su sucesor Inocencio V, ni aunque se hizo el Beato duró unos meses en el Olimpo romano. La misma mala suerte tuvo su siguiente, Adriano V, que sólo lo dejaron reinar unos meses. Tres papas se sucedieron pues en el mismo año del Señor 1276.

El bueno de Juan XXI les duró a los romanos lo que ellos quisieron, que no fue mucho; lo eligieron y lo quitaron como lo pusieron. Con Nicolás III parece que fueron más buenos, y le concedieron 3 años.

Lo dicho, el III era un buen número. A Martín IV le concedieron 4. A Honorio IV, 2. A Nicolás IV, 4. A Celestino V, al pobre sólo unos meses; lo encerraron en la cárcel y allí lo dejaron morirse de hambre.

Bonifacio VIII, este era el hombre que mató de hambre a su predecesor, reinó del 1288 al 1292. Estaba hecho un macho. Benedicto XI, sin embargo, no llegó al año. El próximo en la lista, Clemente V, se olió la suerte que le tocaba al "santo padre", se quitó de en medio y trasladó la corte pontificia a Aviñón, Francia.

A aquel traslado "cobarde" del primado universal del sucesor de San Pedro a la ciudad francesa de Aviñón lo llamaron los romanos la Cautividad de Babilonia. Trataron de miserable al hombre por ser eso, un hombre y no un dios. Los números cantan. Después de ser elegido, Clemente V vivió 10 años. Su sucesor lo hizo por 18. El otro aguantó 8. El siguiente otros 8. El próximo 10. El último otros 8. ¿No fue astuto el Diablo al darle de comer aquella fruta prohibida al papado?

De hecho apenas volvió a trasladarse el sucesor de San Pedro a su ciudad los romanos volvieron a su papel de creadores del obispo dios. A lo que hicieron a la vuelta de la Cautividad de Aviñón ellos, los criados del papado, lo llamaron el Cisma de Occidente, que es la forma de llamar a lo que no tiene nombre y si lo tiene no tiene nada más que uno, corrupción, y aun así no es una palabra que contenga en su definición la totalidad de la miseria que pusieron en la mesa de la Historia "los santos padres" y sus más santos criados.

El famoso "cisma de occidente" empezó cuando a la muerte de Gregorio XI, en el 1378, hubo que elegir papa. En una noche se reunieron los romanos, como lo habían estado haciendo antes de la llegada de San Pedro a Roma, cuando se sentaban y vendían el sumo pontificado de la religión oficial del estado al mayor postor. Esta costumbre pagana permaneció en la ciudad romana contra el derecho apostólico de sucesión por el Espíritu Santo, a la manera que san Ambrosio designó a san Agustín, y los primeros obispos cristianos solían hacer con sus sucesores, eligiéndolos personalmente, usando para la elección el designio del Espíritu Santo que vive en el Siervo de Cristo y en él su Señor le da a su Rebaño pastores de su elección y complacencia.

Los romanos y clanes aristocráticos de las ciudades patriarcales volaron en cuanto pudieron esta Puerta por la que se colaba el Espíritu Santo en la iglesia romana. El dinero, como antaño, y no Dios, devino el Poder elector al obispado patriarcal, fuera romano, o constantinopolitano. Así que, habiendo desplazado al Espíritu Santo apenas el Cristianismo devino la religión oficial del Estado, a estas alturas de la Historia, después de haber convertido el obispado romano en una cama de prostitución sagrada y en un cuarto oscuro donde se reunían asesinos para concertar en secreto sus crímenes, tras la muerte de Gregorio XI los romanos eligieron a Urbano VI. Pero para dejar constancia de quien era dios, a la noche siguiente los romanos decidieron retirarle su gracia a Urbano VI

y concedérsela a Clemente VII. El Cisma ya estaba hecho. ¿Qué era "el santo padre" sino un lacayo al servicio de sus amos italianos? ¿Qué era el papado sino la supervivencia contra natura del sumo pontificado de la Roma pagana, transformado ahora en una nueva cosa para mantener el poder los mismos que lo tuvieron antes de llegar San Pedro a Roma? ¿No vuelve el perro a su vómito? De la misma manera volvió "el santo padre" a la ciudad de la que huyera, y apenas regresado sus crímenes contra el Cielo comenzaron a llenar la Tierra. Como un monstruo que crece y le salen cabezas por alguna operación alucinante, así "al santo padre" de regreso a Roma le salieron dos cabezas. Obviamente para albergar tanto cuerno divino como ya le salía y no le cabía en una sola cabeza. A este acto criminal contra la gloria y la belleza del rostro de Cristo lo llamaron Cisma. Y no había hecho más que empezar.

Al poco Urbano VI y Clemente II se murieron. Eran dioses, o como los dioses, pero se morían como cualquiera de las ratas del cuento. En este caso no se sabe si murieron de ciática o por capricho de los dioses romanos.

El Diablo, que manejaba a su antojo los hilos de la Curia, debía saberlo. De hecho fue él quien, ocultando los hilos que movían las manos, coronó a otros dos "santos padres", a cual mejor. Uno se llamaba Bonifacio IX y el otro Benedicto XIII. Dos "santos varones" como la mayoría de los obispos romanos, todos santos o beatos en su gran mayoría. Naturalmente aquéllos dos nuevos "santos padres" no les duraron mucho a los romanos. El oficio de dios no compensaba, y sin embargo todos se morían por sentarse en el trono del Vicario de Cristo. (El origen de este título "Vicario de Cristo" procede de la adaptación de la estructura imperial establecida por Diocleciano al Edificio de la Iglesia. Este emperador anticristiano hasta la médula dividió el Imperio en cuatro prefecturas. Cada prefectura quedó dividida a su vez en distintas diócesis. Los jefes de estas diócesis eran los "vicarios" del prefecto. Cuando el obispo de Roma intentó reducir todo el reino de los cielos a una única prefectura, a las órdenes del Prefecto, Cristo, no cometió ningún delito; lo cometió al monopolizar el título de Vicario Universal, reduciendo todas las diócesis a una sola y única sujeta a su mano. Y lo cometió por muchas razones. Primero porque según el último libro bíblico el Señor administra su Iglesia a través de siete estrellas, que son sus ministros; de donde se ve que no hay un solo y único Vicario. Es más, como a Moisés se le mostró el modelo acorde al que tenía que construir el Tabernáculo y sus cosas, así el Señor le descubrió a sus Iglesias el modelo acorde al que tenía que alzarse la Administración Pastoral).

La Historia de la Iglesia demuestra que en esa dirección iban todas cuando los Vicarios comenzaron a pelearse entre ellos a ver quién era el más grande, resultando de aquella pelea la enemistad que los condujo a la División. La Historia de las Iglesias es, en razón de esto, la crónica de una pelea de un Discípulo contra todos los demás por alzarse como el único Vicario de Cristo. Lo demás, las series de crímenes y locuras por santificar lo que contra el Señor Jesús se hizo, esto venía como efecto de la rebelión del obispo romano contra sus hermanos en el Apostolado, usando al emperador para ponerlos de rodillas, y a los romanos para matar a cualquiera que les llevase la contraria.

Bajo esta camarilla criminal cayeron los papas y los antipapas protagonistas del Cisma de Occidente que estamos trayendo a la memoria. Eliminados Urbano VI y

Clemente II, sus sucesores Bonifacio IX y Benedicto XIII saborearon las mieles de quien es “como dios” el tiempo que los romanos les concedieron. El caso es que al Bonifacio lo mataron o se murió antes que lo mataran y le eligieron por sucesor a un tal Inocencio VIII, otro inocente que a los dos años cogió el camino de su predecesor y nadie sabe si se fue para el Cielo o el Infierno. Según el decreto del famoso Gregorio VII ningún poder para juzgar a su Vicario tenía Dios, así que concedámosle el beneficio de la Duda y dejémoslo en el Purgatorio.

En la Roma de los electores del Vicario de Cristo fue elegido como dios por un día Gregorio XII. ¿No es curioso que el Vicario, siendo al Prefecto a quien le corresponde elegirlo, y siendo el Prefecto: Cristo, no es curioso que éste no tenga ningún poder sobre su Siervo? Pero ni sobre éste ni sobre ninguno. Porque si el vicario romano era nombrado por las familias romanas, y en su defecto por el emperador, eran éstos quienes tenían el poder del Espíritu Santo. Y lo mismo luego cuando el Vicario Romano suplió al Prefecto y se dio a elegir por su cuenta a todos los Siervos de Dios. La cuestión es: ¿Edificaron los Apóstoles la Iglesia según el modelo que les dio su Maestro para que una vez el Edificio alzado se sentara en el Trono de Gloria del Señor el Vicario Romano?

Así las cosas, dos viviendo como los dioses que estaban, vino un nuevo aspirante al título de obispo dios a saltar al ring, éste con el rimbombante título de Juan XXIII. Ya no eran dos cabezas para un cuerpo, ya eran tres. Si por su poder no podía ser visto quién movía los hilos de este escándalo, por los efectos sí podía verse cuál era el nombre del Dragón que estaba arrojando contra el rostro de Cristo todo el horror de que era capaz su corazón infernal. Y es que el escándalo empezó a adquirir tales proporciones que acabaron viéndoseles los cuernos al Diablo y por fin todos los buenos se decidieron juntos a frustrar su trabajo. El 11 de Noviembre del 1417 la elección de Martín V hizo que las aguas volvieran a su cauce.

A aquel periodo de miseria y escándalo contra el Cielo y la Tierra protagonizado por el “santo padre” lo llamaron, perdonándose a sí misma la iglesia romana: Cisma de Occidente. Es verdad que el Señor les dio a sus siervos el poder de perdonar los pecados. Lo que no sabemos es si les dio el poder de auto perdonarse hasta, como dijo Lutero, la violación de la Madre de Dios. Por si la duda cupiera la Historia del “santo padre” o Papado es una continua e interminable sucesión de perdones a sí mismo y de condenas al prójimo. Porque yo me pregunto: ¿Se merecía Savonarola ser quemado en la hoguera mientras aquéllos a los que proféticamente denunciaba le escupían con sus obras a su Señor en el rostro? ¿Quiere decir la iglesia romana que lo que ella puede hacer, y he aquí el misterio de su omnipotencia, manchar con sus obras la gloria de su Señor, a nadie más le está excusado? Es más, ¿quiere decir que su Señor, como a los reyes hebreos les diera poder de matar a sus profetas, a la iglesia romana les dio su Señor poder para matar a todo el que denunciara sus crímenes?

Volvamos ahora al Diablo y su plan de destrucción de la Humanidad. Ya hemos visto cómo movió los hilos de la iglesia romana usando las manos de los romanos y de los emperadores. El objetivo de aquel Cisma era romper la Unidad entre las dos partes de la Europa de entonces. Una vez rota la Unidad Oriente-Occidente, avanzaba hacia el Tronco mismo. Afortunadamente todas las fuerzas de la Creación y del Cielo se unieron a las de la

Tierra y combatieron aquella Batalla. La combatieron y la ganaron. ¿Quiere decir esto que el Diablo no volvería al ataque?

Una batalla perdida no decide la guerra.

¿Cuándo y cómo volvería al ataque el Diablo? ¿Cuál sería su próxima batalla? Oportunidades para levantar escándalos y dirigir sus consecuencias hacia una guerra santa no habría de faltarle. El obispado romano en breve caminaría hacia la Segunda Pornocracia, cuando los Borgia sentaron su culo en el trono del papa y los hijos de sus amantes gobernaron la iglesia.

Pero no sería por ese frente por donde abriría brecha el Diablo. No. La próxima vez sorprendería a sus enemigos con una obra digna de su maléfica astucia. Imitaría a Dios. Este había demostrado que el mejor material a su servicio se hallaba entre los jóvenes ambiciosos y valientes que vivían su vida a pleno pulmón. Caso san Francisco de Asís, Ignacio de Loyola y tantos otros. El truco estaba en conducir a esas almas a una crisis profunda que las llevase al encuentro con su Creador. Por regla general solían ser jóvenes apasionados. Como el joven Martín Lutero, en sus 21, 22 años, ambicioso, viviendo en la casa de una viuda, muy piadosa de puertas para afuera, ya se sabe, la imagen, las malas lenguas, pero a cuya cama corría el joven solicitado por los amores de su amante secreta. ¿No iba estar el Diablo al corriente de las aventuras del joven Lutero? Muy buena gente por otra parte. ¿Con 22 años a quién se le puede reprochar gozar de los placeres de la carne? Además que el joven Lutero se había ganado la vida de tuno universitario. Muy buena gente, tan alegres y joviales como el más pintado, pero siempre cerca de donde está la fiesta y dispuesto a compartirla sin más preámbulos. Es decir, algo calaveras. Cervezas, amigos, mujeres, y un secreto, su viuda alegre, de cuya cama seguramente volvía a casa cuando lo atrapó el Diablo en medio de la tormenta.

CAPÍTULO 75.

La Violación de la madre de Dios

-Es un disparate pensar que las indulgencias del Papa sean tan eficaces como para que puedan absolver, para hablar de algo imposible, a un hombre que haya violado a la madre de Dios.

¿Un disparate, amigo Lutero? Un disparate es llamarse santo padre; un disparate es creerse infalible; un disparate es creerse que se puede luchar contra Dios y salir vencedor. Un disparate es otra cosa. Que hombre alguno en la Tierra o en el Cielo tenga el poder de perdonar un pecado así, semejante o parecido, no es un disparate, es pura locura. Si de

verdad estabas buscando una Reforma, esa Reforma que los siglos habían estado pidiendo y le costó a Savonarola la hoguera ¿por qué hablabas con el rabo entre las piernas?

¿Qué andabas buscando? Confiesa, pecador.

¿De qué te estabas riendo mientras escribías este disparate? Yo no soy ni el Diablo ni el Papa, así que dime cómo se llama un pensamiento así. Ten valor.

¿Y si lo sabías por qué te lo callaste? ¿Con un tintero despediste al Diablo de tu vida? ¿No leíste nunca los consejos de san Antonio para librarse de los demonios? ¿Un tinterazo contra la pared y ya está?

Amigo Lutero, si te rondaba era porque el Diablo te tenía incluido en sus planes.

Primero movía ficha, un arzobispo por aquí, un banquero por allá, el pueblo coreando impotencia y entonces entras tú, el valiente que se reía de la idea de una violación de la madre de Dios. ¿Tenía gracia el comisario, verdad? ¡Qué poco humor el de tu pueblo! De siempre fue más serio de la cuenta. Pecado a granel o santidad a cántaros; amor hasta la tumba u odio a muerte.

¿Te creías que el Diablo había dejado escapar su presa? ¿La metió en el convento para mayor gloria de su enemigo?

Tu entrada en el convento, hermano Lutero, eso sí fue un disparate. Creer que el arzobispo tenía necesidad de un Maestro en Artes y Sagrada Escritura en el que apoyarse para mantener en auge el negocio que en un año se le estaba viniendo abajo, esto fue otro disparate.

Toda tu vida fue un disparate en las manos del Diablo, hermano Lutero.

Tu odio a los judíos fue un disparate.

Tu odio a todos los católicos del mundo fue un disparate todavía más grande.

Tu odio contra los campesinos, otro peor.

Tu sumisión servil a los príncipes alemanes fue otro disparate.

Tu teología fue un disparate que tuvieron que enmendar otros. ¿Así que empezamos a hablar de cosas serias de verdad?

CAPÍTULO 76.

Los pecados veniales

-Decimos por el contrario, que las indulgencias papales no pueden borrar el más leve de los pecados veniales, en lo que concierne a la culpa.

¿A quién estabas acusando con esta tesis, hermano Lutero? ¿Quiénes eran esos herejes merecedores de la hoguera, hermano Lutero? ¿Los hubieras traicionado por el oro de los comisarios? ¿Los hubieras vendido por una parte en el gran pastel de las indulgencias? De tu bajeza moral, capaz de vender hasta a tu madre, como se vio en el caso de los campesinos, ¿qué se podría esperar? ¿No hubieras dado los nombres de tus amigos de haberte ofrecido el arzobispo tu señor un puesto entre sus perros? Yo diría que hubieras ladrado como el más ruin de todos ellos y no hubieras dudado en ser la ruina de esos amigos que con toda la valentía del mundo se atrevían a decir lo que pensaban. El Duque de Alba fue malo para los protestantes holandeses pero de haber estado tú en su lugar no hubiera quedado ni un protestante holandés vivo. ¿Si eran tuyas estas palabras por qué te escudaste en los amigos? ¿O querías arrastrarlos contigo cuando el volcán de la ira se cerniese sobre tu cabeza? ¿Eras un cobarde que no tenía lo que hace falta tener para enfrentarse solo al mundo y ponías a tus amigos por medio? Pobre Lutero, atrapado entre el Diablo y su ignorancia sobre las fuerzas que ponen y quitan piezas en este mundo.

CAPÍTULO 77.

La Blasfemia contra el Espíritu Santo

-Afirmar que si San Pedro fuese Papa hoy no podría conceder mayores gracias constituye una blasfemia contra San Pedro y el Papa.

Pero no contra tu señor el arzobispo. Aunque claro, tú podrías darle la vuelta a la tortilla y dirigir la blasfemia contra tu señor, para eso eras maestro en artes marciales filosóficas. Como Jesucristo tú también tenías una espada de doble filo en la boca, ¿verdad, hermano Lutero? ¿Entonces por qué no la usaste contra el Diablo que buscaba la división de Europa para conducir a sus naciones al campo de la Batalla Final a la que quería arrastrar a todo el mundo? Ah, no eras profeta y no podías comprender las implicaciones de tus actos en el tablero del futuro del universo. Pero, hermano Lutero, desde el principio has demostrado que sabías lo que quería decir Jesucristo, que sabías lo que podía o no podía hacer un Papa, e incluso lo que Dios quiere o no quiere, ¿cómo se

explica ahora que no supieras leer la Sagrada Escritura, tú que la traducías? ¿O se puede llevar a un mundo a una guerra mundial sin antes provocar una división central irreversible? Vamos a ver, hermano Lutero, ¿el Diablo existe?

CAPÍTULO 78.

Las virtudes espirituales

-Sostenemos, por el contrario, que el actual Papa como cualquier otro, dispone de mayores gracias, a saber: el evangelio, las virtudes espirituales, los dones de sanidad, etc., como se dice en 1ª de Corintios 12.

Muy bien, hermano Lutero, sabe más el Diablo por viejo que por sabio. Ahora te toca a ti. Léete Is, 40; Gen, 25; Rom.8, y así toda la Biblia. ¿Existe o no existe el Diablo? ¿Tiene poder o no tiene poder sobre los cristianos? Porque no vamos a hacerle caso al pobre san Antonio, que perdió la cabeza en el desierto luchando contra fantasmas que se inventaba.

Si el poder del Diablo se redujera a dar berridos y a hacerse pasar por un gigante de papel, una de dos, o Dios nos está tomando el pelo al castigarnos de esta manera por la astucia de un saltimbanqui majareta, o tú te tomas por loco a tí mismo al no comprender que para dirigir la historia universal hacia un campo de batalla mundial hace falta algo más que ser un titiritero de opereta.

Así que vamos a ver, ¿si el papa dispone de dones de sanidad por qué no pone una clínica de milagros S.A.? ¿Pero si el papa es otro hombre más por qué lo quieres condenar como si se tratara del Diablo en persona?

¿Quieres decir que tú estás inmunizado contra su poder y los demás no? ¿Entonces no crees que también el Diablo sepa que Dios es Trino y Uno y sin embargo prefiere vivir en el Infierno a vivir la eternidad en un Reino gobernado por la Fraternidad y la Justicia?

¿De verdad no sabes que la Libertad es sagrada y cada persona creada a la imagen y semejanza de Dios tiene el poder de elegir qué es lo que quiere y qué es lo que no quiere, adónde quiere ir, si al Cielo o al Infierno?

¿Adónde quieres ir tú, amigo Lutero? ¿No sabes que Dios juzgará a cada cual por sus obras? ¿Qué vas a presentarle, la Fe sola, sin obras, y los muchos pecados de los que te has absuelto a tí mismo por el poder de la fe? ¿Y por qué ese mismo poder no le vale entonces al Diablo?

El Diablo también sabe que Jesucristo es el Hijo de Dios, y sabe que Jesús es el Señor, y sin embargo su conocimiento no le vale de nada porque sus obras y sus palabras son como el fuego y el hielo, no pueden vivir juntos. ¿Entiendes la diferencia, Maestro en Artes y Sagrada escritura? El conocimiento solo no basta, y tú lo que hiciste fue elevar el conocimiento a la categoría de la fe, desterrando de la fe esas obras por las que se perfecciona la justicia. ¿Eras maestro en teología y no sabías esto? ¿Y querías enseñar a los cristianos lo que se debía creer y no?

Tu fe era Razón, no Fe; por eso las obras de esa fe fueron guerra civil, odio, imitación de Judas, acusación, condenación, juicio al prójimo, odio al enemigo, devolver mal por bien, prohibición de la pobreza, anatematización de los más débiles, exterminación de todo lo que no fuera asequible a tu conocimiento. ¡Heil, Lutero!

CAPÍTULO 79.

Las armas papales

-Es blasfemia aseverar que la cruz con las armas papales llamativamente erecta equivalen a la cruz de Cristo.

¿A quién engañabas?, eras tú el autor de la blasfemia. Le mostrabas los dientes a tu futuro amo. Porque sabías que podía darte con la puerta en las narices le amenazabas para que no lo hiciera; le mostrabas el poder de tu imaginación; si estuviera al servicio del enemigo sabrías cómo usarla y hacer daño. ¿Por qué desaprovechar su potencial y obligarte a pasarte al enemigo?

Hermano Lutero tus preguntas estaban de más. La pregunta que de verdad te interesa y le interesa a tu alma es saber por qué entonces permitió Dios que el Diablo le ganara la partida llevándose a su corral tu alma.

Hermano Lutero, tú mismo te perdiste. El mismo Dios que abominaba de sus siervos y execraba de las indulgencias ¡cómo hubiera podido permitirle a un artista de las palabras como tú ponerse en su contra bendiciendo lo que El maldecía! Eras tú quien había hecho la elección incorrecta. El ser humano siempre tiene la libertad de vencer al Diablo, y el Poder es suyo para hacerlo. Pero si usas tu libertad para hacer lo que el Diablo sin tener que obligarte quiere que hagas por él, es tu problema. ¿No sabes que al sacerdote no le conviene la riqueza, ni poner sus dones al servicio de los consiervos que maldicen al Señor con sus obras? Porque ellos prosperen y la apariencia de prosperidad sea su estrella no debes olvidar que su destino es el Juicio y su paga los sorprenderá. Lo que debes preguntarte es: ¿Puede el buen siervo levantarse contra el mal siervo, aunque

se siente en el pináculo de la gloria, y quitar de la vista de Dios y del Cielo y de la Tierra semejante visión malvada y perversa? ¿Si tú te creías ese buen siervo por qué no te levantaste contra ese mal siervo en lugar de alzar tu bandera contra toda la Iglesia? ¿Destruyendo su rebaño le vas a quitar al mal pastor su puesto? Necio, insensato, ¿quién eres tú para condenar a todo el rebaño por el pecado de su pastor? ¿No sabías que quien juzga a su prójimo será juzgado con la misma vara? ¿Tú que traducías la Biblia no leías lo que ponía? Tiembla, hermano Lutero, porque ha llegado para ti el día del Juicio, y con la misma medida con la que juzgaste a tu prójimo serás juzgado tú.

CAPÍTULO 80.

Obispos, curas y teólogos

-Tendrán que rendir cuenta los obispos, curas y teólogos, al permitir que charlas tales se propongan al pueblo.

Hermano Lutero, hay Cielo y hay Tierra, y no habría Tierra si no hubiera Cielo. De la misma manera no habría siervos si no hubiera Señor, y si no hubiera Madre no habría hijos. Los siervos están todos sujetos a un Contrato y reciben la paga de acuerdo a las cláusulas de ese Contrato y todos tienen que rendir cuentas de su Trabajo a su Señor. En cambio los hijos de ese Señor trabajan libremente para su Padre y disfrutan sin límites de todos los bienes de su Casa; entran y salen cuando quieren. Los siervos no pueden entrar y salir más que cuando sus obligaciones lo mandan o son llamados por su Señor a presentarse ante El.

El Contrato original que firman quienes entran al servicio del Señor Jesús fue escrito y puesto a la luz para que todo el mundo lo viera. Como doy por supuesto que a un Maestro en Sagrada Escritura no hay que leerle las Instrucciones sobran las palabras. ¿Adónde quiero llegar? A descubrirte tu insensatez al no haber comprendido jamás que sin Madre no hay hijos, y sin Esposa no puede haber Señor respecto al cual cumplirse la Ley: “Buscarás con ardor a tu Marido, que te dominará”.

Eva, se entiende, era la imagen visible de una realidad invisible, la unión en cuerpo y alma de Adán, hijo de Dios, con su reino, el mundo de los hombres; y como las entrañas de Eva estaban abiertas a su marido, así la Corona de Adán al futuro de generaciones de hijos de Dios que con su sabiduría e inteligencia llenarían la Tierra para alegría del Cielo. Pero Adán cayó, como hemos oído y sabemos. Y un Nuevo Adán vino al Mundo, Cristo, y siendo Espíritu, aunque en carne, le era dada una Esposa para tener de Ella hijos.

Y volvemos a lo mismo, estaba en tu poder, hermano Lutero, alzar tu voz al Cielo y ponerte al frente de la Tierra para acabar con la corrupción de los siervos del Señor Jesús, mas lo que no te era dado era lo que hiciste, juzgar a la Esposa de Cristo y por tu cuenta declarar roto el Matrimonio Sempiterno de cuyas entrañas había de venir a luz aquella Generación de la que el Apóstol, en nombre de sus Hermanos en Cristo, escribiera: “Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros; porque la expectación ansiosa de la creación entera está esperando la manifestación de los hijos de Dios; pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujeta, con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios”.

¿Ves ahora, hermano Lutero, cómo al condenar al Infierno a la Nueva Eva le robabas al mundo esa Esperanza que vivía en Promesa en sus entrañas? Hermano Lutero, perdiste la Fe. Se te convirtió en conocimiento racional de unas verdades teológicas con las que jugabas como un arquero con su arco y sus flechas. Hablabas porque sabías hablar, porque eras un artista, pero perdiste la Fe, y por eso vendiste la Esperanza y no tuviste Caridad ni de campesinos, ni de judíos, ni de católicos, ni de nadie que no doblara sus rodillas ante tu verbo.

Obispos, curas, teólogos, papas, arzobispos, cardenales, todos los siervos tienen que rendir cuentas ante su Señor, más tarde o más temprano.

Ya te he dicho que los hijos gozan del espíritu de la Libertad, pero los siervos viven sujetos a los términos de su servidumbre. ¿O acaso la Esposa no sirve a su Señor? ¿Y no está la gloria de la Madre en sus hijos?

Lutero, Lutero, hay palabras que se las lleva el viento, palabras que son de vida y palabras que son de muerte, palabras que matan y palabras que animan, palabras que encienden guerras y palabras que curan heridas, palabras que son bellas al oído, como aquella manzana prohibida era bella a la vista, y luego resulta que son amargas como el veneno. ¡Qué amargas sonaron las tuyas en los oídos de aquéllos campesinos y en los de las poblaciones enteras que tus señores lo príncipes obligaron a emigrar, judíos y no judíos, abandonando las tierras y las casas, que pasaron a engrosar sus fortunas!

“No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal”.

Y ahora las tuyas:

“Sí, la Fe sola salva, sin Esperanza, sin Caridad. Cree y serás salvo; conoce y vivirás”.

Esta no es la declaración de Fe de un hijo de Dios, hermano Lutero; es la confesión del Diablo, que sabe y conoce que Jesús es el Señor, pero lo odia a muerte, así que le sobra la esperanza, la Caridad, las Obras de juicio, verdad y sabiduría.

Sin darte cuenta ni saber lo que hacías, quisiste matar a la Madre que había en la Esposa de Cristo, como aquel Diablo que se puso a perseguir a la Virgen para matar al

Niño antes que naciera, y ahora hacía lo mismo para que los hijos de Dios que la creación entera expectante ansiosa estaba no nacieran. Mas como al principio dije: hay Tierra y hay Cielo, pero si no hubiera Cielo Tierra no habría. Tu ignorancia es tu defensa, agárrate a ella, hermano Lutero, y ven y llora porque estabas ciego y no sabías lo que decías, que en este Día de Alegría no quieren el Señor y su Esposa sino compartir su felicidad porque el Día de la gloria de la libertad de los hijos de Dios ha nacido.

DUODÉCIMA PARTE

Sobre la existencia del Diablo

La existencia del Diablo como invento humano para justificar la existencia del Mal es el argumento favorito del Diablo. Observemos de todos modos que la figura de ese personaje, archienemigo del Bien, y por tanto de Dios, el Antiguo Testamento no la incluye en su iconografía literaria. Ni Moisés ni los profetas que le siguieron hablaron directamente de esta antítesis del Espíritu Santo, criatura real y de existencia tan letal como la de la serpiente antigua que mató a Adán y Eva. Ni David ni Salomón abrieron sus manos para iniciar a su pueblo en el conocimiento de ese personaje legendario típicamente cristiano. En algunas ocasiones sueltas se habla de un Leviatán, de unos hijos rebeldes, de demonios obviamente, pero nunca de esa figura tan precisa de características anticristianas tan específicas, el archienemigo del Espíritu Santo por excelencia.

Desde el Antiguo Testamento no se puede relacionar a Satán con este personaje anticristiano, encarnación del Mal, adorador de la Muerte, su diosa, hijo del Infierno, su verdadera patria, el fuego del amor por la Guerra por sangre y espíritu. El Antiguo Testamento delinea su existencia pero no la corporiza. No previene al pueblo de Israel sobre la identidad y poder de su verdadero enemigo y enemigo del género humano. No niega la existencia de hijos rebeldes que, contra la voluntad de su padre, Dios, jugaron con los hombres y se acostaron con sus mujeres. Recordemos las palabras: "Cuando comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la tierra y tuvieron hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron de entre ellas por mujeres las que bien quisieron. Estos son los héroes famosos muy de antiguo". ¿Conclusiones? Bueno, las que siempre hemos intuido. Que los hijos de Dios entre los que Dios distribuyó en su día los pueblos de la Tierra, y fueron los dioses tutores de la Humanidad eran criaturas tan de carne y hueso como lo somos los hombres, y viendo hermosas nuestras hijas cruzaron con nuestra raza su sangre, produciendo criaturas nuevas.

No dice nada la Escritura sobre cómo reaccionó Dios ante aquél cruce de razas cósmicas. Pero si dice la Escritura que "creció la maldad del hombre sobre la tierra y su corazón no tramaba sino aviesos designios todo el día" y en consecuencia "se arrepintió Dios de haber hecho al hombre en la tierra, doliéndose grandemente en su corazón". Sigamos entonces sacando conclusiones. Del efecto obtenido de aquella causa -el cruce de razas de distinto origen en el universo- podemos nosotros deducir que la causa iba buscando precisamente ese efecto -la destrucción del hombre por su Creador- y de este

objetivo podemos elevar nuestra mirada a la maldad de quien activó el efecto deviniendo su causa.

Tampoco Moisés dio nombres sobre aquéllos hijos de Dios, padres de los héroes de las edades de los mitos y las leyendas que el Diluvio enterró para siempre. Olvidándonos ahora de la maldad de tales divinos padres, sí cabe hacer constar aquí que los delirios de los héroes de aquéllas edades, creadores de las religiones sangrientas, inventores de los sacrificios humanos, de los que nos han llegado a nosotros testimonios literarios reclamando para sí ser hijos de dioses, y la confesión de sus madres reclamando haber sido tomadas por los dioses, encuentran en este testimonio bíblico su mejor aliado histórico. Pero regresemos al tema central, la maldad en el origen del nacimiento de aquellas edades de héroes y semidioses sacrificando a sus padres vidas humanas, implantando el terror de sus esquizofrenias a los pueblos que les rodeaban.

Destaquemos dos cosas. Aquella Maldad que se contagió al hombre; y la reacción que Dios sintió al ver a su criatura humana convertida en un monstruo, sacrificador de sus semejantes. A partir de estas dos notas, aquella Maldad de aquéllos hijos de Dios y aquel Desgarramiento del Corazón de Dios, nosotros estamos perfectamente capacitados para ir perfilando dos naturalezas, dos espíritus. Que los coloreemos y les demos cuerpo dependerá ya de nosotros mismos. La pregunta más interesante y profunda es la siguiente: ¿Siendo Todopoderoso y Omnipotente, siendo Omnisciente y Presciente porqué permitió Dios que aquella Causa de la Maldad del Hombre fuese activada? Es decir, ¿por qué no detuvo a aquéllos hijos malvados antes de que el delito se consumara?

No parece sino que Dios dejara hacer, permitiera que sus hijos jugaran a ser dioses y El mismo se limitara a barrer los desperfectos que causaban con sus acciones. Dios ponía la cara de quien le duele el corazón pero tampoco hacía nada para impedir que sus hijos hicieran lo que hacían. Le vemos de nuevo en el libro de Job siguiéndole el juego a su hijo Satán. Con el permiso de Dios este Satán convierte la vida placentera y maravillosa del santo en un infierno de miseria y desastres sin fin. Otra vez Dios se limita a barrer la casa. Su postura parece más la de un padre que ha aceptado la condición de sus hijos, y, aunque no le guste demasiado sus juegos, pensando en su infinito poder para deshacer sus entuertos tampoco les impide divertirse. En el caso de las mujeres humanas les dejó gozarla, vio nacer la maldad y no hizo nada, excepto barrer la casa. Desde el punto de vista de semejantes hijos aquél Padre era maravilloso, y así tenía que seguir siéndolo eternamente.

Más o menos es lo que del estudio superficial del Antiguo Testamento cualquier judío de los tiempos de Jesús podía deducir, comprender, inferir. Mas sobre la existencia de esa figura que llamamos el Diablo nada podía saberse con toda seguridad. Esa figura entra en la Historia Universal precisamente con Jesucristo.

Jesucristo no sólo perfiló ambos espíritus, no sólo tomó el Desgarramiento del Corazón de Dios en una mano y en la otra la Maldad de aquellos padres de los Héroes de la Antigüedad, además los perfiló y los corporizó, los definió y los descubrió. Él fue el primer hombre que trajo a existencia real y corpórea la existencia del Maligno, el Diablo, Satán, la Serpiente Antigua, el Dragón.

Visto esto se comprende que el concepto del Mal que Jesucristo puso en escena tuviera que chocarles a los judíos. Y no sólo su concepción del Mal, en la que la Serpiente del Edén dejaba de ser una simple metáfora para convertirse en un hijo de Dios, con su nombre propio, Satán. Era su concepción del Mal y también su concepción del Bien.

Regresemos al escenario histórico de aquél siglo y desde su conocimiento miremos cara a cara a aquél Jesús de Nazaret. Aquél Jesús trajo al mundo una concepción de la Paternidad Divina sobre la cual nada habían oído los judíos tampoco. Quiero decir, que Dios era Padre se había demostrado. Que la paternidad implica la existencia de un hijo primogénito es de necesidad. Siempre tiene que haber uno que es el primero y es a partir de cuyo nacimiento se hace padre la persona en cuestión, en este caso Dios.

Nada tenían que objetar los judíos sobre el particular. El Antiguo Testamento tampoco le daba nombre. Ellos se lo podían figurar. Dios era padre, luego tenía que haber un Hijo primogénito. Ni Moisés ni David ni Salomón ni ninguno de los profetas le pusieron Nombre a ese Primogénito. Que tenía que existir, por supuesto; que ellos ni nadie en este mundo conocían su Nombre, también.

El problema es que Jesucristo iba un paso más allá. Si sobre ese Primogénito nada habían escrito los autores bíblicos, que ese primogénito fuera Unigénito menos aún. Así que desde este punto de vista clásico: Cristo era la locura de Jesús.

Atrapados entre su ignorancia sobre la existencia y Maldad del Diablo y el Desconocimiento de la existencia y vida del Hijo Unigénito de Dios los judíos, abandonados a sus propias fuerzas, a las fuerzas de su sola fe, fueron arrastrados a los pies de la Cruz por fuerzas para ellos incontrolables. ¿En qué basó Jesucristo su revolución teológica? ¿En qué argumentos basó la entrada de estas dos figuras: la del Maligno, el Diablo, de un sitio; y la de Dios Hijo Unigénito, del otro?

Bueno, a estas alturas de crecimiento de la inteligencia nadie debe ignorar la verdad. No en la fe sola; es decir, en su fe propia, inspirada por el Espíritu Santo y por tanto a aceptar como si se tratase de la palabra de Dios, basó Jesucristo su revolución teológica. Sobre esta base sin embargo los judíos sí se hubieran sentado a hablar y a discutir el tema de la posibilidad de la existencia de esos dos personajes, el Diablo y el Hijo Unigénito de Dios.

No, sobre la fe sola no fundó Jesucristo su revolución teológica. La fundó sobre las Obras. "Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, porque las obras que mi Padre me dio hacer, esas obras que yo hago, dan en favor mío testimonio de que el Padre me ha enviado, y el Padre, que me ha enviado, ése da testimonio de mí" (Juan, 5.36). Y otra vez: "Os lo dije y no lo creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas dan testimonio de mí...Yo y el Padre somos una sola cosa... ¿No está escrito en vuestra Ley: Yo digo: Dioses sois? Si llama dioses a aquellos a quienes fue dirigida la palabra de Dios, y la escritura no puede fallar, ¿de Aquel a quien el padre santificó y envió al mundo decís vosotros: Blasfemas, porque dije: Soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya que no me creéis a mí, creed en las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo estoy en el Padre" (Juan, Jesús uno con su padre).

Y era lógico que así fuera, que Jesucristo fundara su revolución teológica sobre las Obras. ¿Acaso Moisés emprendió la suya sin las Obras que su Señor le había encargado realizar? ¿Y no fue sobre el testimonio que le prestó a su doctrina esas Obras que Moisés pudo transformar la relación entre Dios y su Pueblo? Luego la Fe, tanto la de Moisés como la de Jesucristo, tenían una misma Roca: las Obras que el Dios de ambos, a uno como Señor y al otro como Padre, les dio hacer.

Incapacitados los judíos para comprender la naturaleza de las fuerzas que provocaron la Caída de Adán, de lo cual da testimonio la ignorancia en la que hasta hoy día algunos viven, creyendo que Adán y Eva son los padres genéticos de todas las naciones de la Tierra; esa ignorancia había llegado a convertirse en una segunda naturaleza tan poderosa en el pueblo judío que no pudieron ver por las Obras de Jesucristo la naturaleza de su Revolución. Juzgar a la Historia es una facultad fuera de nuestra naturaleza sin embargo, así que regresemos al tema central.

La existencia del Diablo como justificación de la coexistencia en un mismo mundo de Dios y del Mal es un argumento vacío de sabiduría, inteligencia, entendimiento, juicio y verdad. Hasta la saciedad explotaría yo este argumento si yo fuera el Diablo. Este argumento y la idea primitiva de ser el Diablo un encantador de sombras jugando a asustar a los valientes con tentaciones patéticas y ruidos en las tinieblas serían mis dos armas favoritas. Naturalmente no soy ése. Pero hay un argumento más patético aún para justificar la coexistencia de un Dios infinitamente todopoderoso y un Diablo infinitamente malo y perverso. Se trata del argumento protestante sobre la Predestinación. Según este argumento sencillamente Dios predestina a los buenos a la gloria, y por eso los suizos y los príncipes alemanes y los reyes europeos corrieron a coger los primeros asientos en la iglesia de Lutero y su revolución teológica.

Y los malos: los católicos, los españoles, los judíos, los campesinos, y por regla general todos los demás eran malos porque Dios los había predestinado al Infierno y por eso eran malos, y por eso a los buenos les estaba permitido estrangularlos, descuartizarlos, despojarlos de sus bienes, esclavizarlos, retirarles todos sus derechos civiles, quitarles la libertad religiosa, etcétera, etcétera, etcétera. Y ya está solucionado todo el problema.

Pero de ninguna manera están solucionadas sus conclusiones teológicas. Porque si Dios es un super-archi-satán negándole la Libertad de elección entre el Bien y el Mal a su creación en este caso su Juicio contra Satán es una farsa de principio a fin. No hay que ser muy astuto para ver la línea de autodefensa que el Diablo estaba haciendo mediante este argumento protestante delante del Tribunal de los hijos de Dios. Porque si Dios es Omnisciente y lo ordena todo desde su Sabiduría es evidente que nadie tiene Libertad y en consecuencia todo el universo es esclavo de la voluntad oculta de su Creador, que a unos, sin conocimiento de causa, dirige hacia la izquierda, y a los otros, sin capacidad de decisión, arrastra hacia la derecha. ¿Así que cómo imputársele al Diablo su Maldad si su origen es el propio Dios que a unos predestina al Bien y a otros a hacer el Mal?

Conste que como línea de defensa el Diablo se buscó un buen argumento: Y que, de haberlo desarrollado delante de un Tribunal menos preparado, por ejemplo encabezado

por un Lutero, un Calvino y sus colegas, su exposición hubiera convencido a sus miembros, o al menos hubiera podido crear en ellos una duda razonable. Afortunadamente para todos nosotros el Tribunal ante el que el Diablo expuso esta línea de argumento en defensa de su Maldad, afortunadamente, digo, estaba Presidido por Dios. Ya lo dijo Pedro: "Pablo os escribió conforme a la sabiduría que a él le fue conferida. Es lo mismo que, hablando de esto, enseña en todas sus epístolas, en las cuales hay algunos puntos de difícil inteligencia, que hombres indoctos e inconstantes pervierten, no menos que las demás Escrituras, para su propia perdición" (Pedro, 2, Hay que vivir prevenidos). El fondo bíblico que a estos nuevos doctores les prestó argumento para defender al Diablo delante del Tribunal de los hijos de Dios y del mundo lo encontraron en la epístola de san Pablo, hablando de la justicia de Dios para con los gentiles y los judíos. Sobre cuya interpretación ya previno san Pedro, y cuyo consejo no les valió de nada a los nuevos maestros en artes y sagradas escrituras que acabaron eligiendo la vía de la perdición antes que reconocer que la Sabiduría de Dios, aquella sabiduría misteriosa, madre de los perfectos, no estaba predestinada para ellos. El Diablo, ciertamente, se rió de todos ellos el día que vio impresas palabras como estas:

CAPÍTULO 81

Respeto al Papa

-Esta arbitraria predicación de indulgencias hace que ni siquiera, aún para personas cultas, resulte fácil salvar el respeto que se debe al Papa, frente a las calumnias o preguntas indudablemente sutiles de los laicos.

El día que el Diablo vio estas otras palabras publicadas no sólo se rió, sino que pegó botes de alegría:

"Por apremio de la fe, estamos obligados a creer y mantener que hay una sola y Santa Iglesia Católica y la misma Apostólica, y nosotros firmemente lo creemos y simplemente lo confesamos, y fuera de ella no hay salvación ni perdón de los pecados, como quiera que el Esposo clama en los cantares: Una sola es mi paloma, una sola es mi perfecta. Única es ella de su madre, la preferida de la que la dio a luz [Cant. 6,8]. Ella representa un sólo cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo, y la cabeza de Cristo, Dios. En ella hay un sólo Señor, una sola fe, un sólo bautismo [Ef. 4,5]. Uno sólo, en efecto, fue el arca de Noé en tiempo del diluvio, la cual prefiguraba a la única Iglesia, y, con el techo en pendiente de un codo de altura, llevaba un solo rector y gobernador, Noé, y fuera de ella leemos haber sido borrado cuanto existía sobre la tierra. Mas a la Iglesia la veneramos también como única, pues dice el señor en el Profeta: Arranca de la espada, oh Dios, a mi alma y del poder de los canes a mi única [Sal. 21,21]. Oró, en efecto, juntamente por su

alma, es decir, por sí mismo, que es la cabeza, y por su cuerpo, y a este cuerpo llamó su única Iglesia, por razón de la unidad del esposo, la fe, los sacramentos y la caridad de la Iglesia. Esta es aquella túnica del Señor, inconsútil [Jn. 19,23], que no fue rasgada, sino que se echó a suertes. La Iglesia, pues que es una y única, tiene un solo cuerpo, una sola cabeza, no dos, como un monstruo, es decir, Cristo y el vicario de Cristo, Pedro, y su sucesor, puesto que dice el señor al mismo Pedro: Apacienta a mis ovejas [Jn. 21,17]. Mis ovejas, dijo, y de modo general, no éstas o aquéllas en particular; por lo que se entiende que se las encomendó a todas. Si, pues, los griegos u otros dicen no haber sido encomendados a Pedro y a sus sucesores, menester es que confiesen no ser de las ovejas de Cristo, puesto que dice el Señor en Juan que hay un solo rebaño y un solo pastor [Jn. 10,16]. Por las palabras del Evangelio somos instruidos de que, en ésta y en su potestad, hay dos espadas: la espiritual y la temporal... Pues cuando los apóstoles dijeron: Aquí hay dos espadas [Lc 22:38] es decir en la Iglesia, pues de los Apóstoles estamos hablando, el Señor no respondió que fueran demasiadas, sino suficiente. Ciertamente el que niega que la espada temporal esté en las manos de Pedro no ha escuchado la palabra del Señor ordenándole: Vuelve tu espada a su lugar [Mt 26:52]. Una y otra espada, pues, están en la potestad de la Iglesia, la espiritual y la material. Mas ésta ha de esgrimirse en favor de la Iglesia; aquella por la Iglesia misma. Una por mano del sacerdote, otra por mano del rey y de los soldados, si bien a indicación y consentimiento del sacerdote. Pero es menester que la espada esté bajo la espada y que la autoridad temporal se someta a la espiritual. Pues el Apóstol no diría: Todos han de estar sometidos a las autoridades superiores, pues no hay autoridad sino bajo Dios [Rom 13:1-2], si una espada no estuviera sujeta a la otra, de manera que la inferior sirva a la superior. Porque de acuerdo al Bendito Dionisio es ley divina que todas las cosas pasen de un nivel inferior a otro superior a través de uno intermedio. De manera que de acuerdo al orden del universo, las cosas no alcanzan la igualdad todas al mismo tiempo sino gradualmente, de la inferior a la superior, apoyándose todas mutuamente. Que la potestad espiritual aventaje en dignidad y nobleza a cualquier potestad terrena, hemos de confesarlo con tanta más claridad, cuanto aventaja lo espiritual a lo temporal. Porque, según atestigua la Verdad, la potestad espiritual tiene que instituir a la temporal, y juzgarla si no fuere buena. Así se cumple la profecía de Jeremías concerniente a la Iglesia y su poder: Mira que te constituyo hoy sobre naciones y reinos; y lo demás. Luego si la potestad terrena se desvía, será juzgada por la potestad espiritual; si se desvía la espiritual menor, por su superior; mas si la suprema, por Dios sólo, no por el hombre podrá ser juzgada. Pues atestigua el Apóstol: El hombre espiritual lo juzga todo, pero él por nadie es juzgado [I Cor. 2,15]. Ahora bien, esta potestad, aunque se ha dado a un hombre y se ejerce por un hombre, no es humana, sino antes bien divina, por boca divina dada a Pedro, y a él y a sus sucesores confirmada en Aquel mismo a quien confesó, y por ello fue piedra, cuando dijo el Señor al mismo Pedro: Cuanto ligares etc. [Mt. 16,19]. Quienquiera, pues, resista a este poder así ordenado por Dios, a la ordenación de Dios resiste [Rom. 13,2], a no ser que, como Maniqueo, imagine que hay dos principios, cosa que juzgamos falsa y herética, pues atestigua Moisés no que “en los principios”, sino en el principio creó Dios el cielo y la tierra [Gn. 1,1]. Ahora bien, declaramos, decimos, definimos y pronunciamos que someterse al Romano Pontífice es de toda necesidad para la salvación de toda humana criatura”.

De donde se ve el profundo conocimiento que el R. P. Martín Lutero tenía sobre la ignorancia de su pueblo. Un pueblo que llevaba dos siglos arrodillándose ante esta

declaración de divinización final del Obispo de Roma y su Corte, y, en cambio, se escandalizaba hasta la División del chiringuito que se habían montado el sucesor del declarante de la Bula, un criado de turno suyo, arzobispo en suma, y unos banqueros listos. Por lo que nosotros tenemos que juzgar que la causa mayor y principal de la supuesta revolución teológica de Lutero tuvo que ver con el Dinero. Y, como lo demostrarían los hechos, le sirvió de máscara a una revolución económica y social; de las cuales triunfaría la primera pero no la segunda.

En fin, en cuanto a la declaración de la tesis en curso, es imposible creer que la gente y el pueblo que no se escandalizó de esta Bula Pontificia pudiera tener la menor cultura. Así que no se puede saber, cuando dice el R. P. Martín Lutero: Aún para personas cultas, a qué tipo de gente se refería.

CAPÍTULO 82.

Miserable dinero

-Por ejemplo: ¿Por qué el Papa no vacía el purgatorio a causa de la santísima caridad y la muy apremiante necesidad de las almas, lo cual sería la más justa de todas las razones si él redime un número infinito de almas a causa del muy miserable dinero para la construcción de la basílica, lo cual es un motivo completamente insignificante?

Hermano Lutero, el Papa, el Dinero, los reyes, los príncipes. Díme, entre compinches, ¿buscabas la Verdad o el Dinero? Hermano, se te ve el plumero. Tú no querías ninguna Reforma, lo que tú buscabas era subir un peldaño en la escalera hacia los dioses del Olimpo romano. Porque vamos a ver, ¿dónde estaban esas personas cultas? ¿Llamabas persona culta a aquél cobarde que viendo la pelea a muerte entre hermanos se limitó a observarla? Cómo lo llamaban, ah sí, Erasmo de Rotterdam. ¿Luego la cultura de las personas y la cobardía de los hombres van de la mano? Una extraña cultura la tuya, hermano Lutero, llamar persona culta a un cobarde. ¿O acaso esa persona culta era tan cobarde como ignorante? No hay que ser muy listo para razonar, sumar tres más cuatro y comprender que la declaración del firmante de la Bula, cuando dice que al hombre espiritual nadie puede juzgarlo estaba elevando su locura a la condición divina. Ni hay que ser un genio para comprender que semejante locura sólo podía haberse declarado contando el firmante con la incultura de las gentes a las que dirigía su Bula. Porque si al hombre espiritual nadie puede juzgarlo tenemos dos opciones, o nadie es espiritual, sólo el papa, con lo cual el manicomio es lo que le hace falta, o bien, puesto que por ser cristianos somos espirituales, tenemos que abolir todo tipo de justicia, pues nadie puede juzgarnos. Que los cristianos somos espirituales no necesita ser demostrado con la Biblia en la mano; lo último que un sabio hace es responderle al necio rebajando su gloria hasta

semejante nivel de imbecilidad, lo que por caridad con tu alma, hermano Lutero, sí estoy haciendo. ¿O no aprendiste a falsear el espíritu de la Letra? La falsedad interpretativa de la que hiciste gala, alienando el Texto de su contexto, es la misma sabiduría que el tal papa ejerció cuando dijo en su Bula que Dios lo instituyó sobre naciones y reinos...y lo demás. Lo demás hermano Lutero es lo que sigue: "Para arrancar y destruir, para arruinar y asolar, para edificar y plantar". ¿Tal es el poder que le dio Dios a la iglesia del Papa? ¿Ese es el Poder del obispo de Roma: el de un emperador? Que me responda el que sepa: ¿Y si la paloma única de la que habla el autor de la Bula es la Iglesia, cómo es posible que esa misma paloma al final le diga a Cristo, figuradamente el Esposo: Huye, amado mío, semejante a la gacela o al cervatillo, por los montes de las balsameras? ¿Quiso decir el firmante que la Iglesia, figuradamente la Esposa del Cantar de los cantares, repudió a su Señor, o que lo repudia, o que lo repudiará? ¿Persona culta alguna en tu tiempo, hermano Lutero? ¿Qué persona culta, de haberla habido en tu tiempo, hubiera podido leer esto y no considerarte un majadero?

CAPÍTULO 83.

Misas y aniversarios

-Del mismo modo: ¿Por qué subsisten las misas y aniversarios por los difuntos y por qué el Papa no devuelve o permite retirar las fundaciones instituidas en beneficio de ellos, puesto que ya no es justo orar por los redimidos?

Dinero, hermano Lutero, Dinero, esto es lo único que a tí te importaba. La Iglesia padecía la locura de un obispo romano que contra Cristo decía que la Iglesia era Romana, es decir, de Roma, no de Cristo. Y a ti todo lo que te importaba era el Dinero, qué se hacía con el Dinero, cómo se hacía y por qué no se desviaba su río hacia tus manos. ¿El destino de los difuntos? Los muertos al hoyo, ¿verdad, hermano Lutero? Por eso desterraste del Antiguo Testamento todos los libros en los que la santidad y la caridad se relacionan con las oraciones por los difuntos. ¿No estabas tú tan mal de la cabeza como aquel al que tú le negabas el derecho a establecer qué libros son sagrados y cuáles no? El papa al que escupías se hizo su Canon y tú te hiciste el tuyo: dínos, hermano Lutero, ¿en qué te creías tú mejor que aquel al que le negabas el poder de establecer lo que es divino y lo que no lo es? Y si el pueblo quiere orar por sus difuntos, si yo quiero orar por mis difuntos y por el amor que le tengo a mi Dios y Él me tiene como hijo ¿en base a qué tú o cien Luteros como tú me van a prohibir a mí hacerlo, o convencerme de ser un anticristo por rogarle a mi Dios que tenga piedad de las debilidades y pecados de mis muertos? A ti no te interesaba la oración, hermano Lutero, a tí lo que te interesaba era el dinero que esas "fundaciones" les sacaba a los orantes. El Señor del que tanto sabías dijo que donde se tiene el ojo se tiene el corazón. El tuyo estaba en el Dinero. Y por eso que el obispo de

Roma estuviese convirtiendo la Iglesia Cristiana, de Cristo, en romana, de Roma, te daba lo mismo.

Si la Reforma que la Iglesia pedía desde siglos atrás te hubiera interesado te habrías alzado contra quien escribió que como Dios elevó a su Hijo a su Trono, glorificándole en vida con la herencia que de morir Dios hubiera debido heredar, así al Papa. ¿Recuerdas el Decreto?: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado Hoy. Pídeme, y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra. Los regirás con cetro de hierro y los romperás como vasija de alfarero" (Salmos-2.Rebelión de las gentes contra Yavé y su Ungido). Decreto por el que el Padre sentaba al Hijo a su Diestra con la gloria que hasta entonces se había reservado para El, ser el Señor. Pues bien, aquél demente autor de la Bula, inspirado por el Diablo, pidió permiso, bajo excomunión, para sentarse en el Trono de Dios, cuando afirmando dijo, contra el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que: someterse al Romano Pontífice es de toda necesidad para la salvación de toda humana criatura.

¿Personas cultas en tu tiempo, amigo Lutero? Sigue pues instruyéndonos:

CAPÍTULO 84.

De Dios y del Papa

-Del mismo modo: ¿Qué es esta nueva piedad de Dios y del Papa según la cual conceden al impío y enemigo de Dios, por medio del dinero, redimir un alma pía y amiga de Dios, y por qué no la redimen más bien, a causa de la necesidad, por gratuita caridad hacia esa misma alma pía y amada?

Dinero, dinero, dinero "es un crimen" dice la canción. Dinero es la palabra sagrada en tus manos, hermano Lutero. Por eso tus palabras sonaron a oro en las orejas de los príncipes, de los reyes, de los banqueros, de los hombres de negocios y de los listos que como Karlstadt comprendieron que de lo que se trataba era de los tesoros de la Iglesia, que tú invitabas a repartirse.

Lo mismo que la Túnica de Cristo y los soldados, en la que, curiosamente viera el pontífice de la Bula otra figura de la Iglesia, tu revolución teológica, contrariamente a la de Cristo, tenía en el Dinero su motor, su camino y su meta. Si lo tuyo era la Sagrada Escritura ¿por qué no le demostraste al obispo de Roma que no hay Sucesión Apostólica donde se ha abolido el poder de la Sucesión personal, como la de San Ambrosio sobre la

de San Agustín, por ejemplo? ¿O acaso Pedro le eligió sucesor a sus hermanos en el Apostolado? Pero hubo Sucesión Apostólica mientras los obispos elegidos por los Apóstoles siguieron eligiendo a sus sucesores. Y desde el momento que los emperadores rompieron esa Sucesión del Espíritu Santo la sobrenaturaleza de la Sucesión Divina fue corrompida y con la corrupción vino la División de las dos primeras grandes ramas del Árbol Cristiano. Corrupción que le afectó tanto al obispado griego como al romano, el episodio de la Papisa Marozia uno más entre la larga colección de escándalos que protagonizaron tanto los muy catoliquísimos romanos como los muy sacro santísimos bizantinos. ¿Cómo puede gobernar el Espíritu Santo su Iglesia si no tiene poder para abrir y cerrar puertas? Pero si el Espíritu Santo tiene su cuerpo en los obispos es a través de ellos que procede a la Sucesión Apostólica, a imagen de la citada sucesión Ambrosio-Agustín. Luego, hermano Lutero, la Iglesia es cristiana si no es Romana, y es Apostólica si no es Imperial. Sin embargo como Cristiana en su Cuerpo vive la romana, la moscovita y las demás iglesias que de la ciudad donde residen sus obispos toman su nombre. Y si es Imperial, poniendo Papa donde se entiende emperador, la Iglesia no es Apostólica, porque sólo al Espíritu Santo le corresponde elegirles sucesores a sus hijos los obispos.

Hermano Lutero, porque esto no era así, y el obispado y los arzobispados se compraban y se vendían la Cristiandad clamaba al Cielo por una Reforma. Y el pueblo y sus príncipes, ignorantes e incultos, creyendo que tú eras la Respuesta del Cielo la poca inteligencia que les quedaba la arrojaron a los cerdos cuando se privaron de juzgar al hombre por sus obras, al árbol por sus frutos. De haberlo hecho se hubieran dado cuenta que el Diablo se adelantó al Cielo, porque para eso se le dio el Poder sobre el Segundo Milenio de la Primera Era de Cristo, y donde se esperaba Paz vino Guerra, y donde se esperaba Verdad vino Mentira, y donde se esperaba Amor vino Odio.

Hermano Lutero, tú no creías en Dios ni en el Diablo, tú sólo creías en el Dinero. Y cuando te negaron lo que pediste, con amenazas muy artísticamente compuestas sólo apta para obispos te revolviste contra aquéllos demonios con sotana a los que, como a ti, las almas les importaba un comino, por no emplear palabras más fuertes. Dinero era lo que quería el emperador-papa, dinero era lo que quería su vasallo santo el arzobispo. Dinero era lo que querían los Fugger. Dinero era lo que querías tú. Por esto hablabas como hablabas.

CAPÍTULO 85.

Los cánones penitenciales

-Del mismo modo: ¿Por qué los cánones penitenciales que de hecho y por el desuso desde hace tiempo están abrogados y muertos como tales, se satisfacen no obstante hasta hoy por la concesión de indulgencias, como si estuviesen en plena vigencia?

Hermano Lutero, estabas hecho un monstruo en cuestión de cánones y su relación con el Dinero. Más que en Sagrada Escritura eras maestro en Derecho Canónico. Puede que no lo hubieras estudiado oficialmente, pero en privado habías hecho de ti mismo todo un Catedrático en Derecho Canónico Medieval, esto se ve a la distancia. El arzobispo a quien le enviaste tus Tesis seguro que cogió el mensaje al vuelo.

Sabías infinitamente más de penas canónicas que de Historia sin embargo. Al fin y al cabo lo tuyo no fue nunca el sacerdocio. Tu vocación era otra, era el Derecho, no el Canónico, pero bueno, era Derecho al fin y al cabo. ¡Un abogado filósofo envuelto en la aureola medieval de los frailes sacerdotes!

Como aliado del arzobispo Alberto no lo hubieras hecho nada mal. Lo que el mundo necesitaba, no obstante, hermano Lutero, era un Reformador no un comisario de comisarios para las indulgencias jurando lealtad de perro de Gestapo a su amo. Ya que tan poco miedo le tenías al Diablo hubieras debido hacer como Savonarola, denunciar el nacimiento del Obispo-Dios y su crecimiento como Papa-Emperador. Hubieras debido enfrentarte al enemigo real, no a ese producto de tu esquizofrenia al que le diste por cuerpo todos los católicos del universo y sus hermanos en el Diablo los judíos. ¿Incluimos también a los anabaptistas, tus hijos, a los que tú y tu hermano Calvino devorasteis en masa? Y pensar que tanta matanza y crímenes cometidos en nombre de tu barriga se hubieran podido evitar poniéndote al cuello la correa de los perros de su amo. Señoras y señores les presento al nuevo comisario de comisarios para las indulgencias del santísimo papa de Roma. Vamos, excelentísimo Martín, ladra:

CAPÍTULO 86.

Los pobres creyentes

-Del mismo modo: ¿Por qué el Papa, cuya fortuna es hoy más abundante que la de los más opulentos ricos, no construye la basílica de San Pedro de su propio dinero en lugar de hacerlo con el de los pobres creyentes?

-jajajajiejuojsgggujsujejjejj -se partieron el pecho los genios que captaron el mensaje del fraile-. Hay que reconocerle que es bueno. Es tonto, pero tiene gracia. ¿Os imagináis la cara que pondría el santo padre si leyera esto? Quemad esa basura y se olvide el asunto; que el silencio le sirva de respuesta. ¿Quién es el loco que habla de sabiduría con un perro?

Y allí se hubiera muerto la rabia si no hubiera nacido Gutenberg por aquellos tiempos y hubiera tenido el maravilloso genio de hacer realidad su sueño, la imprenta. El fraile de Wittenberg se había cubierto la espalda y antes de hacer de San Jorge ya convino con sus amigos pasar a la acción si recibía por respuesta el silencio. Era su plan B. Si el plan A le funcionaba y era recibido por el arzobispo y contratado para el negocio él se olvidaría de las Tesis. Sus amigos, de la especie de Erasmo, unos cobardes a los que el enfrentamiento con el emperador-papa les ponía los pelos de punta, sobre todo después de lo que le pasara a Savonarola; una vez Lutero fuera de la contienda ellos harían lo mismo. Podía pasar que el Plan A no le sirviera de nada a Lutero.

Dado el paso la marcha atrás imposible, las trompetas de la imprenta de Gutenberg anunciarían la entrada en el campo de batalla del plan B. Bajo su estrépito las murallas de Jericó se derrumbarían y la Iglesia Católica, sometida al saqueo de las hordas aristocráticas europeas sería borrada del mapa, quedando en su lugar la Nueva Iglesia. (¿De Cristo o del Diablo?).

El plan A falló. Las trompetas del plan B hicieron oír el grito de guerra contra la Iglesia Católica, en el corazón de cuyo Cuerpo el Anticristo había levantado su Trono, ¿verdad, hermano Lutero? A muerte pues con Ella.

CAPÍTULO 87.

La Perfecta contrición

-Del mismo modo: ¿Qué es lo que remite el Papa y qué participación concede a los que por una perfecta contrición tienen ya derecho a una remisión y participación plenarias?

De haber habido un sólo hombre culto en aquéllos días ese hombre hubiera podido adoctrinar a las hordas protestantes sobre la naturaleza del crimen cometido contra la Iglesia Católica por el obispado romano y su corte italiana. Hubiera podido traerles a la memoria a aquéllos ejércitos de subnormales qué se entiende por tirano. Las páginas de la Historia están llenas de ejemplos de hombres que se pusieron a la cabeza de una revolución popular y, conseguida con la sangre del pueblo, se alzaron con la jefatura del Estado para inmediatamente ser más malos que los dictadores contra los que el pueblo se levantara a una. Aristóteles llamó tiranos a tales tipos. El obispo de Roma había caído en esa misma espiral y se había apropiado de toda la gloria debida a la victoria conseguida por la sangre de miles de hombres de las primeras naciones cristianas. Como si toda esa sangre sacra hubiera sido la suya, declarando ser suyo el Cuerpo de Cristo el obispo de Roma en nombre de su sangre se declaraba la Puerta de la Salvación, contra Cristo

negando que Jesús sea la Puerta a la vida eterna, de la que le dio las Llaves, pero no para encerrar al propio Cristo detrás y dejarle a él el Gobierno Imperial de su Rebaño.

Esto hubiera debido enseñar a aquellas masas una persona culta, de haberla habido. Pero como sucediera en los tiempos de Cristo cuando no le fue posible a Dios encontrar un sólo hombre bueno, así sucedió en los días de Lutero, con la diferencia de que en esta ocasión quien se sirvió de la privación de cultura fue el Diablo. ¡Cómo iba el Diablo a fracasar en su objetivo de dividir a la Iglesia Católica si los pocos que hubieran podido plantarle cara a Lutero, Zuinglio y Calvino, caso Erasmo, eran unos cobardes!

¿Dios no puede juzgar al Papa? Ya ha sido juzgado y se le ha encontrado culpable de sus crímenes. En efecto, Jesús le dijo a Pedro: "Vuelve la espada a su lugar", de donde el autor de la Bula derivó que siendo la espada de Pedro la que Pedro volviera a su funda, y esa espada símbolo del Poder Temporal del obispo de Roma, al papa le pertenecía el Poder Temporal. Lo que el autor de la Bula no contó fue el resto, que dice: "Porque el que a espada mata a espada morirá".

¿Qué necesidad hay de juzgar a quién se juzga a sí mismo? Contra la voluntad de su Señor sacó la espada de la funda donde le ordenara guardarla. Sobre su cabeza su delito. Pastor sólo hay uno, Jesucristo, y es la sujeción a Este, Dios Hijo Unigénito, Rey del Cielo y de la Tierra, la Única y Sola Necesidad que tiene toda criatura humana para su Salvación. Fuera de esta verdad todo el que añada o quite no viene de Dios. El mismo Diablo que engañara al autor de la Bula *Unam Sanctam* tentó y engañó al autor de estas Tesis.

DÉCIMO TERCERA PARTE

El Protestantismo y el Papado

Ya se pueden ir sacando las primeras conclusiones finales que nos conduzcan de cabeza al final de mi respuesta a este Debate. Una palabra emerge todopoderosas de todo lo expuesto hasta aquí: Dinero. Un nombre tiene lo que los propios autores del acto que define este nombre llamaron Reforma: Rebelión. No hubo Reforma, hubo Rebelión.

La Reforma no fue en ningún momento un movimiento espiritual a la conquista de la "reforma" que la corte pontificia romana se había negado a realizar en los últimos siglos. Para nada. El Protestantismo fue la consecuencia de esas continuas negaciones del obispado romano a revocar la locura que, en el supuesto nombre de la autoridad jesucristiana y contra la dignidad divina de la Sucesión de Pedro, estaba en la base del desprecio de todas las naciones hacia -como gustaba llamarse a sí mismo- el timón rector de esta Nueva Arca de Noé.

No se puede ser muy infalible para comparar a la Iglesia Católica con un Arca. ¿Habiendo jurado Dios que no volvería a destruir al hombre mediante un diluvio, acaso acusaba el Papa a Dios de ser la causa del diluvio de las Invasiones de los Bárbaros, por ejemplo?

Hay que ser algo más que falible para por decreto propio situarse más allá de toda justicia, declarándose, por el poder de Jesucristo y contra el Espíritu Santo, obispo-dios.

Poco infalible hay que ser para, en virtud de la Sagrada Escritura y contra el Espíritu Santo de Cristo, declararse Papa más que Emperador.

Bastante más que sujeto a error había que estar para contra la doctrina de Jesucristo y por la Gracia de la sangre de los mártires llamarse Santo Padre.

Obispo-dios, papa-emperador, santo-padre, ¡por Dios Santo!, cómo se podía manipular el Símbolo de Unidad en que Dios convirtió la Debilidad de Pedro para transformar su Sucesión en una cueva de ladrones, obispado romano e italiano ahogando a golpe de ex comunión y fuego de hoguera cualquier crítica.

Aquí, pues, era donde estaba la Reforma. Ahí era donde el Cielo y la Tierra clamaban por una Reforma. Al Espíritu Santo que condujo a sus siervos a la Victoria, el obispo

romano le quitó el poder de sucesión apostólica que fuera la gloria del Cielo y la Tierra cuando san Ambrosio eligió a su sucesor, san Agustín, caso más llamativo y esplendoroso de la vitalidad invicta y vivificante de la actuación libre y amorosa del Espíritu Santo.

La necesidad, en efecto, obliga a muchas cosas. El imperio de las circunstancias arrastra a las criaturas a hacer lo que jamás creyeron que pudieran hacer. Es una de las leyes de la Ciencia del bien y del mal. Todos aprendemos de las vueltas que da la vida a valorarnos por lo que somos, a conocer nuestros límites, a comprender a los demás mirándonos a nosotros mismos en el espejo de la memoria. Sin embargo aquél obispado romano no parece que aprendiera para corregir, no parece que conociera para tener más juicio. Al contrario, como el enfermo que se despreocupa de su enfermedad y la deja crecer, el obispado romano fue de mal en peor y no paró de cultivar su enfermedad espiritual hasta que el grito de la fiebre causada en todo el cuerpo cristiano se tradujo en Rebelión.

Contra la Sabiduría, que diera por sentado que los sucesores apostólicos están sometidos a las leyes humanas y por tanto como cualquier hijo de hombre pueden equivocarse -de aquí que se diera un Símbolo de Unidad- el obispado romano se hizo infalible, cuando las páginas de su Historia está llena de sus errores, de sus crímenes y de sus corrupciones.

Contra Dios Padre, que abolió el Imperio en el Cielo y fundó un único reino universal aquí en la Tierra, el obispado romano resucitó el Imperio, y no uno cualquiera, no, resucitó de su tumba el imperio que más odioso les era a Dios y a su Hijo, el Romano.

Contra su Señor, que se levantó contra el Templo Antiguo por haber sido transformado en una cueva de ladrones, el obispado pontificio en Francia y desde Francia transformó el Primado Romano en una nueva cueva de ladrones con un único propósito, la extorsión de los pueblos cristianos.

¿Había razones para una Reforma? ¿Volvemos a hablar de Pornocracia de los santos-padres, aquellas series de miserables obispos romanos que se sucedieron en las camas de sus prostitutas sagradas, convirtiendo la sucesión de San Pedro en una lista negra de bestias compitiendo entre ellas a ver quién era el peor, el más sanguinario, el más depravado? ¿Hablamos de la maldición pontificia que a raíz de la entronización del obispo-dios, por obra y gracia de la locura de Gregorio VII condujo a los obispos romanos a huir de su sede, violando el derecho canónico que le prohibía a un obispo abandonar su sede por miedo a la muerte? ¿Volvemos a hablar de la esquizofrenia egolátrica de aquel Bonifacio que convirtió el Oficio Pastoral en Imperium?

¿Había causas para una Reforma? Pero por qué hablar tanto cuando las palabras de un hijo de hombre no son más que viento y sólo por el amor del Creador a su criatura se le concede el maravilloso don de la palabra. Que hable el Hijo de Dios y de su boca sempiterna se oigan los términos del Contrato por el que los Obispos y todos los sacerdotes son contratados a su Servicio, y por su Gloria y Majestad transfigurados en su Cuerpo:

"No vayáis a los gentiles ni penetréis en ciudad de samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de Israel, y en vuestro camino predicad diciendo: El reino de Dios se acerca. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad a los demonio; gratis lo recibís, dadlo gratis. No os procuréis oro ni plata, ni cobre para vuestros cintos, ni alforja para el camino, ni dos túnicas ni sandalias, ni bastón, porque el obrero es acreedor a su sustento. En cualquier aldea o ciudad en que entréis, informaos de quién hay en ella digno y quedáis allí hasta que partáis, y entrando en la casa, saludadla. Si la casa fuera digna, venga sobre ella vuestra paz; si no lo fuera, vuestra paz vuelva a vosotros. Si no os reciben o no escuchan vuestras palabras, saliendo de aquella casa o de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo, que más tolerable suerte tendrá la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio que aquélla ciudad".

Y de nuevo:

"Os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, astutos como serpientes y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas os azotarán. Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor a mí, para dar testimonio entre ellos y los gentiles. Cuando os entreguen, no os preocupéis cómo o qué hablaréis, porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir. No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro padre el que hablará en vosotros. El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte. Seréis aborrecidos de todos por mi nombre; el que persevere hasta el fin, ése será salvo. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra; y si en ésta os persiguen, huid a una tercera. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre. No está el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre el amo; bástele al discípulo ser como su maestro y al siervo como su señor. ¡Si al amo le llamaron Belcebú cuánto más a sus domésticos! No los temáis porque nada hay oculto que no llegue a descubrirse, ni secreto que no venga a conocerse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, predicadlo sobre los terrados. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna. ¿No se venden dos pajaritos por un as? Sin embargo ni uno de ellos cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. Cuanto a vosotros, aun los cabellos todos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues valéis más que muchos pajarillos. Pues todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos; pero a todo el que me negare delante de los hombres, yo le negaré también delante de mi Padre, que está en los cielos. No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos mía, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá, y el que la perdiere por amor a mí, la hallará. El que os recibe a vosotros, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. El que recibe al profeta como profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe al justo como justo tendrá recompensa de justo; y el que diere de beber a uno

de estos pequeños sólo un vaso de agua fresca en razón de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa".

Y se calló. El que quisiera firmar el Contrato de Siervo que lo firme, el que no que se quede en casa. A nadie obliga, el Hijo de Dios no va por ahí sacando de la cama, látigo en mano obligando a la gente a volver a nacer a la imagen y semejanza de Cristo. La cuestión es, viendo este perfil del Discípulo-Siervo ¿en qué se asemeja o se le parece aquél obispado romano contra el que se hizo la Rebelión de media Cristiandad, y con toda la razón del mundo? Rebelión es el término que define el acontecimiento que sus protagonistas llamaron Reforma. Ahora que hable Lutero:

CAPÍTULO 88.

La Iglesia y el Papa

-Del mismo modo: ¿Qué bien mayor podría hacerse a la iglesia si el Papa, como lo hace ahora una vez, concediese estas remisiones y participaciones cien veces por día a cualquiera de los creyentes?

Dinero es el objeto en juego. De Reforma de la Curia no se habla. Contra la esquizofrenia egolátrica del obispado romano y el milagro de la transformación de la fe en la gallina de los huevos de oro el reformador no dice palabra. No quiere reformar, quiere entrar en el negocio. No levanta su dedo crítico, no alza una voz profética; su voz es la de la mente racional que mira a la fe desde la plataforma del conocimiento y desde esa posición entabla una discusión con los ladrones que habían hecho de la Iglesia una cueva, pero no para enfrentarse al Dragón cual san Jorge, sino para frotarse las manos y participar en el robo. ¿O acaso él era un Quijote, uno de esos locos de atar a la cama de fuego, Savonarola por ejemplo? No señor, el papa es el Santo Padre y a él le debe todo su respeto la mente racional de Lutero, lo único que le interesa al reformador es hablar de Dinero.

CAPÍTULO 89.

La salvación de las almas

-Dado que el Papa, por medio de sus indulgencias, busca más la salvación de las almas que el dinero ¿por qué suspende las cartas e indulgencias ya anteriormente concedidas si son igualmente eficaces?

Maestro en artes filosóficas, doctor en teología y de hobby experto en derecho canónico. Un buen partido. Un aliado fenomenal para un negocio que no le estaba dando todo el fruto esperado a su amo y estaba levantando una polvareda superior a lo que se hubiera podido esperar de algo tan simple como la venta de indulgencias, algo que se llevaba haciendo nadie sabía desde cuándo. ¿Qué podía importarle a un Lutero, que por doctrina evangélica predicaba el odio a sí mismo, y era de suponer que desde su odio a sí mismo poco le podía importar el resto del mundo, empezando por aquella maldita reforma que no llegaba nunca y nunca dejaba de ser pedida; qué le podía importar a aquel Lutero que por orgullo propio tirara por la borda su juventud; qué le podía importar a aquel Lutero, amargado por cobarde, que sólo en la Razón pudo encontrar salvación para su locura, que ya hasta veía al Diablo en su celda; qué le podía importar a ese Lutero la crítica de los intelectuales de su tiempo contra el negocio que se habían montado el arzobispo, el papa y los Fugger? Con la Fe sola no se come.

¡Qué le importaba a él si el papa remitía todos los pecados y hasta al mismo Diablo absolviera de violar a la madre de Dios! A él toda esa payasada de los racionalistas de turno como Erasmo le importaban tanto como el odio al Yo Propio que predicaba; lo que de verdad le importaba a Lutero era el Dinero, el negocio, entrar en el negocio, progresar en su carrera eclesiástica. Dar un paso adelante, salir de aquella Wittenberg oscura donde vivía su condena de profesor de teología hasta la muerte. Él era más que todo eso, estaba preparado para algo más que nada más que eso. Sabía cómo darle la vuelta al fracaso que estaba experimentando el negocio y quería hacerlo. ¿Por qué no darle la oportunidad? Él sabía y podía:

CAPÍTULO 90.

La desdicha de los cristianos

-Reprimir estos sagaces argumentos de los laicos sólo por la fuerza, sin desvirtuarlos con razones, significa exponer a la Iglesia y al Papa a la burla de sus enemigos y contribuir a la desdicha de los cristianos.

Por supuesto que aquel maestro en artes retóricas estaba preparado para vencer estos argumentos “sagaces” de los laicos contra las indulgencias.

Y sus jueces no lo pusieron en ningún momento en duda. Lo que no les gustó para nada fue la amenaza que latía en su pulso en caso de no aceptar su oferta. Lutero no se ofrecía a servir a su amo el arzobispo con la humildad del que es movido por un celo impulsivo y arrastrado por su fuerza sale en defensa de la dignidad y santidad del santo padre y sus siervos. No. Lutero amenazaba. Aparte de que el negocio no estuviera resultando todo lo bueno por culpa de los argumentos sagaces de los laicos y otros no tan laicos, le ofendía a todo un arzobispo, señor feudal en toda la regla, que un lacayo se atreviera a amenazarle con doblar la sagacidad de esos argumentos si no se le abría la puerta y se le concedía el cargo del comisario ante el que todos los obispos debían bajarse los pantalones.

Aquello era demasiado. Pedido el puesto de otra forma, hecha la oferta bajo otros términos, quizá quizá quizá...

CAPÍTULO 91.

El espíritu y la intención

-Por tanto, si las indulgencias se predicasen según el espíritu y la intención del Papa, todas esas objeciones se resolverían con facilidad o más bien no existirían.

El perro se tumba, alza las patas y muestra su panza para que su amo lo acaricie. (Los perritos me perdonen por usar esta comparación y meterlos a ellos donde no debiera). “Por tanto si las indulgencias se predicasen según el espíritu del papa.....”. ¿Hacen faltas más palabras?

CAPÍTULO 92.

Pueblo de Cristo

-Que se vayan pues todos aquellos profetas que dicen al pueblo de Cristo: “Paz, paz”; y no hay paz.

Vamos a jugar a las palabras. Y usando las armas retóricas de Lutero traducimos esta proposición en su contraria: Que vengan todos los profetas que gritan Guerra, Guerra, y haya Guerra.

Hermano Lutero, ¿cómo podía sonar esta amenaza en las orejas de un arzobispo al que no le iban precisamente bien las cosas? ¡El negocio que se había montado con los Fugger cuesta abajo y tú le entras amenazándole con guerra si no acepta tu oferta! Esa no era forma de cortar tajo, hermano Lutero. Como diablo de abogado no fuiste muy listo. Bueno, no fuiste listo ni una sola vez en tu vida. Primero la cagas por una tormenta de las que en Alemania las ha habido toda la vida y tiras tu futuro y tu juventud por la borda; después vuelves a cagarla cuando te estás volviendo loco en el convento y no eres capaz de colgar la sotana. Y ahora vuelves a cagarla por tercera vez.

Hermano Lutero, el papa era un diablo de obispo, pero tú eras un diablo de profesor de todo y de nada que se creía más listo que el resto del mundo. Y eso no puede ser, hermano Lutero. Nadie tiene la razón todo el tiempo, nadie puede estar equivocado todo el tiempo. Según tú, tú no te equivocaste nunca. O sea, eras tan infalible como aquel al que mandabas al infierno. ¿Qué tal si los dos discutís allí si la Reforma fue Revolución o Rebelión? ¿Qué querías, que el arzobispo despidiera por las buenas a los comisarios y pusiera en tus manos el negocio? No te podías conformar con un trozo ¿verdad, hermano Lutero? Tú tenías que tener, como el otro la espada, el cuchillo para partir la tarta. Hombre de Dios, ¿no sabías que demasiado azúcar hace con los dientes lo que un buen puñetazo, echarlos abajo? Pobre hermano Lutero, una pata en el infierno y enemistado a muerte con el único que puede echarle un cable, ¿qué haremos contigo, te encenderemos una vela sobre las ruinas de los altares que ordenaste destruir? ¿Diremos una misa por tu alma en la iglesia contra la que prohibiste rezar por los difuntos? ¿Cómo pudiste llevar tan lejos tu incapacidad para tomar esas decisiones correctas que hubieran alegrado tu propia vida? ¿No fuiste capaz de decidir por ti mismo y para ti mismo qué era lo mejor para tu propia felicidad y te atreviste a decirle al resto del mundo qué era lo que le convenía para la salvación de su alma? ¿O no escuchaste lo que Jesucristo dijo: De qué le vale a hombre salvar al mundo si pierde su alma?

Hermano Lutero, eras un necio, ¿si no te podías salvar a ti mismo cómo ibas a salvar a tu prójimo, y menos a un mundo? La respuesta venía con la pregunta. Árbol bueno da fruto bueno; árbol malo, fruto malo. Hasta un chiquillo es capaz de comprender esta filosofía divina. Si el fruto del árbol de tu Razón fue convertirte en un hijo de la perdición, ¿cómo un hijo de la perdición iba a salvar a nadie? También se puede decir desde la filosofía natural: A tales fines, tales medios. ¿Ves cómo no había que estudiar tanto para aceptar la verdad con el corazón inocente y puro de un chiquillo?

Hay Cielo y hay Tierra; hay Infierno y hay Paraíso. Hay Verdad y hay Mentira; hay Diablo y hay Cristo. Hay Reforma y hay Rebelión, pero tú hiciste lo último, no lo primero; tú hiciste que los primeros, los pobres, fueran los últimos, y los últimos, los ricos, los primeros. Tú pusiste Odio donde Jesús puso Amor. Tú pusiste Guerra donde Jesús puso Paz: Jesús puso Guerra entre el Diablo y su reino, pero Paz entre los hermanos. Tú rompiste esa Paz en nombre de tu fracaso. Nunca pudiste aceptar que te equivocaste, nunca distes tu brazo a torcer. Era tu defecto, y tu defecto era tu locura. Pero tu locura

nunca fue sabiduría a los ojos de Dios. Aunque la sabiduría del obispado romano sí era locura a los ojos de Dios, esta locura no la atacaste, y no la atacaste porque tú querías ser el siguiente dios en la Tierra. Tu ambición te perdió, hermano Lutero. Y por eso decías cosas tan increíbles como la que sigue:

CAPÍTULO 93.

"Cruz, cruz"

-Que prosperen todos aquellos profetas que dicen al pueblo: "Cruz, cruz" y no hay cruz.

¿Qué diremos de la lectura de esta declaración de locura? Ciertamente no había entre toda aquella gente culta, laica o seglar, uno sólo del que se pudiese decir: He ahí un Siervo de su Señor. Lógico por tanto que fuese la hora de esa sabiduría que es locura a los ojos de Dios.

Lutero, Lutero, todo hombre es culpable de los crímenes que comete y de los que con sus palabras arrastra a otros a cometer. Pero para todos está ahí Quien a todos otorga Sabiduría para no caer en el abismo al que el papado arrastró a la cristiandad y estuvo en la Causa de la Rebelión Protestante que fue su Efecto. Sólo ella, la Sabiduría, salva al pueblo de la alianza entre lobos y pastores. Quien no tiene inteligencia para evitar su perdición por culpa de tales monstruos no tiene tampoco excusa estando ahí nuestro Dios y Padre para concedernos toda la inteligencia que haga falta. Y si alguno cree que en todo el Cielo no hubiera tanta para satisfacer su sed de conocimiento ya se enterará cuando tenga que decir: Señor, ¿no ves que me ahogo?

CAPÍTULO 94.

Penas, muertes e infierno

-Es menester exhortar a los cristianos que se esfuercen por seguir a Cristo, su cabeza, a través de penas, muertes e infierno.

En otras palabras, hay que exhortar a los cristianos a que sigan siendo eternos borricos.

Hermano Lutero, tu ignorancia no tenía enmienda. Lo único y sólo a que se debe exhortar a un hermano es a no tenerle miedo al Padre de todos y convencerle para que le pida inteligencia, que la Sabiduría, como ya dije, ama al hombre y siendo el espejo del amor divino se derrama en los que la buscan. Ella es la Ciudad inconquistable tras cuyos muros vive el cristiano como príncipe invencible que se ríe desde la Torre de la Gracia de los ataques del Infierno. Nosotros somos la Descendencia Invencible a la que bajo juramento se ató el Altísimo, diciendo: “Por mí mismo juro, palabra de Yavé, que por haber hecho tú cosa tal, de no perdonar a tu hijo, a tu unigénito, te bendeciré largamente, y multiplicaré grandemente tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de las orillas del mar, y se adueñará tu descendencia de las puertas de sus enemigos, y en tu posteridad serán bendecidas toda las naciones de la tierra, por haberme tú obedecido” (Génesis-El sacrificio de Isaac). Ahora bien, ¿cómo nos enfrentaremos a la que no vemos y repta en el polvo invisible de las letras de los libros de nuestros muertos?

La Muerte, el último enemigo, nos reta. El Rey en persona sale al frente de los ejércitos, sus hijos en la vanguardia abren la marcha. Una sola doctrina para todos. Sabiduría, más Sabiduría, y siempre Sabiduría. Que todos los ejércitos despierten y vengan a recoger tanta como puedan sus músculos llevar. Inteligencia, entendimiento, fortaleza, consejo y temor de Dios, el espíritu que estuvo al Principio y anduvo sobre la superficie de las Aguas anda de nuevo al Final llamando a todos a caminar sobre las aguas de la ignorancia. Moisés dividió el mar, Jesús anduvo sobre sus aguas. Él es nuestra gloria y el Camino que trazó es nuestra senda. Que diga Lutero su última palabra:

CAPÍTULO 95.

Ilusoria seguridad

-Y a confiar en que entrarán al cielo a través de muchas tribulaciones, antes que por la ilusoria seguridad de paz.

Bueno, ya es hora de cerrar este Debate. Es la ley de la evolución de las cosas. Y en fin, el fruto de toda relación entre hermanos mira al crecimiento de todos para que ya nadie tenga que enseñar a nadie. Este era mi objetivo. Y creo que bajo su luz me he conducido. Por vosotros mismos podéis refutar la estupidez de estas últimas palabras.

EPÍLOGO

Dos son las fuerzas que mueven la Historia Universal. De un lado tenemos a Dios y del otro tenemos a la Muerte. Fue por la Caída de Adán que ambas fuerzas se enfrentaron abiertamente y se declararon la Guerra sin cuartel, la Tierra por campo de Batalla. Una vez declarada la Batalla Final entre Dios y la Muerte fue la Humanidad la que quedó atrapada en el fuego cruzado por la Victoria. El Enfrentamiento entre las Fuerzas del Cielo y del Infierno puso en el campo de batalla aquél Duelo personal a muerte entre los Campeones respectivos, nuestro Rey Jesucristo, por la parte de Dios, y Satán, Príncipe del Infierno, por la parte de la Muerte. Lo que se jugaba era el Imperio del Maligno, que pretendía imponer la ley de los dioses del Infierno, contra el Reino de Dios, cuya Ley es la del Espíritu Santo, que no conoce acepción de Personas, ni la del mismo Rey, sobre la Justicia.

En efecto, toda la controversia universal en la raíz del conflicto cósmico desatado por la Muerte contra la Creación de Dios tuvo en el establecimiento de un *status quo* “más allá del Bien y del Mal” para la Casa de los hijos de Dios su agujero negro. Contra cuya Ley de Excepcionalidad se levantó Dios, el Padre de ésos mismos hijos, declarando sobre la tumba de su hijo menor, Adán, primero, y sobre la de su Hijo Mayor, Jesús, después, que antes destruiría su Creación entera y volvería a comenzarla de nuevo que permitir que su Reino estuviese dirigido por una familia de reyes al estilo de los dioses olímpicos, con poder ilimitado para hacer de la Guerra su Pasatiempo favorito.

De todas formas la Decisión Final la dejó Dios en las manos de su Hijo Mayor. Y Este, doblando sus rodillas, prefirió la muerte que ser rey sobre una corte de príncipes malignos. Ése fue el Día que la creación entera dobló sus rodillas ante su Rey, Jesucristo, allí, crucificado en un madero por haber preferido el Espíritu Santo de la Ley al espíritu Maligno de un Imperio que buscó hacer de la Creación su campo de juego.

Pero la Batalla Final no había terminado. La Resurrección dio por terminada la Cuestión sobre si el Imperio de la Muerte se impondría al Reino del Espíritu Santo. Aún había que establecer la causa de la oposición de Dios al Imperio de la Ciencia del Bien y del Mal sobre la roca de la experiencia. No se trataba tanto de “*no me gusta*” cuanto de hacer ver porqué “*Dios emite un juicio final tan contundente contra dicha Ciencia*”.

La Tragedia de la Humanidad, pues, debería seguir su curso. Sería sobre la Destrucción de nuestro Mundo, según fue escrito: “Polvo eres y al polvo volverás”, que el Reino de Dios y la creación entera en su Plenitud verían con sus ojos la Causa y la Razón

del porqué Dios no podía, ni puede permitir que su Creación se funde sobre la ley de la Ciencia del Bien y del Mal.

Pero Dios, el mismo que nos dio a su Hijo para curar nuestro dolor sobre una Fe invencible, en su Poder para consolarnos con una Esperanza de Salvación Universal, y buscando acelerar el Fin de nuestra Tragedia, con objeto de acabar cuanto antes su Lección para la Eternidad decretó la Liberación del Príncipe del Infierno, ¡hecho en verdad incomprensible!

Con la Liberación del Diablo, que se nos reveló en el Apocalipsis, Dios quería de un lado poner de relieve ante toda su Creación que los Enemigos de su Ley eligieron el Destierro de la Reino a vivir bajo la Paz del Rey. Y del otro lado, conociendo dicha Naturaleza Maligna, sabiendo que en su locura infernal el Diablo trataría de vencer a su Hijo utilizando el mismo esquema que le diera la victoria en el Edén sobre el padre de Cristo, quiso Dios acelerar el Fin del Mundo permitiendo el despliegue de tanta maldad como en su Odio durante esos Mil Años el Diablo había de incubar, e incubó en su pecho.

La Muerte, conociendo el Decreto Apocalíptico de Liberación del Diablo, le preparó el campo a su Príncipe, a fin de que lo que no podía conseguir por sí misma, dividir las iglesias, lo hiciera realidad el Sembrador Maligno. Fruto de aquella labor preparatoria de la Muerte fue la Primera Pornocracia de "los papas" de Roma.

Los efectos de aquella Primera Negación del Obispo de Roma se vieron inmediatamente cuando tras su Liberación le costó al Diablo nada y menos provocar la División de las dos iglesias del momento. Le bastó al Diablo mover un peón en el tablero, llamado Miguel Cerulario, magnicida frustrado que hizo del convento su escondite, y encendiendo en su pecho el fuego de su ambición marchita, soplar en su rostro el aliento de la división maldita como punto de partida hacia su gloria bendita, y el Cisma de Oriente se hizo.

Tal como era de esperar la División afirmada condujo al Pastor Ortodoxo y su rebaño bizantino a su destrucción. Pero esta destrucción le supo a poco al Maligno. Quemar una rama desgajada del tronco calienta al leñador, pero no quema el árbol. El Diablo necesitaba un fuego capaz de provocar un incendio de los que queman el bosque.

Ahora bien, un bosque que cuenta con un poderoso sistema anti-incendios y mantiene una vigilancia extrema sobre los visitantes y sus acampadas no es lo que se dice un bosque sencillo de echar a arder y reducir a cenizas. El Cisma de Oriente se lo encontró el Diablo como quien entra en una partida de ajedrez con un jaque mate puesto a punto. ¿Dónde estuvo el mérito? Si el Diablo quería meterle fuego al bosque Universal Cristiano, provocando una Guerra Civil de Religión que consumiese a las partes, tenía que darle tiempo al tiempo.

La Iglesia Católica se recuperó del Escándalo de la Primera Pornocracia. Y demostró su Grandeza en la Cuestión de las Investiduras, adelantándose a su tiempo con su Lucha por la Separación entre Iglesia y Estado, en la que, estando el Diablo por medio, era natural que Gregorio VII se fuese al otro extremo y en su Lucha contra la esclavitud de la

Esposa del Señor del Cielo a un señor terrestre se le fuese la cabeza al Pensamiento de la Teocracia como garantía de Libertad sempiterna del Sacerdocio Cristiano frente a los intereses del Poder de los reyes y los imperios del momento. Y pues que Gregorio VII luchó por una causa no comprensible en su tiempo, se murió, como él reconoció, solo y abandonado de propios y ajenos. San Satanás, como fue llamado por los que le comprendieron, venció a aquel que intentó prostituir a la Esposa de Cristo convirtiéndola en la querida del Emperador del Sacro Imperio Germánico, delito que la Iglesia Ortodoxa Bizantina pagó con su vida, y su sucesora, la Ortodoxa Rusa, la querida del Zar, pagaría con la suya en el futuro, dejando Dios un resto a fin de que se convirtiera a la Unidad, justificando con su Obediencia el Mal causado en la Ignorancia.

Pero el Diablo, que estaba buscando la ruina del Reino de Dios en la Tierra, no iba a darse por vencido ante una derrota a manos de un Siervo. Más, la derrota a manos de Gregorio VII le marcó al Sembrador Maligno la necesidad de destruir primero ese obispado romano como condición *sine qua non* para proceder a una división sangrienta que consumiese a las naciones cristianas en una macroorgía de fanatismo fratricida. Consecuencia primera de cuya nueva estrategia del Sembrador Maligno fue la famosa Cautividad Babilónica de la Iglesia, y el no menos famoso Cisma de Occidente.

Pero Dios, como jugador que ha movido primero y adivina la respuesta a su jugada por parte del contrincante, puso en escena muchos santos y santas contra tantos anti-papas como el Maligno puso en movimiento.

La destrucción del Obispado Romano no era posible. Y sin embargo la victoria del Papado actuó de revulsivo degenerativo de la verdadera condición sacerdotal de un obispado, que, íntimamente ligado a los poderes de este mundo, como se viera en la controversia de Huss y Wicliffe, se entregó a todos los males hasta entonces combatidos: en la conciencia -cosa increíble- de su propia indestructibilidad. “Puesto que somos indestructibles, pequemos sin límites”, fue la consigna del Papado desde el Cisma de Occidente hasta el Concilio de Trento.

La Consigna de Lutero en respuesta a semejante esquema mental pontificio fue aquel célebre: “Peca hasta que te salga por los ojos, que lo lava la Sangre de Cristo”.

La Reforma estaba en el viento.

Tras la “Tercera Negación de Pedro”, en los días de Alejandro VI, la hora de la Cosecha de la Semilla del Maligno había sonado. El reino de Dios en la Tierra estaba maduro para una División de proporciones fratricidas colosales.

La Muerte, por el otro lado, acompañaría a su Príncipe de las Tinieblas cubriendo el Occidente con sus ejércitos. Atrapada la Esposa de Cristo entre la División a muerte entre Católicos y Protestantes, propagada por el Diablo, y la Invasión de Occidente por las Fuerzas del Islam dirigidas por la Muerte, ¿qué futuro le quedaría a la Humanidad una vez borrado el Reino de Dios de la faz de la Tierra?

Mas una cosa es pensar en Futuro y otra muy distinta hacer Futuro. Una División de las proporciones fratricidas colosales que se regalaba el Maligno en su pensamiento,

triunfando donde fracasaran los Savonarola, Huss y Wicliffe, requería de actores de más peso.

Savonarola, Huss, Wicliffe fueron espontáneos que saltaron al ruedo a lidiar el toro de la Reforma Eclesiástica sin más apoyo que el de sus convicciones propias. Y por esas convicciones murieron.

La mecha que había de prenderle fuego al Bosque Cristiano, ya de por sí bastante seco, tenía que forjarla el Sembrador Maligno con sus propias manos.

Martín Lutero era un joven de su tiempo. Iba para abogado. O sea, un calavera entre calaveras, un miembro de las tunas universitarias de su tiempo, un joven de 22 años loco por la vida, alemán de nacimiento, amante de la cerveza y las mujeres, como buen macho teutónico, que se alojaba en la casa de una “viudita alegre” durante su tiempo de estudios.

Que a Martín Lutero le iba la cerveza como a cualquiera de sus colegas de tuna no es necesario probarlo, basta leer sus charlas “alrededor de un barril de cerveza” que han hecho época y la delicia de tanto santurrón mojigato reformista.

Para demostrar que a Martin Lutero lo perdían las mujeres, bendito sea Dios, como a cualquier otro estudiante de Derecho de su época y de todos los tiempos, basta sólo psicoanalizar sus paranoias en el claustro y la violencia que se dio por romper los votos monásticos y lanzarse sobre una hembra en cuanto a la causa le sucedió el efecto.

Con 22 años, en la universidad, libre como un jabato y viviendo en la casa de una viuda alegre, creer que Martín se santiguaba cuando veía una mujer y se iba a confesar cada vez que le pegaba un beso a una cerveza es, si no de burros consumados, sí de idiotas natos. Y efectivamente, un idiota nato hay que ser para tragarse la imagen para becerros que ha estado circulando en el mundo protestante sobre el Lutero de sus amores; imagen que nos han pasado por la pantalla en estos días y que os invito a visionar por el mero hecho de comprobar que no estoy mintiendo. Imagen de todos modos natural en un mundo que aceptó como santo un criminal de la categoría de Enrique VIII. En un mundo al revés, donde el criminal es un santo, ¿qué raro tiene ver en el joven amante “de la viuda alegre” de los días universitarios de Martín un perfecto beato?

Los padres de Martin Lutero pertenecían a la burguesía naciente al alba de la Edad Moderna. Los fans del Campeón de la Reforma nos han querido presentar a su ídolo como “el hijo de un carpintero”, pero lo cierto es que a principios del Siglo XVI a la Universidad no iba todo el mundo: había que tener dinero. Dado que Lutero se iba de calle con su Tuna, costumbre que los Españoles heredaron del Imperio y han conservado hasta nuestros días, por el estudio de cuyo costumbrismo se ve que más que el dinero es el afán de aventura el que movía sus traseros de bar en bar, y porque Lutero era un Tunante, deducir, como dedujeron los fans de aquel Tunante metido a reformador, que no tenía dinero suficiente para pagarle "la cama" a la Viudita Alegre, es suponer mucha cosa.

En el acto de *monjificación* de Lutero vemos a un padre que pertenece a la burguesía de su tiempo, con aspiraciones a la baja nobleza, y que no entiende para nada

la locura de su hijo. De abogado a fraile había y hay el mismo abismo que de santo a diablo. Y no porque los papas del Renacimiento hicieran ese camino un día sí y el otro también debe deducirse que cualquiera podía meterse con el diablo como el que se mete bajo las sábanas de la patrona, y luego salir tan campante, laúd en mano, a coger la borrachera a costa de la Tuna.

Beber y pasárselo bien, tener por amante una viuda alegre, todo eso lo podía comprender aquel padre de un hijo de 23 años, fuerte como un toro, y macho como dios manda; lo que no podía entender el padre de Lutero era que por un voto hecho al diablo en una noche de tormenta un joven a punto de hacerse abogado del imperio se metiese en un hábito de monje. ¿De cuándo el hábito hizo santo a un calavera?

Los fans luteranos se lavaron el cerebro comparando el viaje a caballo de Lutero con el viaje de San Pablo. Si las comparaciones son malas esta es un delito. Comparemos.

Saulo vuelve de la casa del gobernador romano con un Decreto de Holocausto contra todos los Cristianos de la Judea. Saulo no se pierde bajo ninguna tormenta. Y si se hubiera perdido y luego hubiera venido con el cuento de haber hecho *un voto*, se entendería por lo novedoso del terreno recorrido; no siendo Saulo judío de nacimiento, sino *turco-judío* de origen, que Saulo se perdiera por ahí, entre Jerusalén y Damasco, cabía dentro de los cálculos. Lo que no cabía en la cabeza de ningún judío era que *un criminal* de la clase de Saulo se encontrase por el camino con el Rey del Cielo.

Martín Lutero es un universitario que hace su camino entre la casa de sus padres y el pueblo donde estudia, rutina que lleva haciendo mucho tiempo, y por esas cosas del clima le pilla una tormenta en el camino. Los rayos caen, los relámpagos truenan, la oscuridad es absurda... y el aspirante a abogado del imperio se caga patas abajo en unos tiempos en que los Colones se arrojaban a tormentas sobre las aguas de un abismo en el que si se caían adiós a *las viuditas alegres* que dejaban sobre tierra firme para el disfrute de otros, como el joven Lutero, por ejemplo. ¿Qué comparación puede darse entre el viaje de Saulo y el de Lutero?

1.-Saulo vio a Jesucristo. Lutero *al demonio* en un rayo.

2.-Saulo hacía un camino desconocido para él. Lutero había pasado mil veces por ese camino.

3.-Saulo no era judeo-palestino, era judeo-*turco*, y el clima de la zona -en cuanto no era nativo de la Palestina- podía pillarle desprevenido. Lutero, por contra, era Alemán de pura cepa, y que una tormenta le resultara un fenómeno desconocido en una tierra donde lo que es raro es el sol y el cielo azul, es, si no para maravillarse, sí para reírse.

Y ahora, siguiendo la ley del "por los frutos los conoceréis":

A) San Pablo predicó el amor a todo el mundo; Lutero predicó el odio contra todo el mundo que no doblase su rodilla ante su doctrina, especialmente contra los católicos, pero no con menos fuerza contra los anabaptistas, por ejemplo.

B) San Pablo prefirió morir antes que matar y ni en su boca ni en su mano se detectó jamás palabra alguna aconsejando el crimen; Lutero predicó la Masacre contra los Campesinos, el Genocidio contra los Judíos, y por supuesto la destrucción de todos los Católicos. Los Anabaptistas eran ratas sin importancia contra las que el fuego se debía aplicar sin más.

C) San Pablo edificó para la Unidad; Lutero, para la División.

Y pues que "Todo reino en Sí dividido será destruido", Lutero trabajó para el Maligno.

El Maligno fue el que jugó con su conciencia en aquella tormenta para la posteridad. Él, amante de una viuda, un pecado alegre, pero pecado delante del Señor; sus padres tan católicos, ¿qué dirían si conocieran su secreto? ¡Lujuria de la carne! ¡Desenfreno de la sangre! ¿No había en toda Alemania mujeres de su edad para tener que ir a tirar el jugo de su juventud en las faldas de un amor prohibido? ¿Qué era él, un pervertido, un vicioso, un corrompido? ¿No se merecía su pecado un castigo?

Oscura era la noche. Las Tinieblas rodearon al joven que venía alegre de los brazos de su amante, su "viuda alegre", talón de Aquiles de un estudiante de voluntad de hierro y fina inteligencia, el hijo de un triunfador que aspiraba a superar a su progenitor en triunfos en la vida: "Lutero y Abogados, Bufete del Imperio".

Lo llamaban El Filósofo, según cuentan, por su labia, ésa labia que le ganaría los clientes y a sus interminables clientes la victoria en épicos pleitos. El Filósofo, entre plan y proyecto, cogía el laúd y se iba de tuna por las tabernas, a reír, a cantar, a beber el trago de la vida hasta el fondo de la copa. Y al regresar a su "zimmer"... ella, su amante, su maestra amatoria, su delito, su debilidad, su crimen, su muerte poética, el fuego que le devoraba los sentidos y le hacía recorrer las distancias al encuentro de ... ella.

Con Lutero el Diablo se superó a sí mismo.

Así estaban las cosas en el mundo cuando una nueva semilla de División apareció misteriosamente colgada de la puerta de una iglesia. En un principio nadie podía conocer la naturaleza del fruto que contenía aquella semilla. Como cualquier semilla de un árbol desconocido que cae en las manos de uno lo lógico es plantarla y ver en qué clase de árbol se convierte.

Al principio aquella semilla en forma de 95 Tesis parecía tan inofensiva, tan incapaz de evolucionar y transformarse con el tiempo en un pueblo enloquecido hasta el punto de declararle la guerra al universo ¡¡hasta dos veces!!

Sin embargo en la semilla, toda pequeña y de apariencia tan inocente, es donde residen el árbol y su fruto. Si fruto de vida o de muerte no se sabe nunca hasta que echa raíces, saca tronco, extiende sus ramas, ofrece su fruto y es digerido. Si bueno o malo, mientras la semilla esté viva, la semilla lleva en su germen el fruto que ha de seguir provocando el efecto que le es natural. Pero claro, todo esto son palabras, orgullo de

aquella Alemania que sin saber qué estaba haciendo con sus hijos le ofreció tierra donde ser plantada y crecer….



“EL VENCEDOR EDICIONES”